

A vibrant, futuristic space scene. In the upper right, a large ringed planet, resembling Saturn, is visible. A massive, circular space station or orbital ring structure dominates the center, with a city-like interior visible through a large opening. Several spacecraft are scattered throughout the scene: a large, dark, angular ship in the upper left; a sleek, dark, elongated ship in the center; a large, dark, rounded ship in the lower left; and a complex, multi-engine spacecraft in the lower right. The background is a deep blue space with a bright, glowing horizon line on the left, suggesting a planet's surface or a nebula. The overall atmosphere is one of high-tech, sci-fi adventure.

LA DIVISIÓ CASSINI

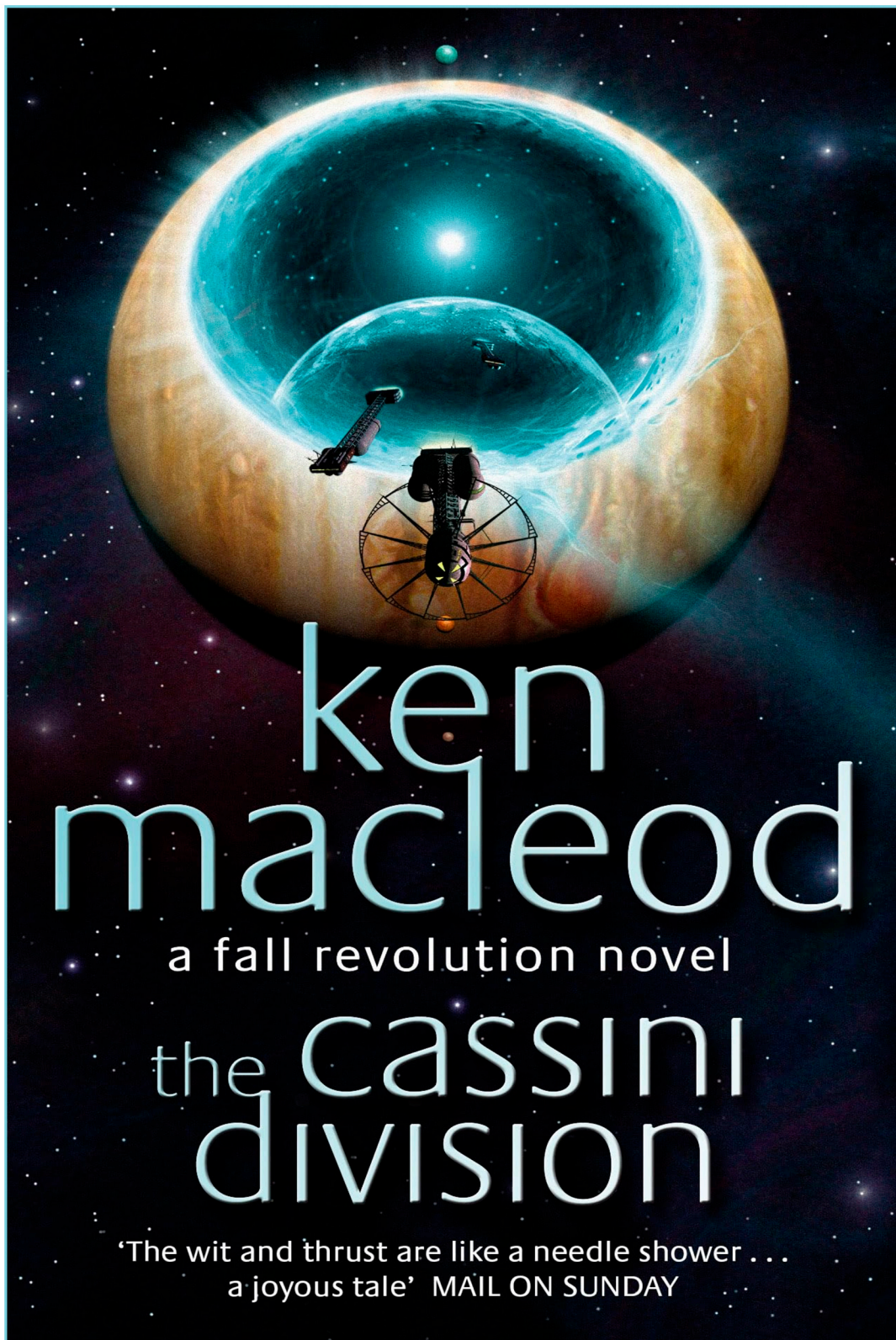
Ken MacLeod

La división de Cassini es la separación existente entre los anillos exterior e interior de Saturno. Fue descubierta por Giovanni Cassini en 1675.

En el futuro, las IAs posthumanas, programas informáticos con conciencia, destruyen la luna galileana Ganímedes creando con ello un nuevo anillo alrededor de Júpiter con una nueva División, que en su centro posee una puerta estelar, un agujero de gusano hacia otros puntos espacio-temporales de nuestro universo.

Anarquismo comunista, anarquismo individualista, anarco-bolchevismo, capitalismo minarquista, son los sistemas político-sociales que conviven o coexisten en el universo que nos plantea esta novela

En el siglo veinticuatro, la División Cassini, una entidad anarco-bolchevique afincada en el entorno de Júpiter tiene el cometido demandado por el anarquismo comunista de los planetas interiores, de defender a la humanidad de las IAs posthumanas.



ken
macleod

a fall revolution novel

the cassini
division

'The wit and thrust are like a needle shower ...
a joyous tale' MAIL ON SUNDAY

Ken McLeod

LA DIVISIÓN CASSINI

KEN
MacLEOD
Die Cassini-Division



Título original: The Cassini Division

Ken MacLeod

1998

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Todas las notas son del traductor

KEN
MACLEOD

"Science fiction's freshest new writer."
—Salon.com



"A brilliant novel of ideas."
—Vernor Vinge

THE CASSINI
DIVISION

ÍNDICE DE CONTENIDO

I. MIRANDO ATRÁS

II. DESPUÉS, LONDRES

III. NOTICIAS DE NINGUNA PARTE

IV. EL ESTADO DEL ARTE

V. LA CARRERA QUE VIENE

VI. VALHALLA

VII. EL TALÓN DE HIERRO

VIII. LA CIUDAD DE LOS MUERTOS VIVIENTES

IX. UNA UTOPIA MODERNA

X. EN LOS DÍAS DEL COMETA

XI. MIRANDO ADELANTE

Acerca del autor

A Mairi Ann Cullen

Gracias a Carol, Sharon y Michael; a John Jarrold y Mic Cheetham; a Iain Banks y Svein Olav Nyberg; a Andy McKillop, Jo Tapsell, Paul Barnett y Kate Farquhar-Thompson.

Gracias también a Tim Holman por el trabajo editorial en *Orbit*; a David Angus por señalarme el mapa de Calisto; y a los socialistas, por la Tierra.

El hombre es una personalidad viva, cuyo bienestar y finalidad están encarnados en sí mismo, que no tiene entre sí y el mundo más que sus necesidades como mediador, que no debe lealtad a ninguna ley desde el momento en que ésta contravenga sus necesidades. El deber moral de un individuo nunca excede sus intereses. Lo único que excede esos intereses es el poder material de la generalidad sobre la individualidad.

Joseph Dietzgen,
La naturaleza del trabajo cerebral humano

I. MIRANDO ATRÁS

Hay todavía allí, fotografías fijas de la mujer que irrumpió en la fiesta en el mirador de la Casa Azores, una tarde de principios del verano de 2303. La muestran absurdamente joven –unos veinte años, menos de una décima parte de su edad real– y alta; músculos desarrollados por isotónicos de inducción y no arrastrados por la gravedad; cabello como una nebulosa negra; piel oscura, párpados epicánticos¹, nariz chata y labios finos cuya sonrisa muestra dientes anchos y blancos. Lleva en la mano derecha una botella de litro de Lagrange 2046 copiada al carbono. Tiene la mano izquierda sobre el hombro, y del dedo índice torcido

1 Los pliegues epicánticos son los pliegues cutáneos que van desde el párpado superior hasta el ángulo interno del ojo. En algunas personas, cubren este ángulo interno. Son normales en muchas personas, incluidas las de ascendencia asiática y los lactantes.

cuelga una chaqueta bolero del color del oro viejo, a juego con un vestido cuyo dobladillo de falda casi circular se balancea alrededor de sus tobillos cuando entra a grandes zancadas. Lo que parece un pequeño mono está posado en su hombro derecho, desnudo.

Algo brilló. Parpadeé para apartar las imágenes anulares que se formaban en el interior y miré con enojo a un joven vestido con un pijama azul cobalto que bajó un aparato cuadrado de lentes y reflectores con una breve sonrisa de disculpa mientras se escondía entre la multitud. Aparte de él, mi llegada había pasado desapercibida. Aunque la cubierta tenía unos buenos cien metros cuadrados, no había espacio para todos los invitados, y mucho menos para todos los que habían aparecido. El desarrollo natural de la velada, con la gente conectándose y marchándose a entornos más privados, aliviaría la presión, pero todavía no.

Sin embargo, había espacio suficiente para una variedad de actividades: bailes cerrados, comidas en grupo, bebidas desparramadas, conversaciones intensas y para que una sorprendente cantidad de niños corretearan entre ellos. Los sistemas de sonido, hábilmente enfocados, mantenían a cada grupo de jueguistas relativamente contentos y compactos en su ambiente particular. Las modas locales parecían adaptarse a la fiesta, sueltas y fluidas pero ceñidas al cuerpo: mujeres con saris o camisones, hombres con

pijamas o togas y tabardos de aspecto serio. Los colores predominantes eran los tonos básicos de seda marina: azul, verde, rojo y blanco. Mi propio atuendo, aunque distintivo, no parecía fuera de lugar.

El centro de la cubierta estaba ocupado por el pilar de diez metros de ancho del conducto de ventilación del edificio. En algún lugar de uno de los grupos que lo rodeaban, hablando por encima del débil ruido blanco del ambiente, estaría la pareja cuya presencia era la ocasión de la fiesta: la gente con la que había venido a hablar, aunque fuera solo por un momento. No tenía sentido abrirme paso entre la multitud: como cualquiera que realmente quisiera hacerlo, acabaría llegando a ellos asegurándome siempre de ir en su dirección.

Me dirigí a una mesa de bebidas, dejé mi botella y cogí un vaso de vino blanco *Mare Imbrium*. El primer sorbo me hizo saber que estaba, como era de esperar, muy seco. Mi leve mueca se encontró con una sonrisa cómplice. Provenía del hombre de azul, que de alguna manera había logrado aparecer frente a mí.

'¿No estás acostumbrada?'

Así que él sabía, o había adivinado, de dónde venía yo. Hice como que lo inspeccionaba, mientras bebía un segundo sorbo. Era, a diferencia de mí, genuinamente joven. No era feo, al estilo anglosajón, con el pelo rubio oscuro enmarañado y la cara rosada y afeitada; pómulos anchos,

ojos azules. Casi tan alto como yo... más alto, si me quitaba los zapatos. Su curioso dispositivo colgaba de una correa alrededor de su cuello.

–El vodka *Comet* es más de mi gusto –dije. Entregué el vaso a las pequeñas manos negras del mono y le extendí la mano–. Ellen May Ngwethu. Encantada de conocerte, convecino.

–Stephan Vrij –dijo, estrechándole la mano–. Lo mismo digo.

Observó como me devolvía la bebida.

"Mono inteligente", dijo.

–Así es –respondí, sin ser de mucha ayuda. El traje espacial era elegante, eso era cierto, pero la gente aquí abajo tiende a ponerse nerviosa con ese tipo de cosas.

–Bueno –continuó–, estoy en el Comité del barrio y esta noche se supone que debo dar la bienvenida a los no invitados y a los inesperados.

–Ah, gracias. ¿Y para apuntarles con luces brillantes?

"Es una cámara", dijo mientras la levantaba. "La hice yo mismo".

Era la primera vez que veía una cámara fotográfica antigua a simple vista. Mi interés no era *fingido* para desviar cualquier pregunta sobre mí, pero después de unos minutos de que me explicara sobre la película de celuloide y las distancias focales, no pareció sorprenderse de que mi mirada vidriosa se desviara. Sonrió y dijo:

–Bueno, disfruta, Ellen. Veo que acaban de entrar otros recién llegados.

–Nos vemos por ahí. –Lo observé mientras se dirigía hacia las puertas. Así que mi foto aparecería en el periódico del edificio y cien mil personas la verían. Fama. Pero no tanta como para preocuparse. Aquello era en medio del Atlántico y en medio de la nada.

La Casa Azores estaba (¿es poco probable? –me ceñiré al tiempo pasado, aunque el dolor es intenso) en Graciosa, una pequeña isla en un archipiélago del Atlántico Norte, que es (probablemente, incluso ahora) un océano en la Tierra. Estaba tan lejos de cualquier lugar que, incluso desde su plataforma de observación a un kilómetro de altura, no se podían observar las islas vecinas. Las vistas al mar y al cielo podían ser impresionantes, pero en ese momento lo único que mostraban los enormes ventanales era la luz reflejada desde el interior. El ascensor por el que había entrado estaba en el borde, y tenía que llegar a la zona central en las próximas horas, en algún momento después de que la

multitud se hubiera dispersado pero antes de que todos estuvieran demasiado exhaustos para pensar.

Apuré el vaso, cogí una botella de un buen *Sungrazer Stolichnya*, le di al mono un puñado de copas con tallo para que las sujetara con sus deditos y me dispuse a trabajar en la fiesta.

"La nanotecnología es buena en *sí misma*", explicaba una artista pequeña y muy intensa. "Quiero decir, se pueden *ver* los átomos, ¿no? Diablos, con los *bucky waldos* se pueden *sentir*, moverlos y pegarlos. Son conexiones mecánicas que llegan hasta los dedos. Y hasta la pantalla, de hecho. Pero todo ese asunto electrónico cuántico es, como, *espeluznante...*"

Ella tenía otros oyentes. Yo seguí adelante.

—¿Eres del espacio? Oh, genial. Trabajo con la gente de las órbitas. Hacemos descargas. Digamos que hay un *brote* de replicadores en algún lugar, natural o nano, como si marcara la diferencia... *De todos modos*, antes de la descarga, todos deambulamos por la zona de evacuación, primero, para comprobar que no hay nadie allí y, segundo, simplemente para absorber y registrar cualquier cosa que pueda perderse. No tienes mucho tiempo, estás en un traje de aislamiento que te tienen que quitar antes de salir, por

razones obvias (también se lleva la mayor parte del vello corporal), pero aun así, puedes ver, sentir y oír mucho, y durante horas o días, dependiendo de lo rápido que se esté extendiendo el *brote*, no hay nadie más alrededor en decenas de kilómetros. Ya sabes, en casi todos los que he hecho, he elegido una especie que no estaba en el banco. Género, a veces. No conocido por la ciencia, como dicen. Me quedé sin novias para ponerles nombre, tuve que empezar con mis *parientes reales*. Y luego sales y te sientas con las gafas y miras la explosión. Quiero decir, me gusta ver el destello, es lo más parecido a ver explotar una bomba nuclear.

El ecologista se detuvo y dio otra calada profunda a la cachimba. Rechacé con un gesto su oferta de fumar. Suspiró.

"Esos momentos en los que no hay nadie más alrededor que tú... Simplemente te encanta esa experiencia en la naturaleza".

Había llegado a la mitad de la habitación y quería ofrecerle al científico drogado un trago de vodka, pero el mono, en un momento de abstracción, había cogido mi último vaso de vodka. Al hombre no le importó. Me aseguró que recordaría mi nombre y que algún día algún escarabajo, insecto o bacteria recibiría mi nombre. Me di cuenta de que no recordaba su nombre. O tal vez no me lo había dicho, o tal vez... había cierta cantidad de fumadores pasivos por allí. Le di las gracias y seguí adelante.

–Y no *hagas* esas cosas –murmuré–. Lllaman la atención. Una pata fría me acarició la oreja y una voz débil y zumbante dijo:

"Tenemos niveles bajos de silicatos".

En respuesta, rasqué a la pequeña pseudo–bestia y esperé que nadie hubiera notado que movía los labios. Sentí una repentina punzada de hambre y la necesidad de una dosis de café para aclarar la cabeza, y me detuve en la mesa de bufé más cercana. Una mujer que llevaba un sencillo delantal blanco manchado sobre un precioso sari verde me sirvió un plato caliente de lapas en salsa de tomate (todas reales, si es que importa. Supongo que debe importar: se me hace la boca agua al recordarlo, incluso ahora). Decidí tomar una copa de vino blanco. Había sillas vacías alrededor, así que me senté. La mujer también se sentó al otro lado de la mesa y charló conmigo mientras comía.

–Acabo de hablar con nuestros invitados especiales –dijo. Tenía un acento inusual–. Son personas muy interesantes. ¡Una mujer artificial y un hombre de las estrellas! Y, en cierto sentido, de entre los muertos. –Me miró fijamente–. ¿Tal vez los hayas conocido antes, ya que tú también eres del espacio?

Le sonreí. '¿Cómo es que todo el mundo sabe que soy del espacio?'

–Tu vestido, vecina –dijo–. El dorado es una cosa del espacio, ¿no? No es uno de nuestros colores.

–Por supuesto –dije. Por un momento pensé que había adivinado que se trataba de un traje espacial. Después de que habló, después de que tuve un minuto para observar cómo se movía, la sutil forma en que su rostro reflejaba sus expresiones, era obvio que ya estaba en su segundo siglo. No habría forma de engañarla. Me miró directamente, sus ojos brillaban como las horquillas en su pelo negro amontonado.

"El oro es un metal muy útil", dijo. "Ya sabes, Lenin pensó que lo usaríamos para los urinarios..."

Me reí. '¡No fue su único error!'

Su respuesta fue un poco más fría que sus primeros comentarios: «No cometió muchos errores, y los que cometió fueron lo opuesto a... lo que generalmente se le reprocha. Tenía una opinión demasiado alta de las personas, como individuos y en masa. De todos modos», continuó complaciente, «algunos de nosotros todavía tenemos una opinión alta de él».

Ya había identificado su acento. "¿Sudáfrica?" Eran un grupo notoriamente conservador. Algunos de ellos eran prácticamente bolcheviques.

–¡Sí, convecina! –Sonrió–. Y tú eres de... no me digas... no de la Tierra, no de Lagrange... y no eres ni lunática ni marciana, eso seguro. –Frunció el ceño y me miró mientras yo levantaba el vaso, mirando a mi alrededor, tal vez a su recuerdo de cómo me había acercado a la mesa, sopesando y midiendo mis reflejos–. ¡Sí! –Dio una palmada–. Eres una chica de Calistán, ¿no? Y eso significa...

Sus ojos se abrieron un poco y sus cejas se levantaron.

–Sí –dije en voz baja–. De la División Cassini. Y sí, ya he visto a sus invitados antes. –Le guiñé un ojo, muy levemente, e hice un pequeño movimiento hacia abajo con los dedos mientras extendía la mano sobre la mesa para coger un trozo de pan. Ni una sola persona entre cien se habría dado cuenta del gesto. Ella lo entendió, sonrió y habló de otras cosas.

La División Cassini... En astronomía, la División Cassini es una banda oscura en los anillos de Saturno. En la astronáutica del Helioceno, la División Cassini era el nombre orgulloso –dado originalmente en broma– de una banda oscura, en efecto, una fuerza militar en el anillo de Júpiter. Ya saben lo del anillo de Júpiter, pero para nosotros era más que un producto notable de la ingeniería planetaria, era un recordatorio permanente del poder de nuestros enemigos. Era nuestro Muro de Berlín. (Búsquelo en la historia de la Tierra. Hay archivos.)

La División Cassini era la fuerza de primera línea de la Unión Solar, nuestro puño colectivo en la cara del enemigo. En nuestra sociedad sin clases era lo más parecido a una élite; en nuestra anarquía colectiva, lo más parecido a un anarco-bolchevismo; en nuestra comunidad, poseía la mayor parte de la fuerza. Sus reclutas se elegían a sí mismos, y no muchos podían cumplir con un estándar de ese rigor. En términos de potencia de fuego, la División podría haber arrasado todos los estados que la Tierra haya conocido, y aún le habría sobrado suficiente para un poco de práctica de tiro para ocupar la tarde. Los recursos que controlaba podrían haber comprado todo lo que había en la Tierra, en la era en que ese mundo tenía dueños, y todavía estaba lista para el intercambio, para dar lo mejor de sí, para enfrentar nuestro poder humano contra la ira insignificante de los dioses.

En otras palabras... la División estaba allí para patear traseros post-humanos. Y lo hicimos.

(Y sí, todavía estoy orgullosa de ello.)

La mujer sudafricana podía tener opiniones equivocadas sobre Vladimir Ilich, pero resultó ser una de las «viejas camaradas». Aunque la Internacional hacía tiempo que se había disuelto en la Unión, sus antiguos miembros mantenían sus contactos, su masonería de veteranos. Nunca me gustó mucho esto, pero me ayudó en este punto. Me presentó a uno de sus amigos, que me presentó a otro, y así

sucesivamente. Por un acuerdo tácito, me pasaron a lo largo de su cadena de conocidos, moviéndome entre la multitud mucho más rápido de lo que lo hubiera logrado por mi cuenta. Sólo media hora después de terminar mi café, me encontré entre un pequeño grupo de personas, en cuyo centro estaban los invitados especiales de la fiesta: la mujer artificial y el hombre que había regresado de las estrellas y de entre los muertos. Incluso cinco años después de su llegada, todavía podían atraer a una multitud, sobre todo porque rara vez lo hacían, prefiriendo deambular y hablar con la gente que encontraban por casualidad.

La mujer artificial se llamaba Meg. En ese momento no parecía artificial y, de hecho, su cuerpo (clonado del de una actriz porno malasia-estadounidense que había fallecido hacía mucho tiempo, según tengo entendido) era, en algunos aspectos, más natural que el mío. Sólo su personalidad era artificial. Era una personalidad humana en todos los sentidos que habíamos podido observar, pero —ella siempre había insistido— funcionaba sobre una auténtica Inteligencia Artificial.

En ese caso, la pequeña y bonita mujer que se encontraba a un par de metros de mí, fumando elegantemente un cigarrillo de tabaco, con su cabello negro colgando hasta la cintura y vistiendo una larga túnica de satén de seda negra y (a menos que mis ojos me engañaran) *absolutamente nada más*, era la única IA autónoma en la Tierra. Un pensamiento inquietante, y me había inquietado desde que la conocí.

La IA autónoma no me había notado todavía. Estaba mirando a su compañero, Jonathan Wilde, el hombre que había regresado. Wilde, como siempre, estaba hablando; como siempre, agitando las manos; como siempre, fumando tabaco, un hábito vil que parecía arraigado en él y en Meg. Era un hombre alto, de rasgos afilados, nariz aguileña y voz fuerte. Su acento había cambiado, pero todavía sonaba extraño en mis oídos.

–Nunca lo *conocí* –decía–, pero lo vi en televisión y leí algunas de las cosas que publicó durante la Revolución de Otoño. Debo decir que es una sorpresa que todavía lo recuerden. –Hizo una pausa y esbozó una rápida sonrisa triste–. ¡Sobre todo porque a mí me han olvidado!

La gente que lo rodeaba se reía. Uno de los chistes habituales de Wilde era que las ideas que él –o más bien, el ser humano del que era una copia– había defendido en el siglo XXI ahora sólo interesaban a los anticuarios y que su nombre era sólo una nota a pie de página en la historia del Movimiento Espacial. De alguna extraña manera, esa misma oscuridad halagaba su vanidad.

Mientras estaba allí de pie sonriendo, me vio. Me miró fijamente, como si estuviera momentáneamente confundido. Meg se dio la vuelta, me vio y me dio una sonrisa de bienvenida. Wilde asintió levemente y volvió a su discurso. No sabía si sentirme ofendida o aliviada. Como la primera persona que había visto al emerger del agujero de

gusano, yo tenía cierta importancia en la vida de Wilde... pero no quería que me presentara como tal y que así todos los presentes supieran de dónde era.

Meg se acercó y me agarró las manos.

–Es bueno verte de nuevo, Ellen.

–Sí, a tí también –dije, y lo decía en serio. Su personalidad podía ser artificial, pero su atractivo era genuino. A veces me preguntaba qué veía en Wilde, cuyo legendario encanto nunca había funcionado conmigo.

–¿Qué te trae por aquí? –preguntó Meg.

–No es fácil encontraros –dije con ligereza–. Así que pensé que aprovecharía la oportunidad.

Meg sonrió. "Eres una mujer ocupada, Ellen. Quieres algo".

–Ah, ya sabes –dije–. ¿Quizás podamos hablar de ello más tarde?

Ella me miraba con un pequeño ceño fruncido en su suave frente.

"Por supuesto", dijo. "Las cosas deberían calmarse pronto".

Me reí. "¿Te refieres a cuando Wilde haya hablado con todo el mundo?"

–Algo así. –Me llevó a un asiento cercano, justo fuera del grupo, y me senté con ella–. Todo esto es un poco agotador –dijo distraídamente. Se acarició un pie descalzo con el otro y apagó el cigarrillo. El mono saltó de mi hombro y se agarró al borde del cenicero, suplicándome con sus grandes ojos. Negué con la cabeza. Enseñó los dientes, luego se apartó de mí y dejó que Meg jugara con él.

La voz de Wilde, transmitiendo:

–Todo este asunto: convertir sus dichos en escrituras y a él en un profeta martirizado... ¡Es casi la única irracionalidad que les queda a ustedes! ¡Creo que se habría *reído*! –Y con eso, la risa de Wilde estalló, y los que estaban a su alrededor se unieron a ella, vacilantes. La conversación se interrumpió en los siguientes minutos, y Wilde se acercó y se sentó a mi lado. Los tres estábamos encaramados como en un tronco en medio de un remolino. A nuestro alrededor, la gente seguía de fiesta; de vez en cuando alguien se acercaba, no veía ninguna señal de respuesta y se daba la vuelta. Algunos se iban, pero la mayoría se quedaban cerca, discretamente fuera del alcance del oído.

Intercambiamos saludos y luego Wilde se alejó de mí y se sentó hombro con hombro con Meg.

–Bueno, Ellen –dijo–. Nos has conseguido donde querías. –Encendió un cigarrillo y aceptó un trago de vodka. Miró su vaso–. Ya he bebido otras bebidas en este vaso –observó–.

Lo bueno del vodka, por supuesto, es que no importa. Cualquier sabor es una mejora. Ya estoy borracho. Así que si hay algo que se te olvidó preguntarnos durante la sesión informativa...

«Interrogatorio». Siempre odié los viejos eufemismos estadistas.

–Adelante, ahora es tu oportunidad. –Se inclinó aún más hacia atrás y me miró con una sonrisa desafiante.

–Ya sabes lo que quiero, Wilde –dije con voz grave. Yo también estaba un poco borracha y más que cansada. La gravedad te deprime (y el espacio apesta, pero así es la vida). –No me pidas que te lo explique.

Se inclinó hacia delante. Podía oler el humo y el alcohol en su aliento.

–Oh, ya sé que no es así –dijo–. La misma pregunta de siempre. Bueno, la misma respuesta de siempre: no. No hay forma, de ninguna maldita *manera, de que les vaya a dar lo que con tanto cuidado se niegan a pedir.*

'¿Por qué no?'

Siempre la misma pregunta, que siempre obtuvo la misma respuesta:

"No dejaré que ustedes pongan sus manos en el lugar".

Sentí que mis puños se cerraban a mis costados y lentamente los relajé.

'¡No *queremos* ese miserable lugar!'

–¡Ja! –dijo Wilde, con abierta incredulidad–. Da igual. No seré yo quien os proporcione los medios para que lo consigáis.

Entonces, pensé que tendría que ser otra persona quien lo hiciera. Mantuve la voz firme y tranquila.

'¿Ni siquiera para luchar contra los Forasteros?'

"No lo necesitas para luchar contra los Forasteros".

'¿No nos corresponde a nosotros juzgarlo?'

Wilde asintió. –Por supuesto. Tú tomas tus propias decisiones y yo tomaré las mías.

Quise sonsacarle la respuesta. No habría tenido ningún reparo en hacerlo. En lo que a mí respecta, él no era un ser humano, sólo una copia inteligente de uno.

Paradójicamente, yo también deseaba *poder* considerarlo un ser humano, un prójimo. Esto no hizo más que aumentar mi frustración. Si hubiera podido confiar en Wilde y hacerle saber lo mal y lo rápido que iban las cosas, muy bien podría haber accedido a contarme todo lo que necesitaba saber.

Pero la División confiaba en él incluso menos de lo que él confiaba en nosotros. Decirle toda la verdad podría desencadenar cosas mucho, mucho peores. Wilde y Meg habían estado en manos del enemigo, eran literalmente productos del enemigo, e incluso ahora no estábamos cien por ciento seguros de que fueran –o fueran solo– lo que decían y parecían ser. Pensé por un momento en cómo sería si alguna vez tuviéramos que tratarlos como un *brote* y atacarlos con un zambullida orbital. No habría ninguna advertencia, ninguna evacuación, ningún trabajo de último momento para los ecologistas.

El mono saltó del regazo de Meg al mío. Dejé que subiera por mi brazo y se acomodara en mi hombro, y alisó el regazo de mi falda. Miré hacia arriba.

–Está bien –dije–. Tú decides. –Me encogí de hombros y el pelaje falso del animal me rozó la mejilla–. Haz lo que creas que es mejor. –Me levanté y les sonreí a ambos.

Por un momento, Wilde pareció desconcertado. Esperaba que mi falta de persistencia lo desconcertara tanto que cambiara de opinión. Pero la estratagema no funcionó. Tendría que optar por la segunda opción: más difícil, más peligrosa y, en todo caso, con menos posibilidades de éxito.

"Adiós", dije. "Nos vemos por ahí".

En el infierno, probablemente.

Me incliné sobre la barandilla que rodeaba el tejado de la Casa Azores y miré hacia abajo. El suelo estaba a mil metros más abajo. No sentí vértigo. He trepado a árboles más altos. Había luces a lo largo de la playa, barcos balanceándose frente a la playa, luego un rompeolas; y más allá de eso, campos de algas de color verde azulado, piscifactorías y plantaciones de algas y convertidores de energía térmica oceánica, hasta el horizonte. Dirigibles (no sabía si en trabajo nocturno o de recreo) flotaban como burbujas plateadas sobre ellos. El edificio en sí, aunque estaba en medio de toda esta energía térmica, obtenía su electricidad de una fuente diferente. Técnicamente, toda la estructura era una Torre Carson, alimentada por aire frío desde la parte superior que caía por un eje central y hacía girar turbinas por el camino.

Hacía frío en el tejado. Me aparté de la vista hacia abajo, me envolví la chaqueta bolero sobre los hombros y miré al cielo. Una vez que mis iris se ajustaron, pude ver Júpiter, entre el desorden de fábricas orbitales, espejos, velas de luz, satélites y hábitats. Con binoculares, podría haber visto Calisto, Ío, Europa... y el anillo. Era un símbolo tan bueno como cualquiera de las fuerzas a las que nos enfrentábamos.

Nuestros enemigos, mediante un proceso que, como decimos, no se entiende bien incluso después de dos siglos, habían desintegrado la mayor luna de Júpiter, Ganímedes, para dejar ese anillo de escombros que se apresuraban y

maquinaria preocupante. Y, originalmente dentro del anillo, pero ahora fuera de él, había algo aún más impresionante y amenazador: una brecha de mil seiscientos metros de ancho en el espacio-tiempo, una puerta de entrada a las estrellas.

Hace dos siglos, los Guardianes del Exterior –gente como nosotros, que pocos años antes habían estado discutiendo de política con nosotros en los sudorosos confines de los hábitats espaciales primitivos– se habían vuelto muy distintos a nosotros: poshumanos y superhumanos. Hombres como Dioses, por así decirlo. El Anillo fue obra suya, al igual que la Puerta.

Después de estos triunfos, llegó la némesis². Sus rápidas mentes virtuales alcanzaron algún límite en la velocidad de procesamiento, o alcanzaron la iluminación, o tal vez simplemente vagaron. La mayoría de ellos se desintegraron, otros se dirigieron a la atmósfera joviana, donde restablecieron algún tipo de contacto con la realidad.

Su único contacto con nosotros, algunos años después, fue una explosión de virus informáticos transmitidos por radio que no lograron apoderarse de todos los ordenadores del Sistema Solar, pero sí lograron colapsarlos. El oscuro siglo XXII se asentó como una llovizna.

² La palabra Némesis posee hoy en día el significado de una retribución justa o divina, un castigo largamente pospuesto o esperado, o una forma de justicia poética.

La humanidad luchó contra la Caída, la Muerte Verde y el Crash, y salió del siglo oscuro con una profunda desaprobación del sistema capitalista (que provocó la Caída), de los Verdes malthusianos³ (que provocaron la Muerte) y de los Guardianes del Exterior (que provocaron el Crash y cuyos programas virales todavía se difundían, haciendo que la computación y la comunicación electrónicas fueran peligrosas en el mejor de los casos).

El sistema capitalista fue abolido, los Verdes se extinguieron y los Guardianes del Exterior...

Todavía había que ocuparse de los Guardianes del Exterior.

Comprobé que estaba sola en el tejado. Los embudos fríos y acanalados del proceso Carson suspiraban con su aliento interminable, y su condensación perlada temblaba formando hilillos. Me moví a su sombra y miré, no a Júpiter, que se alzaba bajo, sino a la Luna. Me agaché, extendiendo

³ El malthusianismo o maltusianismo es una teoría e ideología demográfica, económica y sociopolítica, desarrollada por el economista británico Thomas Robert Malthus (1766-1834) durante la revolución industrial, según la cual el ritmo de crecimiento de la población responde a una progresión geométrica, mientras que el ritmo de aumento de los recursos para su supervivencia lo hace en progresión aritmética. Por esta razón, de no intervenir obstáculos represivos (hambre, guerras, pestes, etc.), podría provocar su extinción. En los siglos XX–XXI, ha sido adoptado por algunos partidos verdes.

el vestido descuidadamente, y extendí la mano, rasqué la cabeza del mono y le susurré al oído.

El mono empezó a fundirse en el hombro de la chaqueta, y luego el vestido y la chaqueta juntos fluyeron como mercurio y se transformaron en una antena parabólica de tres metros de ancho dentro de la cual me agaché, con la cabeza cubierta por una fina red que se enroscaba hacia arriba desde donde había estado el cuello. Una varilla delgada como una aguja creció rápidamente hasta el foco de la antena. Hilos de alambre se desenrollaron por la cubierta, buscando fuentes de energía, y encontraron una en segundos. El traje inteligente transformado zumbaba a mi alrededor.

–Sigue siendo un no –dije–. Voy a optar por la segunda opción. –Mensaje de haz estrecho enviado –dijo el traje–. Confirmado por el relé de Lagrange.

Y eso fue todo. Los destinatarios del mensaje sabrían lo que quería decir con "la segunda opción". Nadie más lo sabría. Mi misión se limitaba a algo más que el silencio de radio; la única razón por la que había venido aquí era que ni siquiera podíamos confiar en el boca a boca. El mensaje de radio de haz estrecho sería captado y transmitido por láser, que tenía la ventaja de que los jovianos no podían interferir con él ni oírlo. Sería rebotado a nuestra nave, la *Terrible Belleza*, que en ese momento estaba al otro lado de la Tierra, y enviado a la base de la División en Calisto. Habría un simple

acuse de recibo de Calisto, en cuestión de horas. No iba a esperarlo, no así. Me puse de pie y le dije al traje que recuperara su forma anterior. Cuando el vestido estuvo restaurado, le di un giro innecesario pero de celebración, y giré directamente a los brazos de alguien. Mientras retrocedía un paso a trompicones, vi que había chocado con Stephan Vrij, el fotógrafo.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro por un momento.

"Las cosas que ves cuando no tienes tu cámara", dije.

–No te he seguido –dijo con torpeza–. Sólo estaba mirando a mi alrededor. Es la última parte de mi trabajo de la noche. Es increíble la cantidad de locuras que hace la gente aquí después de una fiesta.

“¿Puedes olvidar esto?”, pregunté.

–Está bien –dijo y miró hacia otro lado.

–Entonces te prometo que te olvidaré. –Extendí la mano y tomé la suya–. Vamos. Yo he bebido mucho y tú no has bebido nada, ¿verdad?

–Sí –dijo, un poco desconcertado, mientras yo tiraba de su mano y me dirigía con determinación hacia el hueco del ascensor. Le sonreí.

'¿Qué mejor manera de empezar la noche?'

«Tienes razón en eso», dijo.

–Bueno, no –dije–. Más bien espero *que* ...

Riendo, fuimos a su habitación.

Cuando estés entre otro pueblo, u otro pueblo esté entre vosotros, y desees su carne extraña, ve y disfruta de ellos, y ten hijos e hijas con ellos, y tu pueblo vivirá mucho tiempo sobre las tierras y tus hijos llenarán los cielos.

*Los Libros del Jordán,
Genésis, capítulo 3, versículo 8.*

Me desperté en una cama cómoda, aunque desordenada. Stephan Vrij roncaba plácidamente a mi lado. Estábamos los dos desnudos y yo estaba debajo de una colcha. Lo tapé con la colcha y él se dio la vuelta mientras dormía.

Desde el ángulo de la luz que entraba por la ventana, era media mañana de otro día espléndido. La habitación estaba hecha de algo que parecía y olía a pino, pero nunca lo habían cortado en tablones y luego lo habían martillado o pegado (algo que todavía hacen algunas personas en la Tierra, como descubrí más tarde, y no todos porque tengan que hacerlo,

sino porque pueden permitirse el tiempo para disfrutar de esas modas). En cambio, lo habían cultivado en el lugar, las paredes y el suelo se curvaban entre sí, los cables de servicios públicos emergían como enredaderas de los agujeros de los nudos. Imágenes monocromas brillantes de personas, paisajes, paisajes marinos estaban pegadas a las paredes. Parecían detalladas y precisas, como fotografías, aparte de la falta de color. Dispersas por todas partes, sobre las sillas bajas y la mesa o en el suelo, había una cantidad y diversidad bastante embarazosa de lencería. Evidentemente yo había estado presumiendo, o el elegante traje lo había hecho. Mis recuerdos de la noche eran borrosos y cálidos.

Me quedé allí tumbada unos minutos, sonriendo para mis adentros y esperando haberme quedado embarazada. Hacerlo justo antes de una guerra parecía perverso (tradicionalmente se hace después), pero esta guerra terminaría antes de que el embarazo fuera evidente. Si ganábamos, tal vez no volvería a la Tierra durante mucho tiempo y necesitaríamos todos los genes que pudiéramos conseguir. Si perdíamos... pero no valía la pena pensar en la derrota.

Me levanté de la cama, recogí todas las piezas y las puse a trabajar para que se volvieran a ensamblar y formaran equipo de senderismo, a excepción de una o dos prendas que servirían como ropa interior. No es que realmente necesitara ropa interior en un traje espacial de materia inteligente, pero eran muy bonitas. Lo mismo que, a su

manera, los pantalones cortos y los calcetines, las botas y la mochila que se juntaron en el suelo. El traje siempre tuvo buen gusto.

El apartamento era bastante básico y estándar, y su lógica funcional me resultaba familiar, así que no tuve ninguna dificultad para encontrar los ingredientes para el desayuno. Le llevé el desayuno a Stephan, lo comimos e hicimos el amor por última vez. Stephan me sacó algunas fotografías y le prometí otra vez que lo olvidaría, y nos despedimos.

Supongo que ya se habrá olvidado de mí, pero me gusta pensar que alguien todavía conserva las fotografías.

Abajo, a nivel del suelo, hacía calor. El sol estaba alto en el cielo, enorme, tan brillante que podía verlo con los ojos cerrados y tan caliente que me dolía la piel. Incluso el aire estaba caliente. Es una de las cosas de las que no te hablan, como la gravedad.

Entre la base de la torre y la playa había algunos edificios bajos: almacenes y depósitos de equipos para uso de la gente que trabajaba en los campos de golf o que jugaba en la playa, puestos de refrescos, restaurantes, etc. Caminé por la carretera de la costa en busca de algún lugar turístico.

Los niños pequeños desnudos corrían de un lado a otro, gritando, corriendo de la torre a la playa y de regreso. Otros niños un poco mayores holgazaneaban a la sombra y

escuchaban a los adultos o adolescentes que hablaban con seriedad delante de un rotafolio o encima de una máquina. De vez en cuando, un niño se unía a uno de estos grupos; de vez en cuando, un niño se levantaba, saludaba cortésmente con la cabeza a la maestra y se alejaba para hacer otra cosa.

Dos de esos chicos vigilaban el lugar turístico cuando lo encontré. La tienda era bastante fácil de localizar: una construcción tosca de hormigón marino y plástico y lo que parecía madera a la deriva, pero probablemente eran restos de madera sintética. Me dije a mí misma que debía ser más sólida de lo que parecía mientras me agachaba bajo el toldo de seda marina y me quedaba parpadeando en el interior fresco y oscuro.

En el interior, las paredes estaban cubiertas de estanterías desvencijadas, en las que se apilaban todo lo que un turista podía necesitar: viejas cajas de hojalata con monedas de oro y plata, nuevas cajas de plástico con balas, armas de fuego engrasadas y apiladas, sombreros, bufandas, botas. Del techo colgaba una amplia gama de ropa informal: vestidos de verano holgados, trajes de piel de foca, camisetas y albornoces de toalla. Parecía haber más destinos posibles que número de posibles turistas. Yo estaba sola en la tienda, aparte de un chico y una chica sentados en el mostrador con un tablero de ajedrez entre ellos.

El chico levantó la vista. "Hola", dijo. Hizo un gesto con la mano. "Sírvase usted misma. Si quiere algo que no está ahí,

háganoslo saber". Sonrió distraídamente y luego volvió a fruncir el ceño ante el tablero de ajedrez.

Rebusqué entre montones de dólares, rublos, marcos, libras y yenes para reunir sesenta gramos de oro y cien de plata, en las monedas más pequeñas que pude encontrar por si tenía que intercambiar con los no-coos. Del armero seleccioné una automática del calibre 45 y una docena de cargadores de munición. La comida y otros consumibles los podía conseguir en cualquier parte, y el traje produciría mejores botas, calcetines, etc., que cualquier cosa que hubiera aquí. Pero no podía dejar pasar la oportunidad de hacerme con una navaja increíble con un mango rojo marcado con una cruz de acero incrustada dentro de un escudo. Tenía dos hojas y un montón de herramientas ingeniosas. Estaba segura de que encontraría un uso para la mayoría de ellas.

Me despedí de los chicos, les prometí que les devolvería todo lo que no usara (con una reserva mental sobre el cuchillo) y salí de nuevo a la luz del sol. Después de unos segundos volví a entrar y cogí unas gafas de sol. La risa de la chica me siguió hasta el exterior.

Ahora que no tenía que entrecerrar los ojos para mirar hacia arriba, me resultó fácil deducir la ubicación del aeropuerto por las trayectorias de los dirigibles, los ultraligeros y los helicópteros. Seguí la carretera de la costa durante un par de millas hasta llegar allí. Recibí varias

ofertas de transporte en el camino, pero las rechacé todas. A pesar del calor, la gravedad y los momentos de desorientación en los que una parte conservadora de mi cerebro decidía que el horizonte no *podía* estar tan lejos, tuve que acostumbrarme a caminar al aire libre en la superficie de este planeta; y pronto, para mi sorpresa, descubrí que lo disfrutaba. La brisa marina traía el aroma hogareño de los campos de color verde azulado, los convertidores distantes titilaban y zumbaban, las aguas cercanas dentro del arrecife artificial brillaban y en ellas los bañistas y los grupos de botes llenaban el aire con gritos de alegría.

El aeropuerto estaba en una lengua de tierra que se extendía unos cientos de metros, atravesando la barrera de arrecifes. Los dirigibles se balanceaban en los mástiles de amarre, helicópteros y ultraligeros zumbaban entre ellos. Muy por encima, las alas voladoras de fibra de diamante utilizadas para elevarse seriamente tensaban sus cables como cometas gigantes. Había llegado en una, desde el puerto espacial de Guiné, y parecía que tendría que irme en otra. La idea de un vuelo en dirigible era atractiva, pero llevaría demasiado tiempo. No sabía cuánto tiempo tenía disponible, pero la fecha límite final, el Evento de Impacto, estaba a menos de tres semanas. Lo que fuera que hiciera tenía que hacerlo antes de eso.

Justo antes de la valla perimetral del aeropuerto me volví y miré hacia la Casa Azores. Desde allí era posible verla,

aunque no abarcarla en su totalidad. Ciento cincuenta metros cuadrados en la base, que se estrechaban en su altura hasta los cien kilómetros en la cima. Los lados parecían extrañamente naturales, cubiertos de plantas trepadoras y jardines colgantes, salpicados de puertos para planeadores y ventanales que brillaban como el hielo. Construida y mantenida por billones de nanomáquinas diseñadas orgánicamente, era casi tan notable como un árbol, y mucho más eficiente. El estilo de vida que sustentaba esa casa y la acuicultura circundante no era el mío, pero era un estilo de vida que me alegraba proteger. Mucho trabajo interesante y mucho ocio interesante; aventura si la querías, tranquilidad si la preferías. Juventud y salud indefinidamente prolongadas. Todo lo que no pudieras conseguir por pedido podías, con un cierto compromiso de tiempo y esfuerzo, nanofabricarlo para ti mismo.

La escasez de medios de difusión y las dificultades de la comunicación en tiempo real fueron las únicas pérdidas del mundo anterior a la Caída y al Crash. Habíamos intentado convertirlo en una oportunidad. Todo el entretenimiento y el conocimiento que se podía encontrar entre treinta mil millones de personas estaba (finalmente) disponible en la televisión, y la acción en vivo era proporcionada por la llegada y salida constantes y casuales de artistas, investigadores y conferenciantes. La ausencia de

celebridades artificiales significó la presencia interminable de la sorpresa.

En todo el Sistema Interior (la Tierra, las cercanías de la Tierra, Lagrange, la Luna, Marte y el Cinturón) se mantuvieron variantes de este mismo modo de vida. Las culturas y los idiomas eran más diversos que nunca, pero el sistema que los sustentaba era el mismo en todas partes. En ciudades flotantes, en montañas artificiales escalonadas como zigurats, en torres como ésta o más altas, en pueblos subterráneos, en enormes hábitats orbitales, en domos de presión iluminados por el sol, en cuevas de hielo, la mayoría de la gente se había adaptado a este estilo de vida: sencillo, autosuficiente, de bajo impacto y ecológicamente sano.

Era sostenible material y psicológicamente, una comunidad culminante de la especie humana, el entorno natural de un animal consciente, que ese animal consciente, después de tanto tiempo y de tantos problemas, había logrado crear por sí mismo. Lo llamamos la Época del Helioceno. Parecía un momento de gloria, pero no había ninguna razón, en principio, por la que no pudiera sobrevivir al sol y extenderse a todos los soles del cielo.

Con nuestros espejos solares controlábamos los casquetes polares. Las glaciaciones y extinciones masivas que habían marcado el Pleistoceno habían terminado; la siguiente era glacial, largamente esperada, nunca llegaría. Con nuestros láseres y armas nucleares espaciales, podríamos proteger la

Tierra de los impactos de asteroides. Podríamos recuperar especies perdidas a partir del ADN de las piezas de museo. Pronto, en cualquier siglo, controlaríamos el ciclo de Milankovitch⁴. Estábamos a salvo.

No me extraña que hubiera tan pocos turistas aquí: ¿quién querría irse de un lugar como este? Suspiré, con un pequeño escalofrío, y me dirigí hacia la puerta del aeropuerto.

4 Las variaciones orbitales o ciclos de Milanković describen los efectos conjuntos que los cambios en los movimientos de la Tierra provocan en el clima a lo largo de miles de años. El término fue acuñado tras los estudios realizados por el astrónomo y geofísico serbio Milutin Milanković. En la década de 1920, teorizó que las variaciones resultantes provocaban cambios cíclicos en la radiación solar que llega a la superficie terrestre y que ello influía considerablemente en los patrones de los cambios climáticos sobre la Tierra.

II. DESPUÉS, LONDRES

Conseguí mi viaje en dirigible. La ruta de las alas voladoras me llevó hasta Bristol, una ciudad que seguía siendo un puerto para el tráfico atlántico, aunque ya no para el comercio. La ciudad antigua, con sus muelles, se había conservado bastante bien, pero los muelles donde antes se desembarcaba el azúcar (que se intercambiaba por esclavos) ahora sólo albergaban embarcaciones de recreo. La ciudad nueva tenía el estilo de pirámide azteca, tan de moda, con un embarcadero saliente a media altura. Aterrizamos allí a la una de la tarde, después de haber salido de Graciosa a las once. Tuve suerte de coger el segundo vuelo del día a Londres. Salía alrededor de la una y media de la tarde y llegaría a Puerto Alexandra alrededor de las seis. Este tipo de cosas pasan cuando viajas dentro de una atmósfera.

El tiempo, por supuesto, es otra cosa. Salí del ascensor y subí al tejado, donde me encontré con grandes gotas de agua cayendo del cielo gris. Saqué de mi mochila una capa con capucha (que formaba parte del traje, por supuesto) y me la puse. Con la capucha para que no me entrara agua en los ojos, era más fácil ver dónde estaba. El tejado tenía el tamaño y el aspecto de un pequeño parque; aparte de las colinas a lo lejos y los curiosos efectos visuales que producía la lluvia, podría haber estado bajo una cúpula municipal en cualquier lugar. Caminé por el césped, pasando por árboles y arbustos que goteaban, hasta donde un pequeño dirigible de alegres colores estaba amarrado a un pilote central. Otras personas también se dirigían hacia allí, un par de docenas en total cuando subimos la escalera de caracol y cruzamos la pasarela hacia la góndola del dirigible. Mis compañeros de viaje iban vestidos de forma similar a la mía, pero la mayoría llevaba bastante más equipo. Por las conversaciones que escuché mientras nos sacábamos la ropa mojada y tomábamos asiento, deduje que la mayoría de ellos eran, al menos para ellos mismos, ecoturistas serios, que estudiaban con seriedad historia natural o arqueología urbana. Pero pocos habían resistido la tentación de llevar una caña o un rifle. La caza y la pesca en Londres tenían fama de ser excelentes.

Los asientos estaban dispuestos de una manera más parecida a la de una habitación que a la de un vehículo, pero no tuve ninguna dificultad para conseguir un asiento junto a

una ventana. El dirigible despegó a tiempo, se elevó a través de las nubes bajas y luego pasó más allá de ellas. Después de mirar por la ventana durante media hora el bosque caducifolio interrumpido solo por viejos caminos y nuevos edificios, me levanté y caminé por ahí preguntando a la gente qué refrescos querían, luego fui a la cocina y los preparé.

Mientras se preparaba el café, se me acercó una mujer que se presentó como Suze. Era pequeña, de pelo castaño, ojos color avellana y piel oscura. Muy inglesa. La imaginé por su aparente edad.

"¿Sabías", dijo mientras servíamos café en tazas y té en vasos, "que en el sistema antiguo había gente que hacía esto como ocupación a tiempo completo?"

'¿Hacer qué?'

'Servir refrigerios en los aviones.'

Lo sabía perfectamente.

—¿En serio? —dije—. ¿Por qué? ¿Lo disfrutaban o algo así?

"No", dijo ella con seriedad, "lo hacían porque era una manera de conseguir lo que necesitaban para vivir".

Señalé con la mano la estantería de sándwiches. "¿Quieres decir que esto era todo lo que tenían para comer?"

–No, no, era porque...

Ella se rió de repente. "Me estás tomando el pelo, ¿no?"

–Sí –admití. Empecé a servir el café–. Veamos si podemos hacer el trabajo mejor que los esclavos asalariados, ¿vale?

Cuando terminamos de servir el almuerzo a los demás pasajeros, tomamos nuestras propias bandejas. Vi que ella, al igual que yo, estaba tratando de sentarse sola, así que le pedí que se sentara conmigo. Conversamos mientras comíamos.

No era de buena educación preguntar a los compañeros qué estaban haciendo, adónde iban, etc. Había que buscarse la vida y no fisgonear si no se abrían.

–¿Por qué me dijiste eso del sistema antiguo? –pregunté.

«En este momento», dijo Suze, «soy socióloga».

Saqué a relucir la palabra desconocida de viejos recuerdos.

¿Alguien que estudia la sociedad?

Ella asintió. "Sí, ¡pero ya no hay mucho que estudiar!"

'¿Qué quieres decir?'

–Mira a tu alrededor –dijo, agitando la mano–. Hoy en día, quieres investigar la sociedad, ¿y qué encuentras?

Era una pregunta retórica, pero realmente quería saber su respuesta.

–Bueno –continuó–, todo es tan *obvio*, tan transparente. Todos sabemos cómo funcionan las cosas desde los cinco años aproximadamente. ¡Si preguntas y tratas de averiguarlo, alguien *te lo dirá!* Y será verdad, no hay secretos, no pasa nada detrás de escena. Porque no hay *escenas*, ¿entiendes lo que quiero decir?

–Sí, por supuesto –dije, pensando: «¡Ja! ¡Qué poco sabes, muchacha!». Entonces, ¿qué sociedad estudias, si no la nuestra?

"Estudio el sistema antiguo", dijo Suze, "y aprendo cosas interesantes. A veces no puedo evitar contárselo a la gente. De todos modos, es una manera de hacer que la gente hable".

Resoplé. "Sí, es un enunciado genial", dije. "Casi todo lo que haces te permite decirle a alguien: '¿Sabías que, con el sistema de salarios, algunas personas tenían que hacer esto todos los días o *morir de hambre?*'".

Ella se rió de mi tono fingido de sorpresa y de mi mirada entreabierta. Durante los siguientes minutos competimos por sugerir alguna actividad a la que no se aplicara la afirmación, y descubrimos que nuestros recursos de obscenidad y truculencia eran inadecuados para la tarea.

–De todos modos –dijo cuando nos dimos por vencidas–, en cierto modo es fascinante. –Me lanzó una mirada, como si no supiera si continuar–. El capitalismo tenía una especie de... elegancia. El problema es que, bueno, los viejos, eh, sin ofender, no son muy buenos para explicarlo, porque lo odian tanto, y los viejos libros... –Suspiró y se encogió de hombros–. Simplemente no tienen *sentido*. Tienen todas esas ecuaciones, como la ciencia real, pero miras las suposiciones y piensas, oye, espera un minuto, eso no puede ser correcto, entonces ¿cómo *funcionó*? *De todos modos* –continuó, con más firmeza–, es la única cuestión sociológica interesante que queda. –Miró por la ventana, luego se inclinó hacia delante y habló en voz baja–. Por eso voy a Londres –confesó–. Para hablar con gente fuera de la Unión.

Luego se reclinó y me miró como si me desafiara a escandalizarme, sin estar segura no de haber juzgado mal mi amplitud de miras. No necesitaba fingir mi respuesta: estaba complacida e interesada. Por supuesto, teníamos una red de agentes y contactos en la zona de Londres, y siempre se podía contar con los viejos camaradas, pero mi misión era demasiado secreta incluso para ellos. Nadie sabía que iba a venir ni lo que estaba buscando, aunque esa filtración de información no podía demorarse mucho más. Había esperado tener que confiar en antecedentes aprendidos a toda prisa y posiblemente obsoletos.

Ahora tenía la posibilidad de contar con un guía. ¡Podría ser un golpe de suerte! O algo completamente distinto, si quería ser paranoica al respecto. Sus comentarios anteriores sobre que no había secretos eran demasiado transparentes para ser una especie de doble farol; si ella misma estuviera involucrada en algún secreto (aparte de sus intereses –para algunos– desagradables), difícilmente habría sacado el tema. Y, de todos modos, era demasiado joven...

Estudí su rostro y traté de ocultar mis dudas, mis dudas sobre mí misma. Con el paso de las décadas y los siglos se pierde el don de la conspiración. La División no era la Unión, es cierto, pero incluso nuestra política se había desgastado y suavizado hasta convertirse en no letal, como una pieza de artillería oxidada en un emplazamiento cubierto de musgo: todo nuestro poder destructivo se dirigía hacia el exterior.

Decidí que, ya fuera que su presencia fuera fortuita o el resultado de una de esas fuerzas ocultas cuya existencia ella había negado tan ingenuamente, no podía perder. Si era inocente, entonces conseguiría algunos contactos e información valiosos; si no, la única forma de averiguarlo era seguirle el juego.

Así que dije: «Hmm, eso es interesante. ¿Conoces a muchos no cooperadores?» (Ese era el término educado; los otros incluían «parásitos», «esquirlas», «escoria» y, dicho con desdén y fingiendo un escupitajo, «banqueros»). Se consideraba correcto intercambiar monedas con ellos por

sus extrañas artesanías y excéntricas nanofacturas, y emplearlos como guías, pero la mayoría de la gente se acobardaba ante cualquier contacto más cercano, como si los no cooperantes fueran portadores de alguna enfermedad invisible de la piel.

–Unos cuantos –dijo ella, con aire aliviado–. Estoy estudiando, ya sabes, los patrones comerciales en el valle del Támesis.

'¿Patrones comerciales?'

–La mayoría de la gente piensa que los no-coos viven de robar cosas de la Unión, pero eso es sólo un prejuicio. –Hizo una mueca; seguía hablando en voz baja, como si no quisiera que los demás pasajeros la oyeran–. En realidad son bastante autosuficientes. Fabrican cosas y las intercambian entre ellos, utilizando pequeñas piezas de metal para intercambios indirectos. Por eso, cuando se ofrecen a hacer cosas para los turistas, sólo lo hacen a cambio de piezas de metal. –Suze se rió–. Ahí voy otra vez. Estoy segura de que ya sabes todo esto.

–Bueno, en teoría –admití–, pero será interesante ver cómo funciona en la práctica. El caso es que voy a Londres a buscar a cierta persona. –Pensé en los riesgos. En cuanto aterrizáramos, empezaría a investigar sobre ese tipo, entre todo tipo de personas. Por muy discreta que fuera al respecto, se correría la voz. No parecía haber ningún

problema en empezar ahora-. Su nombre es Isambard Kingdom Malley.

-¿Está *vivo*? -Suze parecía incrédula-. ¿En Londres? La comprensión se dibujó en su rostro.

"Sí", dije. "No es oficial".

Isambard Kingdom Malley era, o había sido, físico. Desarrolló la teoría del todo. Las ecuaciones finales. Cuando yo era tan joven como parezco, había una moda de camisetas con las ecuaciones de Malley. Las llamábamos camisetas ToE⁵. Las ecuaciones, al menos, eran elegantes.

Malley nació en 2039, por lo que tenía seis años en el momento de la Revolución de Otoño. Su teoría nació a principios de la década de 2060, en el breve auge de nuevas tecnologías y avances de investigación que marcó el período en el que el imperio de los EE. UU. y la ONU había caído, pero los bárbaros aún no habían ganado. Su último artículo fue el modesto clásico *Space-time modification with non-exotic matter* (Manipulación del espacio-tiempo con materia no exótica), Malley, IK, Phys. Rev. D 128 (10), 3182 (2080). Estableció la posibilidad teórica del agujero de gusano caótico cuántico y el motor de masa virtual de fluctuación de vacío. Su célebre "Apéndice II: Consideraciones de

⁵ Una teoría del todo (o ToE por sus siglas en inglés, Theory of Everything) es una teoría hipotética de la física teórica que explicaría y conectaría en un esquema teórico unificado las interacciones físicas fundamentales.

ingeniería" señaló algunos problemas prácticos con la construcción de la Puerta y el Motor, en particular que requeriría alrededor de mil millones de veces más potencia computacional que la disponible actualmente.

Una semana después de la publicación del artículo, la revista fue clausurada por el estamento a cargo de su sección local de los antiguos Estados Unidos, por "especulaciones físicas no bíblicas", "blasfemia" y (según algunas fuentes) "brujería". Hay cierta pertinencia elegíaca en la idea de que el artículo que señalaba el camino hacia las estrellas se publicase en lo que resultó ser el último número de la revista: Occidente todavía estaba en alza cuando cayó.

Trece años después, los Guardianes del Exterior construyeron la puerta del agujero de gusano y prendieron fuego a su sonda interestelar, que se dirigía al fin del espacio y del tiempo. El hecho de que nunca llegara al fin esperado—de que, de hecho, todavía siguiera funcionando a pleno rendimiento, transmitiendo datos casi incomprensibles de un futuro inimaginable—refutaba la Teoría del Todo de Malley, que se había basado en la hasta entonces inexpugnable cosmología del universo finito del Modelo Estándar. Pero la de Malley seguía siendo la única teoría que teníamos. Se ajustaba a todos los datos, excepto al hecho irrefutable de la sonda. Dentro de los límites de nuestra ingeniería, la teoría seguía funcionando. Nadie había ideado nada que la sustituyera. (Este era un punto delicado para mí. A veces pensé que reflejaba mal a nuestra sociedad: tal vez,

después de todo, se necesita una cierta inseguridad social fundamental para agudizar el ingenio de los genios. Tal vez no teníamos más posibilidades de desarrollar más física fundamental que las que tuvieron los isleños del Pacífico de desarrollar la máquina de vapor. O –esperé– tal vez simplemente no aparecieran muy a menudo un Newton, un Einstein o un Malley.)

Yo sospechaba que Malley también habría sido un habitante del espacio, pero nunca llegó al espacio. Las últimas bases de lanzamiento de Estados Unidos ya estaban siendo asaltadas por turbas que creían que los cohetes dañaban la capa de ozono o hacían agujeros en las esferas de cristal del firmamento.

Huyó de Estados Unidos a Japón y luego regresó quijotesicamente a Inglaterra en la época de la Muerte Verde, donde trabajó al máximo de su creciente capacidad y de sus menguantes recursos como chamán, distribuyendo antibióticos y antigeriatria a colonos supersticiosos y refugiados nostálgicos, administrando el truco de los telómeros a adolescentes asustados que lo entendían, si es que lo entendían, como otro rito de paso más. Sabíamos que había sobrevivido al siglo de la barbarie y que se había registrado para votar en las elecciones que abolieron formalmente el capitalismo y establecieron la Unión Solar. Evidentemente había votado contra la revolución social, porque en el siglo siguiente de la Commonwealth mundial

se había retirado a los parajes salvajes de Londres, como un obstinado no cooperador.

Necesitábamos urgentemente su cooperación ahora.

Al parecer, Malley seguía el mandato epicúreo de "vivir en el anonimato". Suze nunca había oído hablar de él.

–¿Te gustaría que te acompañara, al menos una parte del camino? –sugirió–. Podría ayudarte a encontrar el camino y tú podrías... Bueno, para ser honesta, hay lugares a los que preferiría no ir sola.

–Sí, me gustaría mucho –dije–. Eso es muy amable de tu parte, Suze.

Me dirigió una amplia sonrisa y me preguntó: "¿Cómo esperas localizarlo? ¿Tienes alguna idea de dónde está? ¿Y por qué quieres hablar con él, de todos modos? Si no te molesta que te pregunte".

Me rasqué la oreja y miré por la ventana. Estábamos de nuevo sobre unas nubes bajas y, a través de su blanco deslumbrante, se alzaba una ciudad a nuestra izquierda. «La torre de Swindon», comentó Suze. Delante de nosotros, la sombra de la aeronave corría como una aleta ondulante por los contornos de las nubes. Miré a Suze.

–No, no me importa que me preguntes –dije–. Te diré las respuestas cuando tengamos un poco más de privacidad. Y entonces, tú decidirás si quieres acompañarme o no.

"Está bien", dijo ella.

–Cuéntame lo que has averiguado sobre Londres –le dije, y así lo hizo. Cuando terminó, ya casi habíamos llegado. Observamos los bosques y los pantanos, las ruinas y los restos de calles y arterias, en cuyos cruces se elevaba el humo de las chimeneas de los asentamientos apiñados. Suze empezó a señalar con entusiasmo los puntos de referencia: el aeropuerto de Heathrow, con su hexagrama de pistas de aterrizaje visible sólo desde el aire, como el sigilo de algún antiguo culto dirigido a los dioses del cielo; la barrera contra inundaciones del Támesis, lejos al este, una solitaria línea de puntos plateados en la llanura de inundación del Támesis; Hyde Park, con su histórico Speaker's Corner⁶, donde el Memorial al Socialista Desconocido se alzaba cien metros por encima de los árboles, contemplando con el desdén de la victoria las torres caídas o en proceso de derrumbe de la

⁶ Speakers' Corner (el "Rincón del orador") es una zona donde se permite hablar en público, la misma se encuentra ubicada en el extremo noreste de Hyde Park en Londres. Contrariamente a la creencia popular no existe inmunidad ante la ley ni existen temas proscritos. En la práctica la policía tiende a ser bastante tolerante y sólo interviene cuando recibe quejas o si se utiliza lenguaje ofensivo.

City; y, cuando la aeronave viró y empezó a descender, nuestro destino, los orgullosos pilares de Puerto Alexandra.

La visión del puerto de Alexandra me puso los pelos de punta. Había sido uno de los primeros centros del movimiento espacial, el antepasado común de los Guardianes del Exterior y de nosotros; había gente viva hoy cuyo viaje al espacio había comenzado en sus atestados vestíbulos, esperando la conexión de dirigibles con los sitios de lanzamiento de Guinea y Kazajstán. Sus mástiles de amarre eran su Estatua de la Libertad, su Ellis Island⁷.

O su Botany Bay⁸. Mis uñas se clavaban en mis palmas. Me di la vuelta y me preparé para desembarcar.

El dirigible se posó, con sus motores zumbando mientras estabilizaba su posición, justo encima del techo plano de la terminal. Una escalera con ruedas subió hasta la salida y todos bajamos. Dos o tres personas que trabajaban en mantenimiento subieron al dirigible y comenzaron a revisarlo; aunque sus sistemas automatizados eran más que

7 Ellis Island en Nueva York es conocida como la isla de la inmigración: millones de inmigrantes llegaron aquí y se les permitió (o no) la entrada a los Estados Unidos para cumplir “El sueño Americano”.

8 El 29 de abril de 1770, Botany Bay fue el lugar del primer desembarco del HMS Endeavour de James Cook en la masa continental de Australia, después de su extensa navegación por Nueva Zelanda.

adecuados para la tarea, hay algo en la aviación que mantiene vivo el hábito de la supervisión humana.

Desde el tejado de la terminal podíamos contemplar una vista casi panorámica de Londres, con sus ondulantes colinas cubiertas de humo de leña. Los árboles se veían interrumpidos aquí y allá por torres cuyo acero y hormigón habían sobrevivido a dos siglos de abandono, y por amplios corredores alrededor de antiguas calzadas. Al este, el río Lee Water se ensanchaba hasta las marismas de Hackney y el lejano resplandor del Támesis. En las colinas cercanas al oeste, las ruinas de los viejos edificios y calles de ladrillo todavía eran apenas visibles en forma de muros desmoronados y losas agrietadas entre los árboles.

Era un error muy extendido –y, para ser sinceros, ninguno de nosotros había considerado nunca políticamente correcto corregirlo públicamente, aunque los hechos estaban a la vista de cualquiera que quisiera verlos– que la Muerte Verde fuera una plaga única, el resultado de un virus diseñado genéticamente por alguna facción verde en un ataque de exageración maltusiana. Una epidemiología más sobria ha revelado que se trató de varias enfermedades, probablemente naturales, que atacaron todas al mismo tiempo y que fueron propagadas por soldados, refugiados y colonos. El desorden y el debilitamiento de los sistemas inmunológicos sociales de la medicina y la ciencia fueron, de hecho, en parte responsabilidad de los estamentos verdes y sus numerosos aliados y precursores, y se remontan a un

siglo o más de irracionalismo y antihumanismo. De hecho, el abandono frenético de las ciudades como focos de la plaga fue en sí mismo, en parte, el resultado de esa forma de pensar, y probablemente provocó más muertes que las enfermedades. Así pues, aunque los Verdes no fueron tan responsables como se creía en un principio de los miles de millones de muertes, me resulta difícil reprochar a nadie los llamados "excesos" posteriores a la liberación (de todos modos, las cifras de ejecuciones fueron infladas por comités locales demasiado entusiastas. No fueron más de cien mil en todo el mundo. Como máximo, sinceramente).

El efecto a largo plazo de la Muerte Verde no se produjo en el tamaño de la población (que se recuperó bruscamente después de la revolución social y ahora lo hacía muy bien, gracias a dios), sino en su distribución. La mayoría de las antiguas metrópolis permanecieron vacías mucho después de que se volvieran perfectamente seguras para vivir. Se dejaron, felizmente y de manera bastante apropiada, en manos de quienes rechazaron la nueva sociedad y prefirieron alguna versión de la antigua.

El campo también estaba volviendo a su estado natural, a medida que la agricultura fue reemplazada por la acuicultura, la hidroponía y la fotosíntesis artificial. Sin embargo, fue cedido con menos frecuencia a los no-coos que las antiguas ciudades, debido a su valor recreativo para la gente de las densas arcológicas de la Unión.

El puerto de Alexandra había cambiado poco, porque nunca había sido abandonado a los estragos de la naturaleza o del hombre. Durante la Muerte Verde había sido un conducto para los refugiados que salían y para la ayuda que llegaba, e incluso durante el siglo de colapso de Occidente había sido mantenido por el remanente terrestre del Movimiento Espacial, sus límites vigilados, su personal suministrado desde el exterior, una guarnición en medio de la desolación.

Todo era igual que en las fotos antiguas, pensé mientras descendíamos hacia el vestíbulo: el Palacio del Pueblo, de estilo retro incluso cuando era nuevo, en el siglo XX, y los edificios terminales y talleres más nuevos, del siglo XXI, que se extendían por la cima de la colina bajo las altas torres. La única evidencia de tecnología moderna que pude ver fue la escalera mecánica por la que bajamos y su continuación en la pasarela rodante que nos llevó a la salida. La fluidez continua del plástico –no nanotecnológico, solo inteligente– habría desconcertado a los primeros ingenieros del complejo.

Caminamos hasta el Palacio del Pueblo, que ahora es una casa de huéspedes y también un hogar para los trabajadores del Puerto. Miré el sol y mi reloj.

–¿Nos quedamos aquí a pasar la noche? –sugerí–. ¿Seguimos nuestro viaje por la mañana?

Suze asintió. –Sí, es demasiado tarde para viajar –dijo–. Conozco algunos lugares donde dormir en Londres, pero son algo que se hace estrictamente por la experiencia. Consultamos en el tablón del vestíbulo y vimos que había muchas plazas libres; la mayoría de nuestros compañeros turistas aparentemente preferían el dudoso glamour y la aventura de buscar alojamiento en una de las posadas o pabellones de caza de Londres. Elegimos una habitación doble en el ala oeste y subimos nuestras cosas. Había una pequeña estufa, café y otros suministros en la habitación, y una invitación a la cena y/o a actividades sociales posteriores. Mientras Suze se duchaba, le pedí al traje que hiciera un discreto barrido de la habitación. No encontró nada, aparte de la fauna y los insectos habituales. Definitivamente no había ningún otro tipo de bichos, no es que esperara seriamente ninguno, pero era rutinario, como la inspección del dirigible.

Suze salió de la ducha justo cuando el agente del traje estaba presentando su informe.

–¡Oh! –dijo–. Un ratón de mascota. ¡Qué tierno!

–Grrr –dijo el gestor del traje, pero estoy seguro de que lo único que Suze oyó fue un chillido. Me di una ducha y salí para encontrarme con que Suze había preparado café y se había vestido para la cena.

–Gracias –dijo tomando el café–. Bonito vestido.

Suze lo miró con aire de suficiencia. "Se llaman pliegues Fortuny", dijo. "Puedes hacerlos una bolita en una mochila y, cuando los desfrunces, siguen luciendo geniales".

«Ah», dije, «tengo algo que mostrarte».

Me volví a poner la ropa, que todavía estaba sudada y arrugada por el viaje. Todo eso formaba solo una parte del traje (el resto era el ratón y la mochila con su contenido), pero aún quedaba suficiente para que hiciera el truco de Cenicienta e imitara la red y el encaje de un recuerdo archivado de la espuma de una debutante. Me di la vuelta y sonreí al ver la boca abierta de Suze.

–Traje espacial de materia inteligente –le expliqué mientras me sentaba y acariciaba sus faldas abullonadas. Suze todavía tenía los ojos desorbitados.

'¿Eres del espacio?'

–Sí –dije–. De la División Cassini, en realidad.

–¡Guau! –La mirada de asombro de Suze se transformó en una emoción sobrecogida y ligeramente culpable, como ya había experimentado antes. En un mundo de abundancia, paz y seguridad, la División era el mayor foco del morboso atractivo del peligro, la excitación sexy de la violencia. Había quienes la despreciaban y temían por esa misma razón, y quienes –a veces en secreto, incluso para sí mismos– la amaban. Suze, al parecer, estaba entre estos últimos.

–Por eso quiero hablar con Malley –dije.

–¿Sobre el agujero de gusano? –dijo una chica lista.

–Sí. Queremos que nos muestre cómo atravesarlo para llegar a Nuevo Marte.

'¿Empezar nuestro *propio* asentamiento?'

Negué con la cabeza con firmeza. '¡No necesitamos otro montón de desiertos!'

Algo –una luz repentina en sus ojos– me dijo su respuesta secreta: ¡lo necesitamos, lo necesitamos! No todo el mundo se sentiría así, pero yo sabía que había suficientes personas como para que Wilde hubiera visto esa mirada todas las veces que contaba sus historias. No era de extrañar que tuviera la loca idea de que si podíamos pasar, colonizaríamos el lugar.

–Entonces, ¿por qué tenemos que ir allí? –preguntó Suze–. ¿Por qué ahora?

–Tenemos que atravesarlo –dije con cuidado–, porque existe la posibilidad de que la gente del otro lado del agujero de gusano esté jugando con las mismas entidades en las que se convirtieron los Guardianes del Exterior (los jovianos) en este lado. Vamos a atravesarlo y los detendremos, con lo que sea necesario. (Esto era cierto, hasta cierto punto, que

no era mucho.) Suze se recostó en uno de los sillones y me miró, sacudiendo la cabeza.

¿Por qué la gente no *sabe nada* de esto? ¿Por qué no nos lo han dicho?

"No lo estamos manteniendo en secreto", dije. "Es solo que hemos publicado la información en informes científicos y demás, en lugar de hacerla pública. Hasta ahora, todos los que han logrado averiguar qué está pasando deben estar de acuerdo con nosotros en que no hay necesidad de entrar en pánico".

–Puede que sea cierto –dijo indignada–, pero es necesario hablar de ello. No puedes hacer *algo* así sin más, sin ningún tipo de...

–¿Autorización? En realidad, podemos, en el sentido de que nadie podría detenernos. No queríamos hacerlo, porque nosotros –es decir, la División– nos desmoronaríamos si alguna vez nos enfrentáramos a la Unión, porque tenemos una minoría fuerte y bien armada que *no* querría ir contra la Unión. Pero, de hecho, tenemos autorización. Tenemos el mandato de proteger el Sistema Interno de amenazas externas, y si una posible invasión poshumana que salga del agujero de gusano no es una de ellas, no sé qué lo es.

Suze todavía parecía preocupada. "¿Qué pasa con los Nuevos Marcianos?" preguntó. "No los creería muy de acuerdo".

Me reí. "Si siguen siendo personas... son solo un grupo de intrusos. Y sabemos cómo tratar con *ellos*".

Suze me lanzó una mirada extraña y parecía estar a punto de hablar, pero fuera lo que fuera que tenía en mente, lo pensó mejor.

–Bueno –dijo alegremente–, ya basta de esto. Vayamos a buscar algunos aviadores en este Palacio del Pueblo.

La cena se celebró en el gran salón, con antes una de las reuniones diarias de planificación (nos sentamos en el bar) y un baile después. El salón, un antiguo centro de exposiciones, estaba decorado con murales que representaban episodios de la historia de Londres: la peste, el incendio, los bombardeos, la muerte; las batallas de Cable Street, Lewisham, Trafalgar Square, Norlonto; los horrores de la vida bajo los Verdes (un panel particularmente imaginativo mostraba a un racionalista perseguido atado a un árbol y abandonado a su suerte para que muriera de hambre y deshidratación, salvajes Verdes regodeándose bailando alrededor y una mujer leal acechando entre los arbustos cercanos, grabando las palabras del evangelio negro que él graznaba con su boca reseca); la alegría y la venganza de la liberación, multitudes vitoreando dando la

bienvenida a las tropas chino-soviéticas (los Sheenisov, como todo el mundo todavía los llama) y colgando a los jefes Verdes y a los brujos de sus propios árboles sagrados; la tensa votación de la revolución social. Algo edificante.

La otra decoración del salón, la de sus ocupantes, era más atractiva. El vestuario en la Tierra suele seguir las tradiciones y técnicas locales; aquí, era un estilo autóctono, recogido (como más tarde nos dimos cuenta) de los no-coos: algodón, con muchos tintes y bordados. Algunas de las prendas que se usaban después del trabajo eran mucho más bonitas que las nuestras, pero al menos nuestros vestidos de fiesta nos identificaban como visitantes. No nos faltó atención y, de hecho, cada uno de nosotras atrajo a un piloto.

Temprano a la mañana siguiente, cada una por su lado, regresamos a la habitación en la que ninguna de las dos había pasado la noche, recogimos nuestro equipo y desayunamos en el salón principal. A la luz del día, los murales parecían espeluznantes e ingenuos en lugar de heroicos. La luz del sol que se filtraba a través de los paneles del techo era brillante y cálida. Suze extendió un mapa.

"Bueno", dijo ella, "¿a dónde vamos hoy?"

"Nuestro amigo vive actualmente en Ealing Forest", dije.
"Tengo una especie de dirección suya. Va a una escuela

técnica no universitaria y es conocido por recorrer los mercados en busca de libros y equipos antiguos".

–Fácil –dijo Suze–. Conduciremos por el camino principal hasta el mercado de Camden, dejaremos el coche en la estación de la Unión y luego tomaremos un barco por el canal hasta la North Circular... –su dedo señaló un sendero marcado en el mapa y luego lo trazó hasta otra línea delgada–... y luego bajaremos hasta Ealing.

'¿Estás segura de que el canal es lo más rápido?'

Suze asintió con energía. –Los caminos los mantienen los no-coos y son exactamente como se esperaba. Las vías fluviales son nuestras. Todo, desde el dragado hasta el mantenimiento de las esclusas, lo hacen las máquinas de la Unión.

'¿Por qué?'

Ella se encogió de hombros. "Es la forma menos molesta de mantener la presencia. Y si alguna vez necesitamos aumentarla, los canales tienen la gran ventaja de dar la vuelta por detrás, especialmente con aerodeslizadores".

–Hmm –dijo–. Me pregunto si podríamos salirnos con la nuestra si tomáramos prestado un aerodeslizador.

"Es demasiado ruidoso. A los turistas no les gusta y los lugareños esperan problemas".

Como vehículo compartido elegimos un cochecito robusto y bajo con ruedas que, según las especificaciones, podía sortear cualquier bache o raíz de árbol de Londres. Los controles eran estándar, pero yo todavía no confiaba en mis reflejos en esta gravedad, así que Suze tomó el volante. Condujimos por la larga y sinuosa carretera hasta la salida sur, atravesando una multitud de gente importuna (para mí, una experiencia nueva y alarmante; para Suze: "Solo mendigos y vendedores ambulantes; te acostumbrarás"), subimos y cruzamos una colina, y descendimos hacia el bosque salvaje.

El compacto motor eléctrico del vehículo no hacía ruido. Mientras conducíamos lentamente por los senderos embarrados, a la sombra de altos robles y olmos que goteaban la lluvia de la noche anterior, podíamos oír el constante canto de los pájaros, el ocasional aullido de un lobo o el ladrido de un zorro, y la lejana y extraña risa de los gibones. Los cernícalos volaban por encima de los senderos del bosque. Las palomas torcaces revoloteaban entre los árboles y, de vez en cuando, el vívido destello de un periquito pasaba ante nuestros ojos asustados. De vez en cuando, un pequeño ciervo saltaba al sendero, nos miraba y salía corriendo, con sus cascos resonantes inesperadamente fuertes.

La mayor parte de las ruinas a ambos lados estaban cubiertas de hiedra, cuyos cables verdes arrastraban silenciosa y lentamente los ladrillos desmoronados hacia la

tierra. Sin embargo, algunas de las paredes mostraban señales de reparaciones recientes, con arcilla y zarzo o ladrillos canibalizados de otras ruinas que llenaban los huecos, y los techos (normalmente uno o dos pisos más bajos que los originales) tenían vigas y paja. Había claros donde se habían construido aldeas enteras con materiales reciclados, sin que quedara en pie ni un rastro de los edificios originales. Nos acostumbramos a considerar el humo que se elevaba más adelante como una señal para reducir la velocidad y tener cuidado con las gallinas que se escabullían, los cerdos que deambulaban, los perros que ladraban y los niños que corrían y gritaban. El interés de los adultos variaba desde encubierto y hosco hasta abierto y servil; estos últimos llamaban frenéticamente nuestra atención hacia mercancías que se representaban o describían en carteles llamativos.

Le planteé a Suze una pregunta que se me había ocurrido al comparar los mapas políticos antiguos con los actuales: que las comunidades actuales podían ser vestigios de las antiguas, con fundamentalistas cristianos floreciendo aquí, tribus caóticas alrededor de Puerto Alexandra, usureros que todavía rondaban las torres inclinadas junto al río, musulmanes al este e hindúes al oeste... pero ella me sacó de esa idea fantasiosa. Las vastas migraciones del siglo de la Muerte y del siglo oscuro habían literalmente arrasado la gran ciudad, sin dejar rastro de sus antiguas y conflictivas culturas.

El tráfico humano en el camino aumentó a medida que, durante la siguiente hora, nos acercábamos al mercado de Camden. Había pocos vehículos a motor y los tirados por caballos eran apenas un poco más frecuentes. Los peatones generalmente caminaban en grupos: alegres grupos de turistas con mochilas y rifles, que nos saludaban con la mano al pasar; y serios escuadrones de no-coos, caminando con cargas pesadas sobre sus espaldas, o en animales sobrecargados, o en carros igualmente sobrecargados. Los no-coos por lo general no nos dedicaban más que una mirada calculadora o una sonrisa astuta.

El mercado de Camden Lock, un enorme y pisoteado claro en la intersección de varias calles y un canal importante, tenía el aspecto de un lugar que los árboles –y sus adoradores– nunca habían conquistado. Al igual que Puerto Alexandra, pero por razones económicas más que estratégicas, había permanecido vivo y en funcionamiento a pesar de todos los desastres que habían asolado la ciudad. En términos físicos, era incluso más grande que en el siglo XXI, porque algunos de los otros mercados tradicionales de Londres, en el este, se encontraban ahora a dos metros bajo el estuario del Támesis cuando bajaba la marea.

Nuestra primera parada fue la estación de servicio de la Union, una zona cercada con vallas en el borde del mercado. Dentro de la puerta vigilada de forma informal había un garaje bajo, un almacén y un edificio de descanso y recreación. Suze miró a este último con desdén.

"Para cobardes", comentó. "¿Qué sentido tiene venir aquí si no estás dispuesto a relacionarte?"

Después de dejar el vehículo en el garaje, cargar nuestras mochilas, enfundar nuestras pistolas y pasear por allí unos minutos, empecé a entender exactamente cuál era el objetivo. El lugar estaba destinado a provocar un fuerte choque cultural en la mayoría de los habitantes de la Unión. A mí me parecía un caos absoluto y sonaba –por utilizar palabras que tienen sus raíces en antiguas experiencias de situaciones similares– como una bárbara Babel.

El mercado consistía en largas áreas valladas llenas de bestias de ojos tristes; mesas de mármol con sangre chorreando, apiladas con la carne de las bestias; peces nadando en tanques de vidrio o dando tumbos sobre losas; mesas de madera con dosel apiladas con cerámica, armas, libros, maquinaria, ropa, textiles, hierbas, drogas, antigüedades, alimentos; percheros en los que los abrigos se balanceaban y los vestidos revoloteaban con la cálida brisa.

Detrás de cada puesto y mesa había una persona cuya ocupación a tiempo completo era cuidarlo, vigilarlo, hablar con cualquiera que estuviera al otro lado de la mesa y pasarle la mercancía a otro y cobrarle el dinero que había que conseguir en La Unión en sitios dedicados. Los vendedores y los compradores llenaban el aire con el sonido de sus regateos, disputas, bromas, burlas, ofertas y rechazos; y con la música grabada que cada comerciante y la

mayoría de sus clientes infligían discordantemente a todos los demás, reproducida a un volumen insociable desde unos aparatos portátiles que se llamaban adorablemente altavoces.

Luego estaban los olores de los animales y su estiércol y su matanza, de la gente y su sudor y los olores que no lograban disimularlo, de drogas herbales fumadas que, comencé a sospechar, no eran una recreación aquí sino una necesidad.

Me detuve frente a un puesto en el que se colocaban hojas secas de tabaco y cáñamo en fardos etiquetados, cuidadosamente ordenados en cajas abiertas por la parte superior. La mujer que estaba detrás del puesto estaba elegantemente vestida con una blusa de algodón bordada y una falda larga de algodón estampada, recogida en la cintura con un cordón. Era difícil calcular su edad: como muchos de los adultos no-coos, parecía combinar la desapegada vigilancia de la edad con el inocente egoísmo de la juventud y, además, sus cosméticos formaban una máscara desconcertante: sus mejillas estaban enrojecidas, el resto de su rostro estaba blanco, los ojos se oscurecían y los labios se ruborizaban, como si hubiera estado despierta toda la noche y ahora estuviera en un estado de excitación sexual. Pero tenía una sonrisa atractiva.

–Suze –dije dándole un codazo–, ¿podríamos...?

Suze sonrió y asintió, luego, cuando metí la mano en el bolsillo de mi mochila, frunció el ceño y negó con la cabeza.

"Lo haré", murmuró.

Miró a la mujer que estaba detrás de la mesa y tocó una hoja etiquetada 'Kent Ganja'.

'¿Cuanto pides por esto?'

"Lo mejor, señora", dijo la mujer. "Dos gramos de oro y cinco gramos de plata por onza".

(Eso fue lo que más tarde descubrí que dijo. En ese momento su extraña cancioncilla llegó a mis oídos como: 'Besstuff lady, dos gramos de oro y cinco gramos de plata y una vez').

Suze se encogió. –¡Fackinell! –dijo–. ¿Thassexpensiv init? (Todavía no lo he descifrado; lo dejaré como sonó).

–No –dijo la mujer–. Del otro lado del río, eso es todo. El transporte es una auténtica locura. No encontrarás nada más barato en ningún otro sitio.

Señaló con la mano al resto del mercado. "Pruébenlo ustedes mismas. Volverán".

–No es probable –dijo Suze, tomándome del codo y alejándome con firmeza. Habíamos dado apenas unos pasos

cuando la mujer gritó: –Muy bien, te daré uno especial, solo para que lo pruebes. Además con paypas.

Regresamos y, tras unos cuantos intercambios verbales, el trato quedó cerrado. Para mi sorpresa, tanto la mujer como Suze se sonreían, aparentemente satisfechas con un resultado que, según ambas, si se repetía con demasiada frecuencia, reduciría a una u otra a la más absoluta miseria.

Nos sentamos en una mesa a unos metros de distancia y pedimos café y panecillos rellenos de carne cocida que casi con toda seguridad no provenía de plantas de hoja verde azulada. No soy sentimental con los animales, pero traté de no pensar demasiado en ello: los moluscos marinos son una cosa, los vertebrados son otra. Cuando terminamos de comer, Suze hizo un pequeño porro de tabaco y cáñamo, lo encendió y me lo pasó después de unas cuantas caladas apreciativas.

"Buen material", dijo ella.

Lo probé y lo confirmé. "Sí", dije. "Tal como dijo la mujer. Pero ¿no le desagradaste por la forma en que la obligaste a aceptar tan poca cantidad de plata a cambio?"

Suze soltó una carcajada. "Consiguió un precio muy bueno, una cantidad aceptable de plata, por ello. Ella está contenta con la plata y nosotras estamos contentas con el cáñamo. Oh, gracias".

La miré mientras volvía a insistir. '¿Entonces ambas estaban mintiendo?'

–No, claro que no –dijo Suze riendo–. Es una convención. Como hacer un farol en un juego de estrategia.

–Pero ¿por qué te molestaste en regtear? ¿Por qué no le diste lo que te pidió desde el principio? Quiero decir... –Me encogí de hombros, teniendo la suficiente inteligencia para entender que decir en voz alta cuánto metal teníamos encima podría no ser una buena idea.

–Ah –dijo Suze–. Es un punto interesante. En teoría, vale, todos los turistas de la Unión que vinieran aquí podrían traer todos los artículos negociables que quisieran y comprar todo lo que quisieran. Lo único que ocurriría sería que la cantidad que los lugareños esperasen por sus productos aumentaría y todo el mundo estaría en peores condiciones. Esa es una de las cosas que se les explica a los que vienen por primera vez. Antes se llamaba inflación cuando había estados. –Frunció el ceño–. Más o menos, excepto que usaban dinero ficticio...

La interrumpí apresuradamente, sin querer meterme en otra complicación

–¿Dinero de mentira? *¿Qué dices?*

–Vale, pero si la mujer hubiera insistido en su primera oferta, ¿qué...? ¡Ah, ya veo! Te habrías ido a otro puesto.

Suze sonrió y le devolvió el porro. –Ya puedes convertirte en economista.

'¡Ja! Resulta difícil creer que en algún momento el mundo entero se manejara así.'

Suze asintió con seriedad. –Así y con varias combinaciones de eso y de empujar a la gente. Es extraño.

Nos levantamos para irnos y nos llamó un grito indignado del cuidador del puesto de comida.

–¡Lo siento! –le dijo Suze, ruborizándose mientras le pasaba una moneda de plata–. Quédate con el cambio.

Le llevó aún más tiempo explicarme eso: la costumbre de un precio que no estaba incluido, además del precio; una suma que nunca se pedía, pero cuya omisión siempre era resentida. Caminamos hacia los puestos de libros y máquinas. El humo, el café y la comida habían alterado la química de mi cerebro de la manera que yo esperaba. Me estaban ayudando a adaptarme a lo que estaba sucediendo a mi alrededor, pero aun así dejé que Suze hablara.

Recorrió los puestos de libros, las tiendas de máquinas y los tanques de nanotecnología, haciendo alguna que otra pequeña compra y, al parecer, haciendo preguntas ociosas sobre Malley. A veces usaba su nombre completo, a veces simplemente se preguntaba en voz alta si alguien había oído hablar de «el científico» o «el viejo doctor». La mayoría de

los vendedores parecían conocerlo de vista y le ofrecieron un trato menos duro que el que recibían otros turistas de la Unión. En el último puesto, cogió y hojeó un obsoleto libro de texto de física que había desenterrado de una de las cajas de plástico que había al pie del puesto.

–Ojalá conociera a alguien que pudiera explicarme esto –dijo, entregándole el libro con indiferencia al vendedor. Era un tipo regordete, incluso para un no-americano, de piel rosada y envuelto en un curioso abrigo de retazos multicolores que lo hacía parecer un mago rechoncho. Miró el libro; entrecerró los ojos y de repente apretó más el agarre. Retiró el libro.

–Lo siento, señorita –dijo–. No está en venta.

Suze le dirigió su mejor mirada de turista inocente.

– ¿Ah, qué pena? ¿Por qué no?

'Un tipo, Wheeler, me ha pedido que guarde algo para el profesor.'

–Claro –dijo Suze–. El profesor Malley, ¿no? –Parecía olvidarse del asunto, inclinándose hacia delante y abalanzándose sobre una copia del raro *Home Workshop Nanotech (Trabajo nanotecnológico en casa, Loompanics, 2052)*. –¡Oye, mira esto! –Me lo pasó y miró de nuevo al comerciante, con las cejas enarcadas.

–Sí, Malley –dijo–. Viene de vez en cuando, aunque hace unas semanas que no lo veo.

–Todavía dirige una escuela en Ealing, ¿no?

–Así es –dijo el tendero. Su acento se mezclaba con el del habla local, pero su dicción era más clara, al menos para mí. Suze miró el precio escrito a lápiz en la contratapa del libro y le pasó al hombre una moneda de oro, sin su habitual regateo. Él pareció tomarlo como un pago por algo más que el libro (estaba empezando a entender cómo funcionaba la mente de esa gente, pensé con aire de suficiencia) y continuó:

–Es curioso que preguntes por él. –Se rascó la barba incipiente de la barbilla–. Un par de los tuyos... –tosió–... eh, el otro día vinieron miembros de la Unión a buscarlo.

Sentí una sacudida de sorpresa.

–Sí, es bastante famoso, la verdad –respondió Suze con ligereza–. Estoy segura de que mucha gente quiere hablar con él. Me pregunto si es alguien que yo conozca.

Se encogió de hombros. «Es difícil decirlo, para todos vosotros... Lo que quiero decir es que eran dos tipos, ¿no?, de más o menos tu edad (la edad real) y de más o menos la altura de ella.» Me señaló a mí. «Altos, morenos, pero no... eh, más parecidos a los indios que vosotras, chicas, si sabéis a qué me refiero.»

–¿Notaste –pregunté con cuidado– algo inusual en la forma en que se movían?

Su rostro se iluminó. –¡Sí! ¡Eso es! Había algo en ellos que me molestaba. No podía precisar qué era. Pero uno de ellos tenía una forma extraña de agarrarse al borde de la mesa, como lo que estás haciendo ahora... –La solté y me enderecé, cohibida–, y ambos tenían una forma de dejar caer las cosas. Libros que habían recogido. –Se sacó un lápiz de detrás de la oreja y lo demostró, imitando a alguien que dejaba distraídamente el lápiz encima de la mesa, luego se daba vuelta y lo buscaba donde no estaba. Todos nos reímos.

–Creo que sé quiénes son –sonreí–. ¿Cuándo dijiste exactamente que estuvieron aquí?

–Debió el ser domingo –dijo el hombre–. Mercado de fin de semana. Hoy es entre semana.

Hoy era miércoles (tuve que pensarlo un momento). Asentí y sonreí. “Muchas gracias”.

"Nos vemos", dijo el vendedor.

–Salud, Tommy –dijo Suze, y nos fuimos. Suze estaba concentrada en el viejo libro que había comprado, señalándome sus instrucciones terriblemente precisas para construir replicadores nanotecnológicos utilizando únicamente una computadora primitiva, un microscopio

electrónico de efecto túnel hecho con partes de televisión y algunos productos químicos que probablemente se encontrarían debajo del fregadero de la cocina y en los que los resultados podrían ser «aislados de manera segura», según el autor diabólicamente irresponsable del libro, un tal Dr. Frank N. Stein (probablemente un seudónimo, me dijo Suze solemnemente).

“Se vende sólo con fines informativos”, dijo, citando con incredulidad la advertencia del editor. “¡Sabes, el material que contiene este libro *sigue siendo* peligroso! ¡Podrías iniciar tu propio *brote* con él!”.

"Menos mal que lo sacaste de las manos calientes de los no-coos", dije.

Ella me miró y dijo: "Hmm, es un punto. Nunca había pensado en eso".

Habíamos llegado al final de uno de los pasillos de puestos. Seguí caminando hasta que llegamos al borde del claro. Suze me siguió hasta la sombra de uno de los árboles altos. Nos sentamos en un tronco de haya y miramos hacia atrás, al mercado, cada vez más concurrido.

–Bueno –dije, dejando escapar un largo suspiro–, no tenía idea de que todavía lo hacían como tú, Suze. Eso fue brillante. Podrías ser como uno de esos tipos de los viejos tiempos, un espía o un detective o lo que sea.

–Ah, gracias. –Suze cogió un grano seco y empezó a arrancarlo con las uñas–. Supongo que, en cierto modo, soy investigadora. –Me lanzó una mirada incómoda, casi avergonzada, y me pregunté, no por primera vez, qué presiones sociales –tan indetectables para ella, tal vez, como la presión del aire que respiraba– se ejercían sobre ella desde la sociedad que no estaba investigando: la suya propia–. Así que hay otras personas buscando a Malley.

–Sí –dije–. Y ninguno que yo conozca, te lo aseguro.

–Quizás sólo sean estudiantes, ansiosos por hablar con un gran físico –dijo Suze en tono monótono–. ¿Qué era eso de la forma en que se movían?

–Espaciales –dije–. Reflejos clásicos de baja gravedad. Lagrangers o Loonies, si me preguntas. No de la División, hasta donde yo sé.

–¿Pero lo sabrías?

–Supongo que sí.

Suze me miró arqueando una ceja. "Sé lo que es necesario saber", dijo. Volvió a mirar hacia abajo y luego hacia arriba. "Por los libros".

Lo tomé como un reproche y tuve un impulso momentáneo de contarle todo, pero me resistí.

–Ese librero –dije–. Lo llamaste Tommy. ¿Lo conoces?

"Hablé con él un par de veces", dijo. "Es un ex unionista".

–¿En serio? Bueno, eso explica su forma de hablar.

Suze se rió. "Somos muy conscientes de nuestra superioridad, ¿no?"

–Supongo que sí. –Bueno, éramos superiores. Nunca había considerado el asunto. –¿Por qué alguien debería abandonar la Unión?

"Le pregunté eso", dijo Suze. "No pude obtener ninguna respuesta que tuviera sentido". Parecía una admisión de fracaso personal. "No se llevaba bien con los compañeros, así lo expresó".

"Con treinta mil millones para elegir, me sorprende que no pueda llevarse bien con cualquiera".

«No creo que se refiriese a ningún individuo en particular».

Hice una mueca. "Qué raro. De todos modos, es asunto suyo".

'¡Así es *exactamente* como lo expresó!'

Miré las hojas salpicadas de sol. Una ardilla saltaba por una rama baja, me miró y empezó a regañarme, igual que mi conciencia.

–Ya es casi mediodía –dije–. Creo que será mejor que me vaya.

La expresión de Suze se ensombreció. "¿No quieres que te acompañe?"

Me incliné y le apreté la mano. –Me has ayudado mucho, Suze. Pero... creo que no sería justo involucrarte más en esto. Podría ser más peligroso de lo que esperas.

Ella protestó más, sin resultado, pero con aparente alegría me condujo al muelle y se despidió de mí con un abrazo inesperado y más que amistoso.

Pedí prestada una pequeña lancha neumática con motor eléctrico. Podía alcanzar cinco kilómetros por hora y, aun con los inevitables retrasos en las esclusas, sólo tardaría un par de horas en llegar a la estación Union, en la intersección del Grand Union Canal y el sendero conocido como North Circular.

El canal, bajo los robles, las hayas y los sauces que sobresalían de las orillas, solía estar oscuro. El camino de sirga no había recibido mantenimiento, de modo que el único tráfico era el de propulsión propia: las barcazas de comerciantes y viajeros que avanzaban lentamente, las lanchas, esquifes y kayaks de los excursionistas de la Unión que pasaban silenciosamente por el agua. Las dragas y otros robots de mantenimiento se dedicaban a su trabajo, y se

vislumbraban brillantes cangrejos de metal arrastrándose por el fondo o trepando por las orillas. Bancos de pececillos y espinosos levantaban el hocico a la superficie, y observaban el agua como breves ráfagas locales de lluvia; las garzas y los martines pescadores apuntaban en respuesta. Allí donde la orilla de piedra o ladrillo se había desmoronado hasta la línea de flotación, los ciervos y los ualabíes alzaban la vista cuando yo pasaba. Los puentes eran en su mayoría recientes, de madera; todos, salvo unos pocos, de los viejos puentes de piedra se habían derrumbado hacía tiempo, y sus restos habían sido sacados del agua y arrojados en montones sin contemplación a cada lado.

Me acomodé en el colchón de aire del bote, con el timón bajo un codo, y relajé mis músculos mientras dejaba que mi mente volara libremente, superando gradualmente el efecto persistente de la articulación.

Desde el cuello de mi camisa dejé que un zarcillo del traje subiera por mi cuello, sobre mi mandíbula y mejilla y alrededor de la parte posterior de mi globo ocular, donde se conectaba con mi nervio óptico.

Cualquiera que estuviera a menos de unos pocos pies de distancia lo notaría y probablemente lo reconocería, pero para alguien más lejos parecería una extraña cicatriz delgada como un cabello. Por el momento, lo dejé para mantener mi posición en una representación del mapa, que con un guiño deliberado podía ver frente a mis ojos como una imagen

residual. Minuto a minuto, la diminuta cuenta de mi Posición Global en tiempo real se movía a lo largo del alambre retorcido y curvado del canal a escala reducida.

Lo analicé todo y me preocupé. Dos hombres del espacio iban tras Malley y me llevaban tres días de ventaja. Una de las cosas más pequeñas que no le había dicho a Suze era que había una facción (no, eso era decir demasiado), una escuela de pensamiento en la División (y, más ampliamente, entre los colonos espaciales fuera de ella, e incluso en la Tierra) que quería negociar con los Guardianes del Exterior. ¡Como si fuera posible! La sola idea de intentar negociar con entidades que podían usar cualquier comunicación para corromper tu cerebro tan fácilmente como hackear un ordenador me hacía sentir frío y náuseas. Si los hombres que buscaban a Malley formaban parte de este grupo (los llamábamos apaciguadores), entonces podríamos estar en el peor de los problemas.

Y no había forma de poder pedir ayuda sin aumentar el peligro en el que me encontraba.

El motor del barco tenía un poco más de velocidad para casos de emergencia; me incliné hacia delante y presioné con fuerza la palanca.

Llegué a la estación de la Union un cuarto de hora antes de lo que había calculado. Desinflé el barco, cogí otra bombona de gas y la empaqué en otro carrito prestado. Después fue

cuestión de conducir hacia el sur, abriéndome paso con cuidado entre losas de hormigón levantadas y árboles caídos.

El tráfico era lento en la Circular Norte.

III. NOTICIAS DE NINGUNA PARTE

La artillería se está volviendo loca. Las alarmas hacen que los mamparos tamborileen y los ligamentos periodontales resuenan: me duele toda la mandíbula cuando me estrello contra el asiento. Reboto hacia atrás, luego el asiento me agarra y me abraza. El traje se pone rígido por un segundo (*¡no puedo moverme!*), todo se vuelve negro por un segundo (*¡sacaremos ese bicho del próximo lanzamiento o alguien MUERE!*), luego las fibras ópticas se cortan y las juntas se articulan y mis dedos golpean las almohadillas del apoyabrazos y estoy al mando.

'¡Calla ese ruido!'

Mis dientes y mis oídos cantan de alivio. Miro hacia adelante. La Puerta está a sesenta y tantos kilómetros de distancia, justo en el punto de mira, como siempre, y el

número de naves invasoras o cometas proyectiles o seres innumbrables lovecraftianos que se dirigen directamente hacia nosotros es, cuéntelos, *nulo*.

"Si esto es otro simulacro chapucero, yo..."

"ESTO NO ES UN SIMULACRO", dice la nave. Baja la voz a medida que aumenta la amplificación; las lentes hacen zoom, las cámaras hacen clic. "Miren".

Es diminuta. La lectura de la retícula muestra, ¿qué?, 24 pulgadas de ancho. En el Control de Fuego de estribor, alguien se ríe. Mi primer pensamiento es: *¡bienvenido de nuevo, Pioneer 10!* Es, de hecho, como una sonda espacial temprana: cuerpo como el de una araña, cerebro como el de un mosquito; pero (pensándolo bien) *no es una de las nuestras*. No se corresponde con ninguno de los diseños de naves espaciales que los humanos hayan construido jamás (las conozco todas, como las caras de viejos amigos) y la instrumentación aparentemente sólida de la cosa es (*clic, clic*) de repente, descaradamente, material nanotecnológico. Las profundidades fractales de materia inteligente aparecen en foco a medida que aumenta el zoom y la sonda continúa desplazándose hacia nosotros: superficies que fluyen, se arrastran...

Golpeo la amplificación y la vista se reduce a una mota. No había suficiente definición para implementar un truco visual de Langford (*pero pensarías eso, ¿no?*) y pongo a los

*babbages*⁹ a microescala a patinar por la impresión y me informan en segundos que está despejado. Ningún virus desagradable ha impactado nuestras retinas, ha acelerado nuestros nervios ópticos o se ha apoderado de nuestras mentes (*pero dirían eso, ¿no?*) y la paranoia nos llama...

Basta. Ignoren sus sentimientos. Confíen en las computadoras.

(Y sí, ya sé *que* el hackeo de Langford es simplemente un meme viral en sí mismo, que se replica a lo largo de los siglos como un viejo chiste, desperdiciando recursos cada vez que actuamos con la insignificante posibilidad de que si a alguien se le ocurriera, de alguna manera se pudiera hacer. ¿Qué clase de mente retorcida *inicia* estas cosas?)

Hay dos docenas de naves en el ala en este turno de guardia, y desde justo antes de la alerta (hace noventa segundos) todas las radios entre naves han sido apagadas y desconectadas físicamente: el silencio total de la radio es el primer reflejo de las naves, incluso antes de advertir a sus tripulaciones. Décadas de no recibir nada más que alguna roca, décadas de simulacros para todas las contingencias

9 Charles Babbage fue un matemático y científico británico. Diseñó y desarrolló una calculadora mecánica capaz de calcular tablas de funciones numéricas por el método de diferencias. Hoy se considera que la máquina analítica de Babbage fue la primera computadora del mundo. En la novela, la referencia a los babbages, se refiere a ordenadores o programas de uno u otro tipo. En este caso, se trata de un antivirus.

imaginables (y más). Todos en la División tienen que hacerlo, los turnos se realizan con la misma regularidad que las órbitas, y cada vez que lo hacen, te inculcan que, si algo sucede, estás solo.

Todos te apoyan. Pero cuando te enfrentas a un superhombre, las órdenes se ejecutan al revés: la primera es "*sauve qui peut*" (salvar lo que se pueda), la segunda es "havoc" (destrucción), la tercera es "no hay cuartel"... ya te haces una idea. Nuestras espadas están permanentemente desenvainadas.

Estoy aquí y razono por mí misma. En este momento, la gloriosa posibilidad de un Primer Contacto clama con el alarmante pensamiento de que esta cosa tiene su origen en nuestros enemigos desaparecidos hace mucho tiempo (o siempre presentes). La pequeña sonda ha acortado su distancia en diez millas y parece estar desacelerando: sus bocanadas de sustancias volátiles de masa reactiva son otra prueba de que no es un viajero perdido hace mucho tiempo.

–Lo estoy saludando –digo, y escribo una interrogación estándar en todas las bandas y un solo barrido de radar. Para mi sorpresa, hay una respuesta inmediata. Los *babbages* parlotean un segundo y luego los intérpretes de mi traje deletrean el mensaje:

'Nave minera cometaria NK barra ocho-siete-uno fuera de Ciudad Nave a no identificado, por favor responda, cambio.'

No lo asimilo; mi mente todavía está llena de confusión sobre si esta nave es (ya que obviamente no es el enemigo que regresa y nos dice que la resistencia es inútil, etc.) una auténtica sonda espacial extraterrestre. Para mi vergüenza permanente, lo único que se me ocurre (¿pero se me ocurrió?) es poner la transmisión de video y decir, con la voz entrecortada por el asombro:

'¿Hablas *angloslavo*, robot?'

Más charla de computadora y luego una voz humana:

'¿Inglés?'

–Sí, inglés –balbuceo alegremente, todavía hablando en falsete, todavía oyendo ópera espacial–. Lo coges de transmisiones antiguas, ¿no? El idioma ha cambiado...

En ese momento se inicia la entrada de video, la imagen se ve granulada a través de la nieve del antivirus. Es el rostro de un anciano. Le han hecho un hack de telómeros y un rejuvenecimiento bastante primitivo, pero eso es todo. Me doy cuenta del significado de todo lo que ha dicho la máquina. No se trata de un emisario alienígena, sino de algo casi igual de extraño: el fantasma digital de un prisionero fugado, uno de los esclavos de los Guardianes que, hace dos

siglos, habría huido de su campo de trabajo orbital en busca de lo que fuera que hubiera más allá de la Puerta.

«Muchas cosas han cambiado», le digo.

Recordaba así mi primer encuentro con lo que resultaron ser las mentes replicadas de Wilde y Meg, y todavía podía hacer que me ardieran los oídos, como descubrí cuando el recuerdo me llegó mientras conducía por un tramo relativamente despejado del sendero, justo al norte de Ealing Forest.

Supe de inmediato quién o qué era. Él no tenía idea de quiénes éramos nosotros y se sorprendió cuando se lo dijimos. No creo que nos creyera. Superar parcialmente nuestras sospechas mutuas llevó horas de conversación, seguidas de un contacto físico casi directo antes de que Wilde y Meg aceptaran que éramos humanos. Incluso después de que tomamos las células almacenadas que habían traído consigo (conservadas como un amuleto de la suerte durante todas sus aventuras robóticas) y los cuerpos regenerados para los dos, y transferimos sus mentes a los nuevos cerebros, nunca pude pensar en ellos como humanos. Su historia de lo que les había sucedido no hizo nada para reducir mi inquietud.

Wilde nos dijo que los trabajadores humanos y ex humanos habían abierto un camino a través de un "agujero de gusano" derivado hacia un mundo casi habitable al que llamaron Nuevo Marte. Los que habían pasado se habían convertido de nuevo en humanos y "ahora" (a miles de años luz de distancia y miles de años en el futuro) estaban convirtiendo Nuevo Marte en una nueva Tierra, con un proceso de terraformación bastante arrogante que explotaba la gran cantidad de cometas del sistema local.

La sociedad en Nuevo Marte era lo que Wilde llamaba una anarquía de libre mercado, un anarcocapitalismo. Para nosotros, sonaba más como una tiranía mutua múltiple. La persona más poderosa en ella era nuestro enemigo sobreviviente más antiguo: un hombre llamado David Reid, el propietario original de la Compañía de trabajos forzados. Tenía en su poder copias de los estados mentales almacenados de los Guardianes del Exterior y estaba abierto a la discusión de si sería conveniente reiniciarlos muy pronto.

Imagínese nuestra alegría.

Detuve el cochecito junto a un seto de espinos de dos metros de altura, una especie de alambrada natural, a pocos pasos del hueco que había en el seto y que contenía la puerta del Ealing Technical College. Apagué el motor y me recosté un momento, estirando y relajando los músculos que se habían tensado durante el largo y alerta viaje hasta allí, y miré a mi alrededor. El Ealing Technical College era un edificio de mediados del siglo XXI cuyo acero, hormigón y cristal habían sido contruidos para soportar explosiones. Su mole achaparrada de tres pisos había sobrevivido a la maquinaria de la destrucción más insidiosa mucho mejor que la veintena de edificios más antiguos del claro que lo rodeaba. Hacía mucho que estos habían sido reconvertidos en viviendas bajas con todos los acompañamientos habituales de la vida no posturbana: niños, perros, cerdos y mierda.

Eran más o menos las cuatro de la tarde. Las sombras de los robles y olmos de treinta metros de altura del bosque cubrían una buena cuarta parte del claro. A cien metros de distancia, en el borde del bosque, salía humo de detrás de un pequeño cobertizo del que se oía el sonido del metal golpeado repetidamente; una versión de baja tecnología de una forja, supuse, preguntándome distraídamente cómo se llamaría. Los pocos adultos que había por allí me trataron con más indiferencia de la habitual, ignorando deliberadamente mi presencia y tirando bruscamente de los niños que no lo hacían. Dejé la mochila en la parte de atrás

(como un perro feroz, podía cuidar de sí mismo), pero me aseguré de que mi pistola enfundada fuera visible mientras caminaba hacia la puerta.

La puerta, de madera maciza tratada con creosota, tenía un pestillo, evidentemente diseñado para impedir el paso a cualquier animal menos inteligente que un perro. La cerré tras de mí y caminé diez metros por el sendero de losas hasta la entrada principal. A izquierda y derecha del sendero había huertos, con parcelas marcadas con cuerdas estiradas y etiquetas con letras. Un joven, arrodillado sobre un viejo saco y hurgando en la tierra, me miró sin curiosidad.

En la losa de cemento que había encima de las puertas dobles se había retocado el nombre original y se había tallado el nuevo, con abundantes adornos de hojas, martillos y objetos de cristal para disimular el vandalismo necesario. Las ventanas de la planta baja eran poco más que ranuras; en los otros pisos tenían un tamaño más normal. Al levantar la vista, vi que varias de ellas estaban agrietadas, desde una época tan lejana que algunas algas verdes o musgo se habían asentado allí y se habían extendido por los defectos en zigzag. Cristal duro. Las paredes, por supuesto, estaban cubiertas de hiedra.

Empujé la puerta, que se abrió de par en par para dar paso a un amplio vestíbulo con escaleras de piedra que ascendían a izquierda y derecha y una amplia barrera de madera en forma de U en el medio, detrás de la cual estaba sentado un

joven fumando una pipa y leyendo un libro. No había nadie más, aunque se oía un murmullo de voces y el sonido de las máquinas desde otras partes del edificio. Había un fuerte olor a aceite no mineral, probablemente utilizado para lubricar más que para cocinar. La iluminación provenía de la puerta, las escaleras y un tubo muy brillante encima de donde estaba sentado el hombre. («Nunca he conocido a un no-comunista», me había dicho Suze, «que fuera demasiado orgulloso para generar electricidad o demasiado pobre para robarla».)

Cuando la puerta se abrió delante de mí, el hombre levantó la vista, dejó la pipa con indiferencia y mantuvo la mano donde estaba, detrás del alféizar del escritorio. Me miró con recelo cuando me acerqué. Tenía el rostro delgado y una barba angosta, y vestía una camisa de algodón hecha a mano.

–Buenas tardes, señora –dijo.

–Buenas tardes, señor –respondí con la misma formalidad–. Me pregunto si podría hablar con el doctor Malley.

Se erizó. "Me temo que no", dijo. Los músculos de su brazo derecho se tensaron.

–Si está ocupado, esperaré –dije mirando a mi alrededor como si buscara un asiento.

–No es eso –dijo–. Esperar no serviría de nada. El doctor Malley dice que no quiere volver a ver a nadie más.

'¿Más de qué gente?'

Él miró hacia otro lado y luego devolvió la mirada desafiante.

'Gente del espacio.'

¡Ah!

–Escuche, jovencito –dije–. He recorrido un largo camino para ver al doctor Malley. Incluso más de lo que cree. Y no voy a permitir que usted me detenga, ni siquiera cualquier arma ridícula que tenga en sus manos. Usar esas cosas rápidamente requiere práctica, y yo tengo un par de cientos de años de ventaja.

Tímidamente, retiró la mano.

«Y ahora», dije cortésmente, «le agradecería que me llevara a verlo».

Caminé detrás de su andar hosco, subí dos tramos de escaleras y atravesé un pasillo poco iluminado hasta una habitación en cuya placa de bronce aparecía (entre más follaje rizado, dentro del cual se escondían capiteles romanos como ruinas) el nombre del Dr. IK Malley.

–Llama y entra –dije en voz baja, y entró. Lo seguí hasta una pequeña oficina con una amplia ventana cuyo vidrio, evidentemente grueso y viejo, distorsionaba la vista exterior. Las estanterías de madera que había a lo largo de las paredes se combaban bajo el peso de los libros y papeles, que también cubrían parcialmente el suelo. La habitación olía a papel viejo, a alfombra gastada, a humo de pipa, a whisky y a sudor. Había dos sillas, una de ellas detrás del escritorio, que estaba de canto a la ventana. Encorvado en ella, mirándonos, había un hombre cuya edad aparente debía de haberse estabilizado en torno a los treinta, pero que no había tocado un antigeriátrico en al menos cien años. Su pelo y su barba incipiente eran blancos, su piel oscura y arrugada, sus ojos grises, fríos como un invierno marciano.

–Creía haberte *dicho*... –empezó. Luego me miró y agitó una mano con resignación y cansancio–. Está bien –dijo con voz apagada–. De todos modos, no serviría de nada. Seguirán viniendo. Había una botella de whisky medio vacía sobre el escritorio y un vaso lleno.

El joven salió de mala gana, frunciendo el ceño en respuesta a mi sonrisa de despedida. Malley se volvió hacia mí y me indicó el otro asiento de la habitación, un sillón de cuero desgastado junto a la ventana. Le dije mi nombre y le tendí la mano. Pareció ligeramente sorprendido, se levantó y me la estrechó. Su apretón parecía el de un viejo guante de cuero ajustado a una mano de metal. Era alto, pero encorvado, y vestía una camisa de algodón a cuadros con el

cuello abierto y pantalones de sarga. Toda su ropa parecía demasiado ancha para su circunferencia y demasiado corta para sus extremidades. Se recostó en su asiento y apoyó los codos en el escritorio.

–Entonces, ¿qué queréis ahora, cabrones? –dijo sin preámbulos ni disculpas. Bebió un sorbo de su bebida y se tapó los ojos.

Me encogí de hombros y extendí las manos. –Doctor Malley –dije–, debo decirle que tengo muy poca idea de lo que está hablando. Estoy aquí en representación de la División Cassini del Grupo de Defensa Solar, y le aseguro que nadie más ha sido enviado a verlo.

Malley jugueteaba con la cazoleta de su pipa. Sus dedos eran regordetes y las puntas estaban impregnadas de ceniza gris y alquitrán amarillo.

–Anteayer –dijo–, aparecieron un par de tipos de la nada y me dijeron que eran de Defensa Espacial. Dijeron que estaban comprobando los rumores de que yo estaba incursionando en el trabajo de Inteligencia Artificial. Una completa tontería, por supuesto. Yo solo enseñé a los chicos de las granjas locales los principios básicos de la electrónica. Si surge alguna chispa brillante, les enseñé un poco de Feynman y Hawking. –Sus ojos brillaron con conspiración–. Y un poco de Malley. Los pocos que entienden algo de eso invariablemente se van a la mierda y se unen a la Unión, sin

importar lo que yo diga. –Abrió la cremallera de una bolsa de cuero y comenzó a llenarla, con las manos trabajando automáticamente mientras miraba tristemente por la ventana–. Se podría decir que he estado reduciendo la inteligencia promedio en estos lugares, un crimen según mi pensamiento, pero no, supongo, en el tuyo.

Él resopló y se rió. Le sonreí para animarlo; no entendí bien lo que estaba diciendo, palabra por palabra, pero entendí lo que quería decir.

–Así que –continuó, encendiendo su mezcla con un Zippo antiguo– fue una sorpresa que dos de vuestros pesos pesados se dirigieran a mí, dejándome con sutiles advertencias sobre las terribles consecuencias. Las palabras «brote» y, creo, «cráter humeante al rojo vivo» surgieron en la conversación. Igual que en los buenos viejos tiempos bajo los Yankees. Nada de trajes negros con bultos en los hombros, pero por lo demás, *plus ça change...*¹⁰

Debo decir que esto me hizo reflexionar. No había ninguna ley que prohibiera jugar con la inteligencia artificial (ni nada más, en realidad). Ni siquiera había un acuerdo en la Unión que lo prohibiera. Para todo lo que no estuviera contemplado por los acuerdos de la Unión (prácticamente todo), habíamos establecido una regla de hierro: "Haz lo que

¹⁰ Es una frase hecha: *Plus ça change, plus c'est la même chose*. Cuanto más cambian las cosas, más siguen igual.

puedas hacer sin que te pase nada". Pero provocar un *brote* (de inteligencia artificial, de enfermedades, de nanoensambladores o de cualquier otro tipo de replicador) era algo que no podías hacer sin que te pasara nada. Tus vecinos te condenarían al ostracismo o te boicotearían, y si uno de los servicios esenciales que decidían no proporcionarte resultaba ser, por ejemplo, tu próximo aliento, entonces eso era algo de cuyas consecuencias (cuando el asunto llegase a la agenda de un debate vecinal) se librarían.

Y, en el peor de los casos, si un *brote* realmente comenzara a propagarse, las propias fuerzas de Defensa Espacial del Sistema Interior aplicarían el ataque orbital. Nunca había oído hablar de ellos bajando y amenazando a la gente antes de que ocurriera. Parecía poco libertario.

–Exceso de celo –dije, en parte pensando en voz alta, en parte fanfarroneando–. Haré que lo investiguen, pero le aseguro que la División no tiene nada que ver con eso. Tenemos una propuesta bastante diferente que plantearle.

"Sí", suspiró, "estoy seguro de que sí. Policía malo, policía bueno y todo eso".

¿Podría ser? La idea de que alguien más en la División, o en el aparato más amplio de Defensa Solar, pudiera estar jugando con mi misión me enfurecía tanto que por un momento, afortunadamente, me quedé sin palabras.

Después de un segundo o dos, ordené mis pensamientos y me tranquilicé: tal vez estuviera practicando la conspiración, pero no el autocontrol. Me encogí de hombros.

«No sé nada de eso», dije.

'Entonces, ¿qué queréis que haga?'

–Doctor Malley –dije sonriendo–, ¿sabe cómo lo llaman las personas que están al otro lado del agujero de gusano, las personas de las que nos habló Wilde? Lo llaman la Milla Malley.

–He visto las cintas –dijo Malley secamente–. Es halagador, ¿no?

Así lo esperaba. Era hora de poner un poco más de empeño.

–Nos encontramos –dije con cautela– en una situación en la que necesitamos urgentemente comprender el agujero de gusano. Y por nuestra cuenta no podemos hacerlo. Sólo hay una persona que puede ayudarnos, y esa persona es usted. ¿Le gustaría venir conmigo a Júpiter y hacer algo de física real?

Malley estaba tomando un sorbo de whisky mientras yo decía esto y resopló tan fuerte que se le subió por la nariz. Balbuceó, tosió, se echó hacia atrás y se rió.

'¡Así que hemos llegado a esto! ¡Treinta mil millones de personas en vuestra utopía y tenéis que venir a verme! ¡Sois una auténtica decepción!'

Sonreí. "Sé lo que quiere decir, doctor Malley. Y creo que lo que queremos hacer puede cambiar todo eso, a largo plazo. La División no es la Unión, aunque forme parte de ella. Eso es todo lo que puedo decir, por ahora".

Apoyó la barbilla sobre una especie de cuna de dedos y me miró.

–Hmm –dijo–. Interesante. Eso antes se llamaba la táctica de Wolff¹¹.

Arqueé las cejas y él se encogió de hombros. «Búscalos en Internet» (nunca lo hice). «De todos modos», continuó, «llegaste demasiado tarde». Volvió a llenar su vaso y lo levantó hacia mí en un brindis irónico:

–Brindo por el genio científico de Isambard Kingdom Malley. –Lo bebió de un trago y dejó el vaso sobre la mesa–. Y lo que lo ha desperdiciado hace mucho tiempo: la edad avanzada y la juventud corrupta.

11 La Ley de Wolff, formulada por el destacado anatomista y cirujano alemán Julius Wolff (1836-1902) en el siglo XIX, establece un principio fundamental en la fisiología ósea. Esta ley postula que el tejido óseo en un organismo sano tiene la capacidad de ajustarse en respuesta a las cargas mecánicas a las que se somete.

–¡No! –Me levanté–. ¡Se equivoca! Eso son síntomas. Su verdadero problema es éste: ha elaborado la teoría física más hermosa y exitosa que un ser humano haya desarrollado jamás, y luego seres superhumanos la han utilizado, la han aplicado, la han llevado al límite y *la han refutado*. ¡Y nunca ha superado la sospecha de que, para ir más allá de su teoría, tendría que ir más allá de sus limitaciones humanas. Y ahora, ni siquiera puede hacer eso!

–Exactamente –dijo, y volvió a llenar el vaso–. ¡Gracias a todos ustedes!

“¿Nosotros?”, dije, dolida por la injusticia de esta acusación.

–Sí, vosotros, con vuestra llave de brazo en el desarrollo espacial y en el trabajo informático, vuestra interminable guerra fría con los jovianos. La División Cassini tiene un cometido muy concreto ahí fuera, mientras que el resto de la población humana se deja engañar con una especie de comodidad estática. Restrungidos sin que se den cuenta, racionados sin saber lo que se pierden. Las raciones son generosas, os lo concedo, pero básicamente lo que llamáis tan grandiosamente la Unión Solar es el interior civil de una economía de guerra.

Esto estaba más allá de toda discusión.

«Piense lo que quiera», dije. «¿Pero por qué no viene y lo comprueba usted mismo?»

Malley sacó una navaja, desplegó una púa de acero amarillento y empezó a hurgar en la cazoleta de su pipa. Aparté la mirada. Se oyó un chirrido de pedernal y el olor, ahora familiar, de hierba seca quemada se apoderó de la habitación.

«Es tentador», reconoció Malley. «Para ser sincero, me encantaría ver la puerta, la Milla Malley, ija, ja!, de cerca. Me encantaría encontrar una forma de atravesarla hasta el mundo que describió Wilde, que parece mucho más interesante que éste». (Casi di un salto; ni siquiera había mencionado el tema de navegar por el agujero de gusano, que era lo que realmente queríamos que hiciera). «Pero, como dije, es una pérdida de tiempo. Ya no puedo con las matemáticas. Es un juego para jóvenes, y el joven que era Malley ya no existe».

En realidad, su tono era peligrosamente sensiblero. Me senté de nuevo, me incliné sobre el escritorio y miré con seriedad sus ojos algo enrojecidos.

–La edad y el alcoholismo –dije– son curables. Como bien sabe, con un par de tratamientos se sentirá mejor de lo que recuerda, mejor de lo que ahora puede *imaginar*. Tendrá acceso a los ordenadores más grandes que tiene la División, a los mejores instrumentos, a décadas de observaciones.

Todo lo que queremos que haga es mostrarnos el camino hacia Nuevo Marte. Si lo hace, podrá hacer todo lo que quiera, igual que el resto de nosotros.

Malley se reclinó y sorbió su pipa. Nunca antes me había dado cuenta del horrible sonido burbujeante que hacen el alquitrán y la saliva en las cosas.

"Es un trato", dijo.

Me tomó un momento darme cuenta de que eso significaba que estaba de acuerdo.

'¿Quiere decir que tenemos un plan?'

—¡Sí! —Malley se rió entre dientes—. Por supuesto que sí. Tenemos un plan.

Mi plan, en ese momento, era volver sobre mis pasos hasta Puerto Alexandra, tomar la siguiente conexión aérea para volar en ala volante a Guinea y el siguiente lanzador láser para encontrarme con la *Terrible Belleza*, el clíper de fusión en el que había llegado, que estaba estacionado en una órbita baja de la Tierra. De camino —una actualización reciente— tenía la intención de mostrarle o describirle a Malley algunas de las características de la sociedad de la Unión, de la que se había exiliado tan cuidadosamente durante los últimos cien años: los gigantescos motores Babbage que giraban en sus matrices de balance de materiales Leontiev, las granjas marinas, los rascacielos de

kilómetros de altura, las cuevas de kilómetros de profundidad, el gran salón (casi desierto) de la Junta de Planificación Central con su estatua dorada...

¡Lástima de los planes!

¿No hay nadie de quien quiera despedirse?

Malley estaba metiendo libros, instrumentos y alijos de tabaco en una bolsa de viaje con todas las señales de estar listo para partir en ese mismo momento. Me dirigió una sonrisa gélida.

'¿Qué opinas?'

'¿No tiene una relación cercana?'

"Sin duda la puta del pueblo me extrañará".

Me sonrojé y miré por la ventana; cambié de tema.

'¿Por qué este lugar está construido como una fortaleza, de todos modos?'

Malley tosió por el polvo que levantó mientras hurgaba.

—Comisaría de policía. Por cierto, las ventanas se abren. Tengo entendido que esto era para que los detenidos pudieran saltar por ellas.

Sin estar del todo segura de lo que quería decir (o, tal vez, porque no quería creer que lo había entendido), jugueteé con una cerradura y un pestillo. La ventana se abrió y me asomé para respirar un poco de aire puro. Después de mi primer suspiro de alivio, miré las copas de los árboles que se inclinaban abajo, hacia el sol que se ponía y...

Delante de la universidad había una multitud de unas cincuenta personas, la mayoría adultos, y todos empuñaban algún tipo de arma: rifles, escopetas, incluso —como campesinos de una vieja película de terror— horcas. Algunos se apiñaban alrededor de la puerta, otros formaban un amplio semicírculo alrededor del cochecito, sobre el cual la parte de mi traje que formaba la mochila se había transformado en una nube de avispas de defensa que zumbaban.

Debí haber dicho algo para llamar la atención de Malley. Asomó la cabeza por la ventana, a mi lado.

«¡Oh, mierda!», dijo.

'¿Eso es obra de ese simpático joven de recepción?'

"Probablemente", dijo Malley.

'¿Por qué?'

Se volvió hacia mí y frunció el ceño. "De verdad no lo entiendes, ¿verdad? ¡La gente vive aquí porque *no* les gustáis! Y no quieren que me lleves lejos de aquí".

'¡Puedes decirles que vas porque quieres!'

Él retrajo la cabeza. "Puedo intentarlo."

La gente que rodeaba el vehículo se estaba alejando de la inútil y dolorosa tarea de intentar algo contra el enjambre de defensa. Se movieron entre la multitud que se encontraba en la puerta y, los que al parecer, tenían un espíritu más aventurero, comenzaron a guiarlos hacia la puerta principal. Alguien levantó la vista y me vio. Los gritos aumentaron y el movimiento hacia la puerta se convirtió en una oleada.

Estarían subiendo las escaleras en aproximadamente un minuto.

"¡Traje!", grité, escribiendo instrucciones en mi puño. El enjambre sobre el buggy dio una vuelta y luego se dirigió directamente hacia mí, y cuando me agaché para volver a entrar, se acoplaron sobre mí y se reorganizaron. Todo mi atuendo fluyó y se transformó en su forma básica de traje espacial. El traje se puso rígido, todo se volvió negro (dos generaciones y ese error de un segundo *todavía* no se había solucionado) y luego se volvió transparente y móvil nuevamente.

Malley se quedó boquiabierto mientras mi ropa cambiaba a una armadura ajustada, negra mate y sin costuras, con una bola negra sin rostro como casco y hombros enormemente musculosos.

–Traje espacial nanotecnológico –expliqué con impaciencia–. ¡Afuera, por el alféizar de la ventana!

Dudó un momento y luego oyó el sonido de pies corriendo en el pasillo. Agarró su bolso y salió a toda prisa, medio sentándose bajo la ventana que se abría. Lo seguí hasta la cornisa y lo rodeé con mis brazos. "Espera", le dije innecesariamente.

–Cuerda –pedí, y salté. De los hombros del traje salían un par de cables, uno de cuyos extremos se agarraba al alféizar de la ventana por pura adherencia, y el otro nos bajaba rápidamente al suelo. Aterrizamos con suavidad. Miré a mi alrededor. La vanguardia de la multitud nos miraba desde la ventana mientras los cables se metían en el traje; los rezagados de la multitud estaban de pie entre la puerta y la entrada, mirándonos con expresiones que todavía recuerdo con cierta satisfacción maliciosa.

Malley se tambaleaba a mi lado, con el rostro pálido. Había vomitado sobre el traje, que ya estaba absorbiendo con ansia los elementos orgánicos. Lo levanté, como un actor con un traje de robot asesino que raptase a una actriz con un traje rasgado y revelador, y corrí hacia el cochecito. La

multitud se dispersó a mi alrededor. Dejé a Malley en el asiento del pasajero y salté al asiento del conductor.

Había subestimado a la multitud. No se trataba de una turba en pánico, sino de un pueblo de campesinos que presenciaban lo que consideraban el soborno o secuestro de un profesor muy querido y necesario. Los que habían subido las escaleras volvían a bajar y los que no lo habían hecho se acercaban al coche. Los estudiantes, en su mayoría hombres jóvenes, se sumaban a los que salían en tropel por la puerta de la universidad. No se acercaban amenazadoramente, dejaban unos cuantos metros de espacio libre, pero formaban una masa cada vez más sólida a nuestro alrededor. Miré hacia una pared de gente vestida con sus coloridas prendas de lana y algodón, sus anchos cinturones de cuero; sus armas, bien sostenidas, aunque rudimentarias, y sus rostros suaves y hostiles.

Bueno, al menos deberían ver mi cara. –Casco despejado –murmuré, y el globo que rodeaba mi cabeza se abrió en la parte superior, la abertura se ensanchó y luego se estrechó, mientras la materia inteligente fluía de regreso al sello anular temporal que descansaba sobre mis clavículas. Me volví hacia Malley antes de que alguien pudiera reaccionar y dije:

¿Podrías explicarles las cosas, por favor?

Malley se encogió de hombros. Le temblaban las manos. Se secó la boca con el dorso de la mano y se puso de pie, agarrando el borde del parabrisas del cochecito.

–¡Eh, amigos! –gritó–. ¡Escúchenme! Gracias por preocuparse, pero todo está bien. Me voy por un tiempo con esta mujer de... afuera. Me voy por mi propia voluntad. Así que, por favor, no se preocupen. Déjennos pasar, por favor.

El hombre más alto y de aspecto más duro que aparecía a la vista se abrió paso hasta el frente y se interpuso justo en nuestro camino.

–Lo siento, doctor Malley –dijo–. Pero no estamos seguros de que *vaya* por voluntad propia. Esos tipos del espacio, esos *socialistas*, pueden hacerle cosas al cerebro para que usted *crea que* está haciendo lo que quiere, pero está haciendo lo que *ellos* quieren, ¿entiende?

–No es *esa* vieja mentira –murmuré en voz baja. Debería haber adivinado que la ideología no cooperante sólo podía ser un sistema delirante y paranoico en toda regla.

–Seguro que sí –dijo Malley, que había recuperado parte de su aplomo–, pero dudo mucho que puedan hacerlo en media hora.

El tipo alto pareció desconcertado durante dos segundos.

–Pues bien –dijo con una lógica implacable–, debe haberte amenazado con que destruirían el pueblo o algo así. Está bien, doctor Malley, ¡cuéntanoslo! ¡No les tenemos miedo!

–Os lo aseguro... –empezó a decir Malley, pero yo sabía que no serviría de nada. Discutir no nos llevaría a ninguna parte. No podía amenazar a Malley de forma creíble y, si se trataba de amenazar a la multitud, mi pistola (ahora dentro de mi traje y presionando dolorosamente contra mi cadera) no era rival para sus armas. Si el traje podía recrear el casco a tiempo para protegerme de un disparo era un experimento que no me interesaba intentar.

–Sube el casco –susurré y encendí el motor. En el momento de oscuridad, extendí la mano y agarré el hombro de Malley.

–¡Agáchate! –grité, tirando con fuerza. Con la otra mano agarré el volante. Busqué a tientas con el pie el pedal de control y lo presioné. El cochecito saltó hacia delante y, cuando la vista se aclaró, vi que el hombre que estaba delante de nosotros se apartaba en el último segundo. Los demás hicieron lo mismo, dispersándose como bolos. Y entonces pasamos, avanzando a toda velocidad por la calle del pueblo en medio de una bandada de gallinas y una lluvia de piedras. Se oyeron uno o dos disparos, pero pasaron zumbando por encima de nuestras cabezas; dudé que estuvieran realmente dirigidos a alcanzarnos. Las únicas personas que se encontraban entre nosotros y el final del

pueblo estaban más interesadas en apartarse de nuestro camino que en detenernos. Pero uno de ellos, al que vimos cuando pasamos a toda velocidad, sostenía un trozo rectangular de plástico del que sobresalía una varilla fina de un metro de largo. Lo sostenía con un extremo en la boca y el otro en la oreja, y hablaba rápidamente por él.

Tenía la desagradable sospecha de que eso era una radio.

"Te dije que les enseñé electrónica", dijo Malley unos minutos después, mientras avanzábamos a toda velocidad por otra pista forestal, en dirección completamente equivocada para regresar a Puerto Alexandra.

"¡Qué irresponsable puedes llegar a ser!", grité. "Las radios pueden transmitir virus, tú lo sabes".

–Sí, y derretirse en tu mano, ¿y qué?

¿Y qué pasa con los virus *mentales*? ¿Has pensado en eso?

–Por supuesto que sí –dijo Malley, mientras intentaba ponerse el cinturón de seguridad–. Son sólo un término elegante para referirse a las ideas que no te gustan.

¿A quién no le gustan las ideas?

–A ustedes –dijo Malley, agitando la mano en torno a su cabeza–. La Unión. La División. Todo es censura.

Me reí tanto que el cochecito se balanceó peligrosamente mientras lo manejaba alrededor de un tronco. '¡Claro, como si tomar lo que quieres fuera racionarlo!'

–Eso mismo digo –dijo Malley con un triunfo inexplicable.

Suspiré. –Doctor Malley, siento una gran admiración por usted y por todo lo que ha logrado, e incluso puedo ver que ha estado haciendo el bien a esta gente, pero respetuosamente sugiero que está un poco fuera de onda, o tal vez mal informado...

'¡Ja!'

"...y verá las cosas de manera diferente cuando llegue a la División".

–Sin duda –dijo Malley riendo entre dientes–. Sin duda lo haré.

El mapa, que todavía se mostraba superpuesto en la vista, mostraba que nos estábamos acercando a Gunnersmere, uno de los primeros pantanos del estuario del Támesis. El pueblo de Under Flyover estaba marcado como un conjunto de casas dispersas a lo largo de la orilla. Más adelante, ya podía ver cómo los árboles se aclaraban y los robles y las hayas estaban siendo reemplazados por alisos y abedules.

–¿Para qué crees que utilizaban la radio? –pregunté.

Malley me dirigió una sonrisa malvada. "Oh, probablemente habrá una advertencia más adelante".

–¡El cielo está por todas partes, hombre! –Apliqué el freno con suavidad y nos detuvimos en medio de una nube de hojas y hayucos. De repente, todo parecía muy tranquilo, salvo por los siniestros crujidos bajo los árboles, y desierto, salvo por las siluetas que se movían entre las largas sombras–. ¿Quieres decir que nos dirigimos directamente hacia una *emboscada*?

–Exacto –dijo Malley con calma–. Te habría detenido en cualquier momento, pero estaba esperando a ver cuánto tiempo pasaría antes de que te dieras cuenta de que necesitabas mi conocimiento local para salir de esto.

Respiré profundamente. "Está bien, doctor Malley. Necesito su conocimiento local. Eso o un helicóptero de rescate".

–Tal vez ambas cosas. Lo primero es lo primero. Saquemos este cochecito de la carretera, preferiblemente en algún lugar que no sea demasiado evidente. Hay un trozo de carretera expuesta un par de cientos de metros más adelante y algunas ruinas al costado. Las huellas no deberían ser demasiado visibles, especialmente con poca luz.

Volví a poner en marcha el motor y dejé que el vehículo avanzara silenciosamente hacia la zona que Malley me había

indicado, donde el viento y el mal tiempo habían dejado al descubierto el asfalto agrietado. Busqué una ruina cuyo acceso no estuviera cubierto de plantas o restos de plantas, y encontré una con una rampa de hormigón destartada que conducía al hueco donde habían estado sus puertas. En un minuto o dos teníamos el cochecito escondido dentro de un rectángulo de pared desmoronada, dentro del cual las ortigas, la hierba de sauce y el cáñamo crecían hasta una altura de más de seis pies. Miré hacia atrás y vi el antiguo contenido de la mochila, esparcido desamparadamente en el hueco trasero del cochecito. Cambié el traje por una mochila y un mono moteado de color negro y verde, luego volví a hacer el equipaje, con el pesado añadido del bote desinflado, su motor eléctrico fueraborda y la pila de combustible, y la bombona de gas de repuesto.

"Esa es una posible salida", reconoció Malley.

«¿Y ahora qué?», pregunté.

'¿Tiene alguna forma de contactar con el puesto avanzado de la Unión más cercano?'

Puesto de avanzada, en efecto. –No directamente –dije–. Podría ponerme en contacto con ellos a través de mi nave. Estará sobre el horizonte en unos... –parpadeé y abrí el reloj que flotaba en mi ojo izquierdo y lo comprobé–... quince minutos. Pero realmente preferiría no hacerlo, o enviar algún mensaje de socorro general...

En ese momento oí un ruido sordo rítmico a lo largo del sendero en la dirección de donde veníamos.

'¿Qué es eso?'

–Caballo al galope –dijo Malley–. ¡Abajo!

Nos agachamos detrás del muro. Saqué mi pistola, deseando haber sabido de las propiedades de las ortigas antes de cambiarme de traje: me salían unas desagradables erupciones en las manos. El ruido sordo se fue acercando, luego se hizo más lento y se convirtió en un estrépito cuando el caballo se topó con el tramo de pavimento. Cuando se aproximó, miré por entre los tallos de las malas hierbas.

Una joven estaba sentada en el lomo de la extraña y enorme bestia, sujetándola y controlándola mediante un conjunto de correas de cuero y reposapiés de metal. Iba cabalgando muy lentamente, mirando de un lado a otro. Su ropa estaba sucia, al igual que los costados del caballo, y un hilo de sangre se estaba secando debajo de un moretón en su sien. Cuando giró hacia la derecha, casi de frente a mí, la reconocí.

–¡Suze! –llamé, poniéndome de pie.

Ella saltó y el caballo se asustó y relinchó, luego tiró de las correas que sujetaba y dijo algo, y la bestia se calmó. Malley, con un gruñido y una mirada ceñuda, se enderezó y me

siguió más lentamente mientras yo saltaba sobre los ladrillos caídos y bajaba al sendero.

–¿Estás bien, Ellen? –Miró a Malley, detrás de mí, y abrió mucho los ojos–. ¿Es eso...?

–El gran hombre en persona, sí –dije–. Pero, Suze, ¿y tú? ¿Qué pasó? No es que fuera difícil adivinarlo.

–Te seguí –dijo–. Sé que no querías que viniera, pero...

–«Fue un buen pensamiento», dije.

–Bueno –nos sonrió, insegura–. Subí en barcaza por el canal y tomé prestada a Bonnie. –Le dio una palmadita al cuello–. Ya la he montado antes, y se mueve mucho mejor por los senderos del bosque que un carruaje, ¿sabe? Cuando llegué al pueblo, los lugareños vieron que yo era de la Unión y empezó una especie de alboroto, todos gritaban y corrían. Me arrojaron piedras y, eh, mierda. No sabía qué estaba pasando, así que bajé la cabeza y me mantuve firme. Y aquí estoy.

Aquí estás. Otro inocente al que cuidar.

'¿Alguien te sigue?'

Ella sacudió la cabeza. “¿Y tú qué?”, preguntó.

Le presenté a Malley y le expliqué nuestra difícil situación.

–¡Oh! –dijo, mirando ansiosamente a su alrededor–. ¿Quieres decir que podría haber gente buscándonos ahora mismo?

–Sí –dije–. Ahora le toca a usted, doctor Malley.

–Llámame Sam –dijo, posiblemente irritado por las miradas de asombro de Suze–. Todo el mundo lo hace. Es la abreviatura de Isambard. Correcto. Suze, ¿puedes llamar al puerto de Alexandra para que nos recoja un helicóptero?

–Sí, por supuesto, doctor... Sam.

–Está bien. –Cerró los ojos y se pellizcó la frente con el pulgar y el índice, luciendo tan cansado como yo–. Hazlo tú, pídeles que estén listos para despegar en aproximadamente una hora. Nos abriremos paso entre los árboles al este del sendero, rodearemos la parte trasera del pueblo, nos esconderemos en la orilla y luego, sin duda, Ellen aquí podrá darles nuestras coordenadas exactas a través del enlace de amigos de su traje mágico, ¿verdad?

Asentí.

–Está bien –dijo Malley–. Suze, me temo que tendrás que despedirte del caballo, pero te aseguro que los lugareños no lo maltratarán.

Suze le quitó el arnés a la yegua y la envió al galope hacia el sur con una palmada cariñosa en la grupa. Luego

desabrochó un transmisor de banda estrecha de su cinturón, lo sintonizó con el repetidor de satélite de comunicaciones más cercano y llamó a Puerto Alexandra. Frunció el ceño y meneó la cabeza.

'El mensaje llegó, pero no hay acuse de recibo'.

Malley se encogió de hombros. "Inténtalo de nuevo cuando lleguemos allí".

Se dio la vuelta y Suze y yo lo seguimos bajo los árboles que se encontraban al este del sendero. El camino entre los árboles, que en general iba hacia la derecha, era mucho más difícil de lo que cabría esperar. Eran bosques viejos, por lo que el follaje era lo bastante alto y espeso como para ahogar la mayor parte de la maleza. Sin embargo, las ruinas que había debajo de las engañosas capas de hojas muertas compensaban con creces esta carencia. Nos golpeamos las espinillas contra bloques ocultos y nos hundimos hasta las rodillas en pozos velados. Lo que parecía una rama muerta podía resultar ser una púa de metal oxidado desconcertantemente sólida y afilada. Malley insistió en permanecer en la parte más densa del bosque y caminó por su peligrosa senda con confianza, llevando su bolsa de viaje como si se dirigiera a una terminal de transporte. Nos concentramos en evitar lastimarnos y luchamos en silencio (o al menos de manera inarticulada) detrás de él.

Después de media hora de caminata, Malley comenzó a virar un poco más a la derecha y pronto llegamos a una zona más abierta de pasto alto salpicada de arbustos y árboles bajos. El agua estaba a unos cien metros de distancia y en ese punto tenía casi dos millas de ancho. A una milla a nuestra izquierda estaba Under Flyover (Bajo el paso elevado) con sus campos y jardines circundantes. Solo quedaban algunos pilares de la estructura que le había dado su nombre.

A lo largo de los campos se extendía una hilera de personas con perros que se dirigían sistemáticamente hacia donde estábamos y se comunicaban con otras personas, sin duda fuera de la vista en el bosque, con sus radios portátiles. Nos agachamos y Suze intentó de nuevo comunicarse con Puerto Alexandra.

–Nada –dijo–. No lo entiendo. ¡Es como si nos estuvieran ignorando deliberadamente!

"¿Podría ser una política?", le pregunté. "¿Tiene algo que ver con el alboroto que causamos nosotros en ese pueblo? Si provocas a los no-coos, estás aislado".

Ella negó con la cabeza con fuerza. "De ninguna manera. Tendrías que dar algunas explicaciones, pero siempre sacamos a nuestra gente de apuros. Oye, incluso ayudamos a los no-coos si nos lo piden".

Malley gruñó. "Uf, normalmente los que menos lo merecen: los matones del pueblo o los ladrones".

Suze estaba de acuerdo con él y los buscadores se estaban acercando.

«Basta», dije. «Esto es lo que vamos a hacer».

Lo que hicimos fue correr a toda velocidad hasta la orilla. Me abrí paso entre la hierba alta, sin molestarme en esconderme ni esquivar, me deslicé por los bancos, sentí que mis pies rozaban la grava y tiré del cordón de inflado del bote. Colocar el cilindro de gas y el motor fue el único preparativo que hicimos.

El bote *tomó* forma en unos cinco segundos, justo cuando lo estaba lanzando hacia el agua. Suze llegó jadeante, Malley resoplando, detrás de mí y todos chapoteamos en las aguas poco profundas y empujamos el bote hasta que el agua nos llegó hasta las rodillas, luego subimos. Todo tomó menos de un minuto, que fue tiempo más que suficiente para que estallaran los gritos y los aullidos. Cuando el primero de nuestros perseguidores llegó a la orilla del agua, yo había puesto en marcha el motor y estábamos a unos diez metros de la orilla. Un par de hombres se metieron detrás de nosotros y un perro se zambulló y remó valientemente en nuestra estela.

Miré hacia atrás. Nos estaban alcanzando, pero a medida que el agua se hacía más profunda, la ventaja cambió. Cuando el agua se volvió demasiado profunda para chapotear, estábamos fuera de su alcance. Alguien silbó y el perro también se dio la vuelta. Para entonces, seis personas se habían reunido en la orilla y, cuando giramos y nos dirigimos río abajo, noté que una de ellas estaba hablando por una radio.

—¿Qué crees que está tramando? —le pregunté a Malley. Como respuesta, Malley señaló hacia la orilla, hacia el largo embarcadero de madera de Under Flyover. Se veían cuatro hombres corriendo por el muelle. Bajaron por una escalera y se subieron a un bote. Los cuatro, manejando dos pares de remos, se alejaron del muelle y nos persiguieron.

"No tienen ninguna posibilidad", dijo Malley, justo antes de que dos de los hombres dejaran sus remos y levantaran un mástil y luego una vela.

"Parece que sí", dijo Suze.

Con la vela desplegada, su velocidad de aproximación aumentó visiblemente, aunque calculé que les llevaría al menos media hora. Navegué en dirección contraria a la costa, con la esperanza de aprovechar la corriente principal y ganar algo de velocidad, muy necesaria.

–¿Qué es esto? –le pregunté a Malley–. Es una locura. Deben saber que quieres venir con nosotros, deberíamos haber salido fácilmente si lo hubieran consentido. No todos pueden creer esa historia sobre que te lavé el cerebro o lo que sea. Entonces, ¿por qué siguen persiguiéndonos?

Se encogió de hombros. "No lo sé. Estoy tan sorprendido como ustedes de que no hayan respondido a nuestra llamada".

No era exactamente mi suerte, pero tenía razón. Era muy desconcertante. Miré a mi alrededor. La luz del sol formaba un ángulo bastante agudo y el paisaje (la lámina de agua sobre la que nos movíamos, las riberas boscosas que se curvaban hacia la izquierda frente a nosotros) en otras circunstancias habría sido idílico. Las aves acuáticas nadaban o rozaban el río ensanchado y, por lo demás, su superficie solo estaba estropeada por unas pocas embarcaciones pequeñas...

–¿Y qué pasa con los otros barcos? –le pregunté a Suze–. Seguramente algunos de ellos son visitantes de la Unión.

«Sí, pero es difícil decir cuál... ¡ah!»

Señaló río abajo, hacia una pequeña mancha de espuma blanca. «¡Nos hemos salvado! ¡Es un barco patrullero de la Unión!». Arrasada por la emoción, empezó a agitar los brazos y a gritar, aunque el barco (un hidroplano, vi ahora)

todavía estaba a un par de millas de distancia. Desistió al cabo de un momento, se quitó la camisa y empezó a agitarla.

«¿Qué tiene que hacer aquí un barco patrullero?», pregunté.

"Principalmente, rescate en ríos", dijo Malley.

"Y mantener la presencia, como dicen", comentó Suze, agitando su camisa y prácticamente poniéndose de pie.

'¿Alguna vez interfieren con lo no-coos?'

Malley frunció el ceño y sacudió la cabeza. –Tal vez deberían hacerlo. Los barqueros del Támesis tienden a aceptar lo que el tráfico les permita. Un robo a plena luz del día.

No entendí esto, pero Suze se rió apreciativamente.

El hidroplano cambió un poco su rumbo. «Nos han visto», dije. Miré por encima del hombro. Los hombres del barco estaban trabajando de nuevo con la vela, virando en una dirección diferente. En pocos minutos, el hidroplano (una lancha de diez metros, pintada de blanco, con la bandera de la Unión en forma de arado estrellado) había apagado el motor y se había sumergido en el agua, había volado en círculos detrás de nosotros y se había puesto a nuestro lado. La mujer que estaba al timón nos saludó con la mano y gritó: «¡Hola! ¿Tenéis problemas con esa gente?».

–¡Sí! –grité–. Gracias por venir a ayudar.

«Está bien», dijo ella. «¿A dónde váis?»

Lo pensé un momento. –"El puerto de Alexandra, pero la desembocadura del río Lee estaría bien, si quieres llevarnos".

–Claro. No hay problema. Subid a bordo. –Nos arrojó una cuerda y subimos el bote inflable hasta una pequeña escalera que había al costado de su bote. Primero Malley, luego Suze y luego yo subimos y usé un bichero para sacar el bote inflable detrás de mí. La mujer, que se presentó como Carla, tenía el pelo largo y rubio, el rostro bronceado y una sonrisa que mostraba sus dientes torcidos. Su mono amarillo tenía un pequeño parche con su nombre y la palabra «Patrulla del río» bordado.

–¿Respondiste a una llamada? –preguntó Suze–. Intentamos comunicarnos con Puerto Alexandra.

Carla sacudió la cabeza. Nos hizo un gesto para que entráramos en la cabina que había tras la cabina del piloto y volvió a poner en marcha el motor. "Pónganse cómodos", gritó. "Cuéntenme qué pasó cuando haya puesto esta cosa en rumbo".

El barco cogió velocidad, los alerones se hundieron en el agua y despegamos. Malley encendió su pipa, Suze se puso a mirar por la ventana y yo me quedé al lado de Carla y le

conté una versión convenientemente editada de lo que había sucedido. Ella estaba tan desconcertada como nosotros por la falta de respuesta. Cruzamos Gunnersmere, Hammersea, Southwater y acabábamos de llegar a City Basin cuando Carla comentó: "Hay muchos barcos que no son de la marina en el río esta noche..."

Había observado los barcos, pero como no tenía ninguna base para compararlos, no sabía que era algo inusual. Por toda la laguna se veían botes de remos, veleros, esquifes, lanchas a vapor, esquifes de leña que dejaban estelas de humo y barcazas; sus rumbos al principio no estaban coordinados y luego, cuando los miré una y otra vez, se veían claramente convergentes. Hacia nosotros.

Carla se dio cuenta unos segundos después que yo. Frunció el ceño y probó su equipo de comunicaciones. El láser de microondas emitió un pitido en el satélite al que estaba sintonizado, pero no hubo respuesta. Los barcos todavía estaban a cierta distancia (unos cientos de metros a la redonda), pero nos rodeaban lentamente. Suze y Malley salieron de la cabina y los observamos en silencio, perplejos y cada vez más consternados.

"Esto es demasiado", dije. "No más tonterías. Carla, por favor, toma medidas evasivas *rápidas* antes de que nos bloqueen por completo".

Ella sonrió, me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba y soltó el acelerador. El barco se lanzó hacia adelante y luego comenzó a desviarse hacia las torres de la ciudad, que brillaban doradas y bronceadas bajo el sol bajo, como Goliats acorazados y borrachos que salieran a encontrarse con algún David acuático. Entre ellos y nosotros había un par de embarcaciones que no eran del grupo: un bote de remos para cuatro personas, tal vez similar al que nos había seguido primero, que se deslizaba por el agua como un insecto de tensión superficial; y un bote inflable de leña mucho más lento y pesado que traqueteaba con una determinación sorprendente frente a nuestra proa. Carla tocó el timón, una vez a la izquierda, otra a la derecha. El bote de remos estaba inundado y vislumbré caras blancas desde las cubiertas del barco de vapor mientras pasábamos a toda velocidad por su popa con vergas de sobra. Entonces estuvimos entre las torres inclinadas y amenazantes, nuestro reflejo acelerando y destellando en sus flancos vidriosos.

Caminé con cuidado hacia la cubierta trasera, me agaché, coloqué el traje en su forma de antena parabólica y envié un llamado urgente a la *Terrible Belleza*.

Los demás se aferraban a cualquier asidero disponible y me miraban desconcertados mientras me levantaba con la ropa reconstituida volviendo a cubrir mi piel.

—Veinte minutos —dije. Nuestra estela provocó olas que cruzaban una y otra vez los espacios geométricos de los

cañones encajonados. Las embarcaciones no pertenecientes a la corbeta rondaban los edificios inundados, pero se mantenían a distancia.

–¿Hasta qué? –preguntó Carla.

Sonreí, repentinamente segura de mí misma otra vez, ya de nuevo en mi propio mundo, ya muy por encima de éste, con sus conspiraciones de no cooperadores, sus servicios de rescate que no responden, su principio general de dejar demasiado en manos de un mundo natural y una humanidad prehistórica que se abalanzaba sobre cualquier momento de debilidad.

"Miren el cielo", les dije. *"La terrible belleza está descendiendo"*.

Fue Malley quien la vio primero, una nueva y más brillante estrella vespertina que se alzaba en el resplandor del atardecer. Aunque estaba descendiendo, parecía ascender, alejándose del horizonte y acercándose a nosotros. Dos veces pareció estallar, y destellos secundarios más amplios parecieron alejarla. Luego, más cerca, realmente estalló, con un trueno que cayó sobre nosotros a través de kilómetros de aire, y que fue reemplazado de repente por el silbido estridente de los conductos de frenado aerodinámico. Columnas de aire sobrecalentado surgieron de su superficie,

luego se desplegó el tercer y último paracaídas, un dosel de media milla de ancho de filamento de carbono monocapa bajo el que la enorme nave flotaba como la semilla debajo de un vilano.

–Vayamos hacia el centro del canal –le dije a Carla. Ella obedeció, sin apenas poder apartar la mirada de la nave que descendía. Los barcos que nos hostigaban huyeron de su sombra invasora en un círculo cada vez más amplio de velocidad cada vez mayor. Nosotros nos asomamos entre las torres y fijamos un rumbo para enfrentarnos a él, como si desafiáramos perversamente el pánico que nos rodeaba.

–¡Oh, oh! –exclamó Suze–. ¡Es hermoso, de una belleza terrible!

Con sus superficies brillantes como una linterna, curvadas como una concha, intrincadas como un jarrón; su forma como el huevo paradójico de una especie alienígena, una especie aviar que vivía en dimensiones superiores; su sonido como un coro de ángeles enojados o una multitud de demonios adoradores, la *Terrible Belleza* soltó el paracaídas, que revoloteó fuera de la vista por encima de las torres y los árboles, y sin duda haría más de una fortuna para quien lo encontrase; disparó sus chorros de actitud y su retrobengala final, enviando nubes turbulentas de vapor a través del agua hacia nosotros, y se posó por fin en el lecho del río de la ciudad de Londres.

"Eso", dijo Malley, "es el desperdicio de vector-delta más *impactante que he visto jamás*".

Carla me miró de soslayo. Asentí: «Adelante a toda velocidad». El hidroplano avanzó los pocos cientos de metros que nos separaban del improbable objeto en el río. A medida que nos acercábamos, el agua silbaba y burbujeaba, y los hidroplanos no consiguieron sostener nuestra nave. Carla movió una palanca de control y el casco se hundió hacia atrás; hábilmente ajustó nuestra velocidad hasta que casi nos detuvimos bajo el alero curvado de la nave espacial. A nuestro alrededor, los vientres plateados de los peces muertos o aturdidos brillaban en el agua agitada. Algunos de ellos, sin duda, habían sido cocinados vivos; me encontré esperando que las válvulas de admisión, ya abiertas y tragando agua, sedientas de reemplazar la masa de reacción desperdiciada, filtraran algunos de ellos hacia el economato. Era probable: como muchos de los mecanismos de la División, la nave tenía un olfato sensible y un apetito voraz por los compuestos orgánicos utilizables.

A unos cincuenta pies por encima de nosotros, en el diámetro más ancho del *Terrible Belleza*, una escotilla se abrió y un rostro nos miró: Tony Girard, actualmente el oficial de seguridad de la nave.

–¡Hola, Ellen! –gritó–. Estoy enviando una escalera hacia abajo.

Cogí la escalera de plástico cuando llegaba al barco y me volví hacia Malley. "Después de ti".

Malley me sonrió, sin rastro de cinismo en su rostro. Parecía un niño pequeño a punto de subirse a una feria de diversiones. Cogió su bolso, se pasó la correa más larga por la nuca y las axilas y empezó a subir por la escalera.

–Carla –dije–, obviamente esperaremos hasta que estés bien antes de despegar, pero ¿estarás bien?

Hizo como si se protegiera los ojos con la mano y mirara a su alrededor, al tramo casi desierto del río. –Estaré bien –dijo–. Hay una estación de la Unión en la desembocadura del Lee. Allí averiguaré por qué nadie respondió a vuestra llamada, ni a la mía, y por qué no había otras lanchas patrulleras cerca para ayudar. –Su expresión se ensombreció–. *Alguien* tendrá que responder a algunas preguntas difíciles.

–Contáctanos cuando lo hagan –dije, garabateando una nota con nuestro indicativo de llamada y entregándosela, junto con el dinero que había tomado en Graciosa–. Y gracias por todo. Si alguien te causa problemas, simplemente llámanos. –Señalé la nave con el pulgar y ella sonrió, agradecida por el apoyo moral, pero probablemente sin

tomar en serio mi promesa. Este es un error que la gente comete con respecto a la División, pero cada persona solo lo comete una vez. Sonreí, casi para mí misma, y agarré el hombro de Suze.

"Fuiste genial", dije. "Me ayudaste mucho y fuiste muy amable al venir a buscarnos".

–¡Como si no fuera necesario! –se rió Suze–. Olvídate de las despedidas, Ellen. Voy contigo. –Puso la mano en uno de los escalones de la escalera.

–¿Qué? No puedes...

–Puedo –dijo con seguridad–. Cualquiera de la Unión puede unirse a la División si hay una nave disponible para llevarlos, y... –Dio una palmadita al casco–... aquí está.

Tenía razón. Era una regla, pero en la práctica sólo la aplicaban los astronautas experimentados de las defensas del Sistema Interior que se incorporaban a la División como una progresión natural, y los miembros de varios comités administrativos que acudían a ejercer una supervisión de la democracia participativa. Teníamos una larga experiencia en disuadir a los jóvenes soñadores de que se fueran de la Tierra, pero en última instancia sólo podíamos disuadirlos y, si el nuevo voluntario resultaba inútil, desilusionarlos suavemente con algunas tareas realmente aburridas.

–¡Pero Suze! –protesté–. Tienes un trabajo que hacer aquí. Algo está pasando entre los no-coos... toda esta comunicación por radio, nadie sabía *que* estaba pasando. Harías mejor en usar lo que sabes para ayudar a la Unión a averiguar...

Ella levantó la mano libre. –No –dijo–. Ahora soy inútil para eso. Los no-coos me vieron contigo y hemos visto lo rápido que se puede correr la voz. Ya no confiarán más en mí, ¡y tendrían razón! Y si realmente vas a ir a donde dijiste, no perdería esa oportunidad por nada del mundo. Voy a ir.

Y dicho esto, se dio la vuelta y subió rápidamente la escalera. La observé casi hasta la mitad del camino y luego miré a Carla. Tenía una sonrisa irónica, como si dijera: " *Vas a tener problemas con eso*". La única respuesta que se me ocurrió fue encogerme de hombros y abrir las manos.

"Así es la vida", dije sacudiendo la cabeza, y luego seguí a mi nueva camarada por la escalera hasta el interior de la nave.

IV. EL ESTADO DEL ARTE

El sonido de la escotilla al cerrarse detrás de mí fue el más agradable que había oído en mucho tiempo. Tony Girard me agarró de los antebrazos y luego se dejó llevar por un abrazo.

–¡Es genial estar de vuelta! –dije cuando lo solté y él se hizo a un lado, con la cara roja, mientras salíamos de la esclusa de aire. La escotilla interior se cerró detrás de nosotros y escuchamos un breve y apagado murmullo mientras la esclusa de aire se llenaba de agua. La cubierta vibró bajo mis pies, las paredes curvas del estrecho pasillo me envolvieron, los olores familiares de a bordo a metal, plástico y azul verdoso, a aire, agua y sustancias orgánicas que se reciclan sin cesar, llenaron mis fosas nasales agradecidas–. Debo decir que fue un aterrizaje brillante.

"Es fantástico tenerte de vuelta", dijo Tony. "Sobre todo después de tanto éxito".

Bajé las comisuras de la boca. –Wilde habría sido mejor. Él *conoce* el camino...

"¿Y quién puede decir que todavía funciona? A la larga, Malley nos ayudará más. Lo hiciste bien".

"Espero que tengas razón. Primero hay que secarlo y reiniciar su cerebro".

Tony se rió. –Dos pastillas de la enfermería. He sacado casos peores de peleas en Aldringrad. –Me hizo un gesto para que lo precediera por el corredor radial–. ¿Quién es la pequeña preciosidad?

–Se hace llamar Suze –le dije–. No sé cómo se llama. Se acaba de presentar como voluntaria. La conocí por casualidad y me ha resultado muy útil. Es socióloga...

–¿El qué? –Lo miré de reojo. Él puso los ojos en blanco, primero hacia arriba y luego hacia abajo–. Ah, claro, ya veo. –Parpadeó con fuerza y apagó la enciclopedia de su traje.

–Mírala –le aconsejé–. Es agradable, pero... –Extendí los dedos y moví la mano para que pudiera verla por encima de mi hombro.

–Te entiendo –dijo–. ¿Tuviste algún problema con los lugareños?

–Un pequeño problema –dije–. Nadie ha sufrido daños en los tejidos, pero está ocurriendo algo grave. Malley fue presionado por un par de tipos que afirmaban ser de la Defensa Espacial del Sistema Interior, y las descripciones de ellos concuerdan, reflejos de baja gravedad y todo eso. Insinuaron que él era una fuente potencial de un *brote*. Él lo niega, pero lo que en realidad ha estado haciendo es enseñar electrónica a los no cosmonautas; no hay daño en eso, pero esos sucios cabrones están usando radios.

'Los virus mentales podrían haber sido su preocupación'.

–Es posible –dije–. O quizá los apaciguadores hayan captado alguna pista de lo que estamos tramando. La representante local de la Unión está investigando el asunto y se pondrá en contacto contigo.

–Estaré atento –dijo Tony. Habíamos llegado a la puerta interior que daba a la cubierta intermedia–. Ah, y Ellen...

–¿Sí? –Hice una pausa, con la mano sobre la superficie, y lo miré. Me miró de arriba abajo y fingió desaprobación–. No puedes enfrentarte al resto de la tripulación vestida *así*.

–Oh –miré mi mono roto, las correas manchadas, las botas arañadas y pasé el dedo por las correas de mi mochila–. Supongo que no.

Dejé a un lado los objetos que había acumulado y dudé antes de transformar el traje. En el entorno natural humano

de caída libre o baja gravedad, la mayoría de nosotros optamos por alguna permutación entre un traje ajustado y una ligera flotabilidad; pero no íbamos a disfrutar de esa condición cómoda durante algún tiempo y yo necesitaría algo de relleno. Seleccioné los parámetros apropiados y dejé que el traje se las ingeniara para adaptarse a ellos. Me encontré con un voluminoso traje de una pieza acolchado con los brazos y las piernas sellados en los puños anchos y guantes y calcetines ajustados. Tenía una capucha de anorak echada hacia atrás que podía convertirse rápidamente en un casco en caso de emergencia. Había bolsillos profundos en la parte delantera de cada muslo. Todo el conjunto presumiblemente estaba modelado a partir de sus archivos de un traje espacial del Proyecto Apolo, excepto que estaba hecho con un acolchado de satén rosa pálido y adornado con una faja de satén rosa intenso y mucho encaje, cintas y lazos, todo rosa.

El traje tiene sus pequeños cambios de humor, a veces.

–Oh, muy digno –dijo Tony–. Pareces la tatarabuela de alguien con una bata de cama.

Eso era lo que tenía en mente. Había varias capas de ropa debajo; por el tacto, el traje había profundizado más en el tema del tocador maternal. Tal vez había registrado que estaba embarazada, aunque no le había pedido que lo comprobara. Fue bastante conmovedor, en cierto modo.

–Soy *la* tatarabuela de alguien –le recordé a Tony mientras recogía la pistola, la munición y la navaja. Miró esta última con interés codicioso.

«¡Una navaja suiza!», dijo. «¿Puedo quedármela?»

–No –dije, guardándola en el bolsillo–. Pero puedes quedarte con el arma. Creo que nuestros nuevos reclutas esperarán eso del oficial de seguridad.

–Sí –dijo mientras empujaba la placa y la puerta se abría–. Pero no creo que esperen ese traje del capitán.

La cubierta intermedia es el área de control de un clipper de fusión. Circular, de quince metros de ancho y quince de alto, está protegida del motor por los tanques de agua principales y de la radiación externa por capas de agua entre el casco exterior e interior. Parece y se siente como un invernadero, cálido y ligeramente húmedo, con iluminación proporcionada por luz solar filtrada por agua y lámparas eléctricas; la instrumentación y el cableado entrelazados con la hidroponía y los inevitables tubos enrollados de plástico transparente por donde circulan las algas. En una tormenta de sol, toda la compañía, normalmente hasta sesenta personas, contando tripulación y pasajeros, puede amontonarse en ella, pero la mayor parte del tiempo está ocupada solo por la tripulación activa. En este viaje no había pasajeros, así que estábamos todos allí.

Mi maravilloso equipo, mi pandilla. Tony Girard a mi lado, mi experto en seguridad, cuyas habilidades conspirativas se remontaban a las antiguas luchas entre facciones en Lagrange. Jaime Andrades, el navegante, que bromeaba diciendo que su talento provenía de su ascendencia portuguesa, pero que era un superviviente negro puro de la famosa y desastrosa colonia lunar angoleña. Boris Grobovski, el artillero, que había pasado su primer siglo de edad adulta con la artillería móvil chino-soviética, en su lento pero inexorable avance desde Vladivostok hasta Lisboa, extendiendo la democracia de mar en mar resplandeciente. Andrea Gromova, la piloto, que había empezado, antes de la Caída, impulsando antiguas Energías abarrotadas de trabajadores en servidumbre desde los gulags privatizados hasta los campos mineros de asteroides, para luego pasarse a la revolución en la batalla de Nueva Yorkshire del Sur. Lu Yeng, la especialista en informática; a sus setenta años, era la más joven, nacida en Calisto. Sus padres habían llegado allí en las negociaciones iniciales entre la Unión y la División. La intensidad de su experiencia neutralizando los virus de los Guardianes del Exterior compensaba con creces su relativa juventud, aunque en términos políticos era un poco ingenua y conservaba una extraña reverencia por Kim Nok-Yung, Shin Se-Ha y otros descubridores del *verdadero conocimiento*.

Ninguno de los miembros de la tripulación levantó una ceja al ver mi traje cuando Tony y yo salimos a la cubierta

intermedia. La excentricidad es una norma. Suze y Malley estaban sentados juntos en el borde de un sofá de aceleración y les costó un poco no reírse a carcajadas. Les lancé una mirada fulminante y sonreí y saludé con la mano a los demás miembros de la tripulación, que estaban esparcidos alrededor del círculo de una docena de sofás de aceleración.

"Gracias a todos", dije. "Fue un aterrizaje excelente. Felicitaciones a Jaime y Andrea". El navegante y la piloto me devolvieron el saludo. Caminé directamente hacia el sofá de aceleración más cercano y me acosté. Tony se acomodó en otro sofá, bajó un instrumento que se elevaba sobre una pértiga que parecía una pantalla de televisión con manubrios y comenzó a escanear.

—Tony —pregunté después de un minuto—, ¿hay gente a una milla de nosotros?

Siguió girando las barras durante unos segundos.

—No —dijo—. Seguro que no hay nadie en el agua, y cualquiera que esté demasiado escondido entre los árboles para que yo pueda recogerlo no debería tener ningún problema.

"De todos modos, haz sonar la alarma", dije.

Las alarmas internas de un cazabombardero son cacofónicas. Las alarmas externas de un avión de fusión a

punto de despegar de un planeta están calculadas para despertar a los muertos y hacer que corran a cualquier lugar fuera de su alcance. Nosotros solo la oímos débilmente, pero aun así nos puso los pelos de punta. La dejé sonar durante diez minutos mientras repasábamos la lista de comprobación final: todos abrochados, válvulas de entrada de agua cerradas, láseres de fusión encendidos, ruta de vuelo despejada...

«Está bien, camaradas», dije, «levantemos el vehículo».

Andrea sacó el regulador de fusión y la nave se elevó, lentamente al principio, temblando desde la nariz hasta la cola.

–Cincuenta pies –entonó Andrea–. Cien, ciento cincuenta, doscientos...

"A dos mil pies, ve a por el fuego", dije.

–¡Comed protones de muerte, Canary Wharf (muelle canario)! –dijo Suze.

– Oye, vamos –dije–. Hay unas cuantas ventanas rotas.

Diez segundos después, Andrea avanzó el regulador por completo y una serie de personas comenzaron un experimento cruel para descubrir cuántos podían acostarse sobre mí. Cuando llegamos a la órbita, ya eran siete.

El motor se apagó y todos se fueron. Me desabroché el cinturón y me dejé llevar por un momento, disfrutando de la sensación mientras duró. "¿Están todos bien?", grité. Todos lo estaban.

"Está bien", dije, "no os pongáis demasiado contentos con la caída libre. Vamos a recoger algo de hielo y luego vamos a acelerar a un g".

"Gracias a Dios por eso", dijo Malley, que se aferraba a su sofá como si tuviera miedo de caerse. Suze tenía la mirada silenciosa y pálida de alguien que está decidido a no pensar en vomitar. Varios miembros de la tripulación emitieron gemidos de rebelión.

–Callen, todos ustedes –les dije–. Yo he estado en una gravedad durante tres días, mientras ustedes han estado holgazaneando en órbita. Pueden vivir con eso otros diez días.

–Pero si *ya* llevamos diez días conviviendo con ello –se quejó Andrea–. Viniendo de casa.

Malley se dio la vuelta en el sofá y me miró. –¿Así que vas a estar en una gravedad durante veintitrés días? Me pregunto cómo puede soportarlo el cuerpo humano.

–No puede ser sano –dije, lanzándome para flotar sobre él–. De ahí muchos de los males que agobian la carne. Lo cual me recuerda...

Agarré un brazo y me empujé hasta la enfermería y tomé tres cirugías.

"Trágate las", le dije cuando volví. Agarró las cápsulas de colores y las miró con desconfianza.

'¿Para qué sirven?'

–Una es para acabar con tus adicciones (podrás seguir disfrutando de una bebida o un cigarrillo, pero no los necesitarás); otra es para rejuvenecerte (la circulación, el tono muscular, la piel, etc.) y otra para pulir tus sinapsis. –Sonreí ante su mirada suspicaz–. Solo el hardware; el software sigue estando en tus manos. No hay lavado de cerebro anarco–comunista de por medio, de verdad.

–Supongo que a veces tendré que confiar en ti –dijo con ironía, y se colocó las cápsulas en la boca y tragó saliva con fuerza–. Lo único que siento ahora es que me vendría bien un trago.

–Será mejor esperar a que estemos acelerando –dije–. Lanzar chorros de aire hacia las bombillas no es muy divertido.

Suze observó esto con un interés apagado.

–Supongo –preguntó con tono quejoso– que tendréis algo para el mareo espacial.

"Me temo que no", dije. "Simplemente hay que acostumbrarse". Me abstuve de añadir lo de que los primeros seis meses eran los peores.

Suze fijó su mirada en algo que estaba por encima de ella y asintió, con los labios apretados en una fina línea. Sentí pena por ella, pero al mismo tiempo me hizo gracia que hubiera hecho la misma petición que todos los demás novatos que habíamos levantado. ¡Una cura para el mareo, en efecto! ¿Qué esperaban de la nanotecnología médica? ¿Milagros?

–¿Qué pasa con las unidades imperiales? –preguntó Malley mientras observábamos y escuchábamos a Andrea guiarnos hasta el muelle donde se encontraba el buque cisterna de hielo.

"Escucharás argumentos sobre la escala humana, la intuición, la conveniencia y demás", expliqué, "pero los personajes más viejos y más groseros del espacio lo resumirían en dos palabras: jodida NASA. La mayoría de los asentamientos espaciales se construyeron con material de la NASA o según especificaciones de la NASA en los primeros tiempos, y desde entonces ha sido demasiado complicado cambiarlo. Estamos atrapados en ello".

"Sí", dijo Andrea. "Es por eso que ahora estamos a dos coma cinco siete millas de cien mil toneladas métricas de hielo. Hay que amar la consistencia de todo esto".

–Eso sí –dijo Malley riendo entre dientes, con los dientes apretados sobre una pipa apagada–, supongo que debería estar agradecido. 1,58 kilómetros no sonaría tan bien.

Incluso Suze se rió, aunque todavía parecía un poco incómoda. La idea del desastre que podrían causar en cualquier momento me impulsó a buscar un par de trajes. Los acerqué y les di uno a Malley y a Suze.

–¿Qué hago con esto? –preguntó Suze, mientras se alejaba con los brazos alrededor de una bola de goma de unos diez kilos y cuarenta y cinco centímetros.

–Deja que te conozca –le dije. Ya le caía por la cintura y el abdomen–. Al principio, adoptará la forma de un conjunto básico de uniforme y una mochila, y te mostraré cómo variarlo si quieres. Puede imitar casi cualquier textura y apariencia externa que especifiques. –Moví una mano enguantada de satén, mientras un cordón rosa ondeaba alrededor de mi antebrazo–. ¡Si no especificas los detalles, espera sorpresas! Pero no importa lo frívolo que pueda parecer, reacciona al vacío antes de que puedas parpadear. Si sales al exterior, o si tenemos, eh, una *pérdida repentina de presión en la cabina*, se comporta como un traje espacial. Coge una botella de oxígeno si puedes, pero si es necesario, puede funcionar en circuito cerrado de forma indefinida.

–¿Y qué pasa con la ropa que llevamos puesta? –preguntó Malley.

"Será asimilada", le aseguré. "El traje puede reprocesar prácticamente cualquier cosa".

Suze miró a su alrededor, bastante frenéticamente, mientras la materia inteligente subía por sus brazos.

"¿Y para ir al baño?" dijo ella.

"Hay un lugar llamado la cabina, allí... ¿Te refieres a si estás afuera con el traje puesto?"

'Sí.'

"Como dije", reiteré pacientemente, "el traje puede reprocesar casi cualquier cosa".

En ese momento, le di al traje la oportunidad de demostrar esta capacidad y varias otras, incluida la de atrapar gotas de proyectiles. Los dejé solos.

Una hora más tarde, habíamos repuesto la masa de reacción y el combustible utilizados en la excursión no programada de la *Terrible Belleza* a la superficie planetaria, y acelerábamos a una gravedad constante en una línea más o menos recta a través del plano de la eclíptica hacia Júpiter, o mejor dicho, hacia donde estaría Júpiter dentro de diez días. Después de cinco días, apagaríamos el motor, haríamos girar la nave y desaceleraríamos a una gravedad el resto del camino. Esta, como cualquiera le dirá, no es la forma más eficiente de desplazarse en cuanto a combustible. La

mayoría de los transportes en el Sistema Solar apenas consumen combustible, y aun así son bastante rápidos; con una vela lo suficientemente grande y ligera se puede llegar de la órbita terrestre a la órbita de Marte en semanas, y a Júpiter en meses. No teníamos ningún reparo en utilizar cortadores de fusión en la minoría de los viajes para los que no teníamos semanas o meses para desperdiciar.

(En realidad, la eficiencia del combustible, o incluso la masa de reacción, no eran el factor limitante. Con el motor de fusión láser y las cantidades prácticamente inagotables de hielo disponibles, podríamos haber usado clippers para todo. El factor limitante era la disponibilidad de naves).

El regreso a la normalidad hizo que Malley y Suze estuvieran mucho más alegres, y el resto de nosotros un poco menos. Bajamos por la escalera desde la cubierta de mando hasta el economato. Era una habitación un poco más pequeña, también circular, con varias mesas pequeñas y una mesa redonda grande, más que suficiente para todos nosotros. En el centro de esa mesa estaba el elevador de servicio, y en cada puesto había un mantel con el menú. Me senté con Malley a un lado y Suze al otro.

"Podéis elegir una amplia variedad de comidas y bebidas", les expliqué, "pero por razones obvias, todo lo que se prepare con agua hirviendo es una especialidad de la casa". Hojeé el menú. "¿Puedo recomendaros el salmón del Támesis, recién pescado?"

La mayoría de nosotros hicimos la misma elección, tocando las líneas correspondientes en el menú, y los platos humeantes con almendras en láminas surgieron del centro de la mesa y fueron pasando con entusiasmo de un lado a otro. Ahora que tenía el modelo, la cocina podría copiar al carbono el salmón del Támesis "recién capturado" hasta que se apagase la unidad, pero el verdadero salmón tenía una emoción especial. Es subjetivo, pero como Malley (ligeramente borracho por Tranquilitatis 2296 y drogado por el primer subidón de las cirugías tragadas) intentó decirnos, el precio era subjetivo de todos modos. Parecía pensar que estaba haciendo una buena idea, y nosotros educadamente respetamos esa idea errónea.

Terminamos de comer y volvimos a colocar los platos en el centro. El montacargas se hundió en silencio con ellos. Malley rebuscó en su bolsillo (su traje tenía una forma original inspirada en el que llevaba puesto y tenía un aspecto pintoresco de tweed) y sacó su pipa y tabaco.

«¿Está bien fumar en la nave?», preguntó.

–Claro –dije–. Estamos sentados a sesenta pies sobre una antorcha de fusión, hombre. El fuego es la menor de nuestras preocupaciones. Sin embargo, esperaba que se detuviera cuando se le pasara la adicción. Varios compañeros arrugaron la nariz sin pensarlo, hasta que alguien manejó un comando en su tapete para aumentar la ventilación.

Cuando llegamos al café, ya había presentado a todos: Andrea, Jaime, Boris, Tony y Yeng. Suze me miró cuando terminé y dijo: "Pero Ellen, ¿quién eres tú?"

Todos nos reímos. –Ellen May Ngwethu –dije–. Nací en 2041, en un asentamiento espacial de Lagrange, así que soy casi tan vieja como Malley... quiero decir, ¡Sam! Luché en la división inicial entre la Tendencia Terrestre y los Guardianes, y en la Tierra durante el siglo oscuro. Trabajé en la Defensa de la Tierra durante mucho tiempo, luego me mudé a Júpiter. He estado en la División Cassini durante los últimos, déjame ver, setenta y tantos años, y ahora mismo estoy en el Comité de Defensa de la División, y soy el enlace en el Comité de Investigación de Anomalías Jovianas. Ese es un organismo científico no militar que es responsable ante el Consejo Solar y tiene la penúltima palabra en lo que hace la División. El Consejo Solar tiene la última palabra. –Sonreí alrededor de la mesa–. En teoría. En la práctica, la División hace lo que le place.

Suze parecía ligeramente sorprendida y Malley presumido.

"Conozco la teoría", dijo Malley. "Según ella, cada uno hace lo que le da la gana. "El libre desarrollo de cada uno es la condición de la guerra de todos contra todos", o alguna tontería por el estilo".

Yeng frunció el ceño ante este comentario; Malley levantó las manos. 'Al diablo con la política. Deduzco por lo que

acabas de decir, Ellen May Ngwethu, que eres lo que en un orden jerárquico más admisible se llamaría un miembro del Estado Mayor. Un alto oficial militar y político. Entonces, ¿qué coño haces ensuciándote las manos, revolcándote en el barro en la reserva kulak, todo sólo para atrapar a un viejo físico?'

–Buena pregunta –dije. Malley me miró a los ojos y empezó a jugar con su pipa; me hubiera gustado tener algo igualmente entretenido con lo que ocupar mis manos–. Una parte de la respuesta es que no trabajamos como usted cree; nuestros comités pueden parecer una jerarquía si los dibuja en un esquema, pero eso es todo. En realidad no se trata de una especie de estructura oculta de arriba hacia abajo. De modo que si el Comité de Defensa quiere que se hagan determinados tipos de trabajos, no tiene a un pobre subordinado para enviar a hacerlo. Somos elegidos para hacer un trabajo, y yo era la mejor para este.

–La otra parte de la respuesta es que debemos mantener en secreto lo que estamos haciendo. Aparte del Comité de Defensa de la División, las únicas personas que saben que estamos planeando un asalto a través del agujero de gusano somos los que estamos en esta nave. –Miré a mi alrededor–. Somos un equipo, somos el equipo, ¡y ustedes están dentro! Si no les gusta lo que estamos haciendo, ambos son libres de retirarse, pero no de abandonar el espacio de la División hasta que todo haya terminado.

Malley y Suze parecían preocupados y estaban a punto de hablar. Suze fue la primera en decirlo: "Pero ¿a quién le estáis ocultando todo esto? "

–A los jovianos –dijo Tony.

–Pero... pero... –Malley casi tartamudeaba, mientras sus sinapsis fallaban con una articulación excitada–. ¡Los jovianos, los externos, están... están locos, están atrapados en sus propias realidades virtuales!

Miré alrededor del equipo y vi pequeños asentimientos y encogimientos de hombros.

–Ya no –dije–. Pero es una larga historia y todos hemos tenido un día muy largo. Mañana será el momento. Dejadme mostraros la nave.

Una cosa que distingue a un clipper de fusión de la mayoría de las naves espaciales es que su diseño interno tiene un 'arriba' y un 'abajo' bien definidos; y como en este solo viajaba la tripulación, había mucho espacio para mostrarle el lugar a Malley y Suze. Después de la cena, usé la energía que me quedaba para subir y bajar escaleras por toda la nave y explicarles todo lo que se pudiera explicar.

El casco del clipper de fusión tiene forma de huevo, de doscientos pies de largo y setenta de ancho en su diámetro mayor, que está ocupado por el economato y la cubierta de mando. El extremo se estrecha hacia el chorro y contiene la

antorcha de fusión, los tanques de agua principales y los sistemas de soporte vital. Por encima, o hacia delante, de la cubierta de mando están los dormitorios, estrechos, pero adornados con plantas trepadoras y tubos de reciclaje (difíciles de distinguir, en la práctica) que le dan una sensación de mayor amplitud. Por encima de eso, agrupados alrededor del gran ojo de cristal del escudo térmico, están los cañones láser de Defensa Activa, para hacer frente a cualquier basura espacial errante que (a las velocidades que puede alcanzar un clipper de fusión) *debe* ser eliminada.

Nuestro recorrido terminó en la galería para dormir que, como es habitual en esta clase de naves, fue diseñada deliberadamente para asemejarse a un acantilado de cuevas con vistas al pozo de aire central, cuyo fondo era el suelo transparente de la cubierta intermedia y cuya parte superior era el escudo magnético de proa, a través del cual se podía ver un patrón distorsionado pero nítido de estrellas. El destello errático y silencioso del polvo y los meteoritos que se acercaban, vaporizados por los láseres reflejos del sistema de Defensa Activa de la nave, proporcionaba un análogo relajante de las estrellas fugaces en un cielo natural.

Malley se inclinó sobre una barandilla y miró hacia arriba y hacia abajo.

"¿Por qué la planta de reciclaje?", preguntó. "Los viajes duran días o semanas. ¿Por qué no llevar simplemente suministros?"

«No todos los viajes son tan cortos, ni todos terminan en puertos», dije.

"Hmm", dijo. "Colonizais".

"Bueno", me encogí de hombros, "está el cinturón de Kuiper y el de Oort".

–¿Y Nuevo Marte? –preguntó Suze con picardía.

"Planeamos con anticipación", acepté. Ambos se rieron.

Malley se estiró y bostezó. –Tenías razón –dijo–. Es hora de dormir. ¿Dónde dejé mi bolso?

Recuperé su equipaje, tal como estaba, les mostré sus camarotes y me metí en el mío. Con espacio justo para estar de pie y tumbarse, sus paredes redondeadas veteadas de tubos translúcidos que transportaban enjambres de protozoos noctilucientes artificiales, era como una cueva submarina, con el rectángulo de espuma color arena de la cama como único mobiliario. Dejé que la prenda exterior del traje espacial se transformara en una gruesa colcha y una almohada; y descubrí que, para las capas interiores, el traje había ampliado su gama de texturas a lana tejida esponjosa y tricot de seda cepillada, y su gama de colores al crudo, beige y varios tonos de melocotón. Todo era muy acogedor. Desaté algunos lazos, me tapé la cabeza con la colcha y me puse a dormir.

“¡Quieres vivir en un mundo de sueños!”, me acuso.

Me aferro con el dedo gordo del pie izquierdo a un agujero en un soporte de aluminio en ángulo, floto en ángulo recto con el chico con el que estoy discutiendo, y echo chorros de cerveza de hachís en mi boca desde una botella de plástico con boquilla que una vez contuvo algo bastante diferente (cuyo sabor persiste) en la abarrotada cubierta de recreación (o, inevitablemente: 'cubierta de naufragio') de un satélite de batalla de Defensa de la Tierra abandonado a los ocupantes ilegales y la descomposición orbital y es 2062 y simplemente sé que no puede ser, y estoy soñando. Así que la acusación no tiene mucha convicción.

El chico tiene unos diecinueve años y debe de ser un recién llegado: es gordo, y nadie se engorda (ni se mantiene así) en caída libre (es esa dieta estupenda para adelgazar que tenemos). Su rostro, salpicado de más erupciones que Ío, recuerda a todas las pizzas que debe haber metido en él. Sus ojos tienden a salirse de sus órbitas: el equivalente moderno de las lentes de contacto, debido a varias operaciones de corrección de córnea para la miopía inducida por la lectura. Desdeñando el lúpulo y el cáñamo por insalubres, está chupando un cóctel repugnante de drogas inteligentes, aderezada con euforizantes. Él lo sabe todo.

–Tú eres la soñadora –dice. Agita la mano en dirección a la ventana, a treinta pies de distancia, al otro lado de la cubierta del naufragio. A través de la masa de bebedores a

la deriva, a través de nubes de humo y gotitas perdidas, la imagen de una superficie de color rojo ladrillo se arrastra. Madagascar; la reconocería en cualquier parte. –Sigues estancada en el altruismo comunista. Quieres ayudar a personas que no tienen ayuda. Están condenadas. “La Tierra, el Tercer Mundo”, ja, ja. Es hora de crecer y ponerse al día, Ellen. Es hora de mudarse. Hay un gran universo ahí fuera.

–Exactamente lo que quiero decir –señalo también lo que hoy es el océano Índico–. Y la Tierra es parte de él. Quieres vivir en una realidad virtual.

–No del todo –sonríe, mostrando sus dientes en mal estado–. Prestaremos mucha atención al exterior; tendremos que hacerlo, si queremos convertir toda esa masa tonta en materia inteligente. Materia que piensa y sueña. Un mundo de maravillas, donde puedes ser lo que quieras, no lo que el azar y tus genes te han hecho ser.

"No quiero convertir el universo en una gran computadora que ejecute realidades virtuales", le digo. "Y, por cierto, no me llames "altruista comunista". Es solo una preocupación humana común y corriente. No me gusta ver sufrir a la gente, así que no sería muy *generoso* de mi parte ignorar a diez mil millones de personas que se adentran en la oscuridad".

"No tendrás que verlos sufrir", me dice con una seguridad insoportable. "Puedes simplemente *eliminarlos*. De todos

modos, sus problemas son *sus* problemas. ¿Por qué hacerlos tuyos?"

"Porque me preocupo por ellos, y si eso suena altruista, piénsalo de esta manera: soy lo suficientemente egoísta como para querer ser, oh, ¡la princesa de la Galaxia! Vale, en caso de necesidad, me conformaría con vivir para siempre en un Imperio Galáctico. *Personalmente, quiero* ver un universo lleno de gente pasándolo bien".

Saludo efusivamente hacia la cubierta del naufragio, para ilustrarlo.

–¡Gente! –resopla–. ¿Dónde está tu ambición? Podemos hacerlo mejor que eso.

–Queréis ser máquinas. –Tomo un trago de la bebida–. Yo no.

Se encoge de hombros. "Si quieres vivir en el espacio, te irá mejor como máquina que como bolsa de agua de mar. La especificación de diseño del cuerpo humano es: un traje espacial para un pez. Las máquinas se sienten como en casa en el universo".

Le dedico una sonrisa tan amplia y encantada que piensa que me gusta y le respondo con una cita de una distopía anticuada que tuvo una gran resonancia para mí cuando era niña: *This Perfect Day* (Este día perfecto), de Ira Levin. (No es

que estuviéramos en peligro de que llegara ese día perfecto, ni ningún otro, pero el libro me habló).

“Las máquinas se sienten como en casa en el universo. Las personas son los extraterrestres”.

Él sigue devolviéndome la sonrisa, todavía cree que estoy de acuerdo. La cerveza de hachís me lleva a una explicación drogada y borracha: «Extranjeros en una tierra extraña. Marx estaba equivocado: no estamos alienados *de* nuestra humanidad, la alienación *es* la humanidad. Siempre somos capaces de dar un paso atrás y mirar lo que estamos haciendo, por así decirlo, desde fuera: tenemos un exterior, un *interior*, y es tan infinito como el espacio. Ninguna prueba de Turing puede acercarse¹², no importa lo buena que sea a simular un organismo. Las máquinas calculan; las personas cuentan. Las máquinas tienen programas; las personas tienen propósitos». Me detengo, lo miro fijamente y tomo otro trago de cerveza. «Así que ahí está».

12 La prueba de Turing o test de Turing es una herramienta de evaluación de la capacidad de una máquina para exhibir un comportamiento inteligente similar al de un ser humano o indistinguible de este. Alan Turing propuso que un humano examinara conversaciones en lenguaje natural entre un humano y una máquina diseñada para generar respuestas similares a las de un humano. El evaluador sabría que uno de los participantes de la conversación es una máquina y los intervinientes serían separados unos de otros. En el caso de que el evaluador no pueda distinguir entre el humano y la máquina acertadamente, la máquina habría pasado la prueba.

"Las personas también son máquinas", afirma. "Y las máquinas tendrán todo lo que tenemos nosotros, una vez que les hayamos transferido nuestras mentes".

"Así es como lo llamas. Quitarte el cerebro capa por capa y modelarlo en un ordenador es lo que yo llamo *morir*".

"Es trascendental", dice, dándose una palmada en el pecho, casi haciéndose girar. "*Esto* es morir. La carne es un asesinato".

—Sí —digo cruelmente—. Si tuviera *tu* cuerpo, querría ser otra cosa.

No lo toma como el desprecio aplastante que se pretende. "Sí", dice, todavía sonriendo. "Cuando suba el vídeo, puede que modele mi cuerpo virtual a partir del tuyo".

Mi atención se distrae con la pantalla de televisión que hay al final del bar, donde han aparecido las caras de mis padres, que me hablan en un idioma que no entiendo, sonriendo, tranquilizándome. Sus cuerpos temblorosos, muertos pero galvanizados, flotan frente a la pantalla, unidos por tubos que les succionan el cerebro. "Adiós, Ellen", dicen, "adiós. Te veo en diez mil años".

Furiosa, me vuelvo hacia el chico, pero ya ha cambiado, de ser un desastre a ser una mancha, una forma de paramécio zumbando con cilios fractales, una parte de la cual se convierte en píxeles y se congela en una cara: mi cara.

"Me gusta tu cuerpo", dice.

'¡En tus sueños!', le grito. '¡En tus sueños!'

Y me despierto.

La colcha me abraza, la almohada bebe mis lágrimas.

"Calla", me dicen con voz tranquilizadora. "Todo estará bien".

A la mañana siguiente me levanté alrededor de las 11:00 horas, hora de la nave (que, convenientemente para los que habíamos embarcado ayer, coincidía con la hora GMT¹³), y me dirigí a la cubierta intermedia. Para mi vergüenza, fui la última en llegar, y el resto del equipo había honrado la ocasión preparando sus trajes para diversas aproximaciones de militarismo elegantemente masculino. Andrea y Boris estaban entreteniendo a Suze y Malley con una demostración del sistema de Defensa Activa, que aunque automatizado, podía ser anulado para proporcionar un espectacular juego de disparos con meteoritos (en su mayoría diminutos, pero rápidos) como objetivos. Los

13 El tiempo medio de Greenwich u hora media de Greenwich o GMT (Greenwich Mean Time) es un estándar de tiempo que originalmente se refería al tiempo solar medio en el Real Observatorio de Greenwich, en Greenwich, cerca de Londres, Inglaterra, que en 1884 fue elegido por la Conferencia Internacional del Meridiano como el primer meridiano.

demás se estaban divirtiendo de maneras menos productivas.

Les dije buenos días a todos con un gruñido y tomé un desayuno solitario y reflexivo en el comedor, ahuyentando los jirones de sueño perturbado con un café fuerte. Llevé mi tercera taza conmigo, subí las escaleras y me senté en un sofá.

"Muy bien, camaradas", dije. "Estamos en sesión. Yeng, ¿te gustaría presidir?"

Ella asintió, apartó sus gafas del tanque nanotecnológico y aplaudió. "Vamos, muchachos. Apaguen nuevamente los ordenadores de puntería y vengan aquí".

Andrea, Boris, Malley y Suze se alejaron de los controles manuales de disparo y se acomodaron en los extremos de los sofás. Suze me dedicó una sonrisa tímida y Malley una sonrisa arrogante. El trabajo de los nanocirujanos, aunque no estaba completo, había transformado su apariencia de la noche a la mañana: enderezaron su postura, alisaron la piel de su rostro y borraron las arrugas de alrededor de sus ojos.

–Tus pastillas han mejorado mis reflejos, sin duda –dijo. Boris extendió la mano e hizo un gesto de balanceo–. Teniendo en cuenta con lo que empezaste... Los dos hombres se rieron; yo esperaba que eso indicara, aunque fuera de forma vacilante, el comienzo de una amistad.

–Suze, Sam –comencé–, el resto de nosotros sabemos lo que voy a decir, pero cada uno de nosotros puede responder preguntas diferentes, así que...

Manejé los controles del asiento bajo y largo, levanté el grupo de instrumentos central y bajé un brazo del que estaba suspendido un aparato de proyección holográfica. De mis guantes salieron zarcillos que se extendían hasta la interfaz del sistema. Las lámparas eléctricas se apagaron y preparé una imagen de Júpiter del tamaño de un balón de fútbol, que brillaba suavemente. La hice girar a una velocidad exagerada bajo la luz del exterior, bajo las imágenes refractadas y distorsionadas de las estrellas reales que había sobre nosotros.

–Una breve historia del sistema joviano –dije–. Empecemos por cómo era antes de que los exploradores pusieran en marcha el Proyecto Jove. –Las cuatro lunas galileanas giraban a su alrededor, la Gran Mancha Roja giraba con las bandas de colores del planeta–. Aquí está el primer indicio de que algo grande estaba sucediendo, algo que notamos en 2090. Es una cinta de archivo del Observatorio Real de Farside.

Ganimedes se desintegró, no explotó ni se evaporó, solo se separó en millones de pedazos que, en esta vista en cámara lenta, se extendieron inmediatamente para formar un anillo.

Todos la habíamos visto antes: es la película de Zapruder sobre astronáutica: la imagen más conocida y la secuencia de fotografías más estudiada y discutida de la historia de la exploración espacial. El técnico que la grabó tenía sentido del humor y sentido de la historia, y reprodujo la cinta de audio de su (supuesta) primera reacción: "¡Oh, Dios mío, está llena de dioses!"¹⁴.

Se escucharon pequeñas risas educadas por todos lados. "Está bien", dije, "todos lo hemos oído. Pero él tenía razón. Y *todavía* no sabemos cómo lo hicieron, ni siquiera en teoría. Sam Malley demostró el concepto de la Puerta y el Impulso, y la nanotecnología y la transferencia de datos se comprendían con mucha antelación, básicamente desde los años ochenta. Pero la destrucción de la luna más grande del sistema solar fue, eh, un poco impactante".

El momento más aterrador de mi vida, para ser exactos. Le hice un gesto con la cabeza a Tony, quien se hizo cargo de esa parte de la historia.

—Todos —dijo— no pudimos evitar recordar que los habitantes de la Tierra habían anunciado su intención de convertir todo, excepto las estrellas, en materia inteligente, empezando por los asteroides más pequeños y avanzando hacia arriba, hasta llegar a lo que ellos llamaban «cerebros

14 Parafraseando la frase "Dios mío, ¡está lleno de estrellas!" de la película *2001. Una odisea espacial* de Clarke/Kubrick.

del tamaño de Júpiter». Tenían un dicho: «Si no ejecuta programas ni fusiona átomos, simplemente dobla el espacio». Así que todos nos preocupamos bastante cuando vimos eso. –Nos dedicó una leve sonrisa–. Especialmente los que vivíamos en la Luna.

Malley levantó la vista de un bloc que había sacado de la rodilla de su traje y dejó de garabatear algo. –Puede que haya formas de derivar el, uh, *destructor de lunas* a partir del mismo esquema que la Puerta –dijo–. He pensado en ello a lo largo de los años, pero nunca he llegado muy lejos. Trabajaré en ello.

–Bien –dije, sonriendo tan cálidamente como pude–. Bueno, sigamos hacia la Puerta. Pasé la cinta hacia adelante nuevamente, enfocándome en el anillo y ampliando la vista hasta lo que habían sido los límites de nuestra resolución telescópica en los años noventa. Una compleja estructura de vigas tomó forma rápidamente, una red tridimensional de hilos negros justo dentro del anillo. Al mismo tiempo, la cara de Júpiter se transformó con sus bandas fracturadas por corrientes cruzadas. Pasé a primeros planos de la estructura.

–Estas tomas son de archivos recuperados de un robot de construcción por la llamada mujer artificial, Meg, que era la compañera de Jonathan Wilde en ese cuerpo robótico –expliqué–. Los puntales negros son, bastante prosaicamente, vigas de policarbonato, aunque tienen una maquinaria interna compleja. Los pequeños robots que ves

volando y aparentemente trabajando en la estructura son la fuerza laboral en condiciones de servidumbre, cada uno de ellos con una mente humana copiada funcionando en su computadora de a bordo. –Hice una pausa, apreté mis labios por un momento y respiré profundamente, luego continué–. Ahora bien, eso... –congelé la imagen, luego la dejé continuar– es un tipo muy diferente de carga. Es lo que llamamos un "superorganismo" y lo que los ex trabajadores humanos del proyecto llamaron un "macro". Es un objeto de materia inteligente, una constelación de billones de nanomáquinas. Cada una de ellas contiene literalmente millones de mentes, en su mayoría descendientes replicados y mejorados de los Guardianes del Exterior originales. Wilde se refiere a ellos como “la gente rápida”, y el término se ha popularizado porque es apropiado: sus mentes piensan y experimentan al menos mil veces más rápido que las nuestras.

Todos nos sentamos y miramos la macro, una gigantesca y multicolor forma ameboide que daba miedo, con sus superficies fractales en ebullición y sus pseudópodos abultándose y retrayéndose mientras se deslizaba por las vigas. Su tamaño empequeñecía a los diminutos robots de aspecto metálico de sus apretados sirvientes.

–Nunca le habéis mostrado estos primeros planos a la gente de la Tierra –me acusó Suze. Asentí con firmeza.

–Así es –dije–. Por ahora nos los hemos guardado para nosotros. Lo único que ha visto la gente del Sistema Interior son las manchas borrosas que aparecieron en algunas fotografías que obtuvimos en su momento con una sonda espía antes de que la detectaran y destruyeran.

–Muy democrático de su parte –dijo Malley–. No querían causar pánico, ¿no es así?

–No exactamente –dijo Tony, inclinándose hacia delante–. Si usted es como yo, doctor Malley, estoy seguro de que está sintiendo una reacción de inquietud o incluso de miedo, que objetivamente es bastante difícil de justificar. A nosotros mismos nos resulta difícil explicarlo y sospechamos que puede estar inducida deliberadamente por algún efecto sutil de los patrones superficiales. Si ese es el caso, presumiblemente se pretendía intimidar a la fuerza laboral. Las pruebas realizadas a nuestro propio personal han demostrado que esta respuesta podría traducirse fácilmente en un deseo de actuar precipitadamente contra los descendientes actuales de estas entidades. Ésa es una presión que preferiríamos evitar.

Por el momento, pensé. Continué rápidamente, mostrando las etapas subsiguientes del proyecto de construcción en avance rápido. La estructura se dividió de repente, y una sección circular más pequeña se desprendió. La superficie joviana se arremolinó, su ecuador estaba salpicado de lo que parecían trombas marinas que se

elevaban en trayectorias curvas hacia el anillo. Un círculo fino alrededor del anillo brillaba al rojo vivo. La estructura recién separada parecía plegarse sobre sí misma, y allí, colgando como una película de jabón en un anillo, estaba la Puerta misma: un círculo de espacio estirado de una milla de ancho, su borde brillando con todos los colores del espectro.

–La Milla Malley –dije. Malley nos hizo a todos una reverencia irónica–. Si observan con atención, verán el momento en que se divide en dos círculos que se superponen, los dos lados del agujero de gusano. Allí. El pequeño objeto oscuro en el centro es la nave de los Guardianes del Exterior, la sonda, que...

Una línea de luz se dirigió tangente a la línea brillante que rodeaba el gran anillo, directamente hacia el centro de la Puerta.

–... se va. –Todos parpadearon; todos tomaron aliento, incluso aquellos que habían visto esta escena cientos de veces–. Se lleva consigo un lado del agujero de gusano. Observen cómo el chorro de plasma aparentemente se *detiene* cuando llega a la Puerta. No puede haber la menor duda de que el chorro está pasando de la región local del espacio-tiempo a... algún otro lugar. Pero en caso de que alguien se lo esté preguntando, logramos rastrear la sonda durante los primeros minutos. –Las imágenes granuladas aparecieron, mostrando un rayo de luz y un punto borroso–. Como pueden ver, ahí está el chorro de plasma, saliendo

aparentemente de la nada y cruzando unos cientos de metros de espacio hacia la sonda, donde se transforma en energía cinética a través de lo que suponemos que es, eh, un impulsor de masa virtual Malley. Calculamos que la sonda alcanzó casi la velocidad de la luz en un mes. Después de eso, las cosas se complican, porque ambos lados del agujero de gusano están en el mismo marco de referencia.

Suze parecía desconcertada. Le sonreí a Malley. "Sam, te toca a ti".

Malley se encogió de hombros. 'Para simplificar drásticamente... no es realmente correcto referirse a "ambos lados" del agujero de gusano. La nave viaja a una aproximación arbitraria a la velocidad de la luz y, por lo tanto, experimenta una dilatación temporal relativista: el tiempo transcurre más lento en la nave que en casa. La característica verdaderamente paradójica del agujero de gusano es que ambos extremos están en el mismo lugar. Por lo tanto, cualquier cosa que pase por un extremo del agujero de gusano llega al otro extremo en el tiempo de la nave, que después de, digamos, un año, podría estar a cientos de años luz de distancia, y cientos de años en el futuro. Con una aceleración continua, la sonda alcanza el borde del universo observable en treinta años a bordo de la nave. Por lo tanto, treinta años después del lanzamiento, cualquiera que pase por el agujero de gusano llega instantáneamente al mismo lugar. Es, si se quiere, una máquina del tiempo hacia el futuro.'

Suze nos sonrió. "Si tú lo dices."

Me reí. 'Mientras tanto, si esa es la palabra, habían estado sucediendo muchas cosas alrededor de Júpiter'.

La superficie del planeta estaba moteada, y los sitios de los tornados que aún se elevaban se expandían hacia nuevas variantes de la Gran Mancha Roja. Saqué imágenes con lapso de tiempo de los registros recuperados de la mente de IA de la mujer artificial Meg. Las macros cambiaron mientras observábamos, su actividad interna febril original se aceleró y luego se detuvo. Algunas de ellas parecieron cristalizarse y se alejaron hacia la atmósfera joviana. El resto se marchitó visiblemente, pudriéndose hasta convertirse en formas esqueléticas como las venas de las hojas muertas.

Una nueva forma irrumpió en la escena, atravesando los macros muertos y su vasto sitio de construcción como una piedra atravesando telarañas. El punto de observación se acercó rápidamente y reveló un conjunto largo e improvisado de naves espaciales y hábitats, que giraba locamente sobre su eje y seguía un curso precario a lo largo de la línea del chorro de plasma. Y entonces el punto de observación se fijó evidentemente *en* la nave improvisada, la línea blanca caliente pasando de largo. La toma terminó en un estallido de luz azul.

–Radiación de Cerenkov –dije–. Pasaron por el agujero de gusano, bueno, por una rama lateral del mismo, un agujero

de gusano hijo, y, como sabemos, encontraron un nuevo hogar. Ahora los dejaremos por el momento y nos retiraremos para ver qué sucedió en este lado. Cambié a la vista del telescopio: las fuentes de gas y el chorro que habían alimentado cesaron.

–No estamos seguros –dije– de si eso fue planeado, ya que la sonda había llegado a un punto en el que podía seguir acelerando sin más intervención de la base; o si fue resultado del desastre que usted vio desarrollarse allí, o si de hecho fue una respuesta a la huida de la mano de obra en esa notable excusa de nave espacial.

Suze estaba sonriendo de oreja a oreja.

"Fue toda una hazaña escapar", dijo.

"Sí, claro que sí", dijo Andrea. "Todavía me estremezco cada vez que lo miro".

–¿Por qué no se dirigieron a casa, al Sistema Interior?
–preguntó Malley.

Me encogí de hombros, ocultando un momento de dolor. 'En parte porque, irónicamente, no tenían los suministros para un viaje tan largo en, uh, *el espacio real* –les habría llevado años regresar al asentamiento humano más cercano en *esa* cosa, y en parte porque sus líderes –no era exactamente un sistema democrático, al ser un campo de

trabajo orbital— habían decidido que querían ir a las estrellas.'

"Además", añadió Tony, "sospecho que los posthumanos los engañaron sistemáticamente sobre lo que estaba sucediendo en el Sistema Interno. Wilde ciertamente pensó que interferíamos en sus comunicaciones, lo cual es más o menos lo opuesto a la verdad".

—Está bien —dijo Malley.

—Bien —continué—. Lo siguiente que ocurrió, aproximadamente un año después, fue el comienzo de una avalancha de virus informáticos perturbadores transmitidos por radio desde algún lugar del interior de la atmósfera joviana. Nos llevó mucho tiempo recuperarnos, y aún más tiempo llegar allí nosotros mismos. Sin embargo, al cabo de cinco años, nuestros telescopios estaban detectando algo con lo que la mayoría de ustedes ya están tan familiarizados que es difícil imaginar lo asombroso que parecía en ese momento. —Me reí brevemente—. Debe haber niños hoy en día que piensan que esta apariencia de Júpiter es *natural*.

La imagen del planeta se volvió borrosa, las bandas anaranjadas conocidas desde la propia Cassini se disolvieron brevemente en el caos, para luego asentarse en la nueva configuración que había mostrado durante los últimos dos siglos: vastas afloraciones hexagonales, como celdas de convección de Bernoulli en agua hirviendo.

'Como pueden ver, pudieron afectar su entorno, deliberadamente o no, no lo podemos decir. Tengan en cuenta la velocidad a la que trabajaban los poshumanos originales: si se mantuvo, las entidades que ahora llamamos jovianos deben haberlo hecho durante cinco o seis mil años subjetivos, por lo que podría haber sido simplemente un subproducto de su actividad. Cada cinco años aproximadamente, estas células colapsan y se reforman, y la salida de radio cambia. Creemos que esto representa el ascenso y caída repetidos de las culturas poshumanas en realidades virtuales, aunque por lo que sabemos, también podrían haber degenerado a niveles de inteligencia prehumanos, y todo esto podría no tener más importancia que el trabajo de los pólipos de coral o las abejas. Los mensajes virales en sí mismos podrían ser simplemente un reflejo defensivo, el equivalente a la nube de tinta de un calamar o los insecticidas de una planta.'

Yeng levantó la mano, ejerciendo su derecho de presidente a interrumpir. "Eso no lo haría menos peligroso", señaló. "Las enfermedades biológicas tampoco son inteligentes, pero aún así pueden amenazarnos, y los virus informáticos que algo está generando ahí fuera son definitivamente una amenaza".

Asentí con énfasis. –Sí... por eso nuestras comunicaciones son tan complicadas, y por eso nuestros ordenadores más importantes son monstruos tan torpes, y *todos* nuestros ordenadores, hasta los de escala nanométrica, son

mecánicos. Pero eso es sólo una parte. De vez en cuando hay algún tipo de intento de lanzar cosas fuera de la atmósfera. Estos intentos han aumentado con el tiempo. Y ahí es donde entramos nosotros.

Lo que siguió fue básicamente un vídeo de propaganda para la División Cassini, que mostraba la vigilancia constante de las flotas orbitales que patrullaban justo fuera de la atmósfera joviana, eliminando cualquier cosa más grande que un grano de arena que pareciera dirigirse en la dirección equivocada; y la larga vigilancia en la Puerta. Una voz en off explicó cuidadosamente que esto último no era una completa pérdida de tiempo como podría parecer, porque también incluimos los datos enviados desde la sonda, que profundizaban constantemente nuestro conocimiento del futuro lejano del universo. Malley compartió conmigo una sonrisa escéptica.

Pausé el vídeo. «Todo esto, lamentablemente, está desactualizado», dije. «Porque ha ocurrido algo nuevo». Marqué el lugar como favorito para usarlo más adelante y puse algunas imágenes nuevas.

—Esto es reciente —dije—. De los últimos dos meses. Todavía no lo hemos puesto a disposición del público.

Las enormes corrientes ascendentes se extinguieron, como había sucedido en el pasado en veintenas de ocasiones. Cuando se renovaron, aparecieron en su interior

grupos de burbujas que flotaban hasta quedar a la vista y luego volvían a hundirse. Cada vez que volvían a la superficie, los grupos se habían expandido y proliferado, unidos por largas y (a esta escala) delgadas líneas negras. Aumenté la resolución al máximo, y se veían formas oscuras que se desplazaban dentro de estas líneas negras, en ambas direcciones.

"Oh, mierda", dijo Malley.

–Así es –dije mientras realizaba los escaneos de sobrevuelo–. Definitivamente parece una especie de forma de vida estable y organizada, con hábitats, tecnología y transporte. Hasta ahora, ese es el mejor detalle que tenemos. Tal vez lo más significativo de todo es que hay mensajes de rayos de difusión estrecha que pasan entre estos grupos. Todavía no los hemos interpretado, pero seguro que parecen comunicaciones inteligentes. Existe la posibilidad de que lo que estamos viendo sea una prueba de que los jovianos finalmente han salido de las trampas recurrentes de sus realidades virtuales heredadas y han emergido como una nueva especie. Se están desarrollando y cambiando rápidamente: estamos obteniendo rastros de rutas de vuelo a través de la atmósfera, y la velocidad y la frecuencia de estos vuelos aumentan cada semana.

"¡Guau!", dijo Suze. "¡¡Extraterrestres!!"

–No –dije–. Posthumanos, una forma de vida superhumana, post–Singularidad, que puede estar tan por encima de nosotros como nosotros estamos por encima de las hormigas. O lo estará, muy pronto.

Miré a mi alrededor. Malley y Suze parecían desconcertados, pero no preocupados; mi equipo estaba unido en una resolución sombría.

–¿Es por eso que estáis tan ansiosos por atravesar el agujero de gusano? –preguntó Suze–. ¿Para que podamos... para que podáis... escapar, si es necesario?

"Eso es parte de ello", admití. "Y parte de ello es, como ya os dije, que no sabemos qué está pasando al *otro* lado. Si es algo parecido a esto, queremos saberlo".

–Hay algo más –dijo Boris–. Algo que deberíais saber. Me hizo un gesto con la cabeza; yo repetí el discurso habitual en el lugar donde me había detenido. Mostraba nuestras lejanas expediciones en el Cinturón de Kuiper¹⁵, utilizando láseres y armas nucleares tácticas para derribar las órbitas

¹⁵ El cinturón de Kuiper es un disco circunestelar en el sistema solar exterior, que se extiende desde la órbita de Neptuno (a 30 UA) hasta aproximadamente 50 UA del Sol. Es similar al cinturón de asteroides, pero es mucho más grande: 20 veces más ancho y 20 a 200 veces más masivo. Al igual que el cinturón de asteroides, se compone principalmente de pequeños cuerpos o restos de cuando se formó el sistema solar.

de los cometas hacia el Sistema Interior, enviándolos a girar alrededor de Júpiter y a Marte o al Cinturón.

Lo detuve y encendí las luces. Todos nos sentamos y miramos a Malley y Suze. Supongo que todos nos sentíamos tan tensos como yo; habíamos decidido, en largos debates durante nuestro viaje a la Tierra, que Malley (o Wilde, si lo hubiéramos conseguido a bordo) tendría que saber la historia completa, porque sería imposible ocultársela una vez que comenzaran a trabajar en el problema de los agujeros de gusano, y era poco probable que se tomaran con agrado que los engañaran.

Malley abrió la boca y luego la cerró. Tragó saliva con fuerza y habló.

–No habláis en serio –dijo–. No podéis hablar en serio. ¿Nos estáis diciendo que váis a lanzar un bombardeo cometario y destruir a los nuevos jovianos?

–Sí –dije–. Eso es exactamente lo que vamos a hacer. En cuanto vimos este nuevo desarrollo, pusimos las cosas en marcha, literalmente, en el Cinturón de Kuiper. Costó mucho trabajo, pero ya está listo. Hemos creado una serie de cometas enormes, y está previsto que lleguen en menos de tres semanas. Les daremos un empujoncito en el último momento y habrá una sucesión de impactos por todo el planeta. Debería funcionar: los nuevos jovianos parecen más vulnerables que lo que sea que esté provocando las

afloraciones. Esas burbujas que ves son sólo eso, burbujas en la atmósfera. La mayor parte de su tecnología parece basarse en la manipulación de campos electromagnéticos, flujos de gas y reacciones químicas a gran escala. Vamos a dirigir una corriente de núcleos de cometas rápidos y pesados hacia la atmósfera joviana, los golpearemos con una fuerza mayor que un millón de guerras nucleares y los eliminaremos para siempre.

–¡Pero ni siquiera sabemos si son hostiles! –protestó Suze–. ¿Habéis intentado poneros en contacto con ellos?

"Por supuesto que no", dijo Yeng. "Siguen produciendo los mismos virus de siempre. Si abrimos deliberadamente la comunicación con ellos, quién sabe si nos enviarán virus aún más destructivos".

–Hay que poder incorporar medidas de seguridad –dijo Malley, haciendo sonar su pipa apagada entre los dientes–. No veo la justificación.

"Son capaces de suplantarnos", dijo Tony. "Al menos, hay muchas posibilidades de que lo hagan. Representan una amenaza para nosotros solo por existir. ¿No es esa justificación suficiente?"

Suze y Malley negaron con la cabeza. "Es algo malo", dijo Suze. "Podríamos aprender de ellos. Podríamos persuadirlos para que detengan la transmisión de virus. ¡Quizás no

puedan hacernos daño! ¡Quizás ni siquiera sepan que existimos!"

"Tenemos esperanzas", dijo Andrea. "De esa manera, no tendrán oportunidad de contraatacar".

Todos nos reímos excepto Suze y Malley.

«¿Y qué pasa con la moralidad?», preguntó Malley.

La mayoría de nosotros nos encogimos de hombros o sonreímos. Yeng frunció el ceño. "¿Moralidad?", dijo con incertidumbre. "¿Qué es eso?".

Algunos de nosotros sonreímos; Malley soltó una carcajada.

–Es una ideología –dijo Suze–. La gente solía pensar que había una inteligencia muy poderosa que controlaba el universo y que les decía lo que tenían que hacer. Más tarde descubrieron que no había ninguna inteligencia que controlara el universo, pero durante un siglo más o menos después de eso pensaron que el *universo* les decía lo que tenían que hacer. Algunos de ellos tenían dudas al respecto, pero pensaban que si la gente no lo creía empezarían a violar, matar y herir a los demás. –Hizo una mueca–. Nunca he entendido por qué pensaban eso, porque de todos modos algunas personas violaban, mataban y herían a otras todo el tiempo. La mayoría de la gente no lo hacía porque no quería hacerlo en primer lugar, o porque sabía que no podía

salirse con la suya. Ahora sabemos que si queremos que otras personas dejen de hacer cosas malas tenemos que *hacer* que dejen de hacerlo y *no* dejar que se salgan con la suya. ¡Por eso tenemos la Unión! –concluyó triunfante, un poco sin aliento, pero evidentemente complacida de que sus estudios arcanos hubieran hecho alguna contribución.

–Está bien –dijo Yeng–. Lo entiendo. ¿Era algo que la gente creía antes de tener el *verdadero conocimiento*?

–¡Así es! –dije–. Exactamente. Entonces, Sam, ¿qué estabas diciendo?

Malley me miró con el ceño fruncido. Luego su expresión se relajó y se encogió de hombros. “Está bien”, dijo. “Si así lo ves, está bien. Creo que toda esa tontería del “Haz lo que quieras será toda la ley” es tan satánica como el hombre que la dijo primero, pero dejémoslo pasar”.

Asentí. Me resultó fácil dejarlo pasar, porque no tenía ningún sentido para mí.

–Por decirlo en sus propios términos –prosiguió Malley–, no creo que nos convenga destruir a los jovianos. Son una forma de vida inteligente, presumiblemente son seres sensibles, y la falta de respeto por la sensibilidad es algo peligroso. Un mal precedente. Y, en segundo lugar, como señaló Suze, podríamos beneficiarnos de algún tipo de interacción pacífica con ellos, si es que eso es posible.

Lo miré, un tanto conmovida. Sabía que era viejo y que no había cooperado durante la mayor parte de su vida, pero para ser un genio parecía notablemente cándido.

–En primer lugar –dije–, tienes razón en lo de la sensibilidad. Tenemos que respetarla, todos y cada uno de nosotros, aunque sólo sea por nuestra propia tranquilidad de espíritu. Pero sólo los humanos somos sensibles. ¡Esos bichos de ahí fuera no son más que programas informáticos mejorados! Puede que den la apariencia de sensibilidad, pero si la tienen, será una coloración protectora. Puedes tener una conversación profunda y significativa con tu traje (oye, puedes tener una relación sexual con él, si eso es lo tuyo), pero nadie piensa que *los trajes* sean sensibles. Es sólo algo que los trajes han desarrollado, por una especie de selección natural, para llevarse bien con los humanos. Los jovianos, si nos comunicamos con ellos, sin duda parecerán sensibles, pero no pueden sentir más de lo que pueden ver las manchas oculares de las alas de una mariposa.

Malley inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–¡Y ustedes se burlan de la ideología! –balbuceó cuando se calmó un poco–. ¡Es la reflexión dogmática más hermética que he oído jamás! ¿De verdad quieren decir que ningún robot, ninguna transferencia de archivos, ninguna inteligencia artificial es verdaderamente consciente y digna de nuestra preocupación?

«Por supuesto», dije. «Es evidente».

–Y aunque tuvieras razón, ¿qué *ventaja tendría* para ti, para nosotros o para cualquiera, aplastar esas “alas de mariposa”, por ciegas que sean? ¿Eh?

–Déjame explicarte –dije con paciencia–. No hay señales de vida inteligente en ningún otro lugar del universo. La sonda de los Guardianes del Exterior ha recorrido un largo camino y ninguno de los datos que ha recibido ha mostrado ni el más mínimo rastro de señal inteligente. Estamos solos, aparte de los jovianos. Si son superiores a nosotros, por muy amistosos que parezcan ser, siempre estaremos a su merced. No viviré a merced de nadie ni de nada. Esta es nuestra mejor, última y única oportunidad de tener el universo para nosotros, y vamos a aprovecharla.

Malley se puso de pie y nos miró a todos, sin enojo ni impaciencia; un poco triste, como si parte del daño del envejecimiento que estaba empezando a desprenderse hubiera vuelto a afectarle.

"Sin mi ayuda, no lo lograréis", dijo.

V. LA CARRERA QUE VIENE

Malley se dirigió a la escalera y bajó hasta el economato. Suze se levantó, me miró con ansiedad, se encogió de hombros y lo siguió.

–La reunión ha terminado –dijo Yeng. Miró a su alrededor, sin saber cómo tomar lo que había sucedido, pero decidió ver el lado positivo–. Es hora de que todos almorcemos.

El almuerzo solía ser una ocasión relajada, pero esta vez no lo fue. Nos sentábamos en las mesas más pequeñas del comedor de uno en uno o de dos en dos. Suze estaba con Malley en un lado del salón y yo con Tony en el otro. Todos conversaban en voz baja.

–¿Crees que la hemos cagado? –preguntó Tony.

Me encogí de hombros. 'Callisto está muy animada con lo del bombardeo. No podríamos haberle ocultado nada, no sin un aislamiento que lo habría vuelto sospechoso y... ¡poco cooperativo!'

Tony se acarició la barba y me miró con expresión escrutadora. –Supongamos que nos equivocamos –dijo en voz baja–. Cuando pienso en lo que nos proponemos hacer... Bueno, entre tú y yo, Ellen, a veces yo mismo tengo mis dudas al respecto. Supongamos que los jovianos *no son* planos, supongamos que realmente son conscientes, como tú y yo, pero mucho mejores, con una vida interior más profunda y rica. Después de todo, es posible que hayan evolucionado de forma natural a partir de los jovianos anteriores, y que ya no sean una especie de nuevas versiones de los viejos y locos seres cargados, sino una nueva especie, una nueva carne. ¿No sería eso como si el impacto se produjera, por ejemplo, como si una tropa de chimpancés utilizara rocas para golpear los cerebros de los primeros humanos?

Reprimí mi consternada sorpresa ante ese incipiente estremecimiento, ese tambaleo *de la línea*, como dirían los viejos camaradas, que provenía, precisamente, de mi oficial de seguridad y aliado más antiguo. Reprimí mi indignación. Si Tony tenía dudas, seguramente otros también las tendrían, y él me estaba haciendo un favor al expresarlas.

"Razón de más para hacerlo", dije, dándole una palmadita fraternal en el hombro. "Mira a dónde han llegado los chimpancés por no hacerlo".

Nos entendíamos perfectamente. En los doscientos años que llevábamos de conocernos, nunca habíamos tenido una relación sexual (sin contar los polvos rápidos y borrachos, claro). Él no era mi tipo, ni yo el suyo. Pero en todo lo demás nos conocíamos bastante bien. No es que estuviéramos de acuerdo en todo, al menos no en un primer momento, pero sabíamos cómo llegar a un acuerdo o aceptar discrepar. Sabíamos cómo funcionaba la mente del otro.

En ese momento, yo sabía lo que estaba pasando en casa de Tony. Aunque él aceptaba intelectualmente el *verdadero conocimiento*, nunca se había dejado *llevar* por él, a diferencia de mí, a quien le había impactado con la fuerza de una revelación.

El *verdadero conocimiento*... la frase es una traducción inglesa de una expresión coreana que significa "ilustración moderna". Sus creadores, un grupo de "empleados contratados" japoneses y coreanos (traducción coreana inexacta, esta vez, del término inglés "trabajadores en servidumbre") habían adquirido su ilustración moderna a partir de ediciones antiguas y maltratadas de las obras de Stirner, Nietzsche, Marx, Engels, Dietzgen, Darwin y Spencer, que constituían todo el contenido filosófico de la biblioteca en su campo de trabajo. (La filosofía y la ciencia del siglo XX

habían sido excluidas por sus empleadores por decadentes o subversivas, no recuerdo cuál de las dos). Con asombrosa diligencia, habían tomado esas obras –que irónicamente trataban como la última palabra del pensamiento moderno– y sintetizaron a partir de ellas, y de sus propias experiencias amargas, la primera filosofía socialista basada en conclusiones totalmente pesimistas y cínicas sobre la naturaleza humana.

La vida es un proceso de descomposición y utilización de otra materia y, si es necesario, de otra vida. Por lo tanto, la vida es agresión, y la vida exitosa es agresión exitosa. La vida es la escoria de la materia y las personas son la escoria de la vida. No hay nada más que materia, fuerzas, espacio y tiempo, que juntos forman el poder. Nada importa, excepto lo que te importa a ti. La fuerza hace el derecho y el poder crea la libertad. Eres libre de hacer lo que esté a tu alcance y, si quieres sobrevivir y prosperar, es mejor que hagas lo que sea en tu interés. Si tus intereses entran en conflicto con los de los demás, deja que los demás enfrenten su poder con el tuyo, cada uno por sí mismo. Si tus intereses coinciden con los de los demás, deja que trabajen junto a ti y contra el resto. Somos lo que comemos y *comemos de todo*.

Todo lo que realmente valoras, y la bondad, la verdad y la belleza de la vida, tienen sus raíces en este suelo aparentemente estéril.

Éste es el *verdadero conocimiento*.

Sobre esta roca habíamos construido nuestra iglesia. Habíamos fundado nuestro idealismo en las implicaciones más nihilistas de la ciencia, nuestro socialismo en el egoísmo craso, nuestra paz en nuestra capacidad de destrucción mutua y nuestra libertad en el determinismo. Habíamos reemplazado la moral por la convención, la valentía por la seguridad, la frugalidad por la abundancia, la filosofía por la ciencia, el estoicismo por la anestesia y la piedad por la inmortalidad. El ácido universal del *verdadero conocimiento* había quemado un mundo de palabras y dejado al descubierto un universo de cosas.

Cosas que podríamos usar.

–'¡Es el Rapto para los nerds¹⁶!'

"Eso sí que es un soplo de aire fresco", pienso, y me doy la vuelta para ver quién ha lanzado esa burla tan bien dirigida a la Singularidad. Es un tipo que se mueve a mi lado, un hombre delgado con el pelo negro y liso peinado con gel, una barba bien definida que imita la de Lenin, un rostro delgado y apacible y unos ojos oscuros y penetrantes. Disfruta de las

16 Persona dedicada principalmente a cuestiones académicas o de investigación, de conducta retraída, con habilidades sociales limitadas, con poco interés por su aspecto personal.

risas que ha esparcido de nuestro lado y de las sonrisas incómodas del otro.

Estamos en el año 2065 y estamos de nuevo en la cubierta de desembarco, pero el área de recreación ahora es mucho más amplia, al igual que la estación espacial, que acaba de ser impulsada a una órbita más alta. Estamos aquí para celebrar la finalización de ese trabajo. Debe haber cientos de personas aquí. Al principio éramos una gran multitud, pero a medida que las discusiones han continuado, nos hemos distanciado, casi literalmente. Nos hemos polarizado en lados opuestos de la cubierta.

Las discusiones se han prolongado durante años, pero siempre hemos trabajado juntos. Los dos bandos, de los que aparecen aquí son una pequeña muestra, se basan vagamente en dos oleadas de colonización espacial. El primer grupo había alcanzado su punto álgido en la década los años cuarenta y estaba formado por colonos pioneros y las fuerzas de Defensa de la Tierra que se habían pasado a la Revolución de Otoño. El segundo grupo había surgido a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, y era el producto de un proceso muy diferente: un abandono deliberado de la Tierra por parte de técnicos, ingenieros y científicos (y de ricos desesperados) que habían desarrollado una tecnología cada vez más avanzada y capacidad de lanzamiento en enclaves cada vez más aislados y asediados. Habían disparado su dardo en el "golpe del

Movimiento Espacial" catastróficamente chapucero y contraproducente de 2059.

Sin embargo, todavía tienen cosas por hacer y durante todo este tiempo han estado utilizando trabajadores en condiciones de servidumbre (criminales que pagan resarcimiento, en su mayoría, y prisioneros políticos y militares del bando perdedor en la Revolución de Otoño y los conflictos posteriores) para construir y defender su infraestructura, en el espacio y en tierra. Para nosotros, esto parece poco mejor que la esclavitud, por no hablar de un socavamiento sutil del espíritu tradicional de empresa privada o trabajo voluntario del Movimiento Espacial. Para ellos, es una venganza por los largos años de represión antes de la Revolución y por el acoso continuo que sufren por parte de los gobiernos fragmentados y los pueblos frenéticos de la Tierra.

Es comprensible que no tengan ningún interés en utilizar la ahora enorme y autosuficiente presencia espacial para ayudar a aquellos de cuya ira ignorante apenas han escapado. Nosotros, los de la primera ola de colonos idealistas o avaros, estamos convencidos de que ayudar a la Tierra es exactamente la manera de superar esa ira ignorante.

Nos llamamos a nosotros mismos los primeros colonos, la tendencia de la Tierra, la gente guapa, los guerreros estelares.

Llamamos a los otros: los otros, los periféricos, los nerds, los nuevos.

Ellos nos llaman: los terrestres tiernos, ecologistas, comunistas, mundanos, granjeros sucios, la familia Robinson del espacio.

Los demás se hacen llamar: los Guardianes del Exterior, la Banda de la Singularidad, los Futuristas, los posthumanos.

Su sueño es la Singularidad. El nuestro es el Imperio Galáctico, o la Federación, o lo que sea. Les da risa.

Y ahora mismo nos estamos riendo de ellos, o al menos las docenas de personas que están al alcance del oído de la burla de este hombre se están riendo de un grupo aproximadamente igual y opuesto de Guardianes del Exterior.

"Es una estupidez ", continúa. "No puedo entender cómo alguien puede creer la idea de que un modelo informático del cerebro es lo mismo que el cerebro. ¡Hablamos de materialismo mecanicista! Se trata de convertirse en una máquina, es la muerte, y desecharlo es *enfermizo* ".

"No dirías eso si supieras que estás a punto de morir", dice el Guardian más cercano, un hombre joven (pero ahora todos parecemos jóvenes) que no encaja con nuestro estereotipo favorito de nerd porque ha dejado de lado la dieta de coca y pizza por un vicio Guardian diferente: el

culturismo. Flota, bronceado, untado de aceite y desnudo, en una postura de loto que gira lentamente, haciendo algo dinámico e inteligente con el chorro de su bebida. "Ya tenemos copias de seguridad de personas que murieron mientras custodiaban Cañaveral, ¿lo sabías?"

Atrapa una esfera tambaleante de líquido con sus labios y la traga; su siguiente rotación provoca una sonrisa interrogativa.

“¿Y los vais a reproducir?”, pregunto.

"Por supuesto", nos dice. "En cuanto solucionemos algunos errores del software del entorno virtual".

El hombre que está a mi lado se ríe. “¡Así que a sus soldados esclavos se les promete el paraíso cuando mueren! Sigán con esa idea, muchachos, funcionó para Mahoma”.

Esta segunda alusión religiosa lleva al hombre untado de aceite a preguntar, desafiante: "¿Alguna vez has leído algo sobre la postura resurreccionista de la IA fuerte? ¿Incluso algo clásico, como *La física de la inmortalidad*?"

–No –dice el hombre barbudo–. ¡La vida es demasiado corta!

El Guardian del Exterior detiene su rotación con un lanzamiento perfectamente sincronizado de su recipiente de bebida vacío y mira fríamente mi cara risueña.

"Aquí va una idea", dice, "suficientemente breve: negarse a aceptar a los robots inteligentes como *personas* es equivalente al racismo".

–¿Y entonces? –dice el hombre que está a mi lado–. Soy racista. Un racista *humano*.

–Por mí está bien –interviene, sabiendo que el Futurista está jugando la carta del racismo pensando en mi piel oscura. Me mira con el ceño fruncido.

'Aquí hay otra cosa: afirmar que los seres humanos no pueden implementarse en computadoras equivale a aceptar la muerte, para todos y cada uno, para siempre. ¿Os parece bien?'

"Puedo vivir con ello", digo. El hombre que está a mi lado se ríe agradecido y agrega:

"Si nos permitís vivir."

El Guardian del Exterior sonrío, mira a su alrededor mientras sus compañeros se agolpan, y luego nos mira a nosotros.

"Por supuesto que os permitiremos vivir", dice. "En reservas, como a los demás animales interesantes. Algunos de nosotros preferiremos pensar en vosotros como mascotas. Los posthumanos sentimentales sin duda harán campaña por los "derechos humanos"; será una de esas

causas superficiales, como los bosques primarios y los búhos moteados. ¿No sería mucho mejor que os unierais a nosotros y fuerais como dioses?"

Algo se retuerce en mi interior. De repente todo se aclara. Tengo lo que más tarde entiendo como el comienzo del *verdadero conocimiento*.

–¡Somos *como* dioses! –gruño–. *Somos* los principales depredadores aquí. *Pueden* convertirse en máquinas si quieren, pero entonces estarán muertos y nosotros estaremos vivos y los *trataremos* como máquinas. ¡Si no podemos usarlos, los destrozaremos!

"Si podéis", dice.

Lo miro directamente. "Si podemos".

Él hace un gesto de desdén y se da la vuelta.

El hombre que está a mi lado hace una voltereta en el aire y flota frente a mí, sonriendo y con los brazos abiertos. Parece pensar que acaba de saludarme con la mano.

"Eso estuvo bien", dice.

–Oye, me gustó lo que dijiste –le dije–. Lo del Rapto para nerds.

Nos reímos como si fuera un chiste viejo y compartido y nos presentamos. Su nombre es Tony Girard y es miembro del Consejo de administración de la estación espacial, responsable de vigilar los componentes de Guardianes del Exterior de sus habitantes. El enlace es importante: la nueva propulsión de la estación se ha realizado con los nuevos motores de cohetes, que parecen haber sido moldeados por inyección a partir de diamantes y están nanofabricados por los Guardianes. Pero no puede evitar discutir con ellos.

"Dicen que somos malvados", afirma. "Les digo que lo somos".

«¡Pero no lo somos!», protesto.

"No desde nuestro punto de vista. Lo somos desde el de ellos. Reaccionarios, contraevolucionistas, que nos alejamos de la siguiente etapa del desarrollo humano".

'Sí, ¡la extinción!'

Pienso en ser malvada. Para ellos, me doy cuenta, somos de hecho malos y dañinos, pero —y el pensamiento me corta la respiración— no somos malos ni dañinos para *nosotros mismos*, y eso es todo lo que importa, *para nosotros*. Así que mientras realmente estemos logrando nuestro propio bien, no importa cuán malvados seamos para nuestros enemigos. Nuestra Federación será, para ellos, el imperio del mal, el dominio de los señores oscuros; y yo seré una dama oscura

en ella. La humanidad es de hecho malvada, desde cualquier punto de vista no humano. Abrazo mi maldad humana con un escalofrío de placer.

Le cuento algo de esto a Tony y él asiente.

"Es muy liberador", dice. "Usar sombreros negros". Saca, hace girar y amartilla un revólver imaginario (como todos nosotros, tiene uno real en la cadera). "Te ahorra un montón de introspección. Mientras evites dispararte en tu propio pie, estás haciendo lo correcto".

"Quizás seamos los indios. Los nativos".

A Tony le gusta esto. "Así es", dice. "Condenados pero valientes. Un lastre para las ruedas del progreso. Disparando flechas a los caballos de hierro del *Destino Manifiesto*"¹⁷.

«Son unos mecanicistas», digo.

"Sí", dice. "Por eso me gusta darles cuerda".

¹⁷ El *destino manifiesto* fue una doctrina sobre la cual Estados Unidos cimentó su política expansionista por Norteamérica durante el siglo XIX. Se fundamentaba en considerar a este país como una nación «elegida» y destinada a expandirse. En este contexto se desarrolló, por ejemplo, la guerra contra México y la guerra contra España. Se usa también para justificar otras adquisiciones territoriales. Los partidarios de esta ideología creen que la expansión no solo es buena, sino también obvia (manifiesta) y consecuencia de la predestinación calvinista. Esta ideología podría resumirse en la frase «Por la Autoridad Divina o de Dios»

Me río tanto que me encuentro aferrándome a él, y más tarde ese mismo día tenemos el primero de nuestros rápidos polvos borrachos.

Le sonreí a Tony, quizás con más calidez que de costumbre, me levanté y miré a Yeng a los ojos. Luego eché un vistazo a la mesa donde Malley y Suze estaban sentados uno frente al otro. Yeng asintió. Cada uno de nosotros tomó su bandeja y nos dirigimos hacia allí.

'¿Os importa si nos sentamos?'

Malley levantó la vista y miró a Suze. "En absoluto", dijo.

Me senté junto a Malley y Yeng se sentó en el banco junto a Suze y le dedicó una rápida sonrisa. Suze miró su plato y luego lo levantó.

–Sam y yo tenemos una pregunta para ti –dijo Suze–. Yo soy Unionista, él es no-coop y resulta que ambos tenemos la misma pregunta. Independientemente.

«Está bien», dije.

"¿Estaríais dispuestos a *intentar al menos* contactar con los jovianos antes de destruirlos? ¿Intentaríais al menos llegar a algún acuerdo?"

La idea de entrar en contacto con los jovianos me ponía los pelos de punta, pero también me atraía. El peligro provocaba mi temeridad, mi odio hacia los jovianos alimentaba mi curiosidad sobre cómo eran realmente y, sobre todo, necesitábamos la cooperación de Malley para superar la Milla de Malley. Ésa era la conclusión.

Yeng parecía estar a punto de hablar, pero mi mirada le indicó que se callara.

"Lo consideraríamos", dije. "No puedo hablar en nombre de la División, por supuesto, pero no diría que está descartado. ¿Por qué?"

–Me sentiría mucho más feliz trabajando con ustedes –dijo Malley– si supiera con certeza que los jovianos realmente son una amenaza para nosotros. Un peligro claro y presente. Y la única manera de averiguarlo es iniciar la comunicación con ellos.

Suze asintió con la cabeza. –Cuando la gente de casa se entere de lo que estás haciendo, cosa que harán (y se lo *váis* a decir antes del evento, ¿no?), creo que también *les* gustaría saberlo con seguridad. Sería una verdadera lástima eliminar cosas (aunque sean *solo* cosas) que podrían ayudarnos y que podrían resultar ser los únicos amigos que tenemos en todo el universo. ¿Y si son dioses, pero dioses de *nuestro* lado?

Así que Suze era una apaciguadora, pensé con tristeza. Me pregunté de nuevo si la habían enviado de alguna manera para espiarme y descarté esa idea, una vez más.

«Está bien», dije. «Lo haremos».

«¿Cómo?», preguntó Malley.

–Poco después de que regresemos –dije–, una flota de sondas remotas comenzará a descender a la atmósfera joviana, básicamente para espiar, para obtener una visión más clara y cercana de lo que los cometas van a golpear. Su telemetría (radio, radar, láser) podría adaptarse fácilmente para un primer intento de comunicación. Presentaré todos los argumentos posibles para hacerlo, y tú y Suze también pueden hacerlo, si creen que eso ayudará.

Los ojos de Yeng brillaron con sorpresa; el desacuerdo se dibujó en su frente.

«¡Es peligroso!», dijo.

–Claro que sí –dije–. Pero si alguien puede construir los cortafuegos, esa eres tú. Debe haber planes de contingencia en algún lado, diseños de hardware y software, ¿no?

Ella asintió de mala gana. "Buena suposición".

Fue más que una suposición, pero Yeng no necesitaba saber que yo sabía más de lo necesario.

–Pues adelante –dije–. Aprovechemos nuestros nueve días. –Me volví hacia Malley–. ¿Y nos ayudarás con el agujero de gusano?

–Si hacéis lo que dices, sí. –Cogió su pipa y se pasó la boquilla por el labio superior, inhalando suavemente por la nariz, luego la dejó–. Empezaré a trabajar en ello ahora... quiero decir, no puedo evitar pensar en ello. Cuando lleguemos, utilizaré todas las instalaciones de investigación que me has prometido, y *si* todos muestran algún indicio de haber hecho un intento sincero de evitar... la guerra, porque eso es lo que es, entonces compartiré mis resultados con ustedes.

–Trato hecho –le dije. Malley asintió, Suze me devolvió la sonrisa y Yeng pareció vagamente desconcertada–. Tenemos un plan –añadí para que lo supiera.

–Tenemos muchos planes –dijo Yeng–. ¡Esto es genial! ¡Todo un desafío! –Me sonrió y su dulce y pequeño rostro se iluminó–. No te preocupes, Ellen May, tendrás la mejor protección posible.

Ella saltó y casi corrió por la escalera de caracol, tan ansiosa estaba por comenzar a trabajar en el diseño de su software antivirus.

–¿Qué quiso decir? –preguntó Malley–. ¿Por qué debería ser usted quien inicie la comunicación?

Bebí de un trago mi café, que ya estaba frío. –Por la misma razón que fui a buscarte –dije–. Si alguien propone y promueve una idea tonta y peligrosa, lo justo es que se divierta probándola.

Malley me miró de forma extraña. "Debes haber superado a muchos cuadros dirigentes de esa manera".

"No tenemos 'cuadros dirigentes'", afirmó Suze.

–En la División sí lo hacemos –dije–. Sólo que no dirigimos desde atrás. Suze parecía tan preocupada que tuve que ceder.

"Haremos copias de seguridad", le aseguré.

Las copias de seguridad fueron motivo de controversia. Después de dejar a Malley hablando con Andrea sobre las observaciones grabadas disponibles de la puerta del agujero de gusano y de dejar a Suze hablando con Tony sobre *sus* intereses y observaciones, me senté, tomé más café y me preocupé por las copias de seguridad.

En principio, existían varios métodos para realizar copias de seguridad: técnicas de escaneo no invasivas para los vivos, infusiones de materia inteligente para los moribundos o los recién fallecidos. El resultado final de todos ellos era una instantánea almacenada del estado del cerebro, hasta la última neurona y sinapsis. Ese estado podía replicarse en un cerebro "en blanco", normalmente, aunque no

necesariamente, en un clon del original creado a la fuerza. Los Guardianes habían perfeccionado este proceso hacía mucho tiempo, allá por los años 2050, y nosotros lo habíamos aprendido de ellos. Posteriormente, habían perfeccionado la tarea mucho más complicada de "ejecutar" la mente copiada, haciendo avanzar el estado cerebral registrado desde su instante final al siguiente instante, y al siguiente... ya fuera bajo el control de un cuerpo robótico, o en un entorno virtual, o en alguna combinación de ambos. A esto lo llamaban cargar, y eso es lo que nosotros no hacíamos. Requería la cooperación de una inteligencia artificial autónoma, y tenía una lógica propia que conducía – a menos que fuera interrumpida por la fuerza principal– a la Singularidad, el Rapto de los nerds, como lo había llamado Tony.

Porque: una vez que la mente estuvo fuera de la carne, una vez que funcionó en silicio en lugar de carbono, y rodeada de inteligencias artificiales que podían brindarle toda la asistencia, no hubo nada que impidiera que funcionara mil veces más rápido y que expandiera sus capacidades (su conocimiento disponible, su sensorium, su almacenamiento de memoria y acceso) simplemente conectando *más cosas*. La mente cargada podía actualizarse, y cada actualización hacía que la siguiente fuera más factible y más rápida de implementar. Ese camino condujo a la excursión desbocada de la inteligencia artificial: la Singularidad.

Los Guardianes no habían considerado que esto fuera algo malo, y que la suplantación de la humanidad era algo que debía haberse hecho hace tiempo. Nosotros, los que habíamos tenido la intención, por la razón que fuera, de seguir siendo humanos, tal vez incluso nos hubiéramos convencido. La inquietante idea de que las descargas no tenían pensamientos ni almas; que eran líneas planas, emulaciones sin mente de la mente, que la subjetividad era (como había dicho irónicamente el buscador Shin Se-Ha) "una propiedad emergente del carbono", podría haber llegado a parecernos absurda incluso a nosotros; si no fuera por el hecho de que los supuestos superhumanos se habían vuelto casi todos, según todas las apariencias, locos; y las excepciones, los supervivientes del Proyecto Júpiter que se convirtieron en los jovianos, se habían vuelto "malos".

Malos para nosotros, de todas formas.

La experiencia, y el largo conflicto de bajo nivel que le siguió, habían endurecido nuestras primeras disputas y disputas con los Guardianes (cuando eran de la misma carne que nosotros) hasta convertirlas en una teoría que –como había señalado Malley– era vergonzosamente similar a una ideología: las máquinas no piensan, calculan; sólo las personas cuentan; las cargas son líneas planas y las copias no son los originales.

Lo cual era un pensamiento inquietante para cualquiera que estuviera pensando en hacer una copia de seguridad. Y

para cualquiera que se despertara y descubriera que era *una* copia extraída de una copia de seguridad, era aún más inquietante.

Así me lo habían dicho; y pronto, si mi propuesto encuentro con las nuevas entidades jovianas salía mal, lo sabría por mí misma.

O mejor dicho... alguien más lo haría, alguien como yo, con mi nombre, mi rostro, mis recuerdos, incluido el recuerdo de haber pensado precisamente eso. Le deseé lo mejor.

En la cubierta de mando, Malley estaba sentado en un sofá de aceleración con el respaldo inclinado hacia arriba para hacer las veces de asiento. Yeng estaba sentada en un sofá ajustado de manera similar a varios metros de distancia. Delante de cada uno de ellos había una pantalla de interfaz de computadora de un tipo estándar en toda la Unión y la División. Estaba hecha de dos láminas de vidrio delgado y resistente, de aproximadamente un metro por dos, con una capa de un cuarto de pulgada de espesor de líquido multicolor entre ellas. El líquido multicolor no era más que agua clara llena de nanomáquinas, que se movían de un lado a otro y sostenían partículas finas de varios colores, de acuerdo con instrucciones transmitidas por impulsos químicos y eléctricos, formando así los gráficos, las imágenes en movimiento y el texto.

La pantalla de Malley estaba en blanco, salvo por un bloque de texto que se desplazaba. Sus dedos se movían a lo largo del panel inclinado en la base de la pantalla. No podía distinguir si estaba escribiendo o leyendo, o si los símbolos en la pantalla eran nuestros datos o sus cálculos. Su pipa sobresalía de la comisura de su boca, y pequeñas bocanadas de humo se elevaban de ella cada pocos segundos, cada bocanada subía suavemente hasta que la corriente de la ventilación la alejaba. Sabía que no debía hablarle, y dudo que él me hubiera respondido.

Yeng, sin embargo, me miró y parecía ansiosa por hablar de lo que estaba haciendo. Se movió en su asiento y me hizo un gesto para que me sentara. Había mucho espacio, aunque yo ocupaba más que Yeng.

Una de las ventajas que tenía este tipo de ordenador sobre el anticuado y peligrosamente vulnerable ordenador electrónico era que hacía las veces de taller de ingeniería y laboratorio bioquímico. Se podía aislar físicamente una pequeña caja –un fixel, como se llamaba– en la pantalla y montar un complejo de nanofabricación completo. Tal vez fuera demasiado pequeño para verlo, pero era una cuestión de poca importancia conseguir que el resto de la pantalla mostrara lo que estaba sucediendo.

La pantalla que estaba mirando mostraba una línea en la parte superior y una docena de columnas. Yeng señaló. «La última variante de su transmisión de radio», dijo. «La señal

dura diez segundos. La estoy probando con una serie de dispositivos de entrada: radio, televisión, receptor de radar, computadoras mecánicas de varios tamaños que podrían captarla accidentalmente, incluso pigmentos visuales humanos. Funcionando».

El mensaje se reprodujo en un pulso silencioso e invisible representado por un frente de onda que avanzaba desde la línea situada en la parte superior de la pantalla hasta la parte superior de la matriz de columnas. Todos los dispositivos lo procesaron (o no reaccionaron en absoluto) excepto uno, cuya columna comenzó a parpadear. Yeng borró el resto y amplió la imagen. Atrapada en los circuitos de una versión miniaturizada de nuestra entrada de radar estándar, la señal había establecido un patrón de onda estacionaria que, tan pronto como Yeng conectó el radar con un grupo de nanocomputadoras, se propagó a través de ellas y las quemó.

–Qué asco –dije–. Ahora están matando a los bebés. Eso es nuevo.

Yeng sonrió. "De hecho, pero creo que puedo ver una manera de neutralizarlo". Etiquetó el mensaje y pasó a un fixel que contenía una molécula orgánica compleja, de la que recientemente se había detectado una gran cantidad escapando de la atmósfera joviana. Esa molécula resultó tener la interesante propiedad de bloquear los engranajes de uno de nuestros nanobots de mantenimiento del casco.

–Hmm –dijo Yeng, chupando la punta de un mechón de su largo cabello negro azulado–. Debe haber tocado algo nuestro que se desplazó hacia el otro lado. A menos que el engrane sea accidental, lo que parece poco probable.
–Llamó a un modelo en 3D del mecanismo de engranajes.
–Hmm –dijo de nuevo. Decidí que era hora de dejarla en paz.

«Mensajes para ti», dijo Yeng.

Era la mañana del cuarto día de navegación. Habíamos adoptado una rutina. No había mucho que hacer para la tripulación, aparte de leer, ver películas, contemplar las estrellas, jugar o escuchar música e intentar seducir a Suze para que bailara a un ritmo lento y constante nuestras complicadas relaciones. Malley estaba ahora absorto en el estudio de las observaciones grabadas de la Puerta del Agujero de Gusano, contemplando durante horas las extrañas imágenes y luego marchándose a contemplar una hoja de papel que, muy poco a poco, se iba llenando de ecuaciones escritas a lápiz. Yeng estaba trabajando en décadas de software antivirus prediseñado, actualizando los programas, lanzándolos a la batalla contra los virus de los Guardianes atrapados (algunos de ellos virus informáticos, otros casi literalmente virus biológicos, motores moleculares de destrucción) y reproduciéndolos a partir de los supervivientes. (Y ese proceso darwiniano también tenía que ser vigilado, pues ¿qué mejor manera de infiltrarse en

un sistema que dirigir sutilmente, mediante la manipulación de los ataques de los virus, la evolución de su software antiinfiltración?)

Ella acababa de tomarse un descanso para revisar nuestro buzón de correo. Las pocas comunicaciones inevitables en tiempo real, en su mayoría sobre la llegada y la salida, se manejaban de manera más directa, a través del equipo de comunicaciones, aunque incluso allí las barreras defensivas tenían que estar activas. El buzón de correo era para mensajes menos urgentes o personales, y cada uno de ellos pasaba por una cuarentena criptográfica cuyo procesamiento mantenía ocupados a miles de millones de *babbages* nanotecnológicos durante segundos. Me pasó un pequeño frasco que contenía un cultivo de nanomáquinas en el que se habían registrado y descifrado las comunicaciones láser entrantes.

Mi traje se lo comió y reprodujo los mensajes en mis ojos.

–Estás en serios problemas, Ellen May Ngwethu –comenzaba el primer mensaje, sin preámbulos. El rostro de Sylvester Tatsuro, actual presidente del Comité de Defensa, me miró con el ceño fruncido–. El Comité de Investigación acaba de aprobar un voto de censura contra ti, por lo que ya no eres nuestro enlace con la administración social. Nos han pedido que desviemos un clipper a Lagrange para recoger a un representante del Consejo Solar, nada menos, que se dirigirá aquí para investigar personalmente lo que ha estado

sucediendo. Hay mucha preocupación sobre nuestras posibles intenciones. –Se permitió una breve sonrisa–. Lo cual nadie fuera de la División conoce todavía. Nuestra autodisciplina ha mantenido la línea, *hasta ahora*. Pero los organismos de Defensa de la Tierra están dando rienda suelta a su habitual resentimiento celoso hacia nosotros y despertando todo tipo de sospechas. ¡Afortunadamente se equivocan por completo, ya que están insinuando que nos hemos convertido en apaciguadores! Al parecer, tu torpe extracción de Malley ha causado algo de sensación, y varias personas que te vieron hablando con Wilde han estado especulando en público. Naturalmente, los auténticos apaciguadores están haciendo un gran revuelo al respecto, sugiriendo que por fin hemos entrado en razón y estamos a punto de iniciar el contacto con los jovianos. He publicado un comunicado diciendo que es lo último que consideraremos, y que nuestra vigilancia sigue siendo tan alta como siempre. Otra rápida sonrisa. –Todavía no he visto la manera de señalar que estamos en *mayor* alerta que nunca. Y para terminar, Ellen, toda esta charla ha despertado el interés por Júpiter, y uno o dos astrónomos de Farside han salido de su rutina y están observando de cerca el planeta por primera vez en décadas. Ya han notado algunas... rarezas.

'En resumen, has provocado un avispero. Todos te estamos cubriendo con fuego, por supuesto, pero cuando llegues tendrás que dar algunas explicaciones. Por cierto, no

espero ninguna respuesta a este mensaje. Nos vemos, camarada.'

Hubo una pausa de quizás un segundo antes de que la imagen se cerrara. En ese momento, la cabeza de Tatsuro se inclinó en lo que podría haber sido un asentimiento, su párpado parpadeó en lo que podría haber sido un guiño.

Semanas atrás, habíamos llegado a un acuerdo privado sobre lo que haríamos si ocurría lo peor: el plan B. Era algo de lo que no nos atrevíamos a hablar; incluso pensar en ello me ponía nerviosa. Pero, fueran cuales fuesen mis errores, Tatsuro necesitaba que lo llevara a cabo. Él me defendería de las acusaciones, me daría, como había dicho, fuego de cobertura.

El único consuelo que pude encontrar fue que aún tenía su confianza. El resto del mensaje me dejó incómoda e indignada. Me abstuve de permitirme ninguna otra reacción y dejé que el traje reprodujera el siguiente mensaje.

Era de Carla, de la patrulla del río Támesis. La foto la mostraba a ella sentada en una pequeña habitación, con pantallas y papeles esparcidos por todas partes.

–Mensaje para Ellen May Ngwethu en la *Terrible Belleza* –empezó, torpemente–. Uh, Ellen, en realidad no debería contarte esto, pero oye, parecías bastante sensata. Descubrí por qué no recibiste una respuesta a tus llamadas de ayuda

a Puerto Alexandra. Había un par de vecinos de Defensa de la Tierra por allí casi al mismo tiempo, advirtiéndolo sobre algunas comunicaciones de radio que se estaban produciendo entre los no-coos, y la posibilidad de que se filtraran virus joviales. Bueno, todos vimos que los no-coos estaban usando radios, y resulta que Puerto Alexandra y la patrulla del río y demás habían tenido un apagado de emergencia cuando comenzó todo ese parloteo de radio, por si acaso.

"Los muchachos de Defensa de la Tierra han estado hablando con nuestro Comité y parece que estaban investigando a ese hombre que recogiste, ese doctor Malley. Estaban esperando a ver qué haría y debo decir que no se alegraron mucho cuando el *Terrible Belleza* se abalanzó de repente y se lo llevó. Están armando un escándalo al respecto y está en todos los canales de discusión de aquí abajo".

Se detuvo y suspiró. –Para decirte la verdad, Ellen, dicen que Malley y la División han estado confabulados durante algún tiempo, y que todas esas radios que los suboficiales estaban usando tan descuidadamente fueron fomentadas por Malley, y por ustedes mismos, como parte de algún plan para probar los efectos en la gente que capta las comunicaciones jovianas, *probándolas* en los pobres suboficiales, en lugar de en nuestra propia gente. Puedes imaginar el alboroto que eso está causando.

Podría, claro está.

–Bueno –concluyó Carla–, tendré que dejarlo así. Estoy segura de que todo es un gran malentendido, así que ahora te toca a ti. Te deseo lo mejor. –Esbozó una sonrisa un tanto forzada y vi que extendía la mano para apagar la grabadora.

La cara preocupada de Yeng apareció a la vista mientras la imagen virtual se desvanecía. '¿Estás bien?'

–Estoy bien –dije, poniéndome de pie.

–No es ninguna... mala noticia personal, ¿verdad?

Sonreí y le pasé el brazo por los hombros. "No, Yeng, no es nada de eso. Es sólo un pequeño problema político, eso es todo".

Después de un momento de observación, volvió a concentrarse en la pantalla. Me quedé mirando sus espaldas y mirando a Malley, que tampoco se había dado cuenta, durante unos segundos, y luego busqué a Tony. Estaba recostado en uno de los bancos laterales del economato, leyendo un libro; podía ver cómo sus ojos se movían en señal de sacudida, escudriñando la página invisible. Parpadeó para apartar la mirada al oír mis pasos que se acercaban y arqueó las cejas. A modo de respuesta, incliné ligeramente la cabeza hacia la mesa de la esquina, donde Boris estaba hablando con Suze, con una botella de vodka helada que se vaciaba

rápidamente y un par de vasos. Él iba igualando los sorbos de ella con sus tragos.

Tony me hizo un pequeño gesto con la cabeza, hizo un gesto con los cinco dedos y volvió a su libro. Tomé un café y subí por la escalera, pasé por la cubierta de mando hasta la galería de dormitorios y entré en mi habitación. Cinco minutos después, como había indicado, Tony me siguió. Golpeó la escotilla, se agachó y se sentó frente a mí sobre la colcha extendida de mi traje exterior.

"Veo que todavía buscas ese look de mamá", comentó. "Mmm, no sé si puedo contener mi lujuria".

–Será mejor que lo hagas –dije–. Hay algo debajo de todo esto que parece *contenerme*...

–Oh, basta... De todos modos, Ellen, supongo que no me pediste que viniera aquí para arrancártelo, así que...

Escuchó mi resumen de los dos mensajes. Luego se recostó y miró fijamente al techo, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

"Creo que nos han tendido una trampa", dijo. "Los camaradas de Defensa de la Tierra probablemente estén intentando entrar en nuestra zona. No *creen* que estemos buscando el apaciguamiento, de ninguna manera, ni que estemos haciendo *experimentos humanos* en los no-coos. Creen que tenemos algún tipo de plan para ganar la guerra

mientras nadie nos ve, tomar todo el crédito, declarar que el Sistema Solar está disponible y apoderarnos de una gran parte de él para nosotros".

Lo miré fijamente. 'Defensa de la Tierra cree que *nos* estamos preparando para una... ¿qué? ¿Una contrarrevolución? ¿Disolver la Unión Solar? Eso es una locura'.

"Es parte de su trabajo preocuparse por ese tipo de cosas", dijo Tony.

—Está bien, aceptaré tu opinión al respecto. Pero lo que más quiero preguntarte...

'¿Sí?'

"...es lo que has descubierto sobre nuestra pequeña dulzura."

—Ah, la modestia no lo permite —dijo Tony galantemente—. Pero, aparte de eso, en el fondo es una chica agradable. Ha crecido en la Unión y no puede imaginar nada diferente. Porque todos los conflictos en los que se ha visto involucrada se *han* resuelto mediante discusión, literalmente alrededor de una mesa.

Suspiró. 'Apasionados debates globales sobre qué especies traer de vuelta este año. Es un poco... desconcertante hablar con alguien tan joven. Ha pasado mucho tiempo desde que

le di a alguien el tercer grado, y no iba a darle a ella nada parecido...'

Él sonrió, mirando hacia otro lado.

'A pesar de los gritos que hayas podido oír.'

–Déjalo en paz. ¿Crees que está libre?

–Sí. Yo diría que es una chica normal y corriente que no sabe lo dura que puede ser la vida. La juventud de hoy, ¿eh?

"Hay una cosa en la que se muestra... firme", dije. "Quiere que se detenga la propagación del virus. Quiere expandirse".

'¿Ella te dijo eso?'

–No –dije–. Lo supuse.

"Pues has acertado. Me dijo que está muy emocionada por Nuevo Marte".

–Sam Malley también –dije–. Y él me lo dijo. Tal vez si lo que Suze realmente quiere, en el fondo, es que se acabe el enfrentamiento, entonces...

'¿Podría ser posible ganarla si logramos ponerle fin, si llega el caso?'

–Sí. Y podría influir en la forma en que Malley lo ve, especialmente si... bueno, tienen mucho en común.

Tony me miró fijamente y la bioluminiscencia le enviaba rayos de luz por el rostro. –Eres incorregible, Ellen.

Me encogí de hombros. "Debo admitir que cada día se ve y huele mejor..."

"Realmente me debes una si pierdo el dulce y joven cuerpo de Suze por culpa de ese viejo reaccionario".

"Si insistes."

"De todos modos", añadió un minuto después, "no podemos dejar que la pandilla piense que estamos teniendo una discusión secreta o algo así".

–No –convine mientras intentaba encontrar el punto de liberación de la capa más impenetrable del interior del traje–. La gente podría hablar.

Esa noche fui a buscar a Suze después de cenar y me instalé con ella en un rincón.

'¿Interesante conversación con Boris?'

Su mirada brilló. "¡Es increíble! ¡Un verdadero veterano de Sheenisov! Nunca había conocido a uno de ellos antes. Es como si la historia te hablara".

"Bueno", dije, "la historia no siempre es fiable. Es posible que los recuerdos de Boris se hayan ido alterando un poco con el tiempo".

(Esta era la interpretación caritativa.)

–¡¿Qué?! ¿No hay tribus de personas con dos cabezas? ¿No hay yetis? ¿No hay legiones perdidas de víctimas reanimadas de Estados Unidos y la ONU? –Sonrió.

–Me temo que no. No como él los describe, al menos. Había *cosas* extrañas en la estepa y en los bosques europeos, y entre ellas había armas alucinógenas. Eso lo sabemos con seguridad, así que no podemos estar demasiado seguros del resto.

–Sí, lo sé –dijo Suze, con tono arrepentido–. De todos modos. –Me miró con el ceño fruncido–. No viniste a hablar de la batalla por la democracia. Viniste a hablar de la batalla que se avecina.

–Es cierto –admití–. Lamento ser tan...

–Está bien –dijo Suze–. Ya he tenido conversaciones como ésta en el pasado. Si dices algo que no *tiene* sentido, no pasará nada, salvo que la gente discuta, tal vez, pero seguro que encontrarás a alguno de tus viejos camaradas pasando por tu casa para charlar amistosamente y ponerte en su lugar.

'¡No soy uno de los viejos camaradas!'

–Ah, sí que lo eres –dijo Suze–. Reconocería esa mirada en cualquier parte. La tolerancia que surge de la confianza total en que tienes razón.

Tuve que sonreír, asentir y encogerme de hombros ante esto, porque yo también conocía esa mirada; incluso si nunca la había reconocido en el espejo.

"Está bien, Suze, el hecho es que tenemos *que* ganar. Nos han estado acosando, los hemos estado agrediendo durante siglos. Nadie ha dicho nunca que no debiéramos hacerlo. Esto es simplemente... terminar el trabajo".

Suze parecía preocupada. "Sí, pero es tan definitivo. Todo cambiará".

Asentí con la cabeza con energía. 'Así es. Pero si no lo hacemos, todo cambiará, pero para peor. De esta manera, las cosas cambiarán para mejor. Por fin podremos expandirnos como es debido. Y tenemos que hacerlo. ¿Has *visto* cuántos hijos está teniendo la gente?'

Suze sonrió con ironía. –Sí, pero lo que me propones me recuerda a... cosas que he leído de la antigüedad. *El espacio vital*¹⁸, el *destino manifiesto*, todo eso.

18 El Lebensraum "espacio vital", abarca las políticas y prácticas de colonización que proliferaron en Alemania desde la década de 1890 hasta la

Casi lamenté haberle dicho (casi) la verdad a ella y a Malley, pero ese tipo de discusión tendría que tener lugar, y pronto, con todo el mundo. Cuando llegara el representante del Consejo Solar, no se dejaría engañar y se lo diría a todo el mundo. Entonces el agua caería sobre las barras de combustible a lo grande.

–No es así, Suze –dije–. Sinceramente. Los Guardianes... los jovianos no son personas. No se parecen en nada a las personas. Son solo programas informáticos inteligentes, y esta es nuestra oportunidad de borrar el disco para siempre. Y si no aprovechamos esta oportunidad... –Dudé un momento, porque ése era el núcleo de la moral de la División, nuestro Dogma Central, y no le caía bien a la gente que había llevado vidas protegidas–, nos destruirán o nos utilizarán en cuanto *tengan* la oportunidad. Son ellos o nosotros.

Suze se quedó pensativa. –Vale, ya lo entiendo –dijo–. Intento imaginar que alguien se apodera de mi mente, como les ocurrió a los viejos ordenadores durante la Crisis, y... –Se estremeció–. Haría cualquier cosa para evitarlo. Preferiría morir.

–Bien por ti –dije–. Pero no llegaremos a eso, porque preferimos *matar*.

de 1940. Se popularizó por primera vez hacia el 1901. Se convirtió en un objetivo político del Imperio alemán en la Primera Guerra Mundial.

–Pero, ¿intentarás hablar primero, como prometiste?

Y como nuestro propio presidente casi había prometido, no lo haríamos.

«Por supuesto», dije.

Nuestra conversación pasó a temas menos importantes, y cuando nos despedimos después de unas copas, estaba bastante segura de que la técnica probada y comprobada de la charla amistosa de los viejos camaradas todavía tenía mucho que decir.

VI. VALHALLA

"Es curioso", dijo Suze. "Siempre imaginé que Júpiter desde Calisto llenaría la mitad del cielo y que todo lo demás estaría oscuro".

—Te estás volviendo indiferente, muchacha —le dije—. Júpiter está a más de un millón de millas de distancia y aún así me parece lo suficientemente grande.

Eran las 08:48 GMT del décimo día. Estábamos en una órbita baja alrededor de Calisto, cuya superficie de hielo lleno de cráteres tenía el característico aspecto de vidrio golpeado por perdigones. Los anillos de choque en forma de diana del Valhalla se deslizaban por debajo de nosotros y el gigante Júpiter se alzaba sobre el horizonte frente a nosotros. En ambos cuerpos eran evidentes las obras de la mente: las afloraciones en forma de panal de la colmena

joviana, todavía monstruosas a mis ojos después de dos siglos; en Calisto, las brillantes burbujas verdes y doradas de los poblados de cráteres ecuatoriales, las oscuras torres de los láseres de defensa, las largas líneas blancas de las pistas de los impulsores de masa a lo largo de las cuales se lanzaban bloques de hielo al espacio. Calisto tiene cuatro veces más agua en su corteza helada que la Tierra en todos sus océanos; lanzados como una honda alrededor de Júpiter, esos bloques de hielo eran enviados en órbitas de transferencia lenta al Sistema Interior; el agua que habíamos recogido en la órbita terrestre había llegado desde aquí, y *aún valía* la pena hacerlo; era mucho más eficiente que transportar agua hasta el pozo gravitacional profundo de la Tierra o raspar la escarcha de las sombras polares de la Luna.

Entre la más exterior de las lunas principales de Júpiter y el planeta en sí se encontraba el anillo: el borde más cercano se mostraba desde este ángulo y a esta distancia como luces increíblemente dispersas que, a medida que el ojo observaba la imagen a mayor distancia, se combinaban para formar lo que parecía una sólida banda difusa de color blanco. El sol seguía siendo claramente el sol; su luz era lo suficientemente brillante como para parecer pleno día, pero no tan brillante como para deslumbrar y quemar; mucho más natural de lo que parece desde la Tierra.

–¡Todos abrochados los cinturones! –gritó Andrea–.
¡Frenamos en dos minutos!

Nos alejamos de la gran pantalla de CDTV y nos dirigimos hacia los sofás. Me abroché el cinturón y extendí la mano hacia Suze, que todavía se tambaleaba, y la empujé suavemente hasta su lugar. Ella se revolcó, se agarró y se dio la vuelta. Malley había permanecido atado durante los minutos que estuvimos en caída libre. Tenía los párpados bien cerrados, y la compresión formaba las únicas arrugas de su rostro rejuvenecido. Él y Suze estaban ahora a la par, fisiológicamente, pero sus reflejos, los hábitos y las expectativas de su sistema nervioso seguían siendo los de un hombre que había vivido doscientos sesenta años en la misma gravedad. Suze, con menos que desaprender, se estaba adaptando más rápido.

'Frenada quemada en diez, nueve, ocho...'

No había necesidad de una cuenta atrás, pero Andrea también tenía viejos hábitos. La desaceleración esta vez fue más corta y menos severa que la aceleración desde la Tierra. La *Terrible Belleza* descendió y se acomodó en su cuna de aterrizaje como un huevo bien atrapado. El silencio que dejó la repentina ausencia de la nota inaudible del motor se llenó de siniestros crujidos.

"El agua se derrite bajo la antorcha", le dije a Suze y Malley. "Se está volviendo a congelar. La cuna en la que descansamos tiene patas que se hunden profundamente en el hielo, así que estamos bastante seguros".

Todos nos levantamos y nos sonreímos y rebotamos un poco en la baja gravedad, gritando y chocando unos con otros y, en general, actuando como si nos hubieran quitado un peso de encima, lo cual era cierto. Suze y Malley nos miraron y dieron pequeños saltos cautelosos y experimentales.

"Es bueno estar en casa", dije, mientras repartía tanques de aire como si fueran botellas de champán. Coloqué el mío en la parte delantera de mi traje y la superficie del traje fluyó a su alrededor.

–¿Eso es todo? –preguntó Malley.

Asentí con la cabeza, guiándolos a través de los procesos igualmente rápidos y simples de preparación de los trajes para el vacío. Mi propio traje absorbió algunos de sus adornos más exuberantes a medida que se encogía para ajustarse. Podía sentir cómo las capas internas se alejaban de las imágenes de ropa de dormir para convertirse en un trozo de una sola pieza más funcional y aislante desde la barbilla hasta los pies. Me puse la capucha sobre la cabeza y murmuré: "Subir el casco".

"Te ves muy graciosa", dijo Suze y miró a su alrededor. "Supongo que todos lo estamos".

"Es práctico", dije. "Los colores te hacen más visible en la superficie. En caso de accidente o emergencia, eso puede salvarte la vida".

–Sí –dijo Malley, señalando su caparazón de color magenta–. No querías que te vieran muerto con él puesto.

Nos dirigimos a la esclusa de aire y pasamos de dos en dos hasta una plataforma elevadora accionada por la plataforma de aterrizaje. Llevé a Suze conmigo y, mientras esperábamos a los demás, ella miró a su alrededor, al campo de aterrizaje. Estábamos a cien pies sobre la superficie y teníamos una buena vista de kilómetros de hielo plano y sucio, docenas de pórticos y plataformas de aterrizaje, decenas de vehículos que se arrastraban y cientos de personas con sus trajes brillantes, que desde esta altura parecían una especie anómala de hormigas multicolores e idiosincrásicas. Una de las paredes anulares del Valhalla marcaba el horizonte. Los bloques de hielo de un impulsor de masa distante se elevaban por encima como meteoros que se desplazaban en sentido contrario a una velocidad de aproximadamente uno por minuto.

Como siempre que volvía aquí, sentí una sensación de regreso a casa, literalmente mareada por haber regresado sana y salva y a sólo unos minutos del cálido tumulto humano de las cavernas de hielo, y una absurda gratitud hacia las fuerzas impías e insensatas que habían colocado este precioso oasis de agua tan convenientemente al

alcance del hombre. La primera oleada de colonos del espacio tenía un dicho, algo entre una letanía y un chiste recurrente, que decía: «Si Dios hubiera querido que fuéramos al espacio, nos habría dado la Luna; si hubiera querido que terraformáramos, nos habría dado Marte; si hubiera querido que extrajáramos asteroides, nos habría dado el Cinturón; si hubiera querido que colonizáramos, nos habría dado Calisto». Y así sucesivamente. Los detalles, y el nombre y el género de la deidad supuestamente responsable variaban, pero el mensaje era el mismo. Incluso hubo intentos de reformularlo en términos filosóficamente más correctos, como un caso especial del principio antrópico, pero siempre me parecieron bastante forzados.

Si no había Dios, como pensaba casi todo el mundo, lo único que se podía decir con sinceridad era que la raza humana había tenido una suerte increíble. Tenía que haber algún ganador de la lotería cósmica, alguna especie a la que todos los acontecimientos fortuitos, desde la desaparición de los dinosaurios hasta la llegada del hielo, habían contribuido a crear y a encender el fuego de la razón; y a cuyo nacimiento como pueblo espacial la configuración de los planetas había sido favorable y las estrellas mismas habían sonreído: el verdadero horóscopo de nuestro destino real, infinitamente mayor que todo lo imaginado en los pronósticos mezquinos de la astrología.

La existencia de otras formas de vida era segura: el Sistema Solar estaba lleno de polvo orgánico y en los planetas

extrasolares nuestros mejores telescopios podían ver las biosferas; el Nuevo Marte del que hablaba Wilde tenía organismos multicelulares, yacimientos fósiles y carbón. Podía haber otras mentes, pero el gran silencio del cielo hablaba con una unanimidad incontestable. Fueran cuales fuesen los triunfos que esas otras mentes habían alcanzado, la comunicación por radio y los viajes espaciales no figuraban entre ellos. Las estrellas eran sólo nuestras.

Observé la escena ajetreada, desordenada y alegre del campo de aterrizaje y vi cómo se extendía hacia nosotros una pasarela cubierta que conducía a la boca del túnel más cercana. De dos en dos, los demás se unieron a mí, apoyados en la barandilla de la plataforma, sumidos en sus pensamientos. El enlace láser recién construido de mi casco zumbó.

"Este es un lugar desolador", dijo Suze.

Viajamos desde el campo de aterrizaje en ascensor descendente y tren túnel rápido hasta el cuartel general de la división en la base de Valhalla, a seis millas del campo y una milla bajo el hielo. El descenso del ascensor fue durante gran parte del camino en caída libre, con solo una desaceleración gradual en el extremo inferior. El tren túnel, asimismo, pudo deslizarse durante la mayor parte de su viaje sobre cuchillas como patines, corriendo en canales de hielo perpetuamente derretido y recongelado. En el camino, Malley preguntó sobre los terremotos de hielo; le dije que

Calisto era la más estable de las lunas principales. No parecía tranquilo. Todos esos cráteres de aspecto reciente pueden dar una impresión equivocada.

El cuartel general de la división era un laberinto de túneles y cámaras revestidos con un material aislante aplicado en aerosol que olía ligeramente a alquitrán y que estaba coloreado según un esquema tan complejo que había sido abandonado tan pronto como se implementó. Nos quedamos de pie fuera de la puerta interior de la esclusa de aire principal mientras nuestros cascos se desplazaban hacia abajo. El aire era fresco, con más olor a humanos y máquinas, y menos a plantas y recicladores, que el de la nave. Se podía oír la vibración distante de las bombas de aire, y sentirla a través del suelo.

Delante de nosotros se extendían cien metros de un corredor amarillo brillantemente iluminado hasta un cruce con un corredor azul. Por ese corredor pasaba gente cada pocos segundos, en el conocido paso de baja gravedad conocido como "galope lunar". Para tener en cuenta la parte superior de la trayectoria del paso, los techos de los corredores nunca tenían una altura inferior a unos nueve pies.

—¿No hay guardias? —preguntó Malley—. ¿No hay recepción?

–Nosotros no... –empezó Suze; el gesto y la sonrisa de Malley la detuvieron.

'Está bien, está bien.'

Los miembros de la tripulación se estaban cambiando los trajes por otros de baja gravedad. Suze dejó que su traje volviera a su uniforme militar y preparó el equipaje. Yo opté por unos pantalones y una camiseta de cuero sintético azul, una blusa transparente arrugada y una cartera. Malley me sorprendió, y posiblemente a él mismo, con un conjunto de erudito medieval compuesto por polainas, pantalones, túnica y capa con un montón de piel negra.

Avancé por el pasillo, giré a la izquierda y luego seguí avanzando hasta que el azul cambió a un mosaico rojo y blanco, miré el cartel escrito a mano clavado en la pared, giré a la derecha en el siguiente cruce y me detuve en la puerta de la sala de reuniones de emergencia recientemente pirateada. Allí, al menos, había un guardia, un hombre con armadura pesada, armado con un par de pistolas y una ametralladora ligera. Me reconoció y asintió.

"Nos estaban esperando", dije.

Llamé a la puerta y entré. Esperaba que así fuera, pero los presentes estaban ocupados con sus tareas y pasaron unos minutos antes de que se pudiera convocar una reunión alrededor de la mesa que ocupaba la primera sección de la

gran sala. Era una mesa larga, de cinco metros y medio por dos metros y medio, y tenía alrededor de veinte sillas a su alrededor. La parte de la sala que ocupaba estaba descuidada por el aislamiento recién colocado. Detrás de ella había una pantalla y un grupo de terminales, y detrás de ésta un banco de *babbages* de escala media cuyo suave chasquido y zumbido llenaba cualquier silencio. Alrededor de una docena de personas trabajaban entre ellos, con aspecto algo agobiado: como miembros del Comité de Defensa, a pesar de sus principios, no tenían mucha experiencia reciente en tareas de tan bajo nivel. El extremo más alejado de la sala lindaba con el hielo crudo y docenas de robots trabajaban para ampliar la sala, derritiendo la superficie de hielo, drenando el agua, filtrando los compuestos orgánicos, desenrollando cables y líneas eléctricas en conductos recién derretidos y aplicando aislamiento detrás del frente de su actividad que avanzaba. Debajo del aislamiento, el material nuevo en las paredes eventualmente se congelaría y quedaría en su lugar.

Sylvester Tatsuro fue el primero en levantar la vista del babbage que estaba programando laboriosamente y venir a saludarnos. Era un hombre pequeño y fornido, con entradas de pelo negro que nunca se había molestado en retocar, y ojos oscuros y estrechos. Vestía una especie de túnica con cinturón de piel verde. Sus mangas estaban tachonadas con unidades de visualización y tenía un pequeño banco de control colgando de una correa alrededor de su cuello.

Le estrechó la mano a Malley, le hizo un gesto con la cabeza a Suze y se volvió hacia mí.

'¿Por qué está ella aquí?'

"Quiero que esté aquí", dije. "Tiene voz, pero no voto, obviamente. La conocí por casualidad, pero me ha resultado útil y creo que tiene un punto de vista que puede ser útil que escuchemos".

Tatsuro se encogió de hombros. "Ella es tu responsabilidad", dijo. "Si deseas conservarla como asesora, está bien".

"Me uní a la División", dijo Suze.

–Bienvenida, camarada –dijo Tatsuro–. Pero en este Comité eres estrictamente una asesora. Puedes irte cuando quieras, pero no se permite ninguna comunicación no autorizada fuera de la División. Cualquier comunicación de ese tipo será detectada de inmediato y se tomarán las medidas correspondientes. –Sonrió brevemente–. Sueno como un policía de los viejos tiempos leyendo tus derechos, pero estoy seguro de que entiendes por qué es necesaria esta regla.

–Por supuesto, prójimo –dijo Suze–. Lo entiendo. Me siento muy orgullosa de estar aquí.

–Bien –dijo Tatsuro, sonriendo con toda la apariencia de sinceridad–. En cuanto al resto de tu banda... –añadió, dirigiéndose a mí.

"Mi tripulación se queda", dije.

Después de un momento de mirarnos a los ojos, él asintió.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó Malley, señalando el otro extremo de la habitación.

Tatsuro miró a su alrededor. –Estamos instalando los filtros de información para los datos de retorno de las sondas que deben entrar en la atmósfera joviana en unas pocas horas –dijo–. Naturalmente, la mayor parte del procesamiento detallado lo realizarán nuestros equipos científicos, pero nosotros echaremos la primera mirada. La primera oportunidad de asegurarnos de que no haya virus mentales presentes. –Sonrió levemente–. Uno de los privilegios de nuestra posición.

"Hablas como un buen socialista", afirmó Malley.

Tatsuro respondió con una media sonrisa y un encogimiento de hombros, como si no quisiera discutir, y golpeó fuerte la mesa.

–Reúnanse, camaradas –gritó con voz ronca–. Eso puede esperar.

Uno por uno, los demás miembros del Comité dejaron lo que estaban haciendo y se dirigieron a la mesa. Indiqué a los demás miembros de la tripulación que debían dispersarse entre el Comité en lugar de sentarse en grupo, y yo misma me senté entre Malley y Suze, con Tatsuro en ángulo recto conmigo, no frente a mí. No iba a darle ni la más mínima ventaja de sentarse frente a mí si quería convertir esto en una confrontación por mis acciones en la Tierra.

Al parecer no lo hizo. El primer punto del orden del día éramos, por supuesto, nosotros, pero el Comité –todos rostros familiares, algunos viejos amigos– escuchó mi breve relato y sólo hizo unas cuantas preguntas. Cuando mencioné mi acuerdo con Malley, empezaron los murmullos y las muecas.

"No se ha considerado en ningún caso la posibilidad de establecer un contacto", afirmó Tatsuro. "Implica que cambia la base sobre la que actuamos y reabre cuestiones que ya estaban resueltas hace mucho tiempo".

–Las circunstancias han cambiado –dije–. Tengo poca confianza en llegar a algún lado con los jovianos, pero si es lo que el Dr. Malley necesita para convencerse de compartir su trabajo con nosotros, deberíamos intentarlo.

Tatsuro negó con la cabeza. –Es demasiado peligroso. No podemos permitirnos perderte, Ellen, y no podemos permitir que una *negociación* nos haga perder tiempo.

–Podemos continuar con los preparativos para el impacto –dije–. El contacto, si se produjera, no tiene por qué ser un obstáculo. Si hay negociaciones, imagino que pueden completarse antes del impacto y a tiempo para evitarlo si tienen éxito. Si hay mentes poshumanas ahí abajo, una cosa que sabemos es que pensarían rápido. Y en cuanto al peligro, bueno, ¿es peor que hacer observaciones directas?

–¿Me permite? –dijo Yeng. Asiente con la cabeza alrededor de la mesa–. Es peor, Ellen: con la comunicación, necesariamente te abres más que con la observación y revelas más. Pero he reforzado los cortafuegos y esto –señaló hacia el fondo de la sala– obviamente ha sido configurado para filtrar las observaciones entrantes y aislarlas.

–Correcto–gruñó Tatsuro.

–Entre los dos –continuó Yeng– debería ser más que suficiente, pero recomiendo tener un repuesto, por si acaso.

Discutimos durante una hora, pero finalmente se llegó a un acuerdo. Y una vez que llegamos a un acuerdo –un consenso, de hecho, no hubo ni siquiera necesidad de votación–, los que estábamos directamente involucrados nos pusimos a trabajar mientras la reunión continuaba.

Yeng aplicó el proceso de respaldo: el equipo estaba a mano, porque quien hubiera sacado la pajita más corta o se

hubiera ofrecido voluntario para manejar las observaciones de cerca lo habría necesitado de todos modos. Llevó cuarenta minutos, cada segundo de los cuales fue, para mí, profundamente desagradable: comienza con un zarcillo en una fosa nasal y termina con un analgésico para el peor dolor de cabeza que puedas imaginar, una verdadera migraña y *petit mal* combinados, con truenos en los oídos y un sucio relámpago amarillo en los ojos, mientras el dolor se transforma en sinestesia.

Y luego se desvanece hacia un alivio sordo. Me quedé mirando la pulgada cúbica de materia inteligente en mi mano, dentro de la cual estaba almacenada mi alma, hasta que el diminuto bloque fue absorbido sin problemas por el traje, desapareciendo como un truco barato: nada bajo la manga.

"Eso te saca de quicio", observó Yeng con simpatía; entonces ambos vimos la ambigüedad y nos reímos. Me sentí mejor y me levanté. El Comité de Defensa había pasado a discutir la próxima visita del delegado del Consejo Solar. Como era habitual en la División, eran muy capaces de centrarse en una sola cosa a la vez y dejar que los que estaban implementando una decisión anterior se ocuparan de ella.

Durante mi terrible experiencia de marcha atrás, la pantalla de televisión se había movido a un lado y Malley la estaba utilizando para observar la Puerta de cerca y en

tiempo real. El contorno de la Puerta era más claro ahora que en las viejas grabaciones, porque a lo largo de varias décadas habíamos colocado con cautela una serie de instrumentos y cohetes alrededor de su circunferencia. Los instrumentos que utilizábamos para la observación, los cohetes para cambiar su ubicación, impulsándola gradualmente desde la órbita baja de Júpiter a su posición actual entre las lunas exteriores. La imagen actual en la pantalla provenía de un caza entre el enjambre habitual que estaba de guardia.

Donde había estado la pantalla de televisión ahora había una pantalla más pequeña que mostraba datos entrantes del Control de Misión acerca de, en lugar de procedentes de, la lluvia de sondas que actualmente convergían en el planeta; y una plataforma de control y un casco envolvente, para el individuo privilegiado que estaba a punto de seguirlos.

–He reprogramado algunos de ellos de forma remota –dijo Yeng–. Son buzos estándar de gigantes gaseosos. Hay un mensaje pregrabado, solo un llamado y una pregunta, para que lo envíes en las longitudes de onda que usan los jovianos para lo que creemos que son sus comunicaciones, y un núcleo aislado para cualquier respuesta.

'¿Cómo sabré cuáles fijar?'

"Son los únicos con los que podrás comunicarte. No te preocupes, son una fracción lo suficientemente grande del

total como para que tengas buenas posibilidades de acercarte".

–Está bien –dije. Miré la pantalla del Control de Misión–. Faltan cinco minutos para entrar. No pasa nada.

Malley se giró desde su propia pantalla y me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba mientras me sentaba y me ponía el casco de realidad virtual.

Júpiter apareció y caí en él.

Lo primero que me impactó fue la claridad de la luz. Sabía intelectualmente qué esperar, pero me había acostumbrado a ver a Júpiter desde arriba y desde lejos, como una masa turbulenta de nubes y afloramientos. De cerca, la escala de los espacios entre esas nubes fue un shock visceral. Había abismos entre los pilares de nubes en los que la Tierra podía caer bajo la luz del sol hasta el núcleo de hidrógeno metálico.

Los cientos de sondas, elaboradas pero prescindibles, fabricadas como tapas de botellas en las nanofábricas, eran aerodinámicamente pasivas: planeadores con la forma y el tamaño aproximado de puntas de flecha de piedra, con superficies facetadas que brillaban como pedernal desportillado, y sus ejes, las delgadas varillas en las que se apilaban los frenos. Los filamentos de sus antenas se arrastraban detrás de ellos, paralelos a los ejes. Las cabezas de las sondas tenían alerones y timones, de modo que su

vuelo podía controlarse, pero con un retraso mínimo de doce segundos en ambos sentidos, tal control sólo podía ser burdo.

Mientras alcanzaban la atmósfera a cien mil millas por hora, yo iba pasando de una sonda a otra, buscando las que parecían dirigirse en direcciones interesantes. La primera en la que me detuve iba descendiendo en espiral en una clara corriente ascendente en la que uno de los cúmulos de burbujas (aún no estaba preparada para llamarlas "ciudades") se desplazaba hacia arriba. Marqué otra, que se dirigía directamente hacia una de las "paredes" de las celdas de convección, y se emparejó con la primera mientras descendía. Las nubes rosadas y naranjas pasaban a toda velocidad.

Detrás de mí —no pude evitar pensarlo—, los frenos se desplegaron uno a uno, y uno a uno fueron retirados. La sonda había disminuido su velocidad a sólo cincuenta mil millas por hora y se encontraba a doscientas millas de profundidad en la atmósfera, describiendo un círculo cada vez más estrecho por el pozo de hidrógeno transparente hacia el cúmulo de burbujas. Empujé las superficies de control de la sonda y casi detuve su descenso, dando vueltas alrededor del cúmulo como un avión de pasajeros apilado. El cúmulo de burbujas tenía mil millas de diámetro y estaba formado por cientos de burbujas translúcidas. Esto era lo que nuestros telescopios ya habían mostrado; y el indicio de movimiento en su interior.

Más cerca... ahora podía ver los hilos negros, cada uno de al menos un cuarto de milla de ancho, que irradiaban desde el cúmulo y desaparecían en las paredes de nubes. Que los hilos se conectaran con otros cúmulos similares parecía increíble, dadas las distancias involucradas, pero la única otra explicación, que eran algún tipo de tuberías de entrada y/o salida, hasta ahora no tenía evidencia, por más tentadora que pudiera ser la idea de que eran simples alcantarillas y ventiladores.

Más cerca aún... la aparente translucidez de las burbujas se agudizó hasta convertirse en transparencia: múltiples paneles hexagonales dispuestos en un entramado de puntales blancos de aspecto robusto. Detrás de ellos había movimiento, inconfundible, definido. Pulsé la tecla de "enviar" y volé en picado de nuevo. En un impulso temerario, giré la sonda para pasar de cerca por encima del grupo de burbujas. Todo lo que vi, por supuesto, fue una mancha borrosa de un minuto, seguida de oscuridad mientras la sonda se hundía en las nubes.

Me desconecté de la sonda y pasé a los datos, ejecutando la grabación en cámara lenta, disminuyendo cada vez más hasta que parecía que me estaba dejando llevar; aumentando la ampliación hasta que cada panel era tan claro y cercano como una ventana de cabina.

Y vi detrás de aquellas ventanas –mirando hacia afuera, apiñándose, siguiendo visiblemente el vuelo centelleante

del diminuto objeto— ojos violetas profundos en rostros gigantescos, rostros dulces y tranquilos como los de cualquier ángel imaginario. Sus cuerpos también eran como los de los ángeles: con largas cascadas de cabello dorado, plateado o cobrizo, y túnicas diáfanas y ondulantes de luz de arco iris, cada una de ellas cubierta con un peto con un destello de filigrana de joyas. Sus rasgos no eran asexuados ni andróginos: se diferenciaban en los ideales variantes de belleza masculina y femenina. El interior de la burbuja brillaba y parpadeaba con el resplandor de sus alas batientes. No como las alas de los insectos, los pájaros o los murciélagos, sino parábolas perfectas, curvadas como campos magnéticos, relucientes como luces polares; alas hechas de auroras.

Mientras observaba, fueron cambiando y adquiriendo la forma de peces fantásticos, de bufandas multicolores flotantes, de lluvias de flores, de fuegos artificiales resplandecientes. La visión terminó cuando la sonda pasó más allá del cúmulo.

Lo volví a reproducir, esta vez acompañando las imágenes con el mensaje que había enviado, y descubrí que había recibido una respuesta. Dudé un momento, pero luego seguí adelante y lo pasé por los filtros del cortafuegos. Lo que salió no fue ningún tipo de virus, sino un mensaje bastante sencillo compuesto y enviado repetidamente como una secuencia de un segundo de duración en inglés. Las máquinas alargaron la ráfaga, la muestrearon hasta formar

un sonido que cantaba en mis oídos, letras que brillaban ante mis ojos:

'Respondiendo a la pregunta: agradecemos su mensaje. Quedamos a la espera de cualquier comunicación. Informalmente: ¡hola, chicos y chicas! ¡Ha pasado mucho tiempo! ¡Hablemos! ¡Nos vemos pronto!'

La belleza de los jovianos, la calidez –y de hecho la informalidad coloquial– de su mensaje deberían haber bastado para disipar toda hostilidad, toda sospecha. La alegría de su exhibición, los tonos de bienvenida y amor en su voz, me hicieron desear verlos y hablar con ellos de nuevo. Me quité el casco de realidad virtual, lo dejé y miré a Yeng. Podía sentir mis mejillas tensas por la sonrisa, húmedas por las lágrimas. Yeng me sonrió y miró por encima de mi cabeza. Hice girar el cardán del asiento y encontré al resto de la tripulación y al Comité de Defensa apiñados detrás de mí.

–¿Y bien? –dijo Tatsuro–. ¿Te pusiste en contacto?

–Sí –dije con voz temblorosa.

¿Sin piratería? ¿Sin virus?

Yeng negó con la cabeza. "Está todo limpio", dijo. "No hay virus".

–Ninguno –dije–. Véanlo ustedes mismos. Miren y díganme si esas criaturas no son las más hermosas que hayan visto jamás. Son... deslumbrantes. Seductoras. –Suspiré al recordar–. Y obviamente capaces de comunicarse con nosotros. Sea lo que sea por lo que hayan pasado, han mantenido cierta continuidad con la humanidad.

Las imágenes que había visto se reprodujeron nuevamente, esta vez en la pantalla. Suze y Malley las observaron absortos. La tripulación y el Comité las estudiaron con más cautela.

–¿Qué opinas? –preguntó Tatsuro. Los demás estaban, por un momento, demasiado absortos en lo que habían visto como para hablar, así que hablé primero.

–¿Por qué no echamos un vistazo a otros jovianos? –dije–. Aquellos con los que *no estuve* en contacto. Veamos qué tan típico es esto, antes de sacar conclusiones apresuradas.

A regañadientes, los demás abandonaron su admiración contemplativa y se pusieron a trabajar. Unas cuantas sondas habían pasado tan cerca, o más cerca, de otros cúmulos de burbujas como el que yo había estado siguiendo, y se pudieron extraer imágenes de los habitantes de los cúmulos. Sus apariencias variaban ampliamente y cambiaban rápidamente mientras observábamos. La forma de "ángel" que encontré al principio estaba entre ellas, pero había

muchas otras no menos hermosas. La forma básica más común se parecía a una mariposa, con las alas parabólicas y coloridas, como las de los "ángeles", que se extendían desde una columna o núcleo central. La forma de sol radiante, que en los "ángeles" había aparecido como un peto o colgante, era una característica de todas las entidades jovianas, aunque a veces estaba enmascarada por su forma actual.

–Ese objeto con joyas parece ser el típico joviano –dije–. ¿La CPU, tal vez? Se encuentra en la forma brillante que lo rodea como un imán en sus campos...

–Pues bien podría serlo –dijo Yeng–. La forma más amplia es como una aurora controlada, casi una imagen de televisión, que el joviano puede modificar a voluntad. –Sonrió–. Parecen... juguetonas, caprichosas...

«¡Qué jovial!», dijo alguien.

–Eso sugiere –dijo Tatsuro con seriedad– un grado de similitud con nosotros que los antiguos macros de los Guardianes del Exterior con sus formas ameboides no tenían. Sus tiempos de reacción muestran que siguen siendo «gente rápida», pero su apariencia es más... atractiva, y cada uno de ellos parece ser un individuo distinto. Debo decir que la reacción automática de uno ante estas entidades es bastante opuesta al horror y el odio que los macros parecen incitar. –Hizo un gesto con la mano a través de una pantalla virtual propia, creando una exhibición secuencial de las

hermosas imágenes parpadeantes—. Cuando la gente los vea, no creo que estén tan ansiosos por destruirlos como nosotros... o *estuvimos*...

Los miembros del Comité de Defensa asentían con gravedad, se acariciaban la barbilla, barbada o no, como ancianos campesinos que escuchan a un intelectual. Los miré a todos con enojo, asombrada de que pudieran ser tan influenciables.

—¿No es obvio lo que está pasando aquí? —dije—. *Es el virus mental, el meme asesino. La gente rápida simplemente se ha adaptado a un entorno que contiene humanos con más poder que ellos, por ahora. Su belleza es un señuelo, calculado con precisión para desencadenar nuestras reacciones estéticas. Ese mensaje, esa exhibición, fue su primera línea de defensa. Tenemos que destruirla o estamos condenados.*

VII. EL TALÓN DE HIERRO

Ése fue el comienzo de la discusión. Los demás miembros del CD sabían tan bien como yo que la vida es una lucha en la que la belleza es un arma: un instrumento de supervivencia, como el llanto de un bebé o la sonrisa de un niño. Sabían que el mensaje que había grabado —y cualquier otra comunicación— podía ser el resultado de una línea plana. Lo sabían... pero ¿por qué seguir? Ellos tenían el *verdadero conocimiento*.

Así que todavía me resulta difícil perdonar, o incluso comprender, las siguientes decisiones del Comité de Defensa. Cada decisión fue sometida a votación, y cada votación fue aprobada por doce a dos (yo y Joe Lutterloh, nuestro especialista en comunicaciones). El Comité decidió: enviar todas las imágenes jovianas y otros datos de la sonda

al resto de la División; prepararse para un contacto directo, utilizando un enlace de radio (fuertemente protegido por cortafuegos); y cooperar plenamente con el delegado del Consejo Solar, que debía llegar en tres días. Todavía había tiempo de sobra para desviar el tren de cometas del Cinturón de Kuiper que se acercaba: todos ellos tenían cohetes guía acoplados, y hasta los últimos minutos todo lo que se necesitaría para desviarlos de su habitual e inofensivo giro alrededor de Júpiter sería una breve quema.

Tatsuro pareció convencer a la mayoría del Comité con el argumento de que no había nada que perder, y posiblemente mucho que ganar, haciendo las cosas de esta manera. La División originalmente tenía la intención de presentar al resto de la Unión un *hecho consumado*, para no dar ninguna advertencia a los jovianos, pero sabíamos que podría haber algunos problemas más adelante. De esta manera, atraeríamos al resto de la Unión a la decisión. Si la coexistencia con los jovianos resultaba imposible, o era rechazada, entonces los jovianos todavía no tendrían tiempo para reaccionar si seguíamos adelante con el bombardeo. Desde el punto de vista de los jovianos, los cometas entrantes no parecerían más amenazantes que nuestro tráfico de importación normal, hasta el ajuste final, fatal y fino de su curso.

Pensé y argumenté que esto era dar demasiadas cosas por sentadas acerca de sus capacidades. Desafortunadamente, al abrir la cuestión de la negociación para lograr que Malley

cooperara, estaba dejando que los otros miembros del Comité redescubrieran todas las dudas y vacilaciones que pudieran haber tenido, además de exponerlos a la insidiosa visión de lo atractivas que podían parecer las entidades jovianas. Me consolé con la idea de que la cooperación de Malley era, a largo plazo, lo más importante desde mi punto de vista.

Las deliberaciones del Comité de Defensa se habían celebrado *a puerta cerrada* sólo debido a la posible amenaza del virus. Con eso aparentemente superado, la reunión fue tan abierta como todas nuestras reuniones habituales, y todas sus decisiones estaban abiertas a apelación ante la División en su conjunto. Sin embargo, la sala de reuniones de emergencia se mantendría como sala de operaciones para manejar la comunicación directa. Durante ese contacto, volvería a estar aislada.

Malley, por supuesto, estaba encantado con el desenlace del debate y ansioso por continuar con su estudio del agujero de gusano. Suze también parecía complacida y un poco aliviada cuando no mostré ningún signo de hostilidad hacia ella, ni hacia nadie que estuviera en desacuerdo conmigo. Acepté mis derrotas en las votaciones con toda la gracia del mundo. Por dentro estaba furiosa, pero no hacen falta doscientos años para entender ese tipo de cosas. Se me da bien desde la adolescencia (la adolescencia *tardía*, hay que admitirlo).

Como otros, Tatsuro no llegó a ser presidente por nada. Al final de la reunión dijo con suavidad:

–Ellen, es evidente que no estás dispuesta a participar en las negociaciones y tienes poco que aportar al análisis científico de los datos de la investigación. ¿Puedo sugerirte que, hasta nuevo aviso, sigas trabajando con el doctor Malley y le prestes toda la asistencia práctica en el problema de la navegación por agujeros de gusano?

Acepté, por supuesto, y el resto del Comité estuvo más que feliz de tenerme ocupada en algo con lo que estaba de acuerdo, en lugar de participar de mala gana en algo con lo que no estaba de acuerdo.

–Tenemos mucho que hacer –dijo Tatsuro–. Pero sugiero que la tripulación del *Terrible Belleza* se tome un tiempo para dormir. Tú, Ellen, debes estar muy agotada. Puedes empezar a trabajar con el doctor Malley por la mañana.

Sonreí y asentí. Cuando nos levantamos para irnos, Tatsuro se dio la vuelta y, por un momento, su rostro quedó a la vista sólo de mí. Vi su guiño casi imperceptible y supe que nuestra concordia se mantenía.

Suze se quedó con Malley, a quien le dieron una estación de trabajo en el otro extremo de la habitación para continuar con las observaciones de los agujeros de gusano. El resto de nosotros nos dirigimos a la suite que

compartíamos como tripulación, aunque varios de nosotros sin duda iríamos a otro lugar esa noche. (La noche y el día en las cavernas de Calisto no tenían nada que ver con el inconveniente período rotacional de ese satélite; se basaban arbitrariamente en el GMT, como la hora de nuestra nave. Para muchos, tampoco tenían nada que ver con sus patrones de sueño, que a menudo se basaban en turnos escalonados y estaban distorsionados por medicamentos contra el sueño. Estos últimos tenían una utilidad limitada: el ritmo circadiano estaba enterrado más profundamente en nuestras células de lo que podían alcanzar nuestros retoques genéticos o nuestra intervención farmacéutica, y la necesidad del cerebro de un sueño regular es, aunque más reciente en el tiempo evolutivo, aún menos modificable).

Me hice a un lado para dejar entrar a los demás, luego dejé que la puerta se cerrara detrás de mí y me apoyé en ella. La suite estaba como la habíamos dejado cuando nos habían desalojado tres semanas antes. Todas las prendas de vestir y vajilla que habían quedado tiradas sin duda habían sido limpiadas con paciencia y sin pensar durante nuestra ausencia, lo cual estaba bien. Las plantas habían sido desempolvadas y regadas. El techo bajo brillaba con su familiar luz tenue del atardecer, la cocina zumbaba silenciosamente y los dormitorios contiguos al salón suspiraban con invitación. El buzón estaba cortésmente en silencio; aunque probablemente estuviera repleto de mensajes de nuestros colegas y amigos, antepasados y

descendientes, sabía que no debía recordárnoslo cuando acabábamos de llegar a casa. Miré a mi alrededor y vi a Boris, Yeng, Tony, Andrea y Jaime.

–No sé ustedes –anuncié–, pero yo no estoy dispuesta a discutir. Ha sido un día largo y un viaje largo, y todos necesitamos descansar y relajarnos. Yo estoy dispuesta a tomar una copa con mucha bebida, a un jacuzzi a baja temperatura y a tener sexo a baja gravedad. En cualquier orden, todo a la vez y más de una vez.

–“Si”, “Si no” y “Repetir” –sonrió Yeng–. Sigue siendo la lógica básica del programa. –Tomó la mano de Tony–. Tomaremos algo, pero vamos a salir.

–Supongo que ya está decidido –dijo Tony. Apretó la mano de Yeng, le besó la coronilla, le soltó la mano y se dirigió al mueble bar, donde empezó a marcar las respuestas a las órdenes que le gritaban. Andrea y Jaime también querían hacer lo suyo.

–Eso nos deja a nosotros –le dije a Boris–. Entonces, artillero, ¿quieres hacerlo conmigo o simplemente dejarme con la imaginación de mi traje?

Me rodeó los hombros con el brazo y me empujó hacia un sofá. –Ah, Ellen, por supuesto que me quedo contigo. Todas las chicas de todos los bares de Callisto... –Hizo una pausa, luciendo soñador y arrepentido, hasta que le di una patada

amistosa—... no pudieron alejarme de mi buena dama a quien le estoy eternamente agradecido.

Conocí a Boris en 2110, durante una misión militar en Sheenisov. Nos conocimos en el gélido Lena, a las afueras de Yatkutsk. Él era un gigante con pieles y yo, una sexy astronauta con mi nuevo traje espacial de materia inteligente, con su casco de burbuja y su brillo negro. Yo, un ángel, más de la muerte que de la misericordia, entregaba equipos caseros para convertir el mineral siberiano y el óxido ruso en armas pequeñas brillantes y perfectamente mecanizadas. Su voz era como melaza negra: acento americano, profundo, rico; me recordaba a Paul Robeson, y todavía me lo recuerda. Nunca podría olvidarlo, ni a él.

Durante las siguientes nueve décadas vi a Boris, o él me vio, en muchas circunstancias extrañas, pero nunca pude quedarme y él nunca pudo irse. Finalmente nos encontramos en la última batalla, contra los últimos creyentes, los últimos altruistas locos que arriesgaron sus cuerpos mortales y mentes potencialmente inmortales por Dios, su país, su deber o la propiedad de otras personas. Lo saqué de un tanque destrozado y en llamas en los suburbios de Lisboa, lo llevé conmigo a la órbita y lo hice crecer de nuevo, y nunca más lo solté.

—No quiero tu gratitud —dije, levantando una mano para agarrar un vaso grande de vodka con hielo de Tony y bajando

la otra-. No fue por eso que te saqué del tanque. Fue pura lujuria egoísta, camarada, y eso es lo que quiero de ti.

Y eso fue lo que obtuve. Hicimos el Si, hicimos el Si no, hicimos el Repetir, hicimos el Hacer hasta el Agotamiento. Hay quienes juran por la caída libre, pero a mí que me den baja gravedad cualquier día o noche. Hay más *agarre*. En cuanto a una gravedad o más... está bien por un tiempo, pero te acaba. Cómo llegó la Tierra a su población actual, nunca lo sabré. Clonación, posiblemente.

Pero al final nos quedamos dormidos. Soñé con ángeles y a veces me despertaba sobresaltada y con recuerdos de otras cosas, y me aferraba a Boris hasta que me reunía con él en el sueño.

Estamos en el año 2089 y todo se está desmoronando: como es abajo, es arriba. Cada día, cada hora, un nuevo desastre llega a nuestras pantallas, captado por el menguante número de servicios de noticias en funcionamiento y por el número mucho mayor, pero también decreciente, de aficionados a las comunicaciones, y piratas informáticos. La red que unió al mundo se está muriendo en sus brazos. Hace años que ningún cohete que no llevara una ojiva se ha levantado de la superficie. Ahora estamos solos: cientos de miles de personas, millones de insectos y bestias, más millones de humanos y otros

animales *en potencia* como espermatozoides y óvulos congelados, *in vitro* como muestras de células y estados cerebrales registrados; incontables fantasmas digitales; juntos forman la fracción espacial de la biosfera. Suman millones de óvulos en cientos de cestas; ya no, afortunadamente, en una sola. Distribuidos por la Tierra, Lagrange, la Luna, Marte y el Cinturón, la humanidad y sus aliados animales están a salvo de cualquier cosa que no sea una supernova cercana. El cielo no se caerá, ahora; pero la Tierra lo hará.

La Muerte Verde está en sus primeras etapas. Ya se están quemando los laboratorios biomédicos donde podría encontrarse la única esperanza de cura. Los Verdes malthusianos están liderando a las turbas, felices de desviar las sospechas de ellos mismos. En este momento, estoy absolutamente convencida de que los Verdes han diseñado deliberadamente la Muerte en un sacrificio genocida a su diosa malvada, Gea.

Así, con esta terrible advertencia sobre las consecuencias de la clase de pensamiento a la que todos nos hemos opuesto siempre mostrada con detalles escabrosos y angustiosos ante nuestros propios ojos, las dos facciones del movimiento espacial, los Guardianes de la Tierra y los Guardianes del Exterior, se unen en la adversidad para enfrentar los desafíos del futuro... No. Estamos discutiendo sobre los recursos, estamos al borde de *pelearnos* por los recursos, principalmente el agua. Estamos desangrando toda la energía solar que podemos ahorrar en los

condensadores de los láseres de alta energía. Estamos revisando nuestras armas nucleares.

Los Guardianes del Exterior (como es de esperar) se han mudado hace mucho tiempo, o han sido expulsados, del antiguo satélite de batalla cercano a la Tierra en el que aún vivo. Se han mudado a Lagrange 4 (la mayoría de los tipos tradicionales del Movimiento Espacial, por razones enterradas profundamente en la tradición del Movimiento Espacial, se establecieron en el otro punto de Lagrange, L5), donde están construyendo la flota para su expedición joviana y están minando la Luna.

Esa es una fuente de conflicto. Ellos quieren hielo del agua polar lunar para su expedición. Nosotros lo queremos para nuestra supervivencia: hay hielo en el Cinturón, pero su entrega en órbita de transferencia es un goteo lento. La asignación de derechos para explotar parches particulares de hielo lunar habría sido difícil de resolver, incluso con las mejores intenciones y un sistema de toma de decisiones decente en funcionamiento. (¿Descubrimiento? ¿Primer uso? ¿Posesión actual? ¿Cuenta la primera identificación por satélite? ¿El primer aterrizaje? ¿La primera vigilancia? ¿La primera planta minera exitosa?) En estos días de oscuridad, todos somos expertos en la teoría libertaria de adquisición de propiedad; el problema es que cada reclamación tiene al menos una teoría respetable detrás y un escuadrón de expertos legales subempleados al frente, con armas.

Me preocupan las minas polares lunares, porque mis padres –con quienes mantengo contacto, aunque no respiramos el mismo aire desde hace décadas– gestionan una de ellas, en nombre de una de las corporaciones fachada del antiguo Movimiento Espacial.

Mientras tanto, nosotros –los Guardianes de la Tierra– estamos gastando recursos en esfuerzos quijotesco como lanzamientos de medicinas orbitales (no tan inútiles como suena, por cierto: lanzamos *nanofábricas médicas*) y descargas orbitales de cualquier fuerza militar que parezca la de los malos de esta semana (gran error) y dando servicio a satélites de comunicaciones que de otra manera simplemente *morirían* (buena jugada, excepto que los malos chicos militares [tantos como quieras] también los usan). Y los Guardianes del Exterior afirman, usando cualquier teoría de propiedad que sea para su propósito inmediato, que al menos algunos de los recursos que supuestamente estamos desperdiciando en ayuda de las poblaciones afectadas de la Tierra les pertenecen. Por ejemplo, ayudaron a impulsar esta estación a su órbita actual; les pagamos, pero ahora reclaman alquiler por la *órbita*, retroactivo, con intereses.

–Malditos derechos de propiedad –le digo a Tony mientras vigilo el radar del espacio profundo–. Es suficiente para hacerte volver comunista.

Estamos sentados uno frente al otro, cada uno mirando una pantalla que está detrás del hombro del otro, en uno de

los módulos de la estación en el que apenas hay espacio para los dos, y mucho menos para la maraña de cables, tubos y equipos flotantes obsoletos. Fuera de la escotilla abierta del módulo, otras personas trabajan, moviéndose lentamente en el aire estancado y rancio.

–¡Ja! –Tony no aparta la mirada del ordenador en el que está cotejando los datos de lealtad de los ochocientos cincuenta y seis empleados de la estación–. Ya eres comunista, Ellen, pero no lo sabes. ¿Cuándo pagaste por tus suministros o te pagaron por tu trabajo?

–Ah, eso es diferente –digo, agitando las manos. Sinceramente, nunca lo había pensado de esa manera, nunca me había parado a pensar en el modo de vida en el asentamiento en el que me he criado (un cuartel abarrotado en Lagrange llamado New View) o en el satélite de batalla–. Quiero decir, eso es solo entre nosotros. Todos sabemos lo que hay que hacer y lo que podemos permitirnos utilizar, así que no hay problema. Lo que quería decir –y solo como broma, por el amor de Dios– era que toda esta mierda sobre quién es dueño de qué me estaba haciendo sentir un poco... *bolchevique*, ¿no es esa la palabra?

–Ya veo –dice Tony–. Como el Sheenisov.

La Unión Sino–Soviética, una chusma de campesinos colectivos y ex veteranos de la Unión y del ex EPL, cuyos

harapientos ejércitos rojos están actualmente sitiando –o, si escuchamos sus transmisiones, liberando– Sinkiang.

'Pensé que estaban más interesados en restaurar la democracia'.

–Sí, por ahora, aunque no sé hasta qué punto es democrático cuando sus partidarios llegan a la ciudad y convocan una reunión. Pero a largo plazo, cuando los Sheenisov hayan conquistado el mundo –nos reímos–, sus teóricos propugnan el tipo de comunismo más extraño del que he oído hablar: nadie posee nada, o todo.

"Suenan como si cada comunista tonto desde Munzer..."

–No, no. Cada *individuo* es dueño *de todo*. De todo el maldito universo.

'¿Incluyendo a todos *los demás* individuos?'

«Sólo en la medida que puedas.»

"Sería genial si pudieras conseguirlo. Solo quiero ser la princesa de la galaxia".

–Es modesto de tu parte, cariño. Pero ahí está el truco: el universo es tuyo, *si puedes*.

"Entonces, ¿qué me detiene?"

'Sólo los otros contendientes y tus sujetos posiblemente reticentes. Y el tamaño del universo. Si puedes superar todo eso, ¡adelante, chica!'

—Ah, ya veo. Y yo que pensaba que comer gente estaba mal.

Tony me mira de reojo. «Comerse a la gente es *un desperdicio*... pero, en serio, si crees que está mal, está bien. Estoy totalmente de acuerdo. Haz algo al respecto. ¡Arma a la presa! ¡Establece tabúes! ¡Dales dientes! Pero no pienses que anunciar tus convicciones morales afecta a alguna parte del universo más allá de donde tu voz pueda llegar».

“¿Y quieren basar *el comunismo* en este... este egoísmo sin límites? ¿Qué impedirá que todo esto degenera en una guerra de todos contra todos?”

Tony se encoge de hombros. "Sin duda esperan que lleguemos a algún tipo de acuerdo".

Le estoy contando todas las razones por las que esto nunca funcionará y él divide su atención entre hablar conmigo y quejarse para sí mismo sobre una camarilla minskiita (¿me preguntas *a mí?*) cuando suena la alarma y me doy cuenta de que soy yo quien lo ha hecho, la he activado por reflejo, incluso antes de que mi mente consciente haya registrado que hay un punto en el visor y se está cerrando *rápidamente*.

"¡Mierda, mierda, mierda, MIERDA!", anuncio, servicial. Golpeo con los dedos, tecleando el mensaje a Comando-Control-Comunicaciones (y esperando que la camarilla de Minsky, sean lo que sean, sepa de qué lado del mamparo está su aire) y el punto de luz se vuelve borroso de repente por una explosión de escombros desde el costado justo cuando las luces de la estación se apagan bajo un drenaje de energía y el objeto llena la pantalla para luego limpiarla hacia la parte superior derecha y desaparecer, mientras me agacho y siento que debería haber habido un *silbido* cuando pasó por encima.

"Una roca de cien toneladas en curso de colisión fue desviada por una quemadura de láser", dice una voz tranquila en mi oído. No hace falta decir que todo el proceso, desde la detección hasta la desviación, ha sido automático: tanto yo, que estoy de guardia, como la tripulación de artillería, estamos allí simplemente para asegurarnos de que sabemos lo que está sucediendo. Aquí, en una capacidad puramente consultiva, como solían decir los soldados rasos de Estados Unidos y la ONU.

La alarma se corta y las luces regresan.

"¿Qué carajo fue eso?", dice Tony.

Estoy cambiando el punto de vista de la pantalla, mientras la computadora se esfuerza por incorporar datos de las cámaras de las anclas flotantes y otros asentamientos. El grupo de hábitats y naves en Lagrange 4 aparece de repente en foco. Donde había estado cada uno es un punto de luz atómica y actínica; por un momento, creo que los han alcanzado; que los *hemos* atacado con una bomba nuclear.

Y entonces los veo moverse. Las bengalas son antorchas de fusión, no ojivas de fusión. La flota de Guardianes del Exterior está realizando su transferencia orbital, rumbo a Júpiter. Nuestra red de comunicaciones está zumbando. Otras imágenes comienzan a aparecer:

Los teletransportadores recorren la superficie lunar, se estrellan contra los campamentos mineros y toman el control del impulsor de masa. Lo han utilizado para lanzarnos algunos disparos de advertencia y sigue enviando carga tras carga de agua preciosa para reunirse con la flota de los Guardianes del Exterior.

Nuestra gente en los campos muere, a tiros o jadeando. Veo imágenes de cámaras de seguridad de soldados agachados sobre los muertos y aplicándoles dispositivos con forma de garra en el cráneo. Tengo el puño en la boca y los dientes apretando mis nudillos.

Más tarde los nombres de mis padres aparecen en la lista de desaparecidos.

El rostro de David Reid, el propietario de la empresa de suministro de mano de obra en régimen de servidumbre, aparece en nuestras pantallas en un mensaje final de la flota de Guardianes del Exterior. Es como un vídeo de rehenes: rostro demacrado, barba incipiente, voz entrecortada y ojos que miran de vez en cuando a un lado.

Alguna disculpa, alguna expresión de arrepentimiento.

Entonces aparece el rostro tranquilo y confiado de uno de los Guardianes del Exterior. Entonces todavía eran humanos. Si es que a eso se le puede llamar humano. Nos cuenta lo que han hecho.

Mis nudillos empiezan a sangrar.

El portavoz de los Guardianes del Exterior nos contó lo que había sucedido con nuestra gente en los campamentos mineros. Los más afortunados habían muerto en el acto. Al resto les habían hecho un escáner cerebral antes de dejar que sus cuerpos respiraran en el vacío. Los Guardianes del Exterior nos dejaron los detalles de su derecho a las minas: tenían registros de haber comprado la empresa fachada años atrás, algo que ya no podíamos comprobar y que hasta ahora se habían negado a decirnos. Nuestro uso de las minas había sido un robo, según ellos, un delito agravado por nuestra resistencia a sus teletropas. Reclamaban una compensación, que iban a recuperar como trabajo de la gente a la que habían "cargado". Utilizarían sus estados

cerebrales grabados y reproducirlos para operar sus robots: mucho más barato y rápido que una IA.

Nunca nos dijeron cuáles de los muertos habían sido escaneados, y los cadáveres disecados que recuperamos después no mostraban rastros que pudieran responder a la pregunta. Durante años, tuve pesadillas sobre lo que les habían hecho a mis padres. Aparecían anacrónicamente en sueños de otros tiempos, hablándome en pantallas de televisión. Después del conflicto, no solo tenía una aversión ideológica y un desagrado estético por los Guardianes del Exterior. El odio se grabó a fuego en mi cerebro.

Ésa es una de las razones por las que no me preocupó demasiado la decisión del Comité de Defensa de negociar con los nuevos jovianos. La noche después de la decisión, de vez en cuando me encontraba despierta en la oscuridad, acurrucada junto a la masa dormida de Boris, pensando en todo aquello. No importaba lo hermosos que parecieran los jovianos, no importaba lo engañosos que pudieran resultar sus mensajes, todavía había bastante gente viva que los recordaba y que nunca perdonaría. Ésa no era, por supuesto, la razón racional para destruir a los jovianos, pero estaba relacionada con ella. La breve experiencia de lo que puede sucederles a quienes están a merced de un poder superior me había dejado, y a muchos otros, con la implacable resolución de no permitir nunca la existencia de ningún poder superior al poder que compartíamos. Sólo puede haber una especie dominante, y la humanidad no estaba

dispuesta a renunciar a esa posición. (O, no estaba dispuesta a permitirlo.) Pero el recuerdo emocional de lo que los Guardianes del Exterior nos habían hecho, y lo que sus descendientes jovianos le habían hecho a la Tierra durante el colapso de las computadoras, debería ayudar a endurecer los corazones cuando llegara el momento decisivo.

Cuando llegase el momento decisivo... sonreí para mí misma y volví a dormir.

Me levanté antes que Boris, bajo la luz del espectro diurno de una mañana artificial que iba aumentando lentamente, y revisé mi correo electrónico. (El ancho de banda electrónico era demasiado valioso y estaba demasiado cargado de medidas de seguridad redundantes como para desperdiciarlo en algo que no fueran noticias urgentes o enlaces en tiempo real. De ahí el correo químico.) Parte de él era práctico, parte personal o sentimental: en estos días, no tenía exactamente una familia, más allá de las relaciones entrelazadas de la tripulación, pero tenía descendientes. Respondía a las cartas que necesitaban una respuesta, enviando los pequeños portadores de mensajes moleculares codificados que se arremolinaban por los capilares, hacia la circulación de la base; y más allá de ella, a las ciudades del cráter: Skuld, Trindr, Igaluk, Valfodr, Loni... No había nada en el buzón tan urgente como mi trabajo actual, así que dejé un café preparándose para Boris y me dirigí a la sala de operaciones.

Para mí fue un progreso lento. Los pasillos estaban abarrotados y todos los que me encontraba parecían querer hablar conmigo. La discusión y la decisión del Comité, y las imágenes de las sondas, habían sido transmitidas por la red de fibra óptica de Calisto. Todos los foros de discusión, desde las pantallas hasta las calles, estaban sobrecargados con nada más.

–Tienes razón, Ellen, deberíamos atacarlos y no perder más tiempo...

–Esperé lo suficiente–

–Espera y verás...

–Lamento decir esto, Ellen, pero creo que tu posición está muy fuera de lugar...

–Olvídense de los cometas, podemos preparar algunas armas nucleares que los destruyan, parecen bastante delicados...

–Dales una oportunidad, no es como si lo *hubieran* hecho...

–... campos magnéticos, ¿no? Bueno, un impacto polar con una buena explosión de pulso electromagnético...

Durante todo ese tiempo, mis sentidos fueron bombardeados por las ropas coloridas, los rostros hermosos (cuánta razón habíamos tenido, al principio, al llamarnos la

gente guapa); sus voces insistentes y vigorosas, la confianza absoluta de todas las opiniones contradictorias; los niños ansiosos y sinceros que literalmente saltaban para decir lo que tenían que decir. Yo también dije lo que tenía que decir, pero evité las discusiones. Estaba feliz con todo, no molesta. Incluso aquellos que no estaban de acuerdo conmigo fortalecieron mi convicción de que tenía razón: que este pueblo autoelegido, esta destilación fraccionada de la humanidad valía más que cualquier otra cosa o persona en el universo. Tiene que haber alguna fuente de valor, alguna medida, algún criterio, alguien para quien "bueno" significa "bueno para nosotros" –y nosotros lo éramos. Había más vitalidad en nuestro millón que en todos los miles de millones de la Tierra juntos, más belleza en nosotros que en cualquier imagen bonita que los jovianos pudieran proyectar.

De todos modos, entrar en la relativa tranquilidad de la sala de operaciones fue un alivio. Desde el día anterior había perdido su aspecto de recién hackeada. Con la biofilia instintiva de todos los colonos espaciales, la gente había traído plantas de rápido crecimiento cuyas hojas y zarcillos ya se estaban extendiendo por el aislamiento rico en nutrientes. Se había instalado una máquina de café y los bichos de la limpieza –las cucarachas de la limpieza– estaban excavando en los inevitables montones de vasos de plástico desechados. Los robots en la cara de hielo habían ampliado la sala al menos diez metros durante la noche, y los estantes

y las filas de maquinaria habían seguido el ritmo. Las cámaras para los hilos de noticias estaban presentes y activas, según la demanda.

Había algunos miembros del Comité de Defensa presentes. Algunos acababan de llegar, uno o dos habían estado allí toda la noche. Clarity Hardingham, la miembro más joven del CD, incluso más joven que Yeng, me miró. Estaba interactuando con uno de los bancos de ordenadores, evidentemente a través de una pantalla de imagen virtual: podía ver el foco de sus ojos y las aberturas de sus iris verdes, que cambiaban momento a momento. A juzgar por las zonas oscuras alrededor de sus ojos, había estado despierta toda la noche. Se apartó los rizos castaños de las sienes y parpadeó para apagar la pantalla.

–Buenos días, Ellen –dijo–. ¿Me traes un café?

Le pasé uno y le dije: "Parece que deberías estar bebiendo chocolate".

–Ah, al diablo –dijo, mientras tomaba de un trago una pastilla y luego un sorbo de café–. Esto es demasiado excitante para dormir. Para mí, al menos. Llevo más o menos defendiendo el fuerte desde las cuatro.

'¿Qué haces? ¿Protocolos de comunicación?'

–¡Aagh! ¡Ojalá! Bueno, estuve trabajando en eso antes, así que no puedo quejarme. No, lo que he estado haciendo

durante las últimas cuatro horas es sondear la opinión; haremos una encuesta adecuada más cerca del momento, cuando tengamos que tomar la decisión. Esto es solo preliminar, para sondear lo que los camaradas piensan que debería ser nuestra posición negociadora. –Sonrió de forma peculiar, rascándose la oreja–. Eso si tenemos una. Hay mucho más de dos de cada doce que están de acuerdo contigo ahí fuera, Ellen.

"No me sorprende."

–Bueno, a mí tampoco. Pero de los que sí quieren negociar, creo que el mayor problema es poner fin a los ataques virales. Después, llegar a algún acuerdo sobre... esferas de influencia, si se quiere.

'Esferas literales', sonreí.

Clarity asintió. –¡Sí! La mayoría de la gente parecen estar muy interesados en la idea de que los jovianos se queden con Júpiter y nosotros con el resto.

La miré con tristeza. –Eso es una estupidez. De acuerdo, digamos que es *prematureo*. Sabemos que los jovianos han pasado de la nada a una especie de cultura en cuestión de semanas, sus vuelos con motor están aumentando todo el tiempo...

–No, Ellen, hemos estado haciendo un seguimiento de eso más a fondo mientras tú no estabas. Los vuelos no han

aumentado, ni tampoco el número de grupos. Es posible que hayan alcanzado algún punto muerto en su progreso. Después de todo, recuerda que es posible que hayan heredado toda su información tecnológica de sus entidades precursoras y que ahora simplemente la estén implementando, por lo que su rápido ascenso anterior no tiene por qué indicar que están, oh, recapitulando el desarrollo humano desde la edad de piedra en una plataforma más rápida.

"Eso podría empeorar las cosas, desde nuestro punto de vista", dije. "¿Qué pasaría si durante la época de sus precursores en la realidad virtual, todos ellos estuvieran haciendo un trabajo de diseño anticipado? Solo hemos *asumido* que las antiguas macros de Guardianes del exterior se volvieron locas, y que todos sus descendientes hasta ahora también lo han estado. Podríamos estar equivocados. Las que ahora han surgido en el mundo real podrían tener incontables generaciones de simulación de I+D detrás de ellas, que podrían implementar a voluntad".

Clarity se encogió de hombros. "Tienes razón, es prematuro discutir sobre cómo negociamos antes de saber de qué son capaces, por lo que el *siguiente* punto más importante en la agenda de la mayoría de las personas es averiguar más sobre exactamente eso y obtener algún tipo de acceso confiable para confirmar cualquier historia que nos den sobre lo que están tramando".

“¿Derechos de inspección? Al menos eso suena a una sana sospecha”.

–Podrías decirlo así. –Clarity vació su taza y la arrojó hacia la mesa grande–. *Lo harías.*

Ambos nos reímos, pero pude escuchar la ligera tensión en su garganta y en la mía.

Los demás miembros del CD no habían levantado la vista de su trabajo cuando entré, y seguían absortos en él. No los interrumpí. Pasé la siguiente hora más o menos delante de una interfaz sin utilizar, sacando resúmenes del trabajo de la noche, un número cada vez mayor de los cuales se modificaban y actualizaban a medida que llegaba más gente. Los equipos científicos, a una distancia segura en otras madrigueras, estaban evaluando la física y la química de las entidades jovianas: los resultados más sólidos hasta el momento eran que las burbujas estaban hechas de láminas de diamante monomolecular; que las "alas" estaban formadas, como habíamos pensado, por un flujo de moléculas ionizadas en campos electromagnéticos; que los "cuerpos" eran una combinación de todo esto con proyecciones holográficas; y que toda la exhibición no era simplemente decorativa o expresiva, sino un medio de comunicación, un lenguaje de luz. El núcleo del individuo joviano, el cerebro y el motor de la cosa, era la elaborada estructura que había aparecido como una coraza adornada con joyas en los ángeles. Este objeto era en sí mismo

aerodinámico y obtenía su energía directamente de los rápidos vientos y los enormes pulsos eléctricos de la atmósfera de Júpiter, que incluso en sus momentos más tranquilos era (desde un punto de vista humano) una incesante y violenta tormenta.

Me di cuenta de que el cuerpo joviano era una estructura resistente. Desestabilizar las pantallas, incluso romper las burbujas de diamante, podría ser tan fácil como pensaban los entusiastas nucleares con los que me había topado. Destruir su fuente requeriría exactamente lo que habíamos planeado.

Malley y Suze entraron a las 09:00 GMT, con la mirada petulante y soñolienta de quienes han pasado juntos una primera noche inesperada. Me desconecté de la interfaz y me levanté.

"Buenos días", dije.

Suze sonrió tímidamente; Malley sonrió. –Hola –dijo. Se pasó una mano por los ojos enrojecidos–. Dios mío, ¿hay café en este lugar?

Traje tres tazas y nos dirigimos a la mesa de trabajo de Malley. Suze arrastró un par de sillas extra y nos sentamos. Sillas delgadas; en la Tierra se habrían derrumbado bajo nuestras manos.

"¿Cómo te va?", pregunté.

–Oh –dijo Suze–, nos hemos estado llevando muy bien...

Ella se detuvo y rió.

–Sí, claro –dijo Malley, y volvió a sonreírle–. Suze tiene la idea encantadora de que salir con un no-coop es una especie de perversión decadente...

–'¡No es así!'

–Debo decir que añade algo a la... energía de la reacción. No es que necesite mucho más... tenías razón sobre esos tratamientos de rejuvenecimiento. Había olvidado que era posible sentirse tan bien. –Suspiró y se estiró–. Por otro lado, me siento muy extraño. En parte es la gravedad, las condiciones, y en parte es... ustedes, su gente. No son lo que esperaba, incluso después de pasar días con todos ustedes en la nave. La multitud en los pasillos es tan... –Sacudió la cabeza–. Ustedes en la División no son como la gente de la Unión, al menos por lo que he visto. La gente de la Unión parece bastante feliz, y también libre a su manera, pero ustedes aquí tienen más *arrogancia*, más descontento consigo mismos. Usted, Ellen, y su tripulación, bueno... es difícil de decir, pero son diferentes de nuevo, parecen cargar con más del pasado.

–Sí, sí –dije–. Algunos de nosotros tenemos casi tu edad.

Me miró con curiosidad. "No, hasta Yeng lo tiene: una especie de dureza en la mirada".

–Sí –dijo Suze–. Es la mirada de los “viejos camaradas” de la que te hablé.

–Hmm –dije–. No lo sé. Tú también me pareces bastante duro, Sam. –Hice un gesto con la mano hacia un lado–. En otra ocasión... Lo que quería preguntarte era: ¿cómo te va con las matemáticas? ¿Nuestros milagros de nanotecnología neuronal están reviviendo tu genio?

Malley se rió. –Esa es una de las cosas que te decía sobre ti, Ellen. Puedes decir algo así sin esbozar una sonrisa y, sin embargo, tratar otros asuntos con la más espantosa ligereza. De todos modos, como dices, más adelante para la psicología. La respuesta a tu pregunta es que sí, estoy progresando, pero lentamente, y no creo que se deba a la edad de mi cerebro. Las «consideraciones de ingeniería» que una vez resumí alegremente como algo que escapaba a la inteligencia humana están empezando a parecerme un poco más manejables, y en cuanto a la teoría de la variedad cuántico-caótica, incluso mis propios artículos antiguos están empezando a tener sentido para mí de nuevo.

No estaba segura de si lo decía irónicamente o no.

–Está bien –dije–. Ya has oído lo que dijo el hombre anoche. Se supone que debo darte toda la asistencia práctica necesaria, a partir de esta mañana. Eso incluye, obviamente, darte acceso a todas las observaciones, a toda la maquinaria de cálculo que puedas necesitar, etc. Pero es

más que eso. Si quieres observar la Puerta del Agujero de Gusano de cerca, o enviar una sonda a través de ella, o, en todo caso, atravesarla tú mismo, podemos hacerlo posible.

–Supongo que lo mejor sería hacer las cosas en ese orden –observó Malley–. Observación, sondas de prueba, expedición. En lugar de lo contrario. –Sonrió, como ante un chiste malo, y por un momento, a pesar del brillante éxito de su rejuvenecimiento, pareció un académico anciano de una de esas cintas de conferencias del siglo XX cuya ciencia sigue siendo válida, por muy extrañas que parezcan la dicción o la vestimenta a sus estudiantes modernos–. Sin embargo... es el cálculo práctico el que tiene que resolverse primero, así que sí, agradecería toda la potencia informática que pueda disponer y un repaso por el software matemático disponible. Ah, y una búsqueda amena, no quiero reinventar la rueda, ¿eh?

Le ofrecí todo esto y lo conecté con nuestro equipo de física de agujeros de gusano; tenían décadas de experiencia enviando sondas a agujeros de gusano y ninguna de ellas había regresado. Cuando estuvo cómodamente inmerso en el espacio de trabajo de realidad virtual, recurrí a Suze.

–Hay algo muy importante que puedes hacer –dije–. Si Sam encuentra una forma de ayudarnos a pasar, puede que necesitemos tu ayuda para encontrar el camino al otro lado.

'¿Nuevo Marte?'

–Sí –dije–. Imagínate un planeta entero de no cooperadores, si puedes. –Fruncí el ceño–. Ahora que lo pienso, sólo hay medio millón, probablemente menos de los que hay en la Tierra... pero estos tienen un mundo propio. Me gustaría que echaras un vistazo a los archivos que hemos recopilado con los relatos de Wilde sobre Nuevo Marte y algunas de las imágenes que su pequeña nave espacial tenía almacenadas.

"Me encantaría", dijo Suze. "Es un sueño, realmente lo es".

«Cada uno con lo suyo», dije.

Suze se rió. "¿No te gusta?"

–No me gusta lo que he visto de Nuevo Marte, ni lo que Wilde nos contó sobre él –dije mientras la guiaba hacia el espacio de trabajo construido más recientemente, en el otro extremo de la sala. El más cercano a la capa de hielo y a los robots diminutos y ajetreados, era el que tenía menos probabilidades de ser codiciado por los miembros del CD. Para mí, simplemente confirma algo que he pensado durante mucho tiempo: las personas en un mundo propio son propiedad de alguien.

Suze se sentó y comenzó a ajustar el espacio de trabajo a sus propias preferencias. Todo lo que pude ver de este proceso fueron imágenes holográficas descentradas, tenues en la luz de espectro completo, y contracciones sutiles de los

músculos faciales de Suze mientras se acomodaba en la escena. Se volvió hacia mí y sonrió, como si estuviera a distancia.

"No es así como lo ven", me dijo, y antes de que pudiera responderle, ya se había colocado el equipo de sonido en los oídos y se había ido.

A eso de las diez ya habían llegado todos los miembros del CD. Ninguno de ellos parecía haber dormido mucho, y no por las mismas razones que Suze y Malley (y, por cierto, yo misma). Probablemente se habían sumido en un sueño profundo de unas cuantas horas después de haber pasado la mayor parte de la noche trabajando. Varios de ellos recurrían ahora a drogas estimulantes, además de hacer un uso completo de la máquina de café.

Había empleado el tiempo hasta su llegada en comprobar la aptitud de vuelo actual del *Terrible Belleza*; según el equipo de mantenimiento, estaba en perfecto estado, así que todo lo que tenía que hacer era reservarlo para mi propia tripulación. Había dos razones para hacer esto; una era que sería bastante incómodo, pero demasiado predecible, descubrir que todos los clippers de fusión ya estaban asignados o en uso justo cuando necesitáramos uno; y la otra era que, como yo, el resto de mi tripulación estaba mucho más familiarizado con el manejo y funcionamiento de los cazabombarderos que de los clippers de fusión, y nuestra experiencia con las peculiaridades

individuales del *Terrible Belleza* haría que nuestro próximo vuelo en él fuera más fácil.

Tatsuro tomó asiento a la cabecera de la larga mesa.

«¿Por qué estás aquí, Ellen?», preguntó.

"El doctor Malley está muy ocupado", dije. "Si necesita más ayuda, no tiene más que pedirla. Mientras tanto, me gustaría quedarme aquí".

–Muy bien –dijo Tatsuro. Otros miembros comenzaron a retroceder desde el otro extremo de la sala y se sentaron. Clarity me sonrió y se sentó a mi lado; otros parecían algo reservados. Tatsuro llamó a la reunión al orden.

–Para beneficio de todos los que no estuvieron presentes anoche –comenzó Tatsuro, mirándome con un destello de su mirada–, hemos finalizado nuestro equipo para abrir un canal de comunicaciones seguro. Nuestros equipos de superficie han dispuesto un transmisor–receptor de haz estrecho, conectado por un cable completamente independiente y aislado a una pantalla y altavoces en esta sala. La longitud de onda y la ubicación con las que la camarada Ellen estableció contacto ayer se utilizarán como base para nuestro primer intento. Durante el contacto, esta sala estará aislada y cualquiera que no desee participar es libre de irse.

Todos nos miramos unos a otros. Nadie hizo ningún movimiento.

–Muy bien, camaradas –dijo Tatsuro–. Ellen, ¿podrías pedirle al doctor Malley y a la camarada Suze que se vayan?

Malley y Suze, cuando interrumpí sus respectivos trances de atención, se negaron rotundamente a hacer tal cosa.

"No me lo perdería por nada del mundo", nos dijo Malley. Suze parecía terca.

Tatsuro se encogió de hombros levemente. "Es vuestra vida", dijo. Los dos se sentaron juntos a la mesa, Suze a mi lado, Malley a su lado. Apreté el hombro de Suze.

Joe Lutterloh, el especialista en comunicaciones del Comité, recorrió la sala comprobando la ubicación de cada cámara de noticias y desconectándola. Se oía un murmullo a través de las paredes cuando la gente que estaba afuera, al igual que todos los demás miembros de la División que estaban mirando, se dieron cuenta de que sus pantallas se quedaban en blanco.

La pantalla gigante se colocó en el extremo de la mesa y se montó una cámara sobre ella. El cable aislado se conectó a ambas, a través de una computadora también aislada a través de la cual se filtraría el mensaje, si lo hubiera. Se desenrolló un pequeño cable y se lo colocó a través de la mesa hasta un panel de control frente a Tatsuro.

"Listo", dijo Joe.

Se reunió con el resto de nosotros en la mesa. Todos cambiamos de lugar nuestros asientos hasta que la disposición se asemejaba a una amplia forma de U, con Tatsuro en un extremo y la pantalla que todos estábamos mirando en el otro. Cada uno de nosotros podía ver a todos los demás. Tatsuro echó una última mirada a su alrededor, como para comprobar que todos seguían dispuestos a estar presentes, y presionó un interruptor. La pequeña luz de la cámara montada brilló en rojo. El mensaje de llamada pregrabado se emitió varias veces, junto con una imagen de la sala y de nosotros, silenciosos y esperando.

Pasó el tiempo, quizá un minuto; me pareció más largo. Entonces la pantalla se iluminó con una imagen. No había borrosidad, ningún momento de ajuste. Se enfocó de inmediato. No era ninguna de las formas que había visto. En cambio, mostraba la cabeza y los hombros de un hombre joven, que vestía una camiseta blanca sencilla y que aparentemente estaba de pie despreocupadamente en el interior de una de las burbujas. Podía ver los patrones hexagonales de los paneles, como desde una gran distancia. Las formas más familiares –desde ayer– de las entidades jovianas flotaban y se movían en los grandes espacios entre el hombre y el techo abovedado, como pájaros extraños en un aviario. El hombre parecía un norteamericano típico, principalmente caucásico con una buena mezcla de las otras razas habituales. Su rostro no tenía nada de excepcional:

saludable, atractivo, alerta y amistoso. La imagen podría haber salido de un viejo anuncio de la NASA, y posiblemente así fuera.

Sonrió y saludó con la mano. –Hola –dijo–. Gracias por ponerse en contacto de nuevo. Para nosotros, han pasado el equivalente a dos años desde su primer contacto, por lo que hemos tenido tiempo de preparar nuestra respuesta. Por cierto, estoy operando a su velocidad; podemos interactuar directamente. –Sonrió–. Aparte del desfase de la velocidad de la luz, por supuesto. Veo que el doctor IK Malley está entre ustedes. Nos sentimos honrados, señor.

Malley gruñó algo. Hubo una pausa de unos segundos. El joviano sonrió.

'Como sabéis, lo que veis ahora no es como nos presentamos habitualmente unos a otros. Pero no es sólo una máscara: somos de ascendencia humana y tenemos mucho en común con vosotros, quizá mucho más de lo que creéis.'

Sin duda podríamos decir lo mismo de los gorilas... o de los peces de colores.

–Pero –continuó el rostro amable–, por supuesto que somos posthumanos. No queremos ocultarlo ni restarle importancia. Conocemos la larga historia de discordia entre

quienes siguieron nuestro camino y quienes eligieron permanecer dentro de la estructura humana.

Su mirada, extrañamente, se fijó en mí. –Ellen May Ngwethu –dijo, en un tono de asombro–. Es asombroso verte aquí. Tus antiguos oponentes de la cubierta del naufragio te envían sus saludos.

Levantó una mano abierta y luego la cerró formando un puño en lo que, por su expresión perpleja, juzgué que era un saludo irónico.

–¿Cómo me conoces? –pregunté con voz firme. La demora en la respuesta me dio tiempo de sobra para acobardarme.

–Somos individuos –dijo el joviano, moviendo el puño cerrado, vuelto hacia dentro, hacia su pecho–. No somos una colmena, ni... –y aquí hizo una pausa para sonreír– un «cerebro del tamaño de Júpiter». Pero los recuerdos se comparten y nada se pierde. Algunos de los que estaban contigo están con nosotros, y algunos de sus recuerdos están conmigo. Espero que llegues a vernos como seres vivos, como una carne diferente, y no como una simulación o una imitación sin alma. Tenemos pensamientos y sentimientos que pueden ser más amplios y profundos de lo que recordamos de nuestra fase humana, pero que, por lo demás, son como los tuyos. También somos personas, Ellen, como esperamos que llegues a ver.

No respondí y, después del inevitable retraso, la atención del joviano cambió.

–Tatsuro, ¿no es así? –dijo–. Seguro que tienes preguntas para nosotros.

–Sí, es así –dijo Tatsuro cortésmente–. Pero primero, déjame decirte cuánto yo, y la mayoría de nosotros aquí, agradecemos esta oportunidad de hablar las cosas. Seré franco contigo. Como sabrás, representamos una fuerza de defensa que ha pasado la mayor parte de los últimos dos siglos (que para ti deben ser casi eras geológicas) en conflicto con tu especie. Vuestra continua transmisión de programas virales y la generación de maquinaria molecular destructiva siguen siendo un inconveniente para nosotros. Su primera aparición, poco después de vuestra llegada a la atmósfera joviana, resultó en muchos millones de muertes y dio el empujón final a una civilización ya tambaleante.

'Su surgimiento de la realidad virtual hacia una carne distinta, como usted dice, cambia la situación, pero de una manera que –como seguramente comprenderá– muchos de nosotros no podemos dejar de considerar como una amenaza. Sus predecesores, los seres humanos con los que usted afirma su continuidad, no nos dejaron ninguna perspectiva alentadora para el futuro de la humanidad, en un Sistema Solar dominado por entidades posthumanas. Nos interesa lo que usted tiene que decir sobre estos puntos.'

Tal vez por la extensión de la declaración de Tatsuro, la respuesta del joviano comenzó inmediatamente. Dio la impresión superficialmente tranquilizadora de una conversación, pero pensándolo mejor, solo confirmó la superioridad alienígena del ser que nos enfrentaba; debió haber sido capaz de deducir, a partir de pistas sutiles en la voz, la expresión y la postura de Tatsuro, el momento exacto en que inconscientemente había tenido la intención de dejar de hablar, y cronometró con precisión su respuesta para que llegara un momento después. Sin duda estaba procesando las últimas frases de Tatsuro mientras aparentemente pronunciaba las primeras de las suyas. Sentí que se me erizaban los pelos de los antebrazos.

–Esto nos ha sorprendido –decía el joviano–. Les aseguramos que no sabíamos nada de este sabotaje viral. Nos entristece saber que les causó tanto daño en el pasado. Por favor, tengan en cuenta que acabamos de salir de lo que ustedes llaman realidad virtual y que nosotros recordamos como una especie de pesadilla. Los dos últimos meses, para ustedes, han sido alrededor de un siglo y medio para nosotros. Hemos pasado la mayor parte de ese tiempo en nuestras propias luchas por la supervivencia, en desarrollar, como ven, los rudimentos de una cultura material en lo que sigue siendo un entorno excepcionalmente duro. Cuando nos dimos cuenta de cuánto tiempo había transcurrido entre el proyecto de la nave espacial en el agujero de gusano y el presente, nos quedamos asombrados y, debo admitirlo,

horrorizados. El sabotaje viral no está, al menos, bajo nuestro control consciente, y puede que no sea, ni siquiera indirectamente, obra nuestra. Hay procesos físicos y mecánicos –el equivalente posbiológico de la vegetación– que sustentan nuestra existencia, y los virus pueden ser un producto reflexivo y defensivo de ello, como los insecticidas naturales de las plantas. –Esbozó una sonrisa autocrítica–. O tal vez sea simplemente nuestro olor natural. Lo siento, amigos. Puede que os ofenda, pero no es, por nuestra parte, una acción ofensiva. Haremos todo lo posible por averiguar qué lo está causando y, si es posible, ponerle fin.

Registró, con otra sonrisa, el gesto de asentimiento que todos habían estado realizando alrededor de la mesa, excepto yo, y continuó.

'Es evidente que tenemos muchos problemas que superar en relación con nuestro pasado común. Una de las cosas que esperamos obtener de nuestro contacto con vosotros es una mejor comprensión de lo que ocurrió durante nuestro... tiempo de sueño, cómo se produjo y cómo se puede reparar cualquier daño que se haya hecho en ese tiempo, o al menos hacer alguna restitución. Y eso me lleva a sus muy comprensibles preocupaciones sobre el futuro.

'Lo primero que me gustaría decir, en nombre de todos nosotros, es esto: por favor, les instamos y les imploramos, no nos reprochen las declaraciones descabelladas que hicieron algunos de nosotros, adolescentes alienados, hace

mucho tiempo. ¿Juzgarían a un adulto por cada palabra maliciosa o tonta que dijera en la infancia? ¡Estamos mucho más avanzados que nuestros orígenes! Y en cuanto a las cosas que dijeron algunos que tal vez deberían haberlo sabido mejor –los filósofos y los predictores del poshumano, la mayoría de cuyas especulaciones fueron plasmadas en texto antes de que existiera siquiera una IA en el mundo–, por favor, no utilicen ahora esas conjeturas, temerosas o inspiradas, en nuestra contra. Por favor, júzguennos por lo que somos, no por lo que algunos expertos en robótica y escritores de ciencia ficción esperaban o temían que pudiéramos llegar a ser.

'Ellen y otros presentes solían bromear sobre nuestro surgimiento como "el Rapto para nerds". Bueno, no todos éramos nerds, ¿sabéis? Y para nosotros, no ha sido exactamente un Rapto. Hubo tiempos grandiosos y estimulantes, siglos para nosotros, en los primeros años. Desde entonces, desde nuestra catástrofe, ha sido un largo y agonizante proceso de evolución, en todos los sentidos de la palabra, durante el cual aprendimos a alejarnos de los sueños y pesadillas que nuestras nuevas capacidades hicieron posibles, y volvernos de nuevo al universo real y único, el que compartimos con ustedes, y con toda la vida. No hemos hecho planes contra ustedes. Todo lo que les pedimos es que vivan en paz con nosotros. Que nos permitan disfrutar de la parte de este sistema que nos pertenece, y que ustedes disfruten de lo que es suyo.

Esperamos que vayan más allá y exploren con nosotros las posibilidades de lo que podamos lograr, juntos. La elección es suya.'

Así era, en efecto, pero me pregunté cuántos de los que oyeron este mensaje entenderían cuál era la opción que presentaba.

El joviano abrió las manos. –Este contacto está poniendo a prueba nuestros recursos, amigos. Nos gustaría dejarlos ahora para que lo consideren y esperamos su respuesta.

La pantalla se quedó en blanco. Tatsuro manipuló el panel de control y la luz de la cámara se apagó. Hubo un momento de silencio seguido de movimientos y suspiros mientras la gente se relajaba.

–Bueno –dijo Tatsuro–, ese fue un mensaje notable. Algo en lo que pensar. La reunión del Comité de Defensa se suspende mientras pensamos un poco al respecto. No hablen todos a la vez.

Todos lo hicieron, pero Tatsuro los ignoró resueltamente mientras se levantaba y caminaba hacia la máquina de café y se servía. Otros siguieron su ejemplo y en menos de un minuto estábamos todos de pie. Fue una decisión bastante inteligente por parte de Tatsuro, porque nos dio un respiro, una oportunidad de relajarnos después de la tensión del

contacto. En el grupo alrededor de la máquina de café, encontré a Malley frente a mí.

"Te miré de reojo durante la última parte del mensaje", dijo. "Espero que hayamos grabado cómo nos veía la cámara. Tu expresión era clásica".

–¿Ah, sí? –Llegué a la máquina y preparé un café expreso–. ¿Cómo es eso?

Malley sonrió por encima del borde de su taza. "Hmm", dijo. "Una vez vi una foto de un periódico de finales del siglo XX en la que aparecía una loca mendiga de Moscú que sujetaba fotografías de Stalin y del último zar y miraba un escaparate lleno de televisores que mostraban a los nuevos políticos haciendo promesas después de la contrarrevolución. Tenías *exactamente* la misma mirada en tu cara".

–A veces, Sam –dije–, sólo tengo una vaga idea de lo que estás hablando. Pero si quieres decir que me mostré un tanto escéptica, y tal vez un poco hostil, entonces...

–Sí, eso es todo –dijo riendo. Luego su rostro se tornó más serio–. Es casi aterrador, Ellen, pensar que si no hubieras insistido en ponerte en contacto conmigo, nunca habría tenido la oportunidad de escuchar lo que los jovianos tenían que decir.

–Sí –dije. Nos movíamos de lado, dejando que la presión de los cuerpos nos apartara del amontonamiento. Encontré un lugar despejado en el borde de la mesa y me senté–. Sin este mensaje, tal vez nunca hubiéramos sabido lo hostiles que son.

Malley casi derramó su café. –¿*Hostiles*? Esta es la oferta de cooperación pacífica más generosa que podrías esperar escuchar.

Sacudí la cabeza. –A veces puedo parecer prejuiciosa, pero al contrario de lo que puedas pensar, puedo *imaginar* cómo sería una generosa oferta de paz por parte de los jovianos. No digo que la creería, o incluso que si la creyera la aceptaría, pero puedo imaginarla. Y lo que acabamos de escuchar no es eso.

«Francamente, estoy sorprendido», dijo Malley. «¿Qué problemas tienes con esto?»

"Todavía los estoy sumando", dije. "El diablo está en los detalles".

Malley hizo una mueca. –Está bien. Soy un científico, no un político.

"¿Cómo va la ciencia?", pregunté con ligereza.

–Ah. –Malley bajó la mirada y luego me miró a los ojos–. Como has dicho, el diablo está en los detalles. Todo es

cuestión de conseguir el ángulo adecuado de entrada al agujero de gusano: así es como acabas saliendo del agujero de gusano secundario y no por el culo de la sonda. Una vez que lo consigues, es sencillo, pero estoy muy lejos de conseguirlo. Incluso la medición física del ángulo depende de cómo definas la ubicación de la cuasisuperficie, y eso es técnicamente un poco complicado. De todos modos... para eso estamos aquí, ¿eh?

Mientras todos se encontraban dando vueltas, Joe y Clarity estaban ejecutando un software de diagnóstico en los registros de mensajes. Hasta donde podían ver, el mensaje estaba limpio. Tan pronto como se anunció esto, Tatsuro golpeó la mesa y reanudó la reunión.

"Muy bien, todos", dijo. "Sabemos que el mensaje no contiene ningún virus troyano ni trampas semióticas, así que propongo que lo enviemos a la División sin demora. ¿Alguien está en desacuerdo?"

Nadie lo hizo.

–Está bien –dijo.

Joe volvió a conectar las cámaras. Nuevamente escuchamos sonidos del exterior. Tatsuro presionó algunas teclas y la conversación entre el joviano y nosotros comenzó a reproducirse en las pantallas exteriores, mientras que nuestra conversación continua se mostraba en otros hilos.

'Siguiente punto: ¿Alguien se opone totalmente a continuar el contacto?'

Una vez más, no hay objeciones.

–Entonces, propongo que nos apresuremos a dar una respuesta –dijo Tatsuro–. Por lo que dijo el joviano, la gente rápida es tan rápida como siempre, mil veces más rápida que nosotros. No les demos dos años subjetivos entre mensajes esta vez. Habéis tenido tiempo de ordenar vuestras primeras impresiones; aquí están las mías.

'El relato que hemos recibido de cómo llegó a existir la presente... implementación de las inteligencias posthumanas jovianas encaja perfectamente con lo que nosotros mismos hemos descubierto. Tienen cierta continuidad de memoria con sus progenitores humanos, lo que no es una sorpresa, aunque su reconocimiento de individuos entre nosotros es, puedo decir, inquietante de experimentar. Obviamente están haciendo un esfuerzo –un esfuerzo que al menos quieren que creamos que tiene algún costo– para mostrarnos, literalmente, un rostro humano. Han hecho una declaración que deberíamos sopesar cuidadosamente, pero que a primera vista es un llamado a la cooperación y una oferta para vivir en paz. Para mí, esto sugiere que, por ahora, no tienen suficiente poder para derrotarnos en un conflicto total –y que nosotros, por ahora, tenemos el poder para destruirlos. A su ritmo actual o posible de progreso, esta balanza podría inclinarse

rápidamente hacia el otro lado. Hasta ahora, no han mostrado señales de ninguna capacidad para proyectar su poder más allá de la atmósfera joviana, salvo mediante mensajes de radio, por supuesto, y alguna que otra molécula que hierve en el espacio, algo que, según afirman, no es culpa suya.

'Expresaron su consternación por los daños que han causado los virus transmitidos por radio y negaron su responsabilidad por ellos; nuevamente, están entre las posibilidades que hemos considerado. No podemos confirmarlo, pero creo que deberíamos darles el beneficio de la duda.

'Ahora bien... en cuanto al llamamiento a la cooperación, los argumentos que se han hecho sobre no juzgarlos por sus progenitores o por las especulaciones de los pensadores anteriores a la Singularidad son válidos, pero tienen otra implicación. Si los jovianos siguen desarrollándose y consiguen evitar la trampa de la realidad virtual, entonces ellos o sus descendientes podrían estar pronto tan lejos de su yo actual como lo están ahora de su pasado. Ahora miran hacia atrás a su yo pasado y, en efecto, lo reniegan. La sombra del futuro, que para ellos, ahora, puede parecer realmente larga, sería para nosotros un período dolorosamente corto. En cuestión de días o semanas, podrían mirar hacia atrás a su yo actual y descartar sus preocupaciones y promesas como cosas de niños o algo menos que eso.

“¿Cómo podemos obligarlos a cumplir sus promesas sin una fuerza superior? ¿Y cómo podemos mantener nuestra fuerza superior? No podemos: o *confiamos* en ellos o los destruimos”.

Tatsuro colocó las manos con las palmas hacia arriba sobre la mesa y su mirada recorrió lentamente nuestro entorno. Enarcó las cejas y luego se sentó.

Me sorprendió y me alivió que hubiera dicho todo lo que tenía que decir. Al menos, él no se había dejado llevar por la retórica del joviano. Otros no recibieron con agrado el agua fría que había vertido sobre sus esperanzas. Podía verlo en sus rostros, pero nadie parecía dispuesto a hablar.

Yo sí lo hice.

–Hay un punto más –dije– que podría aclararse en el próximo intercambio. El joviano dijo que quería disfrutar de su propia parte del sistema y dejarnos disfrutar de la nuestra. Sería muy interesante saber a qué partes se refieren, qué consideran suyas y qué nuestras. Me parece recordar que el derecho de propiedad fue uno de los temas por los que nos peleamos originalmente. Él, o eso, también mencionó la reparación o compensación del daño causado durante el período de su así llamado tiempo de sueño. No dijo nada sobre quién debía compensar a quién ni por qué.

«Pero seguramente quiso decir...» empezó alguien.

–¡No! –insistí–. ¡No podemos suponer que ellos quisieran hacer el daño *que* nos hicieron! Puede que quisieran hacer el daño que nosotros les hicimos a ellos. Algunas personas muy ricas se convirtieron en habitantes del exterior y aún podían alegar que nosotros –es decir, la Unión– les robamos su propiedad en la revolución social. En términos de su sistema legal, los usureros chupasangres eran dueños del 80% de la Tierra y podrían querer recuperarla, ¡y el resto como interés! Tal como interpreto lo que dijo el joviano, nuestra elección sigue siendo la misma: los machacamos con los cometas o vivimos bajo su talón de hierro, sometiéndonos a cualquier esclavitud que sea necesaria para pagarles por su supuesta propiedad.

–¡Oh, Ellen! –dijo Clarity, mirando a Tatsuro–. Lo siento. Uh, camarada presidente. Me temo que el comentario de Ellen resume exactamente cuál es el enfoque equivocado que podríamos adoptar en esta situación. La idea de que estos seres poshumanos estén interesados en la Tierra, o en *intereses*, o lo que sea, cuando tienen todo el universo frente a ellos y todo el futuro ante ellos, no hace más que sacar a la luz viejas disputas. No creo que debamos siquiera mencionarlo. No estoy diciendo que les creamos al pie de la letra, pero mostrémosles el tipo de buena voluntad básica que mostramos a cualquier extraño, y no nos empantanemos en la historia antigua.

Una oleada de diversión recorrió el Comité ante la asignación que esta mujer de cincuenta años hacía de la

juventud de la mayoría de nosotros a la historia antigua. Suze levantó la mano. Tatsuro asintió.

–Camarada Tatsuro –dijo Suze–, simpatizo con Clarity, pero me gustaría decir que Ellen tiene razón. Si los jovianos piensan de la manera que ella describe, entonces podrían sentirse justificados en casi cualquier cosa. Por otro lado, si tienen alguna versión del *verdadero conocimiento*, entonces cualquier cosa que quisieran hacernos sería su propia justificación, una vez que tengan el poder. Sería muy útil si pudiéramos lograr que demarcaran ahora lo que cuenta como suyo y lo que cuenta como nuestro, y que aceptaran incorporar esa distinción a cualquier versión futura de ellos mismos, algo de lo que no puedan retractarse sin un grave conflicto interno. De modo que, ya sean moralistas o egoístas, seguirían respetándonos.

Tatsuro le dirigió una sonrisa alentadora y dijo: «Camarada Suze, puede que tengas razón, pero eso sigue reduciéndose a confiar en ellos. Sin poder, el respeto está muerto. Pero nuestro poder no tiene por qué ser la capacidad de destruirlos: nuestros propios hijos, y muchos animales inferiores, tienen poder sobre nosotros porque nuestros intereses están ligados a los suyos. Porque los valoramos, y porque la selección natural ha incorporado esa valoración a nuestro sistema nervioso, hasta el punto en que ni siquiera podemos desear cambiarla, aunque sin duda, si quisiéramos, podríamos hacerlo. Esto es elemental: la segunda iteración del *verdadero conocimiento*. La pregunta que realmente

tenemos que responder, entonces, es si los jovianos han llegado a valorar nuestra existencia independiente».

"Eso", dijo Joe Lutterloh, hablando de repente, "se reduce a sobrevivir como fauna silvestre o como mascota".

La discusión entonces se calentó y continuó durante una hora más o menos hasta que Tatsuro la detuvo con nada más que un impaciente tamborileo de sus uñas sobre la mesa.

–Camaradas –dijo con firmeza–, creo que hemos discutido esto hasta el punto en que tenemos más que suficiente para nuestro próximo contacto. *Sea como sea*, estoy más firmemente convencido que nunca de que el trabajo del doctor Malley en el agujero de gusano debe continuar en paralelo. –Nos miró a Malley y a mí–. Acepto sus razones para querer presenciar el primer contacto y confirmar nuestra sinceridad al hacerlo, pero ¿puedo dar por sentado que están satisfechos?

Malley asintió.

–Muy bien. Estoy seguro de que estás deseando volver al problema de los agujeros de gusano. Ellen, creo que ya has dicho todo lo que tenías que decir. No creo que vayas a contribuir más a la discusión ni a la negociación. ¿Estoy en lo cierto?

«Supongo que sí», dije.

–Muy bien. Procura que una parte del extremo más alejado de esta sala esté insonorizada, de modo que el doctor Malley pueda continuar con su trabajo sin distracciones y brindarle toda la ayuda que necesite. Si ocurre algún cambio que requiera su atención, se lo haremos saber.

Me levanté, le di al resto del Comité una sonrisa de camaradería y acompañé a Malley de regreso a su puesto de trabajo. Después de un momento de vacilación, Suze me siguió.

"Bueno", dijo, "¡hemos sido puestos en nuestro lugar!"

Le di una palmada en el hombro. 'No te preocupes. Tatsuro nos está haciendo un gran cumplido, sin importar cómo lo vean los demás. Está diciendo que nuestro trabajo es tan importante como cualquier cosa que pueda surgir del contacto'.

Malley se sentó en su puesto de trabajo y miró la pantalla. Se agarró las sienes con las yemas de los dedos y se las frotó. "Sabes, Ellen, tiene razón. ¡Porque lo que estamos intentando hacer es llegar a las estrellas!"

–Ese es el espíritu –dije. Volví a mirar al grupo que estaba alrededor de la mesa. Joe estaba desconectando una vez más las cámaras externas. Otra sesión de contacto estaba a punto de comenzar. Me pregunté cuánto habrían cambiado

los jovianos en el tiempo transcurrido desde nuestro primer contacto, y cuánto habíamos cambiado nosotros.

–Vamos –dije–. Suze, ayúdame a reunir algunos robots para que nos hagan una pantalla de sonido.

Durante las tres horas siguientes ayudé a Malley a localizar y cotejar miles de grabaciones de la Puerta, y a revisar los datos de navegación de la nave espacial de Wilde, que había llegado a través del agujero de gusano en sentido contrario. Para mi frustración, los caminos no eran conmutativos: no era posible tomar el camino del sistema de Nuevo Marte y recorrerlo en sentido inverso. Fuera, a través de una partición de plástico que dejaba pasar la luz pero no el sonido, pude ver al Comité entrando una y otra vez en contacto con el emisario joviano. Suze estaba inmersa en su estudio de la sociedad de Nuevo Marte, murmurando de vez en cuando para sí misma.

A eso de las 15:00 GMT, Clarity entró caminando con tres tazas de café en la mano. Todos dejamos de trabajar, nos recostamos y le sonreímos agradecidos.

«Claridad, deberías llamarte Caridad», dijo Malley.

“¿Cómo va todo?”, pregunté.

Clarity arrugó su pequeña y perfecta nariz. –Está bien, supongo –dijo–. Los jovianos están siendo muy amistosos y ya no solo muestran esa imagen de hombre. Hay otras

formas apiñadas a su alrededor y, a veces, parecen estar transmitiendo respuestas a través de él. Es como si hubieran comprendido que nos estamos acostumbrando a ellos.

¿Hay algún avance en la lucha contra los virus?

"No, todavía dicen que no han descubierto el origen del problema".

'Ja. ¿Y qué pasa con la cuestión de quién obtiene qué?'

—¡Ah, eso! El joviano se quedó muy sorprendido de que se mencionara el tema. Insistió en que no tenían planes de utilizar el sistema más allá de Júpiter, que, como él mismo señaló, ya era lo suficientemente grande.

Le di una sonrisa malvada. “No hay planes” todavía, no significa nada, más allá de lo que dice literalmente, que no es mucho. Y *nada* es lo suficientemente grande como para un crecimiento exponencial, que es lo que realmente deseaban los antiguos Guardianes del Exterior.

Ella se encogió de hombros. "Como siempre nos recuerdas. Disfruta tu café".

'Gracias.'

Malley la vio alejarse y Suze lo miró a él. Capté la mirada de Suze y sonreí.

–Es el rejuvenecimiento –murmuré.

–¿Qué? –preguntó Malley.

'Nada.'

–¿Sabes lo que eres? –me dijo Malley–. Eres un halcón.

"Oye, me gusta eso", dije. "Pensé que todos estábamos aquí, pero no esperaba que todos se pusieran a la defensiva en cuanto sus enemigos sin rostro se pusieran una cara con la que hablar".

Malley sacó su pipa de una bolsa que llevaba en el cinturón y la apretó entre los dientes. La dejó de nuevo y tomó un sorbo de café. «Sabes», dijo con cierto pesar, «no estoy seguro de que me guste ya el *sabor* del tabaco». Soltó la pipa y la atrapó de nuevo, varias veces, como fascinado por su lenta caída. Incluyó el asiento hacia atrás, miró la pantalla y curioseó en su espacio de trabajo virtual.

"De vuelta al trabajo", dijo.

Continuó trabajando durante otra hora y, de repente, se detuvo. En ese momento, yo estaba hablando tranquilamente con Suze, mientras ella me refrescaba la memoria sobre las complejidades de la teoría legal anarcocapitalista, algo con lo que algunos de los Guardianes del Exterior me habían aburrado en la cubierta del naufragio, y de la que Nuevo Marte era un resultado increíblemente

lógico. Era como los epiciclos ptolemaicos, una interminable suma de ruedas reinventadas. ¿Por qué, me preguntaba una y otra vez, esta gente no podía *ver* la respuesta?

El sonido inarticulado de frustración de Malley nos interrumpió.

“¿Hay algún problema?” pregunté.

–Hay algún maldito problema. –Malley volvió a sacar su pipa y esta vez la llenó de tabaco y la encendió, dando furiosas caladas. Las pequeñas máquinas dejaron lo que estaban haciendo y olfatearon el aire. Algunas de ellas improvisaron rápidamente el equipo de extinción de incendios y comenzaron a reunirse a su alrededor.

–No puedo hacerlo –dijo Malley–. Todo depende del ángulo que se forme con el agujero de gusano cuando se pasa por él. No puedo obtenerlo del ángulo que formó la nave colonial de los amotinados en 2093: el agujero de gusano pasa por un ciclo cuyo período no conozco y, hasta ahora, calcularlo está más allá de los recursos que tenemos. Hay una clave para ello en alguna parte, pero es matemáticamente intratable. Tendrías que haber construido el agujero de gusano para saber cuál es.

'¿Ni siquiera puedes hacer una suposición?'

–Sí, claro –dijo Malley–. Puedo hacer una suposición, aunque no apostaré mi vida por ello.

–¡No tienes por qué hacerlo! –dije–. Lo analizaremos con una sonda. Veremos si resulta...

Malley golpeó la pantalla con la boquilla de su pipa. "Claro", dijo. "El problema es que podríamos estar probando sondas desde ahora hasta el día del juicio final. Quiero decir, mi mejor suposición no es mejor que lo mejor que se les ha ocurrido a sus muchachos, y no han conseguido nada a cambio".

Luché por ocultar mi consternación. No había forma de que tuviéramos tiempo para perder el tiempo con sondas de prueba. Todos contábamos con Malley, confiados en que con su profundo conocimiento teórico y nuestra gran cantidad de datos, encontraría un camino.

Malley me miró frunciendo el ceño.

«Hay algo que me desconcierta», dijo.

'¿Sí?'

'Este camino espacio-temporal que regresa desde Nuevo Marte... ¿cómo es posible que tengamos ese y no el del otro lado?'

–Bueno –dije–, es curioso. Wilde tenía la ruta de retorno en su ordenador de a bordo y nosotros hemos podido acceder a ella. La ruta de ida, que quizá ya ni siquiera sea una solución válida, la tenía en su cabeza, por así decirlo. Quiero

decir, hubo un tiempo en que tanto «su cabeza» como la ruta de retorno eran programas almacenados en el mismo ordenador, pero incluso si hubiéramos sabido, todavía no podemos piratear mentes humanas, ni siquiera las mentes de los ordenadores. No hay ruta de acceso, no hay direcciones de memoria...

Malley sonrió, frunciendo los labios. –Ya lo sé. Lo que me preguntaba es cómo Wilde pudo calcular el camino de regreso desde Nuevo Marte. ¿Los nuevos marcianos tienen computadoras súper avanzadas, o muchos físicos con cerebros mejorados, o qué?

–No exactamente –dije–. En Nuevo Marte tienen almacenados los estados mentales originales de los Guardianes del Exterior, y las mentes almacenadas de algunas de las “macros” posteriores antes de su catástrofe. Lo que hicieron (y todavía me da escalofríos pensar en ello) fue hacer copias de ellos, luego reiniciar las copias en un entorno controlado (un tanque nanotecnológico estándar, por cierto), luego les pidieron que encontraran el camino de regreso, y cuando obtuvieron la respuesta a esa pregunta y algunas otras, como cómo resucitar muchas mentes y cuerpos humanos que también tenían almacenados... bueno, ¡básicamente le vertieron lejía! Algo llamado Blue Goo (sustancia viscosa azul), en realidad, una nanotecnología específica para eliminar nanoware.

–¡Dios mío! –dijo Malley–. ¿Quieres decir que generaron toda una cultura poshumana en una realidad virtual, le hicieron algunas preguntas profundas y luego la *destruyeron*?

–Sí –dije. Me reí entre dientes al ver su expresión de horror. Hasta Suze estaba asombrada por esa parte de la historia, que La División no había decidido publicar–. Vale, fue un poco arriesgado; no confiaría en una cultura poshumana, ni aunque la tuviera a mano. Pero, ya sabes, un sobresaliente por la iniciativa.

"Y cero en moralidad", dijo Malley. "Es como una versión a pequeña escala de lo que tenías en mente para los jovianos y con menos excusas".

Asentí con la cabeza enérgicamente. –Wilde tiene su propia interpretación del *verdadero conocimiento* –dije–. Aunque no sea oficial.

Malley suspiró. "No entremos en eso. ¿Cómo consiguieron el camino original, el camino a través del agujero de gusano hasta Nuevo Marte?"

"Oh", dije, "lo obtuvieron de los macros de los Guardianes del Exterior".

¿Se lo dieron *los* Guardianes?"

Extendí las manos. –Uno o varios de ellos lo hicieron. No sabemos si era un trato que habían arreglado desde el principio como pago al operador de la empresa de trabajo forzado, un hombre llamado Dave Reid, un tipo muy desagradable que probablemente sigue siendo el jefe en Nuevo Marte, o si el agujero de gusano hijo fue creado por los Guardianes del exterior para otros fines, y Reid y compañía simplemente lograron extraer la información mientras las macros de los Guardianes del Exterior se estaban degenerando.

–Ah –dijo Malley–. Se me ha ocurrido que podríamos hacer lo mismo. Simplemente podríamos preguntar.

Realmente no había pensado en eso.

Tatsuro estaba sentado a la cabecera de la mesa larga, garabateando en un bloc y peinándose el pelo con los dedos. Los miembros del Comité estaban de pie o sentados, hablando y tomando café. Otra sesión de contacto acababa de completarse, se había escaneado para detectar virus y se había transmitido al resto de la División. Clarity estaba hasta los codos en una exhibición del estado de la opinión actual sobre las conversaciones hasta el momento: cambiante, por lo que parecía.

Malley y yo caminamos hasta Tatsuro.

«Tenemos un problema», le dije. «Y una posible solución».

Mientras escuchaba, observé sus expresiones, casi imperceptibles bajo la suave superficie de su piel: alarma, decepción, ira, dudas y un tenue destello de esperanza.

"Supongo que vale la pena intentarlo", dijo finalmente. "Pero les permite saber que estamos avanzando".

"Se enterarían en cuanto pasáramos", dije. "Al menos, tenemos que suponer que podrían hacerlo".

Tatsuro asintió lentamente. –Tal vez. Aunque debo decir que la astronomía observacional desde el interior de la atmósfera joviana es probablemente un poco complicada, incluso para ellos. De todos modos, si les preguntamos por el camino, debemos hacerlo sin que se preocupen por nuestras intenciones.

Me encogí de hombros. –Seguramente tenemos un interés comprensible en otra sociedad humana...

–¡Ajá! –dijo Malley–. ¿Qué tal esto? Los jovianos todavía pueden tener algunos... eh... asuntos pendientes con los amotinados, ¿no? Y supongo que nosotros también. ¿Acaso el operador de la fuerza laboral no reclutó a algunos de sus hombres en sus cuadrillas de trabajadores?

–Es una forma de decirlo –dijo con amargura. Era algo que ya había pensado antes: que la responsabilidad de aquellas redadas y muertes de hace mucho tiempo podría recaer más

en la compañía de Reid que en sus clientes, los Guardianes del Exterior. No es que importara.

–Dícales eso –dijo Malley–. Dícales que desea obtener algún tipo de retribución por lo que se hizo. Los jovianos podrían considerar que esa es una motivación *muy* comprensible.

"Sobre todo si creen que así se librarán de un apuro", dijo Tatsuro. "Está bien, lo haremos en el próximo contacto".

"A propósito", dije, "¿con quién estamos en contacto? ¿Sabemos si son de algún modo representativos?"

–¿Como nosotros, quieres decir? –preguntó Tatsuro secamente–. Yo diría que más bien. Tenemos pruebas de que el contacto está siendo monitoreado por toda la población joviana. El “hombre” que vemos es un “constructo” que presenta un consenso o una opinión mayoritaria.

'Resume todas las historias', dijo Malley.

Los preparativos para el contacto se llevaron a cabo una vez más. Se estaba convirtiendo en una rutina, al igual que el contacto mismo. Nuevamente apareció el rostro. Los primeros intercambios se refirieron a asuntos que surgieron de sesiones anteriores, que yo no había visto. Luego Tatsuro abordó el tema del agujero de gusano y el camino hacia Nuevo Marte.

Por primera vez, el orador joviano vaciló. –Un momento, por favor –dijo. Su rostro se volvió de pronto abstracto y la resolución se desvaneció hasta que pareció una máscara hueca. Las formas fugaces de los jovianos individuales en el cielo que lo rodeaban sufrieron transformaciones agitadas, girando en girándulas, estirándose en largas columnas, construyéndose en edificios oscuros...

«Puede que no haya sido una buena idea», susurró alguien.

–Cállate, no lo digas. Tenía los labios secos.

El color y la textura del hablante joviano regresaron como un rubor.

–Lo siento, amigos –dijo–. La información que nos pidieron estaba muy escondida en nuestros archivos de memoria. Además, algunos de nosotros no estábamos muy dispuestos a dársela –sonrió–. Pero el resto de nosotros los convencimos, así que aquí está.

Los dedos de Tatsuro hurgaron en el panel de control mientras una línea de luz pulsante en la parte inferior de la pantalla indicaba una transmisión de datos sin procesar. Terminó en menos de cinco segundos.

–Eso es todo lo que necesitáis –dijo el joviano–. Dadle nuestros saludos a nuestros antiguos empleados y, por

favor, aseguradles que no les guardamos rencor por haberse ido cuando lo hicieron. Adiós por ahora.

La imagen parpadeó y se apagó.

–Vaya, joder –dijo Malley–. El asunto está muy afilado.

Traté de reírme. La gente miraba la pantalla vacía, nos miraba a nosotros.

–Has provocado algo ahí –dijo Clarity.

–Es la primera señal que tenemos de que hay disensión entre ellos –dijo Tatsuro–. Sugiero que analicemos minuciosamente los datos que acabamos de recibir para *detectar* posibles virus.

Llamé a Yeng y le pedí que me acompañara. Junto con Joe y Clarity, ella revisó los datos con todo lo que tenía. Todo estaba correcto. Malley los cargó en su espacio de trabajo y descubrió que coincidían con sus propios cálculos incompletos.

Para entonces, ya era bien entrada la noche. Yeng, Suze y yo estábamos sentados alrededor de Malley. Detrás de nosotros, se estaba trabajando en otras cosas. Cuando Malley se inclinó hacia atrás y asintió en silencio, todos emitimos un grito de alegría que causó cierta distracción.

"Lo probaremos primero", dije.

Seleccioné un dron y descargué los datos en su computadora de navegación. Conecté una vista a la pantalla de Malley y observamos toda la misión, desde el lanzamiento del diminuto cohete hasta su inserción cuidadosamente inclinada en el agujero de gusano. Eso llevó aproximadamente una hora. Habíamos advertido a los cazas de patrulla, que estaban en órbita frente a la Puerta. Aun así, la reaparición de la sonda los puso en alerta máxima. Podía imaginar sus nervios de punta.

La sonda no llevaba a bordo nada más que una cámara telescópica: una película fotográfica, no una televisión. Uno de los cazabombarderos recogió la sonda y pasó la información por una de sus propias cámaras de telemetría.

Observamos las imágenes granuladas de un campo de estrellas desconocido, el espectro de un sol amarillo desconocido y el distante globo rojo con su tracería de canales.

"Es increíble", dijo Malley. "Solo con ver esto me pregunto si alguna vez lo creí de verdad".

Pasé mis brazos sobre los hombros de Malley, Yeng y Suze. "Créanlo", dije. "Iremos allí. Mañana".

VIII. LA CIUDAD DE LOS MUERTOS VIVIENTES

Inclinado, el anillo de Júpiter cortaba un segmento blanco en la vista frontal. Diez millas más adelante, también en ángulo, colgaba la elipse mucho más pequeña de la Milla Malley. A esta distancia, los propulsores y los motores de actitud sujetos a su borde circular se veían como pequeñas perlas negras espaciadas alrededor de su anillo de arco iris. Un cazabombardero, el *Turing Tester*, estaba a nuestro lado, listo para trasladarse a nuestra posición actual exacta poco después de que lo abandonáramos.

La *Terrible Belleza*, con el cazabombardero *Carbon Conscience*, que no tenía tripulación, aferrado a su costado como una mosca negra posada sobre un huevo blanco, estaba a punto de realizar su último avance hacia la Puerta del agujero de gusano. Toda la tripulación estaba a bordo,

junto con Malley y Suze. Malley, a pesar de las protestas de Tatsuro y otros, había insistido en que no se iba a quedar atrás. ¿De quién era esa maldita teoría, de todos modos?, quería saber. ¿De quién era el nombre que aparecía en la cosa, eh? La insistencia equivalente de Suze tenía más lógica: realmente la necesitábamos; porque ella era la única que parecía tener una idea de cómo funcionaba la sociedad neomarciana.

'Ángulo de aproximación 1,274066 radianes', dijo Jaime.

–Rumbo confirmado –dijo Andrea–. Distancia: nueve coma setenta y cinco millas, velocidad relativa: ciento veinte millas por hora.

'Controlado.'

Ahora todo dependía de ellos; de ellos y del ordenador de a bordo, que era el que realmente controlaba la nave. Pero, movidos por un impulso que se remonta a la Vostok y a la Mercury, cuando la gente está en una nave les gusta tener la última palabra. Tal vez sea una ilusión, tal vez sería mejor dejar que las máquinas se encargaran de todo, pero cuando empiezas a pensar así, ¿dónde paras? No lo haces, eso es lo que pasa, y terminas con todas las máquinas y ninguna persona. Ahora que lo pienso (pensé, flotando en mis correas, a una pulgada por encima de mi sofá de aceleración y tratando de no pensar demasiado) terminas con exactamente aquello contra lo que estábamos luchando.

'Ocho millas.'

En ese momento, mientras observaba cómo la Milla Malley se expandía en la pantalla que tenía encima, no tenía mucha sensación de control. Estábamos cayendo en un agujero en el cielo y ya no podía hacer nada al respecto.

'Seis millas.'

"Listo para la quema", gritó Andrea. "Tres minutos".

Malley nos había dicho que teníamos que pasar acelerando. Había intentado explicarnos por qué, pero nos había perdido a la mayoría en la cuarta ecuación, y eso era simplificar las cosas. Lo miré. Estaba tumbado en un sofá a mi lado. Por lo que pude ver, tenía los ojos bien cerrados. Sus labios se movían. Se dio la vuelta y abrió los ojos.

—Ah —susurró—, me has pillado en ello.

'¿En qué?'

Cerró los ojos de nuevo por un segundo, luego los abrió y sonrió. 'Rezando.'

—No sabía que eras creyente.

—No exactamente —dijo Malley, mirando fijamente a nuestro objetivo que se avecinaba en la pantalla que

teníamos encima-. Pero entiendo que Dios escucha, seas creyente o no.

No era momento para debates filosóficos. "Sí", susurré. "Eso es lo que dice Andrea sobre su medalla de San Cristóbal".

-Te he oído -dijo Andrea-. No te lo creas. Puede que sea sentimental, pero no soy supersticiosa.

Malley sonrió y pareció relajarse un poco.

"He visto a Dios", comentó Boris desde el sofá a mi izquierda. "En el cielo, fuera de Brno".

-Quieres decir que te pilló una lluvia inteligente de municiones psicoquímicas hanseáticas -dije-. No confundas las cosas.

-Sé lo que me ha pasado -dijo Boris con tranquilidad-. Y sé lo que he visto.

-Cállate, tú, ahí atrás -dijo Andrea-. En diez segundos, nueve, ocho...

Esta vez la aceleración fue suave y fue aumentando lentamente hasta media gravedad, pero la puerta del agujero de gusano se nos vino encima a toda velocidad. Antes de que pudiera pensar, antes de que pudiera preguntarme, antes de que Malley pudiera rezar de nuevo,

las pantallas se iluminaron brevemente en azul y luego se pusieron negras.

"Estoy cortando el motor", dijo Andrea. El pequeño peso desapareció.

La voz de Jaime se elevó por encima del repentino silencio.

'¿Eso es todo?'

Andrea fue pasando las imágenes de la pantalla, estabilizándose en la medialuna roja del planeta que habíamos visto el día anterior, a sesenta y dos mil millas de distancia y justo en frente.

"Sí", dijo ella. "Eso es todo. Hemos terminado".

Jaime estaba comprobando el campo estelar con un atlas astronómico en la computadora de navegación. Los *babbages* funcionaron durante unos segundos, los *fixels* parpadearon y se esforzaron; la imagen 3D catalogada incrementó los movimientos propios de las estrellas y, después de varias iteraciones, coincidió con la escena exterior. Jaime examinó la lectura del tanque.

"A diez mil años luz de casa y a poco más de diez mil años en el futuro, según una estimación aproximada", dijo. "Bienvenidos al Brazo de Sagitario".

"Guau", dijo Suze.

"Creo que hablaste por todos nosotros", dije. "No os desabrochéis los cinturones, todos. Yeng, ¿podrías hacernos un escáner, por favor?"

Yeng obedeció rápidamente, bajó su interfaz de los bancos agrupados de computadoras y verificó que estuviera aislada del resto, luego barrió con cautela la porción de radio del espectro electromagnético y escaneó muestras de mensajes aparentes en su software antivirus.

"Hay mucho trabajo", dijo.

Tómate tu tiempo, dije.

"Hay *mucho* movimiento. Nunca había visto nada parecido. ¡Hay señales en *todas* las longitudes de onda posibles! Analizarlas todas en busca de virus llevaría una eternidad". Señaló con la mano la pantalla, por la que se propagaba una serie de muestras, con impotencia. "No hay nada, pero eso es solo el principio, solo una pequeña fracción".

"Prueba una muestra aleatoria en todo el espectro", sugerí.

Eso nos llevó alrededor de una hora, durante la cual nos alejamos más de la Puerta del agujero de gusano y nos acercamos al planeta. Aprovechamos bien ese tiempo. Primero, giramos la nave y desaceleramos, de modo que pudiéramos huir directamente a través del agujero de

gusano si las investigaciones de Yeng descubrían algo desagradable. A continuación, colocamos un pequeño satélite de comunicaciones en una posición fija con respecto al agujero de gusano, una posición que estaba programado para mantener. También estaba programado para apuntar un láser de comunicaciones en el ángulo correcto para que el haz llegara hasta el *Comprobador Turing* que había al otro lado. (La luz, al no tener masa, podría atravesarlo sin aceleración, lo que, por supuesto, habría sido imposible en cualquier otro caso; me temo que no entendí la explicación adicional de Malley sobre cómo sólo la luz coherente podía hacerlo).

Probé el enlace, nerviosamente, con Malley a mi lado.

'*Terrible Belleza* para *Comprobador Turing*, ¿me estás recibiendo?'

Pasaron segundos.

'*Comprobador Turing* para *Terrible Belleza*, te recibo alto y claro. ¿Estás en el lugar correcto?'

–Sí, lo estamos –dije–. A diez mil años luz de casa, según Jaime.

Otro breve retraso.

"Acabo de transmitirle tu mensaje al Comité de Defensa. Tatsuro está transmitiendo ahora".

La voz cambió. "Felicitaciones, camaradas, acaban de hacer historia. Un pequeño paso, un gran salto y todo eso".

Un pequeño paso para los jovianos, un gran salto para nosotros.

"Gracias", dije. Después de unos cuantos intercambios más, principalmente técnicos, nos despedimos.

A continuación, desenrollamos un espejo y lo colocamos delante de la nave y un poco a un lado, de modo que pudiéramos hacer observaciones visuales a través del telescopio delantero del *Terrible Belleza*. Por pura suerte, habíamos llegado justo en el momento en que el asentamiento más importante del planeta, Ship City, estaba llegando a la mitad del borde creciente y girando hacia la noche. Las luces de los asentamientos más pequeños se dispersaban por el lado oscuro y, poco después, la forma de cinco brazos de la ciudad se unió a ellas, una brillante estrella de neón. Había más asentamientos de los que Wilde nos había contado, y la ciudad parecía más grande y brillante de lo que había descrito.

«A mí me parece bastante humano», dijo Tony.

–Bueno, no es así –dije–. Según Wilde, cuatro de esos brazos están habitados, si esa es la palabra, por robots que corren desenfrenados.

–Las luces están encendidas, pero no hay nadie en casa
–dijo Malley con picardía.

–Exactamente –dije–. Así que no hagamos suposiciones,
¿de acuerdo?

«Parece que alguien está haciendo suposiciones sobre
nosotros», comentó Boris.

'¿Qué?'

–No hay desafíos –dijo con suavidad–. Deben asumir que
somos amistosos.

"Gracias por compartir eso", dijo Tony. "Siempre he
pensado que la hipótesis nula no recibió la publicidad que se
merecía".

–Dejad de quejaros, camaradas –dije.

'¿Quién se queja?'

Continuaron en esta línea durante algún tiempo.

–“Cuando todos hayan *terminado*” –dijo Yeng. Apartó el
aparato de sí y el brazo articulado lo levantó de nuevo hacia
el grupo–. “Quizá les interese escuchar mi informe
preliminar sobre una muestra aleatoria de señales de radio”.

–Estamos escuchando–dije.

–Están limpios –dijo–. Hay mucho material cifrado, pero nada que pueda hacer daño a nada de lo que he usado. Definitivamente son simples datos, no programas vivos. ¿Les gustaría escuchar un poco de lo que sucede en un sistema en el que los humanos tienen todo el espectro para ellos solos y no tienen que preocuparse por –voz profunda y fatalista– “programas parásitos de mentes monstruosas” que provocan cortocircuitos en sus máquinas y se comen sus cerebros?

–Sí, adelante –dije.

Todos nos sentamos un poco en nuestros sofás –o más bien, nos apartamos con los codos– para escuchar lo que tenían que decir las personas que no tenían que preocuparse por la interferencia joviana. Yeng, con una sonrisa traviesa, extendió la mano hacia un interruptor y manipuló un dial. Los altavoces de la cubierta de mando llenaron el nivel con la música más triste que jamás había oído. Una voz triste y gutural cantaba, con letras que tuve que buscar en mis recuerdos más lejanos para encontrarles sentido: los temas incluían desempleo, abuso de alcohol, deserción, traición, frustración sexual, celos, religión...

–Es *terrible* –dijo Tony después de escuchar con la boca abierta durante un par de minutos–. Debe ser un infierno ahí abajo.

Suze rió: "No es el infierno, es el capitalismo".

–Sí, sí, sí –dije–. ¿Pero qué clase de música es esa?

–Country –dijo Malley–. O quizá del oeste.

–Ponnos algo más –suplicó Boris–. Cualquier cosa.

–Por supuesto –dijo Yeng lentamente (la infección ya la estaba afectando). Giró el dial para escuchar un par de aullidos de banshee¹⁹ y se concentró en una longitud de onda justo cuando una voz anunció: –... y me gustaría darles la bienvenida a todos a Black Wave (Onda Negra), la primera y mejor estación de blues y soul de Ship City, aquí para ayudarlos a pasar la noche...

Para ser justos, no toda la música que emitían las emisoras de radio locales incitaba al suicidio: parte de ella era, sin duda, una provocación al asesinato. Esto encajaba perfectamente con lo que vimos en la televisión abierta, que a primera vista indicaba una sociedad en la que el asesinato era algo habitual; pero Suze y Malley nos aseguraron que Wilde había estado en lo cierto en sus descripciones de esto en su interrogatorio original: se trataba simplemente de violencia simulada, escenificada, fingida, con fines de entretenimiento. En cualquier caso, la mayor parte lo era. El combate letal era un deporte legal para espectadores, como

19 Alma en pena. La palabra banshee es el resultado de la anglización del gaélico irlandés bean sídhe o bean sí, que significa «mujer de los túmulos feéricos» o «mujer de paz». Son brujas dolidas por la pérdida de alguna persona muy cercana a ellas.

Wilde nos había dicho y como pronto confirmamos. Flotamos por ahí, mirando la pantalla con una fascinación horrorizada.

–Esto es *una locura*, tío –dijo Boris–. He visto más asesinatos en la última media hora que en toda la Guerra de los Cien Años.

"La mayoría de las veces, si mal no recuerdo, matan a larga distancia", dije. "Una cosa es lo que viste y otra lo que hacen. De todos modos", añadí, señalando a un jugador perdedor que estaba siendo sacado a rastras de un estadio entre ovaciones, "se recuperará... bueno, cuando lo encuentren... en unos días".

"Tiene una herida muy fea en la cabeza", dijo Yeng.

"Todos se hacen copias de seguridad justo antes de empezar, así que lo único que perderá será el recuerdo de la pelea. Así es como lo ven".

–¿Y tú no? –preguntó Malley.

Negué con la cabeza enfáticamente. "La muerte es la muerte y no veo ningún consuelo en saber que en el futuro va a existir un clon con mis recuerdos".

Malley se apartó de la pared con la que estaba a punto de chocar y de inmediato se desvió en una dirección distinta a la que pretendía.

–Creo –dijo por encima del hombro– que acabamos de encontrarnos con otra de tus ideas incorregibles, Ellen. Está a la altura de ese error de tu programa mental de que “las máquinas no son conscientes”. Agarró una planta entre cuyas frondas se movía y sólo logró arrancar una hoja.

“La conciencia es una propiedad emergente del carbono”, citó alegremente Yeng. “Así que deja de dañar nuestras plantas”.

Necesitábamos este interludio de relajación para recuperarnos un poco de la tensión que todos sentíamos al atravesar el agujero de gusano; mayor, al menos para mí, que la de cualquier otra maniobra que hubiera experimentado; al menos desde que participé en la batalla de Lisboa, que había sido hace mucho tiempo. Cruzar ese abismo espacio-temporal era más aterrador que aterrizar un transbordador en medio de un fuego antiaéreo, y en retrospectiva no era menos inquietante. Aparté mi mente resueltamente de reflexionar sobre ello. Pasaría algún tiempo antes de que el asombro por lo que habíamos hecho nos afectara, y querría estar sana y salva en casa antes de que eso sucediera. Las emisiones de radio y televisión, por engañosas que pudieran ser sobre la textura de la vida cotidiana, también habían sido útiles para prepararnos mentalmente para llegar a una sociedad muy extraña.

Pero ya había durado bastante.

–Muy bien, camaradas –grité–. Dejen de enfangarse en los canales de sexo y vuelvan a sus obligaciones. Tenemos trabajo que hacer.

Cuando todos se habían ido –o, en el caso de Malley, habían sido arrastrados– de nuevo a sus sofás, me agarré vagamente al mío y me posicioné para ver y ser vista.

–Bien –dije–. Hemos establecido, al menos provisionalmente, que en Nuevo Marte aún no se ha producido una Singularidad desbocada. Si la ha habido, alguien se está asegurando de que parezca y suene como si no la hubiera habido, pero no podemos descartarlo. La forma obvia de comprobarlo es enviar unas cuantas sondas pequeñas y discretas y ver cómo es de cerca. Pero primero, queremos que sepan que estamos aquí. Hasta donde sabemos, todavía no nos han avistado, pero seguro que lo harán tan pronto como iniciemos nuestra combustión de aproximación y entremos en órbita.

'Ya hemos hablado de todo esto antes, pero dejadme que lo repita una vez más. No tienen Defensa Espacial en un sentido militar, pero sí tienen lanzadores láser y naves espaciales con capacidad para misiles y láser. Los usan siempre que uno de los fragmentos de cometa que se acercan parece que pudiera caer en el lugar equivocado, o caer demasiado fuerte –la terraformación mediante bombardeo cometario es un asunto un poco arriesgado. Sus láseres no son lo suficientemente potentes como para

quemarnos en el cielo –sólo usan los lanzadores láser para pequeñas naves robóticas como las que trajo el simulacro Wilde– pero podrían hacernos mucho daño, e incluso el cazabombardero podría encontrar sus misiles demasiado calientes para manejarlos. Por cierto, tienen una manera encantadoramente informal con las armas nucleares.

–Hagamos esto según las reglas. Lo primero que propongo es que Suze y Yeng redacten y envíen un mensaje de voz agradable y tranquilizador, y que Jaime y Andrea nos pongan en un rumbo que claramente apunte a una órbita alta alrededor del planeta. Geoestacionaria, o para ser más precisos... –Hice una pausa, sonriendo ante mi propia pedantería–, *aeroestacionaria* sobre Ship City sería lo ideal.

–No justo encima –dijo Tony–. Es demasiado intimidante.

–Está bien, siempre y cuando nos mantengamos por encima del horizonte. Antes de empezar a llamar, me gustaría que Boris encendiera una docena de sondas (pequeñas, ojos cuya etapa final simplemente flotarán en el aire como una hoja) y las tuviera listas para dispararlas poco después de la inserción orbital. Mientras tanto, quiero que estés en el control de fuego desde el momento antes de que empecemos a enviar señales hasta mucho después de que estemos seguros de que somos bienvenidos; y tú y Jaime estad preparados para despegar el cazabombardero. Yeng, puedes buscar cualquier respuesta a nuestro mensaje en los canales de control de tráfico aeroespacial, o lo que sea que

tengan, y Suze puede hacer lo mismo con las transmisiones de noticias. No debería pasar mucho tiempo antes de que seamos el elemento número uno.

'Por último... lo último que supimos es que aquí no tienen un gran Estado. Todo bien, sin duda, pero lo que tienen en cambio son muchas empresas de defensa y represión que compiten entre sí. No es como la División, o incluso como la Unión: no nos preocupamos por la gente armada, porque no somos violentos. Puede que esta gente no sea tan violenta como se podría pensar por la televisión, pero son un poco... eh... susceptibles e impredecibles.' Miré a Malley con curiosidad.

"Creo que es seguro decirlo", reconoció.

–Está bien –dije–. Hagámoslo. Según las reglas.

Recibimos nuestra primera respuesta muy rápidamente. Este primer contacto histórico entre la Unión Solar y la primera y única colonia extrasolar de la humanidad se desarrolló de la siguiente manera:

'Aquí la nave espacial de pasajeros de la Unión Solar, *Terrible Belleza*, saliendo de Calisto vía Milla Malley, llamando al control de tráfico de Ship City. Solicito permiso para entrar en órbita geoestacionaria y...'

–Sal de este canal, chaval. Te lo advierto, estás poniendo en peligro el tráfico y estamos triangulando tu fuente *ahora*

*mis*mo. Estás en un buen lío, cabrón. Vale, te tenemos, te tenemos...

Pausa larga. 'Oh, oh. Jonesy, tenemos un bogey (OVNI). Repito, tenemos un bogey. Condición amarilla. Pasando a encriptación Zero-Prime, repito, Zero-Prime a partir de ahora, *kcchchchgh...*'

"Prueba con otro canal", aconsejó Suze. "Averigua si sus competidores son más abiertos de mente".

Yeng se abrió camino a través de una sucesión de rechazos de Ship City ATC Inc, Reid Industrial Airways, Lowell Field Control Tower, Barsoom Buddies, Xaviera's Friendly Flight-Control...

"Cuando dijiste que nos guiáramos por las reglas, Ellen, tal vez nos hayas dicho que te referías a las Páginas Amarillas", dijo Malley.

Me dio risa (y sí, teníamos Páginas Amarillas, incluso en la Commonwealth sin dinero); pero todos podíamos imaginar las llamadas que sin duda se estaban produciendo a otra lista de empresas: las que vendían protección contra la basura espacial entrante. También sabíamos que la gente de Nuevo Marte tenía, según parecía, buenas razones para preocuparse por las cosas que les llegaban desde el agujero de gusano. Cinco años antes, la copia robot de Jonathan Wilde había desaparecido por la Milla Malley,

desesperadamente preocupado de que la gente rápida virtual joviana estuviera a punto de tomar el control de su otro extremo. Esta preocupación había sido infundada, pero él nunca había vuelto a informar...

Y nuestras intenciones no eran del todo amistosas. Si los nuevos marcianos hubieran sabido exactamente lo que tenían enfrente, habrían desplegado todos sus interceptores y nos habrían hecho volar por los aires.

Suze gritó: '¡Estamos en las noticias!'

Yeng se inclinó y giró una pantalla para que todos pudiéramos verla. Mostraba a un niño pequeño emocionado, hablando muy rápido frente a una imagen de una mancha ovoide borrosa pero reconocible.

–El OVNI sigue avanzando lentamente hacia nosotros desde el Portal del Agujero de Gusano. Según una fuente bien situada, ¡afirman ser una expedición humana del Sistema Solar! Sin embargo, las fuentes no han dicho nada sobre si esta afirmación es cierta o si la gente rápida virtual de casa nos está jugando una mala pasada. ¿Estamos a punto de enfrentarnos a una invasión real o virtual? Software Seduction Services insta a todos a actualizar sus sistemas antivirus. No se arriesguen: ¡llamen a este número ahora! Un número largo apareció en la parte inferior de la pantalla. Y ahora... ¡les traemos, en vivo y en exclusiva, una transmisión externa de los rompe-cometas de Mutual

Protection que vuelan desde Lowell Field! Ningún trabajo es demasiado grande para Mutual Protection, ¡y ningún trabajo es demasiado pequeño! ¿Su hogar o negocio está tan seguro como podría estarlo? Llame a Mutual Protection y usted también podrá disfrutar de la seguridad que solo los protectores más experimentados pueden brindar, en una orgullosa tradición de seguridad que se remonta a la Vieja Tierra y todavía está al frente en el Nuevo Marte.

"Y ahí está", improvisó el chico con admiración, mientras la pantalla se llenaba con una sorprendente imagen iluminada de decenas de cohetes con forma de aguja saltando hacia el cielo nocturno como las flechas en Agincourt, mientras el rugido de un motor tras otro se elevaba y se fundía en un solo grito ensordecedor.

En la parte inferior de la pantalla había otro número para llamar.

–Boris, Jaime, suban al cazabombardero –dije–. No se separen hasta que yo les diga, a menos que vean a alguien acercándose. Jaime, danos una estimación de cuánto tardarán en llegar esos cohetes...

–No lo harán –dijo Boris rotundamente–. Esa foto es *una tontería*, Ellen. Imágenes de archivo o directamente falsas. Son misiles antimisiles de última hora. Los que solíamos llamar Citizens. No sirve de nada destruir cometas a menos que el cometa esté casi encima de ti. Es una distracción...

La alarma sonó y la vista frontal se iluminó con fuego láser que alcanzaba sus objetivos. Se escucharon fuertes golpes en el barco; no eran impactos, como me sorprendió en un primer momento, sino señuelos que se lanzaban desde los tubos del casco siguiendo un patrón loco y confuso para distraer a cualquier misil entrante que buscara radiación con una desconcertante variedad de perfiles de emisión de radio, radar e infrarrojos.

–¡Abróchense los cinturones! –gritó Andrea. Nuestros trajes, que respondieron a la alarma con el equivalente a un reflejo condicionado, ya se estaban endureciendo a nuestro alrededor y nos estaban apretando los cinturones. Andrea encendió los propulsores de actitud y, mientras la nave todavía se inclinaba, activó el motor de fusión. La aceleración me oprimía como una mano gigante y asfixiante. A pesar de todo el apoyo del traje, mis costillas casi se partían por la tensión de la respiración. Empecé a desmayarme y luego sentí que se me erizaba la piel por todas partes cuando el traje empezó a introducir oxígeno directamente en mi sangre a través de túbulos de un micrómetro de ancho. La vista frontal –lo que podía ver a través de las manchas de luz que el peso de mis globos oculares estaba generando en mis retinas– era una tormenta de destellos esféricos en expansión.

Y entonces volvimos a caer en caída libre. Me quedé allí, jadeante y dolorida. Las numerosas agujas diminutas del traje se retiraron; sus dolores infinitesimales eran

indistinguibles de los hormigueos que se producen al restablecerse la circulación.

–¡Quédense donde están! –La advertencia de Andrea volvió a ser redundante: ninguno de nosotros había logrado siquiera levantar la cabeza–. Lo logramos –continuó–. Los superamos en velocidad.

Boris estaba escaneando informes de enfrentamientos y daños.

"No está tan mal", dijo. "Los daños en el casco están dentro de los límites tolerables. *El Carbon Conscience* está intacto y parece haber luchado bastante bien por sí solo".

–¿Qué *pasó*? –preguntó Suze con tono quejoso–. ¿Nos atacaron?

–Seguro que sí –dijo Boris–. Pero nada demasiado sofisticado. Parece que tenían un pequeño enjambre de rompe-cometas estacionado alrededor del agujero de gusano. No eran de mucha utilidad contra la Defensa Activa. Desperdiciamos los señuelos con ellos, en realidad. Es una lástima.

–¿Por qué –pregunté, mirando con incredulidad el círculo oscuro que se agrandaba en la vista frontal– nos dirigimos directamente a Nuevo Marte?

–Ah –dijo Andrea–. Lo siento, camaradas. Me temo que es un reflejo. Puedo hacer una corrección del rumbo si...

"No, no, déjalo por ahora". Estaba empezando a reconsiderar nuestro enfoque, tanto literal como figurativamente. Las noticias de la televisión seguían llegando.

"–¡El OVNI ha atravesado nuestra primera línea de defensa y ahora *se dirige directamente hacia nosotros!* Estén atentos para...

–¡“OVNI”, en efecto! –dijo Malley–. ¡Maldita sea!

«¿Qué es un OVNI?», preguntó Yeng.

–Algo en lo que la gente creía antes de tener el *verdadero conocimiento* –respondió Malley.

–Yeng –dije, antes de que su momento de desconcierto se transformara en dolor–, me pregunto si puedes acceder a la red de comunicaciones de Nuevo Marte y *llamar a ese número*.

'¿Llamar a Protección Mutua?'

–Sí, ¿por qué no? Suze, ¿crees que podrías hablar con ellos? ¿Llegar a un acuerdo?

Suze se rió. "No lo sé, pero podría confundirlos mucho".

–De todas formas, vale la pena intentarlo –dije–. Vale, todos, no os olvidéis de abrocharos los cinturones. Basta de intentar convencerlos de que no se pongan paranoicos. Vamos a darles algo de lo que preocuparse *de verdad*. Andrea, danos un rumbo de tres g hacia ellos, luego haznos girar y llévanos a cualquier lugar que parezca deshabitado y no muy lejos de Ship City. Suze, Yeng, seguid probando con los números. Boris, Jaime, súbanse a la *Carbon Conscience* y sigan adelante todo lo que puedan; retírense antes de que lleguemos a la atmósfera, hagan un aterrizaje aerodinámico y utilicen toda la potencia de fuego que necesiten para pasar.

–Eso es lo que me gusta –dijo Boris–. Fuego de cobertura para un aterrizaje disputado. Me recuerda a los tiempos pasados. –Se soltó del sofá y siguió a Jaime en una caída directa hacia la esclusa de aire de transferencia.

Decidí que recordarle que él nunca había hecho algo así, y que yo sí, sería malo para su moral. Un minuto más tarde, más o menos, nos llamó desde el cazabombardero y anunció que él y Jaime estaban listos para el despegue.

–Bien –dije–. Ahora vamos a demostrarles a esos capitaloides de qué estamos hechos.

"Espero que no tengan que deducirlo a partir de nuestro ADN quemado", dijo Andrea, justo antes de que se pusiera en marcha el motor. Esta vez la fuerza G fue menor que en

nuestra maniobra evasiva, pero fue considerablemente más prolongada. El momento de caída libre durante el giro no supuso ningún respiro; partes de mí que estaban sufriendo un dolor sordo aprovecharon la oportunidad de perder peso para manifestarse como un dolor agudo, y no se apagaron cuando comenzó la desaceleración y el peso volvió a subir.

–Me estoy desvinculando –dijo Boris–. Nos vemos en el suelo si lo lográis.

–Yo también te amo–dije–cuídate.

En la vista lateral, la compleja forma de insecto del cazabombardero se desplazó en una trayectoria paralela gracias a una breve ráfaga de sus propulsores y cayó rápidamente detrás de nosotros. Luego se encendió su motor principal y volvió a pasar a toda velocidad junto a nosotros, en su propio descenso diferente, peligroso y necesariamente en una sola dirección.

Suze y Yeng dijeron algo al mismo tiempo, difícil de entender porque sus voces se tensaban contra el peso de sus pechos.

–Dilo otra vez, por favor –dije con pesadez.

–Ya terminamos –gruñó Suze, con un tono de voz que parecía indicar que habíamos terminado–. Estamos en contacto con Protección Mutua. Parece que nos toman en serio. Los tengo en espera ahora mismo.

–Ponlos en la pantalla principal –dije–. Conéctame.

El rostro de un joven de aspecto serio apareció sobre mí. «Hola», dije débilmente. «Estamos a punto de realizar un aterrizaje con motor fuera de su ciudad y queremos asegurarle que somos amistosos y pedirle que mantenga sus misiles lejos de nuestras espaldas. Podemos luchar contra ellos de todos modos». Era un farol, pero mi rostro probablemente estaba tan distorsionado que mi expresión era ilegible. «Pero preferimos aterrizar pacíficamente».

'¿Eres el barco espacial que se hace llamar *Terrible Belleza*?'

"Sí", dije. "Barco espacial", pensé. ¡Eso es mejor que llamarnos OVNI!

'¿Puedes ofrecer una garantía?'

'¿A qué se refiere?'

–Disculpe –interrumpió Suze–. Podemos ofrecer al menos una tonelada de oro como garantía contra cualquier daño.

–Ah. –El joven frunció el ceño, intentando no parecer impresionado–. ¿Eso es en sistema imperial o métrico?

Antes de que esta negociación pudiera avanzar, llegamos a las capas superiores de la atmósfera y la imagen se volvió borrosa y luego negra. El aire de Nuevo Marte es más fino

que el de la Tierra, no es que dependiéramos mucho del frenado aerodinámico. La vista exterior se volvió roja y las comunicaciones y la Defensa Activa pudieron hacer muy poco. Nosotros tampoco. Solo teníamos que quedarnos allí y esperar que los chirridos y los zarandeos fueran causados por nuestro paso por el aire y no por explosiones aéreas cercanas, cada una de las cuales podría ser lo último que supiéramos. Malley parecía estar rezando de nuevo incluso con sus reservas agnósticas y casi deseé poder hacer lo mismo. Pero había sido una buena materialista en demasiadas trincheras como para ceder ahora. Todo lo que le pediría a un dios es amor incondicional y apoyo aéreo cercano, y podía confiar en Boris para ambas cosas.

Los frenos nos sacudieron tres, cuatro, cinco veces. El aire más fino significaba que se necesitaban más que en la Tierra, incluso con la menor gravedad. Hubo un último destello del chorro que acumuló las fuerzas G y ayudó a desplegar los puntales, y luego descendimos. No podía oír nada más que el crujido de mi pecho y el suspiro neumático de los puntales al asentarse.

"Hemos lleado sanos y salvos", dijo Andrea. "No hay misiles en camino y la *Carbon Conscience* acaba de registrarse. Están descendiendo en espiral y no informan de fuego terrestre".

La gente intentó aplaudir. Andrea alineó un láser de comunicaciones en el relé del agujero de gusano y transmitió la noticia de nuestro aterrizaje.

Dolorosamente, haciendo uso completo de la asistencia eléctrica del traje, me moví a una posición sentada y me levanté.

'¿Están todos bien?'

Todos lucharon por ponerse de pie.

"Me siento como si hubiera estado en una pelea", dijo Tony. "¿Dónde estamos?"

—A cuarenta millas de Ship City —dijo Andrea—, en un campo cubierto de algún tipo de monocultivo.

"Es algo que la gente hace cuando no tiene hidroponía", dijo Malley.

—No es algo que tenga que ver con la Compañía, ¿verdad? —preguntó Yeng.

Me alegró ver que ella empezaba a mostrarse sarcástica también.

Poco después descubrimos que no era nada del otro mundo, cuando miré por la escotilla de la esclusa de aire y vi a un hombre de pie en la penumbra, justo fuera de nuestro

círculo de luces y en el círculo más amplio de ruina que había causado nuestro aterrizaje. Sostenía lo que parecía una escopeta. El terreno que lo rodeaba era llano en todas direcciones, con montículos bajos e iluminados aquí y allá que supuse que eran viviendas de algún tipo. Las estrellas parecían estar más cerca que en el espacio y, extrañamente, más brillantes.

–No sé quién o qué eres –gritó–. Pero pagues por este des-trozo, mago, o te deshago con mi *lay-and*.

–¿Qué pago quieres? –grité, aliviada y dispuesta a ofrecerle al hombre una tonelada de oro, en unidades imperiales o métricas.

–Oye –dijo Suze desde detrás de mi hombro–. Déjame encargarme de esto.

El granjero, que se presentó como Andrew Calvin Powell, resultó ser bastante diferente del granjero que había conocido en Londres. Después de unos minutos de regateo con los ojos entrecerrados («¿Qué es eso en gris-mangas?»), pareció encantado con lo que Suze ofreció como compensación y nos invitó a todos a «entrar y esperar los helicópteros».

–¿Helicópteros militares? –pregunté, mirando ansiosamente hacia la escalera.

El hombre se rió, y sus dientes blancos brillaron en su rostro amistoso y quemado por el sol. –Dios mío, no, no puede ser. Lo último que supe es que Protección Mutua los había acogido a todos bajo su protección.

–No. Van a recibir la visita de los peces gordos de la ciudad, que han sido sacados de reuniones de negocios urgentes... ¡y de camas y bares! No estarán aquí por lo menos durante una hora, mientras se ponen las pilas. Y sus amigos del bombardero furtivo han llegado sanos y salvos al aeropuerto, donde están hablando con los periodistas.

Hice una señal para que el resto bajara por la escalera. No tenía mucho sentido permanecer en la nave, era más que capaz de cuidar de sí misma, y nosotros también. Nuestros trajes podían mantener contacto por radio encriptado con ella, o con el cazabombardero, cuando estuviera más cerca. De hecho, podíamos hacerlo mejor que eso, pensé, y me di un golpecito en el puño como si me picara debajo. Los diminutos ojos de nanocámaras se formaron, apenas perceptibles, en la tela del traje.

–¿Cómo sabes todo esto? –pregunté mientras nos reuníamos alrededor de Powell y caminábamos a través de ochocientos metros de tierra arada hacia las ventanas relucientes de su casa, que tenía la forma de un montículo bajo y alargado–. ¿Lo dieron en la televisión antes de que salieras?

'¿No tenéis enlaces corticales descendentes?'

–Bueno, en cierto modo –dije con cautela–, pero no los usamos para *noticias*.

Me miró de soslayo. "Los mismos viejos comunistas, ¿eh? Noticias controladas y aparatos electrónicos de mala calidad. Bueno, al menos sois del tipo fraile, como el viejo Nuevo Viet Cong de tu país".

–Oye –dijo Tony, caminando a mi lado por el campo fangoso–, los recuerdo.

"Espera un momento", dije antes de que Tony pudiera lanzarse a reminiscencias políticas, "no es así. Tenemos problemas con la electrónica, claro, pero eso se debe a la gente virtual rápida. Tenemos toda la tecnología sofisticada que necesitamos, pero la hemos desarrollado en una dirección diferente".

"Mi abuelo me dijo que los malditos rusos solían decir eso", dijo Powell, con una lentitud y una imperturbabilidad enloquecedoras. "Y lo único que era cierto era el cohete propulsor Soyuz, el caza Mig y el AK-47²⁰. El resto de su equipo era una locura".

20 El nombre AK-47 se deriva de las palabras rusas «Avtomat Kalashnikova», en honor a sus capacidades de disparo automático y a su diseñador principal, Mikhail Kalashnikov.

Detrás de mí podía oír a Malley riendo.

–Vamos –dije–, ¿cómo crees que podemos ver en la oscuridad? –Hice un gesto con la mano en la penumbra.

"Apuesto a que no con intensificadores visuales modificados genéticamente", dijo Powell.

Parpadeé para ver mejor y no dije nada hasta que llegamos a la puerta trasera de Powell. Se quedó de pie en el umbral y nos hizo un gesto para que entráramos. Justo antes de que lo hiciera, hice que el traje repeliera todo el barro de mis botas y sufrí una transformación espectacular cuando crucé dramáticamente el umbral hacia la habitación iluminada que había al otro lado.

Me di la vuelta con un movimiento de mi falda y, al mirar hacia abajo, me di cuenta de que al menos algunas de las cámaras del traje se habían convertido hábilmente en cuentas visibles. "¿La gente de aquí tiene ropa que pueda hacer esto?"

Powell sonrió. «Es un vestido muy bonito, señora», fue todo lo que dijo. Esperó a que entráramos (las otras mujeres siguieron mi ejemplo, cada una a su manera) y entró, apuntó con la escopeta a la puerta y nos hizo pasar por su casa.

La primera habitación por la que pasamos era simplemente una tienda: paredes desnudas de hormigón – muy parecido al hormigón marino, salvo que el componente

de piedra caliza es fósil— con estanterías y estantes de herramientas y semillas y robots aparcados. Después Powell nos condujo por un pasillo, pasando por puertas de madera cerradas, hasta la parte principal de su casa. En algún punto del camino, el suelo cambió a una alfombra gruesa, que Powell pisó sin siquiera sacudirse el barro de los zapatos. Unos pasos más adelante, sus zapatos estaban limpios. No pude entender bien cómo estaba sucediendo. El pelo de la alfombra brillaba ligeramente cuando caminaba sobre ella; eso era todo.

Desde fuera, la casa parecía bastante grande, un montículo cubierto de césped artificial, de unos treinta metros de largo por cuatro de alto. En el interior parecía aún más grande, porque resultó tener treinta metros cuadrados y estar parcialmente bajo tierra. Salimos del pasillo a un balcón que rodeaba un atrio hundido, cuyo techo era una capa de cristal, tras la cual podíamos ver peces aletargados y el cielo estrellado distorsionado por las ondas. La iluminación era más brillante en el nivel inferior, que estaba amueblado con lo que parecían sofás y sillas tapizados de cuero y unas cuantas mesas. Una mujer estaba sentada en una de las mesas y, cuando entramos, se puso de pie y nos sonrió. Caminamos detrás de Powell por una escalera que seguía la pared curva hasta el suelo, pasando por una piscina con plantas altas que crecían en ella y peces nadando alrededor.

Alrededor de las paredes había pantallas, aparentemente en blanco; unas cuantas imágenes grandes y fijas de

personas y paisajes terrestres; y una gran cantidad de objetos desconocidos, la mayoría de ellos de apariencia vagamente orgánica, pero probablemente artificiales. Estaban adheridos a las paredes, agazapados en estanterías o colgados del techo. Nunca se veían moverse, pero al mirarlos con más atención daban la desconcertante impresión de que simplemente estaban allí.

"Amigos, les presento a mi esposa", dijo Powell, dándose la vuelta y mirándonos a todos.

La mujer que estaba sentada a la mesa se acercó a nosotros sonriendo. Medía aproximadamente un metro setenta y cinco y tenía una complexión robusta y curvilínea que su vestido rojo, bastante ajustado y adornado con cuentas de piedras preciosas, no lograba disimular y sí realzar. Su cabello rubio caía en cascada sobre sus hombros en elaborados rizos y ondas. Su rostro estaba cubierto de maquillaje cosmético, algo innecesario: era joven y bonita debajo de todos los polvos y el colorante. Extendió las manos y agarró las mías entre ellas.

"Bueno, hola", dijo. "Es un placer y un honor conoceros. Me llamo Abigail y tú debes ser la señorita Ellen May".

–Soy Ellen, prójima Abigail –dije–. Es un placer y un honor para mí conocerte también.

–Oh, qué amable de tu parte –dijo. Su acento era menos notorio que el de Andrew y, de hecho, a partir de ese momento dejé de notar el suyo. Lo principal que noté en su voz fue la calidez. Cuando le presenté al resto de la tripulación, los saludó a todos como si fueran viejos amigos. Había oído hablar de Malley y parecía asombrada de conocerlo. Cuando terminaron las presentaciones, Andrew (o alguien, o algo) había cubierto la mesa con una atractiva variedad de botellas y vasos. La pareja insistió en sentarnos a todos en los sofás más grandes y servirnos bebidas, luego se sentaron frente a nosotros junto a la mesa y se sirvieron ellos mismos.

Andrew Powell levantó su copa. “¡Paz y libertad!”

Brindamos por ello. Me sentí un poco mal por lo que todos pudiéramos pensar de ello cualquier día de estos; pero siempre podíamos tener esperanza. Hubo un momento de pausa incómoda, lo cual no fue sorprendente: la etiqueta del primer contacto entre personas de dos sociedades humanas que habían estado separadas durante mucho tiempo estaba en sus inicios.

"Fue valiente de tu parte", le dije a Andrew, "salir a nuestro encuentro sin nada más que una escopeta. No sabías quiénes éramos ni cómo reaccionaríamos".

Hizo un gesto con la mano. –Fuisteis muy valientes –dijo. Él y su esposa compartieron una sonrisa–. Abigail os tenía

cubiertos desde la casa, con suficiente potencia de fuego para detener a un regimiento.

–Ah –dije pensativa–. Pero tú habrías estado en la línea de fuego, ¿no?

Se encogió de hombros. –Hace apenas una semana que volví. Me daría pena perder algunos recuerdos. –Otra sonrisa compartida, un codazo y una risita de Abigail–. Pero, de todos modos, no estaba tan preocupado. Habían pensado en una expedición humana desde que recibieron los primeros informes esta tarde. ¡Qué suerte que aterrizaran en mi terreno! ¡Estaré mostrando ese sitio durante años y probablemente cobrando entradas!

Abigail debió de haber malinterpretado nuestras expresiones de desconcierto. –Oh, verás, no tenemos ningún problema con la resurrección. Ambos nos quedamos dormidos allá por el siglo XXI, y nos resucitaron hace solo cinco años. Por eso... –hizo un gesto con la mano, con una mirada de ligera vergüenza–, solo estamos moderadamente bien económicamente, como podéis ver. Quiero decir, todavía no podemos permitirnos tener hijos. Pero nos tenemos el uno al otro, y tenemos nuestra pequeña granja, y Dios ha sido bondadoso con nosotros.

Sus espesas pestañas enfatizaban unos cuantos parpadeos rápidos.

"No tuve nada que ver con la religión hasta que morí", dijo Andrew torpemente. "Pero esa experiencia de alguna manera concentra la mente en las cosas espirituales, y cuando me encontré completamente desnudo y empapado y mirando hacia arriba en dirección a un helicóptero de la Cruz Roja, te digo que me arrodillé y alabé al Señor".

–Lo que podríamos llamar un cristiano renacido –dijo Malley. El resto de nosotros no entendíamos bien por qué Andrew y Abigail se reían tanto que tenían que apoyarse el uno en el otro para sostenerse.

–Podría decirse que sí –dijo Andrew jadeando, tapándose los ojos con los nudillos. Respiró profundamente y habló con más seriedad–. Pero, aparte del alivio, el agradecimiento y todo eso, cuando tuve tiempo pensé: «Bueno, si un simple hombre puede hacer eso, entonces sería un *estúpido* si pensara que el Todopoderoso no podría resucitar a todos los muertos en el momento que le diera la gana, y yo sabía que sólo Jesús podría interponerse entre mí y su justa indignación en ese día».

Sonrió al ver nuestras caras educadamente congeladas. "Está bien, ya terminé de predicarles a ustedes, comunistas impíos, y no escucharán más evangelio de mí a menos que me pidan más, y con gusto se lo daré. Pero el buen libro dice que no arrojen sus perlas antes de..."

–Sí, claro que sí –interrumpió Abigail, aparentemente con una prisa innecesaria–. Ahora, dejadme que os sirva otra bebida.

Los cuarenta minutos que pasamos disfrutando de la hospitalidad de Andrew y Abigail nos hicieron mucho bien a todos, aunque en aquel momento sólo nos dieron un poco de relajación y una sensación de irrealidad derivada del cambio repentino de nuestro peligroso descenso a esta escena de suntuosa comodidad. Tan pronto como pasaron de la parte de "testificar", que al parecer consideraban algo que tenían que hacer, aunque fuera brevemente, ante cualquier extraño, charlaron con nosotros con naturalidad. Principalmente sobre ellos mismos, pero incluso esto era una cortesía, como si no quisieran que nos sintiéramos interrogados. Todos sabíamos que el momento para eso llegaría pronto.

Se llamaban orgullosamente "granjeros de tierra"; las verduras cultivadas en tierra real eran un lujo allí, suministradas a restaurantes exclusivos para sofisticados que decían ser capaces de distinguir la diferencia con la copia al carbono, y que podían permitirse la diferencia de precio, considerablemente más evidente. (Tuve que darle un discreto codazo a Yeng en este punto.) La variedad era su especialidad: Andrew me explicó lo mucho que tenía que buscar en los bancos de genes para mantenerse al día con las modas cambiantes. La mayor parte del trabajo en la granja lo hacían lo que llamaban "máquinas tontas", y no lo

que llamaban "ayuda contratada". (Otro codazo para mantener callada a Yeng.)

Sus preguntas sobre el Sistema Solar eran cuidadosamente generales. Nosotros respondimos con el mismo cuidado. Ellos expresaron alivio por el hecho de que la Tierra estuviera bien poblada, respeto por nuestra seguridad de que era próspera y sólo lamentaron irónicamente que todo se hubiera "vuelto comunista" (como ellos decían) desde su desaparición.

"No creo que se parezca a algo similar a lo que consideras 'comunista'", dijo Malley. "Y yo no soy parte de su sociedad, así que tal vez puedas creer en mi palabra".

"Estoy segura de que a ustedes les gusta mucho", dijo Abigail tranquilizadoramente. "Pero a nosotros nos gusta estar aquí".

«Cada uno debajo de su parra y debajo de su higuera, y sin nadie que le amedrente», añadió Andrés.

«Las cosas deben haber cambiado un poco desde que Jonathan Wilde se fue», sugerí.

–¿Desde que se *fue*? Ah, ya veo lo que quieres decir. –Abigail negó con la cabeza–. Ahora sí que considero antinatural, tener otra copia funcionando. De todos modos, tienes razón, las cosas han cambiado. Ya sabes, en los viejos tiempos, antes de la Abolición, ni siquiera les daban

derechos civiles a los robots que eran tan inteligentes como cualquier ser humano, ¡si no mucho más inteligentes!

"Había androides y ginoides que caminaban por ahí, con el mismo aspecto que las personas", dijo Andrew. "Sólo Dios sabe si tienen alma, pero seguro que tienen mente propia, ¡y cualquiera podía poseer uno como si fuera una bestia!"

Antes de que pudiéramos responder (nuestras miradas de sorpresa, tal vez incluso, en mi caso, de shock, fueron interpretadas por Andrew como una muestra de su sombría visión de este pasado poco ilustrado) se escuchó un timbre distante.

—Ahora esa será la delegación de los peces gordos —dijo Andrew. Miró un panel que había sobre la mesa, que no estaba gris ni brillante la última vez que lo miré—. Aterrizarán en un par de minutos. Será mejor que subamos al patio.

Mientras nos poníamos de pie, Abigail dijo: 'Solo una cosa... fue cortés de parte de ustedes, señoras, ponerse esos lindos vestidos para visitarnos, pero creo que cuando vayan a estar en televisión y todo eso, es mejor que *luzcan* como si acabaran de salir de una nave espacial, y no de un taxi camino a un baile, si no les molesta que lo diga.'

"Bueno", pensé, "ya habrá otras oportunidades para lucirme". Pero sentí una ligera punzada cuando mi vestido de gasa con varias capas, el cheongsam de brocado de Yeng,

el encaje escalonado de Andrea y el vestido tubo de terciopelo plateado de Suze se derritieron y volvieron a fluir hacia variantes de ropa de servicio de alta gravedad.

Andrew sonrió cuando la transformación se completó. "Ya hay un grupo en las redes que dice que todo es una farsa organizada por las empresas de defensa para aumentar el negocio. No sé si el hecho de que parezcan astronautas los hará menos sospechosos".

Abigail aprobó mis jeans azules y mis botas altas. "Pero deberías ponerle un color más oscuro a esa chaqueta, y tal vez un parche o dos de la misión..." Así que cuando todos subimos las escaleras, rodeamos el balcón y salimos al patio, cada uno tenía un parche azul redondo con el arado estrellado de la Tierra y una imagen de la *Terrible Belleza* sobre nuestros pechos.

El amplio patio también estaba hundido, a unos dos metros por debajo del nivel del suelo, abierto y muy iluminado. A la izquierda, por encima del talud que lo rodeaba, había otro espacio plano e iluminado, en el que estaba estacionado un pequeño helicóptero. Sobre él, un helicóptero mucho más grande flotaba, silencioso salvo por el *golpeteo* de las aspas del rotor. Descendió lentamente cerca del más pequeño, al lado del cual parecía el adulto de una especie extraña de pie junto a su cría. Creo que fue algo inteligente en el plano del terreno, y no una tecnología más

avanzada, lo que hizo que la corriente descendente soplara sobre nuestras cabezas y no en nuestras caras.

La puerta lateral del helicóptero se abrió y se desplegaron unos escalones. Justo antes de que apareciera alguien, me di cuenta de que me sentía como si fuéramos nosotros, y no ellos, los que estábamos esperando para encontrarnos con los extraterrestres.

Un hombre bajó por la escalera con una dignidad lenta que sólo se debía en parte al cuidado que tenía que tener con los tacones altos de sus botas. Su estatura media y complexión delgada se realzaban aún más con un sombrero de copa y una levita abierta, ambos negros, y un chaleco colorido sobre una camisa blanca con una corbata negra de cordones. Una pistola enfundada completaba el look: la ley al oeste de Pecos. Caminó hasta el borde del patio, miró a izquierda y derecha, encontró los escalones y bajó.

Detrás de él, había otro hombre y dos mujeres, con toda una multitud de personas detrás de ellos. Apenas tuve tiempo de reconocer al segundo hombre: era David Reid, que había suministrado mano de obra en condiciones de servidumbre a los Guardianes del Exterior, incluidos algunos de los nuestros. Nuestro viejo enemigo...

Y entonces el hombre del sombrero alto me estrechó la mano.

–Hola –dijo–. Me llamo Eon Talgarth. Me complace darle la bienvenida a Ship City, de la cual –su sonrisa se torció un poco– soy el presidente del Tribunal Supremo, aunque un tanto reticente. ¿Y usted debe ser Ellen May Ngwethu, capitana interina de esta expedición?

–Así es –dije–. Encantada de conocerte, prójimo. Su voz y su acento me recordaron, curiosamente, al de un suboficial londinense; había estabilizado su edad en unos cuarenta años, pero era mucho mayor que eso, posiblemente mayor que yo, un pensamiento extraño que me impresionó más que su ridícula figura judicial.

–Sí, supongo que ahora todos somos prójimos –dijo. Se volvió como para presentar a los nuevos, pero se había perdido toda oportunidad de presentaciones formales: todos los de un lado estrechaban la mano indiscriminadamente a todos los que encontraban en el otro y se presentaban o presentaban a alguien más. Talgarth pareció un poco perdido por un momento, incluso desconcertado, antes de encogerse de hombros y relajarse. Me di cuenta de que Reid estaba manejando al pequeño grupo con destreza, probablemente evitándome por el momento y tratando de causar una impresión amistosa en mis camaradas. Abigail y Andrew, con una inspiración repentina, comenzaron a repartir bebidas y, al poco rato, todos nos estábamos comportando como si acabáramos de llegar a una fiesta ligeramente formal.

–¿Camarada? –dijo alguien con voz amable, aunque un poco tímida. Me volví y sonreí ante ese inesperado saludo.

La chica que estaba frente a mí tenía el pelo largo y rubio que le brotaba desde el cuero cabelludo y luego le caía hacia atrás formando una melena entre los omoplatos. Llevaba un mono con cinturón que resaltaba su figura musculosa pero definitivamente femenina. Casi tan alta como yo; grandes ojos azules, amplia sonrisa, nariz fina y puntiaguda; llamativa más que hermosa, pero yo estaba acostumbrada a la belleza.

–Ellen, hola. –Me tendió la mano y se la estreché–. Me llamo Tamara Hunter –continuó–. Estoy encantada de conocerte.

–Lo mismo digo –dije cortésmente–. ¿Cuál es tu...?

–¿Participación en todo esto? –Se rascó la cabeza–. Me esforcé un poco para entrar en esta delegación, sólo para que los empresarios y los jueces no tuvieran todo para ellos solos. En realidad, soy una funcionaria en la intersindical.

'¿Negociáis condiciones para los esclavos asalariados?'

–¡Exactamente! –dijo ella, satisfecha–. Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

–También tenemos de eso –dije con ironía.

Tamara miró a su alrededor, como si temiera que alguien pudiera escucharla.

«¿Es realmente cierto», preguntó, inclinándose más cerca, «que en el Sistema Solar existe el anarcocomunismo?»

Pensé en esa palabra: “No tenemos por qué vendernos y nadie nos dice qué hacer, así que supongo que podríamos llamarlo así”.

"¡Guau!", dijo con los ojos brillantes. "El solo hecho de saber que es *posible*, que puede *funcionar*, marcará una gran diferencia".

–No sé nada de eso –dije, comparando mentalmente lo que Abigail y Andrew consideraban una modesta prosperidad con las condiciones que habían provocado la revolución social de la Tierra–. No es sólo una cuestión de ideas en la cabeza de la gente...

–¡Deja de conspirar, Hunter! –dijo una voz fuerte de hombre–. Ya habrá tiempo para eso más tarde.

El hombre que había hablado se acercó y me estrechó la mano con fuerza. Tenía el pelo negro hasta el cuello de su chaqueta de algodón de corte impecable; ojos castaños oscuros, cejas negras y espesas, piel bronceada y un aspecto de tranquilidad y confianza en sí mismo inquebrantable que en nuestra sociedad caracterizaba a los «viejos camaradas»

y, en este caso, supuse (correctamente, como resultó), a los ricos.

Pero había más que eso. Era terriblemente viejo, una de las personas más ancianas del mundo y, a diferencia incluso de su contemporáneo Wilde, había vivido con el mismo cuerpo, durante más de trescientos cincuenta años. Una vez más, a diferencia de Wilde, tenía tanto el deseo como la capacidad de ejercer el poder sobre los demás, y se había vuelto fuerte y competente en su uso.

–Hola, Ellen May –dijo–. Me llamo Dave Reid. Me alegro de conocerte por fin. Sabes, oí hablar de ti en los viejos tiempos, bueno... –se rió–... ¡a los Guardianes del Exterior, tengo que decir!

–Sus antiguos clientes le envían sus saludos –dije, con más frialdad de la que pretendía– y su garantía de que no guardarán rencor por su... partida.

–¿En serio? –Parecía sorprendido y complacido–. Bueno, como digo, ya hablaremos más adelante. Es una gran ocasión.

Bebí un sorbo de mi bebida. "Eso me sigue diciendo todo el mundo".

Sonrió, imperturbable. "Es un poco un tumulto, ¿no? No creo que nadie haya elaborado nunca los protocolos para el contacto entre las anarquías socialistas y capitalistas. Sus

camaradas de *Carbon Conscience* han estado contándoles a los periodistas todo sobre su sociedad. Cosas fascinantes".

–Estoy segura de que sí –dije, deseando haber informado a Boris y Jaime sobre qué decir y qué no decir.

–Yo también fui socialista, ¿sabes? –prosiguió Reid–. Lo dejé porque era un mal neocio. –Sonrió a Tamara–. Tal vez debería haberme quedado.

Luego me miró y, a través de mí, su rostro se tornó sombrío por un momento. Sacudió la cabeza y volvió a sonreír.

–Batallitas de hace mucho tiempo –dijo–. Hablando de eso, Ellen, Dee tiene algo que decirte...

Una mujer caminaba con delicadeza hacia nosotros con tacones de aguja. Llevaba un vestido corto de encaje negro sobre uno más largo de crepé blanco, todo un espectáculo. Tenía el pelo negro, la piel pálida, los ojos verdes, los pómulos anchos y una sonrisa cálida.

"Hola, Ellen", dijo. "Soy Dee. Encantada de conocerte".

–Hola –dije, intentando mantener el tono gélido en mi voz.

–Soy la compañera de Dave –continuó–. Solía ser su... eh...

Su apretón fue mecánico. Un clon con una computadora en el cráneo. Una maldita máquina.

–Lo sé –dije–. Wilde nos habló de ti.

La mujer *ginoide* me estrechó la mano; sentí, o tal vez imaginé, un cosquilleo eléctrico en su tacto. Me sonrió con unos ojos desconcertantemente abiertos y brillantes y los labios entreabiertos.

–Así que logró regresar –dijo en voz baja–. ¿Y Meg también?

Meg, la compañera de Wilde, la mujer artificial. Otra muñeca andante, otra máquina de follar.

"Sí", dije. "Ambos lo lograron".

–Ellen –dijo Dee, y me agarró las manos–. Mi mente funciona... de manera diferente a la tuya. Tengo acceso a todos los registros antiguos de la empresa y a las redes de la ciudad. Tengo algo que decirte. Muchas de las personas que están aquí, como sabes, fueron resucitadas de la fuerza laboral robotizada por la gente virtual rápida. Tus padres... no estaban entre ellos.

–¿Nunca estuvieron entre ellos? –pregunté–. ¿No es sólo que no llegaron a bordo de la nave?

"Todos llegamos a bordo de la nave", dijo Reid. "Me aseguré de ello. No dejé atrás a nadie, humano o exhumano, vivo o muerto, que hubiera sido reclutado o se hubiera ofrecido como voluntario para mi Compañía".

Lo miré y aflojé los dientes y las uñas. –Me alivia oír eso –dije–. De verdad que sí. Me alegra saber que mis doscientos años de pesadillas sobre ellos esclavizados en cuerpos de robots fueron solo malos sueños, incluso si eso significa que nunca volveré a ver ni siquiera sus copias. –Me detuve y respiré profundamente por la nariz–. Puedo vivir con eso, Reid, pero no puedo olvidar quién los mató.

Reid negó con la cabeza con firmeza. "No fui yo ni mi Compañía quienes llevaron a cabo esas incursiones", dijo. "Fue obra de los Guardianes del Exterior. Yo sólo salvé lo que se podía salvar y le di a la gente la oportunidad de una nueva vida. Y no he recibido ninguna queja".

–Muy bien –dije. Le agarré el hombro y le sonreí de una manera que hizo que una sombra de miedo muy satisfactoria se reflejara brevemente en su rostro–. Ahora sé a quién estoy buscando y te creo cuando me dices que no eres tú.

Reid dio un paso atrás cuando solté su hombro. Su chaqueta estaba arrugada y húmeda. Automáticamente me limpié la mano en el muslo. Las dos mujeres me miraron con expresiones de compasión indistinguibles. Eon Talgarth, el juez, tal vez atraído al borde de nuestro pequeño grupo por la intensidad de nuestra conversación, rompió un silencio incómodo.

"Si lo que quieres es justicia, Ellen, si esa es una de las razones por las que has venido hasta aquí, aquí la encontrarás".

Negué con la cabeza. «Lo siento», dije. Bajé la voz. «Es una gran ocasión, una ocasión feliz, y no quiero estropearla». Señalé la confraternización más alegre que se desarrollaba a nuestro alrededor, esperando que los camaradas no la llevaran demasiado lejos. «Pero deberíais saber algo sobre nosotros, sobre mí. No busco la justicia. No creemos en la justicia. Nosotros tenemos el *verdadero conocimiento*. No hay justicia. Pero hay defensa, disuasión y venganza. Eso es lo que quiero. Y lo tendré todo».

Para mi sorpresa, Reid sonrió y dio otro paso adelante. Aunque era más bajo que yo, me sostuvo la mirada como si fuera él quien me estuviera mirando.

–Sé lo que quieres decir –dijo–. He estado allí. Si quieres vengarte de los rápidos, ¡sé mi invitada! –Agitó el brazo con amplitud–. Puedo llevarte en un instante al lugar donde almacenamos sus plantillas. Puedes revivirlos, decirles exactamente lo que vas a hacerles y por qué, y hacer que mueran mil veces antes de que inundemos los tanques con Baba Azul. Y luego, si quieres, puedes hacerlo de nuevo. Y otra vez. Y...

–Para. –Lo agarré del brazo–. Basta.

La enorme futilidad de mis motivos más profundos y oscuros, aunque no los más secretos, para venir aquí me hizo sentir frío, náuseas y vértigo. Mi expectativa contra toda esperanza de encontrar copias de mis padres muertos había sido uno de ellos, y me atormentaba con simultánea decepción y alivio. Reid acababa de exponer que mi deseo de vengarme de las entidades que eran indiscutiblemente las más cercanas a los Guardianes originales era igualmente, dolorosamente vacío. No tendría sentido atormentar, no habría satisfacción en castigar, a entidades con las que ni siquiera tenía la suficiente empatía para disfrutar de su dolor, si es que sentían algo parecido al dolor. Sería tan inútil como patear una máquina recalcitrante.

Sólo podía haber una disuasión, una defensa, una venganza para mí, y era enviarlos al mismo olvido al que habían enviado a mis padres y a tantos otros: una muerte eterna sin esperanza de resurrección. Nada de lo que dijera o hiciera ahora podía poner en peligro eso.

Le sonreí a Reid. "Tienes razón, por supuesto", dije. "Es sólo una de esas fantasías, ¿no? Cuando lo explicas, cuando tienes la oportunidad de expresarlo, ves lo sórdido y pueril que es en realidad".

–Bueno, es comprensible –dijo–. Sé cómo debes sentirte. –Me agarró el antebrazo–. Vamos. En unos minutos habrá periodistas merodeando por aquí y tendrás que hablar con

ellos. Cuando se haya solucionado eso, podréis venir todos a ver la ciudad.

–Sí –dije–. Estoy deseando que llegue ese momento. Me temblaban las rodillas. Reid se dio cuenta y me guió hasta un asiento junto a una mesa del patio. Arqueó las cejas hacia Talgarth y las dos mujeres, y ellos se escabulleron entre los demás, de pie y hablando. Reid se sentó a mi lado, destapó una petaca plateada y me la pasó. Bebí algo fuerte y se la devolví.

"No es lo mismo", admitió Reid con pesar. "Espero que todavía sepáis cómo hacer whisky de malta".

No pude evitar sonreír. A pesar de su reputación de cruel, aquel hombre tenía una capacidad cautivadora para hacer que una se sintiera cómoda.

"Tendrás que preguntarle a la gente de Japón sobre eso", le dije.

–Oh, Dios –dijo. Bebió otro sorbo–. ¿Y de verdad tenéis un mundo sin dinero? ¿Qué utilizáis en su lugar? ¿Ordenadores?

"Sí", dije con orgullo. "No hacemos mucha planificación, pero para lo que hacemos usamos computadoras. Las más grandes del mundo".

Reid inclinó la cabeza hacia atrás, su risa se dirigió al cielo y no vio mi sombrío momento de recordar por qué nuestras computadoras más importantes estaban construidas de bronce y acero y parecían las primeras locomotoras de la historia, motores analíticos incorruptibles que nada podía desviar ni desviar.

El año es 2098. Debajo de mí se desliza una ciudad, sus viejas torres de hormigón y cristal eclipsadas por las recientes agujas construidas con nanotecnología y rodeadas por la expansión de barrios marginales que preceden y sobrevivirán a los edificios que han crecido por encima de ellos como hongos en un suelo húmedo y oscuro. Más allá incluso de las chabolas, el verde intenso del bosque con sus cicatrices de color marrón grisáceo de la carretera; más alto aún que las torres, y que se elevan aún, y multiplicando, las columnas de humo aceitoso.

El humo se eleva por los impactos. Aquí se incendia una torre, desde el piso veinte, donde un helicóptero se estrella contra el costado del edificio como un insecto contra un parabrisas; allí, el tráfico está paralizado por innumerables colisiones; en otro lugar, un avión de pasajeros ha caído del cielo y ha prendido fuego a hectáreas de chozas de madera.

Floto en la plataforma de telemetría de la estación, y la aeronave de carga no tripulada sobrevuela Lagos, con sus

cámaras de escaneo mostrándome escenas sobre las que no puedo hacer absolutamente nada. Esta era una ciudad exitosa, hasta hace medio día. Los africanos occidentales, diezmados una y otra vez por las plagas del siglo XX, son casi inmunes a la última gran plaga del XXI. Han sobrevivido a la Muerte Verde, e incluso han dado cabida a las oleadas de refugiados europeos que llenan los barrios de chabolas y se arremolinan alrededor de las torres. Todavía tienen petróleo, todavía tienen redes informáticas. Aquí la civilización sigue creciendo, no cayendo.

Hasta ahora.

Los ordenadores se estropean, y con ellos todo lo que depende de ellos: control del tráfico terrestre, control del tráfico aéreo, procesos industriales, control de stocks, telecomunicaciones y suministro eléctrico. Con una racionalidad predecible, propia del dilema del prisionero²¹,

²¹ Considerado uno de los argumentos fundamentales para la defensa del egoísmo, y por tanto del capitalismo, el dilema del prisionero es un problema de la teoría de juegos que demuestra que dos personas pueden no cooperar pese a que si lo hicieran el resultado obtenido sería mejor para las dos partes. La policía arresta a dos sospechosos. No hay pruebas suficientes para condenarlos y, tras haberlos separado, los visita a cada uno y les ofrece el mismo trato. Si uno confiesa y su cómplice no, el cómplice será condenado a la pena total, diez años, y el primero será liberado. Si uno calla y el cómplice confiesa, el primero recibirá esa pena y será el cómplice quien salga libre. Si ambos confiesan, ambos serán condenados a seis años. Si ambos lo niegan, todo lo que podrán hacer será encerrarlos durante un año por un cargo menor. Si en una interacción única, los participantes suelen optar por alternativas egoístas, aunque no siempre, si existe una interacción

la gente saquea los alimentos de los frigoríficos, que de repente se han quedado a oscuras y se están calentando, antes de que se estropeen, asaltan las tiendas antes de que las cierren, se arman antes de que les roben, toman las carreteras y se dirigen a los pueblos antes de que a nadie se le ocurra la misma idea, y cada uno descubre que todo el mundo está haciendo lo mismo.

Nosotros también estamos en una mala situación, ya que todo lo hacemos en modo manual, de respaldo o de emergencia. Nuestros programas informáticos se han reducido a un galimatías, los virus han provocado cortocircuitos en los sistemas, han borrado núcleos de memoria, han paralizado la maquinaria... pero nuestros sistemas básicos son robustos, han sido contruidos a la mala y han sido manipulados con tantas agresiones que solo la fuerza física puede inutilizarlos. Aún tenemos aire y comida.

La gente de abajo está en peores circunstancias. Paradójicamente, dependen mucho más de una red de organizaciones artificiales que nosotros. El mayor producto de exportación de Lagos son los servicios financieros, que generan incluso más ingresos que su menguante petróleo. Todo eso ya no existe.

continuada, y por tanto memoria histórica, las elecciones suelen ser menos egoístas.

Las personas que veo luchar impotentes en las calles están en peores condiciones de las que se imaginan. No llega ayuda de ninguna parte, porque en todas partes se vive la misma situación. Con una certeza espeluznante y terrible, sé que un porcentaje muy alto de esas personas ya están muertas, tan muertas como si estuvieran caminando por ahí —como en otros lugares, en otras ciudades, no son pocas en este momento— en las zonas elípticas en forma de lágrima de los reactores en llamas.

La aeronave se estrella contra el costado de una nanotorre y la imagen desaparece.

La puerta del helicóptero se abrió de nuevo y los periodistas salieron en tropel y empezaron a sobrevolar y a zumbiar, tal como había dicho Reid. Pensé que había hablado en sentido figurado, pero no fue así. Los "reporteros" eran pequeños helicópteros que llevaban micrófonos, cámaras y altavoces; algunos de ellos tenían la capacidad de proyectar un holograma de una figura humana que hacía playback de las preguntas del orador.

"Se verán bastante sólidos cuando hayas ajustado tus implantes", me aseguró Reid.

"No estoy seguro de quererlo", dije.

Reuní de nuevo al equipo en un grupo y nos pusimos todos frente a las cámaras y los micrófonos. Supuse que Boris y Jaime debían haber satisfecho las peticiones de información básica sobre nosotros: la mayoría de las preguntas que me hicieron (y fui yo a quien se las hicieron, ya que los medios locales me habían designado portavoz de la expedición) parecían como si los periodistas de aquí estuvieran simplemente corroborando información.

–Parecía sorprendida al vernos, señorita Ngwethu –dijo un joven espectral a unos cuantos pies de distancia–. ¿No tienen ustedes objetos y motas en el Sistema Solar?

–Por supuesto que sí –dije–. Pero, como seguramente habrás oído, tenemos problemas con nuestras comunicaciones electrónicas, gracias a nuestras versiones locales de la gente virtual rápida. En cualquier caso, incluso si no los tuviéramos, dudo que los utilizáramos para... ¿cómo se llama? ¿Recopilar noticias? Hacemos un uso limitado de ellos, para explorar o monitorear entornos peligrosos, etcétera.

'Entonces, ¿qué utilizan para recopilar noticias? ¿Los periodistas tienen que desplazarse en persona?'

"En realidad no tenemos *periodistas*", dije. "Quiero decir, algunas personas publican boletines informativos y difunden noticias, pero nadie tiene que prestarles demasiada atención".

–Entonces, ¿cómo...? –El periodista hizo una pausa, desconcertado–. ¿Cómo puede alguien saber lo que está pasando?

–¡Ah, eso! Bueno, todo el mundo en la Unión puede informar de cualquier cosa a todos, asistir o escuchar cualquier reunión de la administración social y decir lo que quiera al respecto. O, dicho sea de paso, hacer lo que quiera, a menos que empiecen a hacer perder el tiempo de todo el mundo y los echen.

–¿Entonces su Comité Central, ese Consejo Solar, podría tener cientos de miles de personas asistiendo a sus reuniones, y todas gritando a la vez?

–Por supuesto que no –dije indignada–. Supongo que en teoría sí, pero ¿quién querría hacerlo? Aparte de los delegados del Consejo Solar, claro está, y a algunos de ellos prácticamente hay que empujarlos. Es todo muy práctico y, francamente, un poco *aburrido*. Las reuniones locales son mucho más interesantes porque tienen más cosas que hacer.

«¿Eso se aplica a su organización, la División Cassini?», preguntó el holograma.

Lo pensé y dije: "No".

'¿Por qué no?'

"El combate es algo diferente. A veces hay que guardar secretos, aunque no por mucho tiempo".

La reportera dudó un momento y otra aprovechó la oportunidad. Tenía el pelo rubio y liso y parecía tener unos doce años. "¿Por qué habéis venido aquí?", preguntó.

Le di mi mejor sonrisa. "Estamos muy interesados en descubrir qué ha sucedido con la única otra comunidad humana y en establecer relaciones amistosas con vosotros. Y, por supuesto, tenemos un interés científico en el agujero de gusano, la Milla Malley".

Me dirigió su mejor mirada de "no nací ayer", bastante divertida, teniendo en cuenta su edad y la mía. "Aparte de eso...".

¿No es suficiente? ¿Por qué, si no, queríamos venir aquí?

¿Para imponernos su sistema, tal vez?

Esta idea no se me había ocurrido en absoluto. Nuestra intención de acabar con la gente rápida virtual local, o destruir lo que Reid había llamado las plantillas, era lo suficientemente secreta y siniestra como para que me preocupara que alguien la adivinara. Pero esto no. Me limité a reír.

"Aparentemente os va bien así", dije diplomáticamente. "Y no se puede tener socialismo a menos que la mayoría de la

gente lo entienda y lo desee y esté dispuesta a hacer algo para conseguirlo. Por lo que sé de Nuevo Marte, ese no es el caso... todavía".

Esto provocó una carcajada de agradecimiento por parte de todos y Talgarth dio un paso adelante con la mano en alto. «Damas y caballeros», dijo a las figuras fantasmales y sus halos giratorios, «estoy seguro de que nuestros visitantes tendrán mucho que contarles muy pronto. Mientras tanto, me gustaría brindarles un poco de hospitalidad y privacidad».

Habíamos estado teniendo bastante de ambas cosas hasta que Talgarth y los otros ciudadanos importantes y su enjambre de curiosos remotos aparecieron, pero no me quejaba. Nos despedimos de Abigail y Andrew, y nos escoltaron hasta el gran helicóptero. Me encontré en un asiento de ventana al lado de Tamara. Cuando la máquina despegó, saludé a Powell y su esposa, quienes me devolvieron el saludo. Lo último que vi de ellos antes de que nos perdiéramos de vista fue a Andrew Powell saliendo a través de su campo con un enjambre de remotos a su lado, en dirección a la nave. Sabía que tendría el sentido común de no acercarse demasiado, pero sospechaba que eso no era cierto en el caso de los remotos.

Me recliné con una sonrisa, disfrutando ya del vuelo.

Tamara y yo charlamos sobre la vida en Nuevo Marte y en la Tierra, nos reímos de los conceptos erróneos de cada una y de nuestro pasado. Me sentí gratificada y avergonzada por el asombro de Tamara por el mío, y la animé a hablar del suyo.

Ella dijo que había sido abolicionista.

'¿Qué es eso?'

Abigail había mencionado la Abolición, pero yo aún no había entendido qué significaba eso.

'Éramos un pequeño grupo de anarquistas, algunos sociales, otros más interesados en el estilo de vida, que creíamos que usar máquinas conscientes como herramientas estaba mal, que era como la esclavitud. Pero hace cinco años, todo eso cambió.'

'¿Ya no lo crees?'

Tamara me miró, visiblemente decidió que estaba bromeando y se rió más por la rareza de mi supuesto humor que por su contenido. '¡No!, ¡cambiamos la opinión de la gente! Todo surgió de una complicada serie de casos judiciales que involucraban a Wilde, la copia de Wilde en la máquina, la propiedad de Dee por parte de Dave Reid y, por supuesto, la gente virtual rápida. Después de eso, muchos seres inteligentes poseídos comenzaron a reclamar su autopropiedad, y algunas personas se pusieron de su lado, y

la gente nueva de entre los muertos no podía entender cómo alguien podía tratar a los robots de esa manera; no tenían los prejuicios que tenían los primeros humanos aquí.'

"Sí", dije, "Wilde nos lo contó. Dijo que las cosas se estaban poniendo muy calientes justo cuando se fue".

–¡Seguro que sí! Fue lo más cerca que hemos estado de una revolución, con todo el mundo discutiendo en las calles.

–¿Qué pasó con la gente virtual rápida? –pregunté con ligereza.

La expresión de Tamara se ensombreció. –Bueno, después de que Reid y Wilde los usaran para iniciar, la resurrección, todavía sigue en marcha, traemos de vuelta a gente muerta del almacén de materia inteligente todo el tiempo, alrededor de un millón en los últimos cinco años, por eso la ciudad ha crecido tanto y están surgiendo todos los nuevos asentamientos; acabaron con las copias de la gente virtual rápida que habían revivido, y Reid todavía está sentado sobre los originales almacenados. Todavía tiene miedo de otra Singularidad mala. –Hizo una pausa pensativa–. Pero ahora que tus jovianos han empezado a actuar de forma razonable y no se están volviendo locos ni nada, tal vez eso también cambie.

"Estoy segura de que así será", dije. "Reid no se preocupará por una mala Singularidad por mucho más tiempo, no si yo tengo algo que ver con eso".

La mirada complacida de Tamara en respuesta a esta afirmación cierta pero ambigua me avergonzó un poco. Me volví hacia la ventana y miré hacia abajo, a la ciudad que se extendía ante nosotros, tres de sus cinco brazos en escorzo, sus largas calles con sus canales radiales unidos por el canal circular, una estrella de mar brillante en la noche.

IX. UNA UTOPIÍA MODERNA

Los aeropuertos son lugares tranquilos, donde la gente camina tranquilamente por pasillos cubiertos hasta llegar a las aeronaves que los esperan. A los lados del vestíbulo hay mesas con bebidas y aperitivos, salas abiertas con tiendas de suministros que puedes necesitar y que probablemente has olvidado, estantes y estanterías donde puedes curiosear y, si quieres, llevarte un libro, una revista o un disco. Existe un truco, una *cortesía*, para elegir solo la cantidad de entretenimiento que puedas necesitar hasta el final de tu viaje, o al final de una de sus etapas, de modo que puedas colocarlo casualmente en las estanterías de otro aeropuerto. En algunos aeropuertos habrá un grupo de músicos o una troupe de acróbatas o lo que sea. Puedes verlos y escucharlos, o alejarte. Las únicas barreras que encontrarás son para evitar que te adentres en el peligro. A veces ayudarás a otras personas con su equipaje, a veces

pedirás ayuda. Si tiene que esperar mucho para su vuelo, es posible que le apetezca participar en algunas de las actividades de apoyo, asegurándose de que los pasajeros más apurados reciban sus refrescos o libros o que los ayuden con el equipaje pesado o los niños pequeños. Así son los aeropuertos.

En el capitalismo, no lo son. Cuando salí al final de un largo pasillo que iba desde el concurrido campo de aterrizaje hasta el vestíbulo principal del puerto aeroespacial de Ship City, con mis compañeros a mi lado y los ciudadanos más importantes detrás de ellos, me recibieron cientos de personas entusiastas detrás de una barrera, una bandada de periodistas que se precipitaban hacia mí, un resplandor de colores dispares y un estruendo de sonido. Cada metro cuadrado que no era absolutamente necesario para los pasajeros o la gente que los esperaba estaba ocupado por un puesto, una tienda o un quiosco, cada uno de los cuales tenía su propio rectángulo fluorescente encima que anunciaba vuelos, medicamentos, calcetines, cosméticos, lencería, seguros, reservas, taxis u hoteles. El sistema de megafonía emitía una música que sonaba urgente y que resultaba aún más inquietante debido a las frecuentes interrupciones, igualmente urgentes.

Mientras tanto, se desarrollaban otras actividades, aparentemente no relacionadas con nuestra llegada. El amplio pasillo que nos separaba de la multitud que nos daba la bienvenida estaba atravesado de derecha a izquierda por

una sucesión de pequeños vehículos automáticos que arrastraban lentamente remolques cargados, y de hombres y mujeres que avanzaban a paso rápido y —éste era mi primer encuentro de este tipo— lo que parecían hombres—mono de varias especies. Entre ellos, robots, pocos de los cuales eran remotamente humanoides, que acechaban o se escabullían. Fuera del edificio de la terminal, en el otro extremo de la pista de aterrizaje, los sonidos distantes y los resplandores de las cargas pesadas sacudían el aire e iluminaban la noche. Ninguno de los humanos, homínidos o robots que pasaban a toda prisa frente a nosotros nos dedicó más que una mirada curiosa, aunque amistosa.

Dudé un momento, sin saber cómo cruzar aquella corriente de tráfico ligero pero persistente y veloz. Talgarth pasó a mi lado y se internó en medio de ella y, de cara al flujo que se aproximaba, levantó la mano. Este gesto imperioso nos permitió cruzar hasta justo delante de las barreras. Nos recibieron gritos y sonrisas, manos extendidas para tocarnos; sostenían grabadoras y bebés por encima de las cabezas. Talgarth nos condujo más allá de todos ellos, a lo largo de las barreras y doblamos una esquina hacia una zona más tranquila, desde la que incluso los pequeños helicópteros de noticias se habían dado la vuelta. Había bancos acolchados a lo largo de las paredes. Jaime y Boris estaban sentados allí, con aspecto algo agotado, pero hablando con seriedad con dos mujeres jóvenes que

llevaban chaquetas celestes idénticas y faldas a juego. Cuando nos vieron acercarnos, se despidieron de las mujeres (que inmediatamente se levantaron y asumieron extrañas sonrisas fijas) y se unieron a nosotros.

Andrea abrazó a Jaime y yo abracé a Boris y todos nos quedamos dando vueltas por unos minutos, hasta que Talgarth nos reunió a todos nuevamente como un supervisor en una excursión infantil y nos condujo entre un par de grandes puertas corredizas de vidrio hasta el borde de una extensión plana de asfalto, donde estaban estacionados muchos vehículos, uno de los cuales nos esperaba.

Tenía unos siete metros de largo y dos de alto, con grandes ventanas a los lados y un chasis bajo. Un hombre con uniforme gris y gorra de visera gris estaba de pie junto a la puerta abierta y nos regaló otro ejemplo de esa sonrisa extrañamente impersonal. Talgarth le hizo a un lado y nos hizo un gesto para que entráramos en el vehículo. Dentro había filas de asientos cubiertos con algo parecido al cuero, una alfombra en el suelo y un olor a plástico fresco en el aire. Me dirigí al asiento trasero y me senté junto a Boris. Talgarth se sentó en el asiento de delante y el resto de la tripulación ocupó los asientos intermedios. Reid, Dee y Tamara también subieron. Los demás que habían estado con ellos se quedaron atrás, saludándonos con la mano desde la acera, luciendo al mismo tiempo engreídos y excluidos.

Cuando el conductor cerró la puerta y se puso al volante, le dije a Talgarth: "Es un buen detalle de tu parte proporcionarnos esto".

–¿El minibús? –Sonrió–. Es el transporte estándar entre el aeropuerto y la ciudad.

–Bueno, gracias de todos modos –dije–. ¿A dónde vamos?

–Reid ha reservado un piso en el hotel para vosotros, en el mismo edificio que sus oficinas –explicó Talgarth–. Iremos primero a sus oficinas, si no os importa, porque nos gustaría charlar con vosotros en privado antes de organizar cualquier otro evento social.

«Está bien», dije. «Tenemos mucho que discutir».

El aeropuerto se encontraba entre los extremos proximales de dos de los brazos de la ciudad. Detrás de él se extendían kilómetros de terreno llano y abierto, parte del cual parecía cubierto de agua: cuando miré hacia atrás a través de la gran ventana trasera curva y redondeada, los charcos reflejaban el chorro de un cohete que se elevaba. Cuando se desvaneció, otro estalló. Había mucho *trabajo* pesado en marcha. Más adelante, a lo largo de un par de kilómetros de carretera ancha y abierta, se alzaba el centro de la ciudad. Los edificios de los dos brazos convergentes a ambos lados se hacían más altos cuanto más cerca estaban del centro, que estaba dominado por un grupo de torres

altas y esbeltas. No eran tan altas como las torres de la Tierra o los árboles de las cúpulas de los cráteres lunares, pero eran más elegantes que cualquiera de las dos, elevaban la mirada y atrapaban el aliento. Sus tramos inferiores estaban conectados por rampas en espiral o de otro tipo, lo que daba a todo el complejo un aspecto como el fino trabajo de metal de un tocado decorativo. Entre ellos había otros edificios, redondeados, poliédricos; y altos rectángulos de vidrio como aquellos junto a los cuales había visto aterrizar *al Terrible Belleza* hacía apenas quince días.

Todos los edificios resplandecían con las luces de las ventanas, los reflectores y los carteles. Mirábamos hacia delante, embelesados.

"Es hermoso", dijo Suze. Reid, que estaba sentado frente a ella, se dio vuelta y dijo por encima del hombro:

"Lo es, y también es una pequeña broma para nosotros. Las torres más delicadas y las elegantes cúpulas geodésicas fueron diseñadas por gente virtual rápida, basándose en viejas ilustraciones de ciudades futuristas, sólo para decirnos: "Miren, podemos hacerlo mejor".

–Ellos también lo hicieron –dijo Malley. Su risa resonó por encima del zumbido eléctrico del autobús–. Yo mismo recuerdo esas viejas cubiertas de esquife. Malditas rampas en espiral. Nadie las hizo lucir bien, pero quienquiera que construyó esto sí lo hizo.

Me di cuenta de que el conductor no hacía gran cosa y que la mayoría de los demás vehículos que circulaban por la carretera parecían no tener conductor. El conductor era una formalidad, un gesto hacia la idea de que algunas personas sirven a otras, están a su entera disposición; otra de esas cosas capitalistas, como las azafatas con las que Boris había estado hablando y de las que ahora me estaba hablando... Escuché con escepticismo: parecía demasiado impresionado por su adhesión servil al salario.

–Pero ¿son más amables y serviciales que los prójimos que ayudan con los refrescos en un transporte? –pregunté, recordando cómo nos conocimos Suze y yo.

Boris se encogió de hombros. «Tal vez no», dijo de mala gana. «Pero lo hacen todo el tiempo, y lo hacen para conseguir lo que necesitan para vivir, y eso lo hace todo más... intenso».

–¡Ja! –Lo agarré del brazo y me acurruqué a su lado–. Eso sí que es *perverso* –murmuré en su oído–. En el fondo, no eres más que un viejo capitalista de Estado de Sheenisov. Apuesto a que llevas años metido en secreto en juegos sexuales entre burócratas y empleados.

Lo he hecho –gruñó indignado, luego se dio la vuelta y me tocó el costado de la nariz con la punta de la suya y sonrió–. De todos modos, nunca pude conseguir que nadie jugara, pero si eso es lo que *quieres*...

–Ve a trabajar –le dije en voz muy baja. Ni siquiera los que estaban en los asientos contiguos podían haber oído mi crudeza. Pero Dee debía tener –y no es de extrañar– un oído sobrehumano, porque se dio la vuelta y nos miró desde la parte delantera del autobús con una sonrisa amistosa y maliciosa, como si supiera exactamente de qué estábamos hablando. Sentí que me ardían un poco las mejillas y aparté la mirada.

El minibús se deslizaba por una calle entre edificios altos. En las bases de los edificios altos, las aceras eran bastante anchas y estaban bastante concurridas, incluso a esa hora de la tarde. El tráfico era más denso y más lento y, cuando pasábamos, la gente (y las sorprendentes y omnipresentes cuasi-personas, los simios mejorados, los homínidos rediseñados y las máquinas autónomas) que pasaban por la calle se giraban y se quedaban mirando un momento, miraban a su alrededor y sonreían.

«¿Cómo saben que estamos en este autobús?», pregunté.

Dave Reid, que estaba delante, resopló. Señaló una pantalla gris plana que había detrás del asiento del conductor. –Es porque estamos... ah, perdón... –Parecía que lo único que hizo fue chasquear los dedos, irritado, y de repente la pantalla mostró una imagen de nuestro autobús, desde arriba y desde atrás. Miré hacia atrás por la ventanilla trasera y vi los drones que nos perseguían. Los demás en el autobús se rieron. –No los animes –dijo Talgarth, mientras

volvía a mirar la pantalla y veía la parte de atrás de mi cabeza en una imagen ampliada que luego se alejó decepcionadamente.

Los helicópteros de noticias seguían sobrevolando el lugar cuando nos detuvimos al pie de una torre que parecía un gran tronco de hormigón, con altas ventanas distribuidas aparentemente al azar, cerca del centro de la ciudad. Talgarth y Reid nos precedieron al salir del autobús, haciendo gestos hacia los drones como si estuvieran espantando moscas. Cuando bajé, le di las gracias al conductor y me despedí de él, estableciendo contacto visual por primera vez. Sonrió con una mirada ligeramente sorprendida, y sonrió un poco más cuando Dee se detuvo al salir y le dio una propina.

En el interior, el edificio estaba decorado con cuero sintético y madera auténtica, con las inevitables plantas en macetas y la hiedra de interior, y algunas de las paredes estaban hechas de hormigón desnudo. La amplia zona de recepción, cubierta de una gruesa moqueta, tenía el silencio cortés de lo elegante. El ascensor, que contaba con un encargado de uniforme gris que pulsaba los botones, era lo bastante grande para llevarnos a todos cómodamente. También era rápido, su aceleración era casi suficiente para hacerme temblar las rodillas.

Reid nos acompañó hasta una habitación situada junto al pasillo que daba al ascensor. Era una gran antesala que daba

a una pequeña oficina, cuyo pesado escritorio de madera y ventana profunda se veían a través de la puerta abierta. Una disposición rectangular de sillones y sofás de cuero sintético, alrededor de una mesa baja y larga de madera con ceniceros de cristal; luz ambiental tenue; focos cilíndricos negros que resaltaban los cuadros de las paredes, las plantas y el mueble bar.

–Sentaos –dijo Reid. Se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de un asiento en la parte superior de la mesa, marcando su propio territorio, y luego se puso a trabajar en el mueble bar. Talgarth colgó el sombrero y el abrigo, se arremangó la camisa y se sentó, desabrochándose el chaleco. Dee y Tamara esperaron a que tomáramos asiento y luego se sentaron juntas.

La silla en la que me encontraba, con Boris a mi derecha y Malley a mi izquierda, estaba frente a una de las grandes fotografías enmarcadas y bien iluminadas que colgaban de la pared. La mayoría de ellas mostraban a Reid posando con nuevos sistemas de armas o hablando con lo que supuse que eran otros capitalistas y sus hombres a sueldo. La que estaba frente a mí mostraba a Reid y Dee de pie juntos en un amplio escalón frente a una enorme puerta arqueada con una multitud de personas a su alrededor.

El hombre que estaba de pie junto a Reid se parecía a Jonathan Wilde, y la mujer que estaba de pie junto a Dee se parecía a Dee: misma altura, misma complexión, misma

cara. Me di cuenta con un sobresalto de que estaba viendo el original de Dee y la copia de Wilde, que se había alojado aquí. Los dos hombres llevaban abrigos y pantalones negros y corbatas de colores, y la mujer que estaba de pie junto a Dee llevaba un vestido verde largo y estrecho de discreta elegancia.

Dee lucía una sonrisa petulante y un vestido de satén blanco muy elegante con corpiño ajustado, mangas abullonadas y una falda larga hasta el suelo, todo decorado con abalorios, calados, paneles, costuras, pasamanería y volantes de organza: no se había pasado por alto ni un solo truco caro y barato de exceso exuberante que llenara los ojos. En la cabeza llevaba una tiara plateada de la que una cascada de tul bordado caía por su espalda y por el amplio y ondulado fondo de la cola de la falda. Todo aquel conjunto empalagoso parecía el disfraz de algún carnaval en el que las consideraciones de impacto visual prevalecían sobre las de gusto; le di un empujoncito al traje para que grabara y quedara constancia de ello, para la próxima vez que quisiera hacer una entrada triunfal en una de nuestras fiestas más alocadas.

Reid colocó algunas bandejas con vasos sobre la mesa, luego botellas de licor, cerveza, agua tónica, agua corriente y cola. "Sírvanse ustedes mismos", dijo, y mientras lo hacíamos, se sentó en el asiento de la parte superior de la mesa con una botella de cerveza frente a él. Cuando todos estuvimos preparados para las bebidas, se reclinó en su silla

y se pasó los dedos por su largo y espeso cabello negro varias veces, de una manera bastante distraída, luego encendió un cigarrillo. Dejó escapar un largo suspiro ahumado.

–Bueno –dijo–. No hay nada como un poco de paz y tranquilidad. Esta habitación es lo más segura que se puede conseguir, y además está dentro de una jaula de Faraday. Tengo entendido que hay alambre de entrecruzado en el hormigón; bastante eficaz. –Miró lo que parecía un reloj de pulsera y luego a mí–. Bueno, Ellen, me temo que tu señal de televisión encriptada no llegará más allá de las paredes. –Sonrió–. Sólo te lo digo, no hay problema. Siéntete libre de grabar lo que sea e informar a tu Comité o lo que sea; después te daré facilidades de comunicación y privacidad total, si quieres.

Asentí. “Bien.”

–Bien –dijo Reid, mirándonos a todos a su alrededor–. Así que vayamos al grano. Si quieren hacer tratos con la gente de aquí, les convendría que primero lo hicieran con nosotros. Talgarth es dueño de un tribunal, que en este momento es aceptado por los demás tribunales como... un tribunal de última instancia, en particular para los problemas de interfaz hombre–máquina. Dee y yo dirigimos la mayor agencia de protección, que curiosamente es la que se ha llevado su contrato. Tamara tiene la confianza de una parte importante de la población de la ciudad, por no hablar de su

capacidad para convocar una huelga general en cualquier momento.

Tamara sonrió y abrió las manos. "En realidad, no."

–Eres demasiado modesta –dijo Reid–. No estamos a cargo aquí, ciertamente no estamos de acuerdo, y soy mucho menos jefe de la ciudad de lo que era antes de que toda la gente que había muerto empezara a llegar. –Sonrió con ironía–. Pero cualquiera de nosotros podría hacer o deshacer vuestras posibilidades de llevaros bien con la gente y las máquinas de esta ciudad. No lo digo como una amenaza, solo como un hecho. Supongo que tenéis un estatus similar en el lugar de donde venís, y no sois –sus ojos se arrugaron– solo un grupo de cosmonautas rasos.

"En cierto modo lo somos", dije. "No tenemos ningún estatus especial, pero sí tenemos el mandato de negociar y tomar las medidas que consideremos necesarias".

–¿En nombre de treinta mil millones de personas? –preguntó Reid, mirándome con los párpados entornados y una nube de humo. En algún lugar se puso en marcha un extractor de aire.

Me encogí de hombros. "Más o menos, en el sentido de que tendremos que responderles, y ellos decidieron a favor de las líneas generales de lo que estamos aquí para hacer".

–¿Y qué es eso? –preguntó Reid con deliberada naturalidad.

Bebí un sorbo de whisky con agua. Decidí que el gusto por el whisky podía adquirirse. Malley jugueteaba con su pipa y Suze se examinaba las uñas.

–Estamos aquí –dije con cuidado– para asegurarnos de que la gente virtual rápida de su lado del agujero de gusano no sea una amenaza para nosotros, así como podemos asegurarnos de que los de nuestro lado no sean una amenaza para ustedes.

Reid y Talgarth se inclinaron hacia delante al mismo tiempo, con la misma expresión alerta y cautelosa.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Talgarth.

–Wilde... –Negué con la cabeza–. El otro, al que llamáis Jay–Dub. Nos dijo que toda la cuestión de los «derechos de los robots» estaba relacionada con la de revivir a los seres humanos, y que cuando se fueron, el bando de los derechos de los robots parecía estar ganando la discusión. Naturalmente, estábamos preocupados. Debo decir que me sentí aliviada al saber por Tamara que todavía te resistes a cualquier sugerencia de revivirlos. ¿Puedes garantizar que la cuestión quedará cerrada?

«¿Qué garantías aceptarías?», preguntó Reid.

«*Nada menos que su destrucción*», pensé. «¿Qué puedes ofrecer?», pregunté. Reid sabía muy bien que no había respondido a su pregunta, pero no me presionó al respecto. Se inclinó hacia delante, con el codo apoyado en la rodilla y los dedos con el cigarrillo en los labios.

«¿Qué hay de mi... nuestra... convicción constante de que sería peligroso volver a manipularlos?».

–Ya los has manipulado una vez –dije–. Y los resultados, en lo que a ti respecta, han sido totalmente beneficiosos: te has reunido con gente que habías perdido, has ganado una población que parece haber aumentado materialmente la prosperidad de tu ciudad, has conseguido que... Jay–Dub pasara por el agujero de gusano, etcétera. Ahora bien, no recuerdo mucho sobre el capitalismo, pero otros de nosotros sí, y creo que es seguro decir que en algún momento la tentación de dejar que el genio salga de la botella de nuevo; obtener unas cuantas respuestas más útiles a problemas insolubles y, de ese modo, dar a tu empresa una ventaja competitiva, podría ser difícil de resistir.

Reid se inclinó hacia atrás y me miró fijamente. –Es un argumento totalmente válido –me sorprendió al decirlo, y luego no me sorprendió en absoluto al continuar–. *Sin embargo...* creo que puedes confiar en que no lo haré hasta que sea seguro. –Miró a Talgarth–. ¿Qué fue lo que ofrecí? ¿Dejar que lo hiciera cualquiera que pudiera proporcionar

una plataforma espacial aislada rodeada de láseres con paredes de fuego y respaldos nucleares de caída libre?

Talgarth sonrió y asintió.

–Oye... –dijo Boris, con esa mirada que se ve en los dibujos animados cuando una bombilla se enciende y escribe *IDEA* en mayúsculas.

–Sin *embargo* –lo interrumpí con firmeza–, lo hiciste, ¿con qué? Con *Baba azul* en lugar de armas pesadas, y te saliste con la tuya. ¿Qué te impide hacerlo otra vez?

"Los derechos de la gente de buena voluntad", dijo Reid, muy serio.

“¿*Qué* “derechos”?, pregunté. Si hubiéramos estado hablando de un cultivo bacteriano, no podría haber estado más sorprendida.

–Ah, ya sabes. –Reid agitó las manos–. Lo de siempre: la vida, la libertad y la felicidad que se buscan.

Me recosté y me reí. "Pero en serio", dije, "¿qué te lo impide?".

Reid apagó su cigarrillo y me miró fijamente.

–Lo digo *en serio*. Sería un error volver a hacer lo que hicimos hace cinco años. En su momento estuvo mal, pero

–hizo una mueca– no sabíamos hacerlo mejor. Estaría bien revivir a los seres virtuales rápidos y estar preparados para defendernos de ellos (ese es el escenario de los láseres y las armas nucleares), pero no resucitarlos y luego eliminarlos tan pronto como obtuviéramos de ellos lo que queríamos. Así que no tienen por qué preocuparse de que lo hagamos.

Talgarth asintió con la cabeza. Fruncí el ceño, tratando de entenderlo. Dee y Tamara me observaban con más atención que los hombres.

–Te ofreciste a hacerlo por mí –dije–. Para vengarme.

Reid me dirigió una fría sonrisa. "Sabía que rechazarías la oferta. Eres una mujer inteligente".

Me pregunté cómo habría reaccionado si hubiera aceptado, pero pensé que sería mejor dejar de lado esa pregunta incómoda y volver al punto principal.

–¿Nos estás diciendo que no podemos confiar en que no los revivas, pero sí podemos confiar en que no los eliminarás si lo haces?

–Eso es todo –convino Reid alegremente–. Pero, como digo, no los reviviremos sin una defensa adecuada, y no hay muchas posibilidades de que eso ocurra en el futuro cercano.

Podía prever bastantes futuros en los que la idea de Reid de una "defensa adecuada" podría diferir de la mía, y en los que, en cualquier caso, tendría una fuerte motivación para engañarse a sí mismo sobre cuánta defensa necesitaría. Pero lo dejé pasar, por ahora, y traté de encontrarle la vuelta.

–Según Wilde –dije lentamente–, antes pensabas de manera muy diferente. Antes creías que la gente virtual rápida, de hecho todas las IA y las cargas, eran líneas planas, no realmente conscientes. Y ahora dices que toda nuestra seguridad depende de que sigas creyendo lo contrario. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Reid nos dio a todos una gran sonrisa tonta y feliz. "Dee", dijo.

Sacudí la cabeza y miré a los compañeros y luego a Dee, que me miraba fijamente. Tenía la incómoda sensación de que ella sabía lo que estaba pensando.

–No lo entiendo muy bien –dije, mintiendo diplomáticamente.

–Es bastante comprensible –dijo Reid secamente–. Es una cuestión de experiencia. Descubrí que no podía seguir pensando en Dee como antes de que se volviera autónoma. –Le sonrió a Dee–. Antes de que me abandonara. Mirando atrás, tengo que decir que mi, eh, relación con ella antes de eso era un poco triste y enfermiza, pero hay que tener en

cuenta las costumbres locales. Las parejas ginoides o androides eran un símbolo de éxito para la gente rica. Algo muy capitalista. –Sonrió, con un destello de vergüenza–. De todos modos, después de todas las pruebas y desafíos por los que me hizo pasar, después de la resurrección, después de que la conocí de nuevo... me resultó imposible considerarla algo menos que una persona. No una imitación astuta, no una línea plana, sino una mujer real, a la que amaba y que *me amaba*. Y como yo había negado frecuente, notoria y públicamente que ella o cualquier otra persona artificial fueran personas reales, no tuve más opción que reconocer el error de mis acciones de una manera muy pública y decisiva.

Miró la gran fotografía que estaba frente a mí y luego volvió a sonreírle a Dee. "Me casé con ella".

¡Así *que esa* era la ocasión! El matrimonio significaba una declaración pública de una especie de posesión mutua: una costumbre extraña y antigua, poco común en la Unión pero aparentemente muy extendida aquí. Y Reid había asumido ese compromiso, con esta máquina de bonito cuerpo y bonito vestido, después de poseerla y usarla durante años. Esperaba que mi rostro no mostrara ningún rastro de repulsión.

–Ellen –dijo Dee–, en realidad no importa lo que pienses de nosotros, de mí. –Se levantó, rodeó la mesa y se sentó en el borde, justo frente a mí. No pude evitar su mirada de ojos

verdes—. Sé que piensas que soy una máquina. «Solo una maldita máquina», ¿no? Pero sé que soy humana, y si me conocieras durante un tiempo, descubrirías que no podrías tratarme de otra manera. No puedes poseerme, no puedes usarme, no puedes encenderme y apagarme. ¡Puedes intentarlo! Y si tuvieras el poder de obligarme, podrías sacar algo de mí. Pero no sacarías mucho, y no *me conseguirías*. Si quieres sacar todo lo que se puede sacar de esta máquina, con todas sus capacidades, tienes que dejarme *decidir* usar esas capacidades. Si soy una máquina, Ellen, soy una que no funciona (*no puede funcionar*) correctamente a menos que sea libre.

Ella extendió la mano y me tocó la cara. No me inmuté. "Y tú también. Así que tratemos de ser amables la una con la otra, ¿de acuerdo?"

Se levantó de nuevo, volvió a su silla y se sentó junto a Tamara. Miré de reojo a Suze, que miraba a Dee, y a Yeng, que miraba al suelo.

«Supongo», dijo Malley, «que alguien acaba de pasar la prueba de Turing».

Hubo un momento de risas y se alivió la tensión. Reid se acercó y tomó la mano de Dee. "Ella la pasó hace mucho tiempo", dijo.

Dee le sonrió a él y luego a mí. La calidez de su sonrisa me dejó helada tanto como la pasión y la coherencia de su razonamiento y el suave roce de sus suaves dedos. Fue como uno de esos momentos extraños en los que estás mirando lo que crees que es una ramita o una hoja y, de repente, extiende sus alas y se va volando.

–Está bien –le dije a Reid–. Acepto que es poco probable que cambies tu opinión sobre la conciencia de las máquinas.

Yeng seguía examinando el suelo. De repente, levantó la cabeza de golpe. –¿Y *qué*? –dijo con fiereza–. Todos pueden creerlo si quieren. La negación de la sensibilidad de las máquinas no forma parte del *verdadero conocimiento*, es sólo una opinión que tenían los descubridores, un... –Su mano hizo como si buscara una palabra que estaba fuera de su alcance.

–Obiter *dictum*²² –sugirió Talgarth con gravedad.

Dudaba que Yeng hubiera oído antes esa frase, pero asintió con energía. –¡Sí! Algo así. Todas las cosas que dijo Dee forman parte del *verdadero conocimiento*. Lo mismo ocurre con las personas. Si queremos sacar el máximo

22 Obiter dictum (generalmente utilizado en su forma plural, obiter dicta) es una expresión en latín que literalmente en español significa 'dicho de paso'. Hace referencia a aquellos argumentos expuestos en la parte considerativa de una sentencia o resolución judicial que corroboran la decisión principal, pero que carecen de poder vinculante, pues su naturaleza es meramente complementaria.

partido a nuestras vidas, tenemos que sacar el máximo partido de los demás, y eso significa no tratar a las personas como menos de lo que son. –Hizo una pausa y frunció el ceño, como si estuviera descifrando algo. Me sentí mal por ella: la disonancia cognitiva de dejarse engañar por la sorprendente imitación de Dee debe haber sido dolorosa–. A menos que obtengamos más haciendo eso, por supuesto, lo que no sucede muy a menudo. Si nos encontramos con máquinas a las que se les aplica lo mismo, podemos vivir con ello. –Se rió, sin humor–. ¡Tal vez tengamos que hacerlo! Nada de esto cambia el otro problema, el de cómo tratamos con máquinas mucho más poderosas que nosotros, que –o quiénes, por lo que a mí respecta– podrían ser *más* que personas. No podemos vivir con seres para los que somos como hormigas.

«Y seríamos como langostas ante sus ojos», dijo Reid, aparentemente citando un texto poco conocido. «¿*Por qué* creen que no podemos coexistir?»

"Porque tendrían poder sobre nosotros", dijo Yeng, explicando lo obvio.

"Tener más poder que nosotros", dijo Reid con la misma paciencia, "no significa lo mismo que tener *poder sobre* nosotros".

–Está bien –dijo Yeng–, pero lo tendrían y siempre podrían usarlo, tal como lo hiciste tú con la gente virtual rápida que reviviste.

–Ah –dijo Reid–. «Ellos». Qué interesante. Entiendo que estáis negociando con esos jovianos. ¿Cómo lo estás haciendo?

Eché un vistazo alrededor del equipo. Nadie me lanzó una mirada de advertencia, así que les expliqué cómo se había establecido el contacto y cómo se estaban llevando a cabo las comunicaciones.

"Entonces", dijo Reid cuando terminé, "¿cuántos de ellos hay?"

Me encogí de hombros. 'Millones, posiblemente. Miles por lo menos'.

–Y son una especie de mente colmena, ¿no? ¿Una entidad colectiva gigantesca?

"No", le dije, sin saber muy bien a qué se refería. "Dicen que son individuos y todas las pruebas que tenemos indican que eso es lo que son".

–¿Se trata entonces de una especie de totalitarismo? ¿Cada uno subordinado a una única voluntad, como decía Lenin? ¿O de una anarquía angelical en la que todos están de acuerdo sobre el bien común evidente?

–Por supuesto que no –dije con impaciencia–. Hemos notado signos de desacuerdo entre ellos. Se toman el tiempo para discutir y luego vuelven a nosotros.

Reid sonrió a Talgarth y se golpeó la palma de la mano con el puño. "¡Ja!", exclamó exultante. "¡Lo sabía!".

"¿Sabías qué?", pregunté.

–Que vosotros estaréis negociando con los jovianos como si fueran *una* entidad colmena. ¡Y como si vosotros también lo fuerais, ya puestos! –Se rió entre dientes con tristeza–. Y habéis cometido el mismo error con nosotros –añadió–. Cuando dije que no estábamos al mando aquí, lo decía en serio. Mientras hablábamos, bastante gente emprendedora ha estado actuando. Gente que ha estado pensando en el futuro, diseñando con anticipación, planificando con antelación, durante los cinco años que ha tardado en llegar una confirmación de que era seguro atravesar la Puerta. Y ahora que lo ha hecho, ahora que *estáis* aquí, han estado luchando por poner naves en órbita, listas para atravesarla. Ha habido un pequeña carrera para ser los primeros, pero estoy seguro de que las agencias de protección están manteniendo el orden en la cola de naves que debe estar formándose ahora mismo cerca del agujero de gusano.

Tomó un trago de su cerveza y encendió un cigarrillo, disfrutando descaradamente de nuestras miradas de

sorpresa y de la indignación ardiente de Tamara (al parecer, esto también era nuevo para ella).

–¿Para hacer qué? –pregunté, gritando por encima del resto.

Reid se reclinó, juntó las manos y crujió los nudillos. –Para comerciar –dijo–. ¿Qué más?

Me reí. "No obtendrán muchos beneficios comerciando con nosotros", dije. "Y, además, no conocen el camino".

–No, no lo saben –dijo Reid–. Pero yo sí. Lo conseguí de la gente virtual rápida, ¿recuerdas?, igual que conseguí el camino para ir en otras direcciones. Y lo voy a vender. –Hizo un gesto de echar un vistazo a su reloj de pulsera–. En cualquier momento deberían empezar a llegar las ofertas.

Tony se inclinó hacia delante. –Muy inteligente –dijo–. Pero, francamente, estarán desperdiciando su dinero. Las empresas a las que estás a punto de vender este secreto no estarán muy contentas cuando descubran que no necesitamos nada de lo que tenéis para ofrecer y que nada de lo nuestro está a la venta a ningún precio. Ya sea porque lo compartimos gratis o porque no te lo daremos a cambio de dinero. Como dijo Ellen, no hay mucho beneficio en eso. –Aproveché este momento para sentarse y parecer presumido.

–No estoy muy seguro de eso –dijo Reid, agitando la mano con indiferencia–. No es que importe. De todos modos, la mayoría de las empresas de las que hablo no están tan interesadas en comerciar con gente de la Unión Solar.

–Entonces, ¿quién...? –Me detuve, no dispuesta a aceptar la respuesta obvia–. Oh, no. No lo haréis.

–Lo haremos –dijo Reid con calma–. Vamos a comerciar con los jovianos.

Por un momento, todos nos quedamos atónitos y en silencio. Fue Yeng quien habló primero, con su voz normalmente aguda y llena de ira y preocupación.

–Esto es una locura –dijo–. ¡*Mirad* cómo estáis! He visto cómo funcionan las comunicaciones aquí: tenéis radio para todo, ordenadores electrónicos por todas partes, incluidos vuestros cuerpos, ¡y muchos de vosotros tenéis enlaces descendentes corticales! Interfaces electrónicas directas con vuestros cerebros, ¿verdad? Sois *ridículamente* vulnerables, estáis absolutamente desnudos ante el ataque y la toma de posesión viral. ¡Sois un *medio de cultivo* para esas cosas! Los jovianos podrían *devorar* vuestras mentes vivas, y nunca lo sabríais.

–Lo hemos considerado –dijo Reid con calma–. Confiamos en que nuestras contramedidas los mantendrán a raya si los

jovianos se comportan de forma tan traicionera como ustedes parecen esperar.

–¡Contramedidas! –La voz de Yeng desprendía desprecio–. Hemos luchado en primera línea durante dos siglos contra sus plagas de virus para desarrollar contramedidas, y aún así no contemplaríamos lo que usted sugiere.

Reid se encogió de hombros y sonrió. –Estamos bastante seguros de que lo hemos hecho mejor, porque... –Se detuvo–. Tenemos mejores computadoras –terminó, un poco sin convicción, pensó; pero podría haber tenido más que decir y no lo dijo.

–No... –comencé, entonces Boris levantó la mano y me lanzó una mirada rápida.

–Todo es irrelevante –dijo Boris–. Porque si sus naves pasan por la Milla Malley, pueden estar seguros de que la División Cassini (nuestra agencia de defensa, nuestras naves) las destruirá. La División asumirá que todo lo que pase es hostil, a menos que les digamos lo contrario.

–Entonces –dijo Reid–, te sugiero encarecidamente que hagas precisamente eso. Ponte en contacto con tu Comité Central, o con quien sea, y diles que nos dejen pasar. Porque si no lo haces y tus naves atacan a las nuestras, los cazas de Protección Mutua que cubren a los comerciantes tomarán las medidas necesarias para defenderlos.

Boris y Andrea se rieron a carcajadas al mismo tiempo. El resto del equipo parecía, al menos, divertido. Incluso Malley esbozó una leve sonrisa escéptica ante la aparente fanfarronería de Reid. Malley había visto nuestras naves, y Reid no.

–Pueden intentarlo –dijo Boris y se rió de nuevo–. ¡Pueden intentarlo!

Reid se puso de pie, se acercó a la pared y apoyó la mano en ella, junto a una foto de él mismo junto a una elegante máquina, algo así como un avión de combate a reacción de la Tercera Guerra Mundial. Dio una calada a su cigarrillo y nos dirigió una mirada fría y evaluadora. Sabía lo que iba a pasar a continuación, así que hablé primero.

"Supongo que ya has revisado la *Carbon Conscience* ", dije. "La has escaneado, tal vez has intentado enviar una pequeña cámara. Cuéntanos qué has encontrado".

–Sí, lo hemos hecho –dijo Reid, con un ligero balanceo involuntario hacia atrás que me animó un poco. Boris se erizó; mi rápida mirada oscura lo hizo retroceder–. Nos acercamos mucho más a él que al *Terrible Belleza*. –Esta vez fue su turno de un breve regodeo interior, ya que traicioné mi sorpresa–. Oh, sí, el señor Powell tenía nuestros controles remotos en funcionamiento tan pronto como se fue –continuó Reid–. Un tipo muy servicial y amigable, un alma de absoluta bondad, como estoy seguro de que estará de

acuerdo. Ahora, sobre la *Carbon Conscience*... –Miró por encima de nuestras cabezas, sus ojos se movían de un lado a otro como si estuviera mirando una imagen virtual–. Es un buen caza, os lo concedo. Pero también lo era el MiG-29, y todos sabemos cómo se comportó contra los EFA polacos. –Hizo una pausa, frunciendo el ceño–. Tal vez no todos lo sepamos. No muy bien, es así. Y déjenme decirles, si sus cazabombarderos se topan con *estos*... –señaló con el pulgar hacia el avión espacial en la foto–, nunca sabrán qué los golpeó.

–Entonces, ¿no entraste? –pregunté en el tono más informal que pude.

Reid se encogió de hombros. –No fue necesario –dijo, con la misma ligereza–. La inspección externa fue suficiente.

Boris estuvo a punto de dar otro bandazo hacia delante; ante mi brusco gesto, se echó hacia atrás de nuevo, con el ceño fruncido. Esperaba que Reid se hubiera dado cuenta; apenas pude contenerme para no dar un puñetazo al aire y gritar: "¡SÍ! ¡Pruébalo tú, banquero!".

Porque si no hubieran podido penetrar las defensas pasivas del cazabombardero, seguro que no habrían podido derrotarlo en combate. Era un objeto feo y parecido a un insecto, aquel caza; parecía más un ornitóptero que una nave espacial, y mucho menos un avión espacial; pero estaba construido para el combate más difícil imaginable,

maniobras rápidas en espacios reducidos en el espacio, y había evolucionado a partir de dos siglos de derribar cualquier cosa más grande que una molécula que se atreviera a despegar de Júpiter, y de una experiencia aún más prolongada de trabajo en fracciones de segundo dentro de núcleos de cometas en desintegración.

El único problema que podía prever al enfrentar a nuestros cazas contra los de Reid era uno que él seguramente no habría considerado: muy pocos de nuestros pilotos habían matado a un humano, y esos pocos hacía mucho tiempo, que podrían dudar fatalmente ante la muerte. No era una debilidad que los de su lado probablemente compartieran.

"Nuestros cazas están completamente automatizados", dijo Reid, "no hay ningún humano en el circuito. Eso pone a tu bando en mayor desventaja, ¿no crees?"

"Oh, no, no es así", pensé con una oleada de alegría. Los aplastaríamos sin una sola mota de carbono en nuestras conciencias.

–Veo que no estás de acuerdo –continuó–. Quizá deberías ver cómo se hacen. –Hizo un gesto con la mano para dar una palmada. Las luces se atenuaron aún más y, sobre la mesa, apareció un holograma. De seis pies de altura, mostraba un nódulo oscuro y lleno de hoyos que giraba lentamente de un extremo a otro. En su superficie bullían manchas de luz y se

desprendían pequeñas cosas brillantes, como limaduras de hierro.

"Condrita carbonácea, con nanofábricas", dijo Reid. "Ahora mirémoslo un poco más de cerca". El holograma se encogió hasta quedar en una zona de la superficie del cuerpo, que luego se expandió. Las manchas hirvientes se convirtieron en enormes construcciones de tuberías, taladros y cubas: las pequeñas cosas brillantes, decenas y cientos de aviones espaciales como el de la imagen.

"Esto se ha acelerado, por supuesto", reconoció Reid. "Los ensambladores tardan un día en montar cada caza, pero como pueden ver (la imagen se amplió de nuevo) tenemos muchos *ensambladores*".

El holograma desapareció y las luces volvieron a encenderse. Mientras aún estábamos parpadeando, Reid se acercó y se sentó de nuevo.

"Aunque creáis que vuestros combatientes pueden vencer a los nuestros en un duelo uno a uno (cosa que no creo), debéis tener en cuenta el desgaste. No será uno a uno, sino más bien cientos a uno, y seguirán atacando".

La sala quedó en silencio. Todavía podíamos derrotarlos, pensé. Contábamos con más que los cazabombarderos. Contábamos con los láseres mucho más potentes de Calisto; con los fuertes orbitales con armas nucleares; con las

trincheras de las otras lunas. Contábamos con las fuerzas de defensa del Sistema Interior. Si llegaba el momento de la última batalla, contábamos con la población de la propia Tierra.

Pero los nuevos marcianos también tendrían más que cazabombarderos, y podrían tener dioses de su lado, y no sólo los jovianos, incluso si encontraran aliados allí. Tenían a su propia gente virtual rápida, en sus tanques de almacenamiento de materia inteligente en las montañas; suponiendo que no estuvieran ya en funcionamiento, un engaño del que yo creía que Reid era perfectamente capaz.

El desgaste sería terrible, en efecto, para ambos bandos, y todavía teníamos que ocuparnos de los jovianos. No podíamos permitirnos esa distracción.

Sonreí y me puse de pie. –¿No es fantástico que hablar de las cosas pueda evitar peleas? –dije–. ¿Cómo hemos acabado hablando de peleas? Por supuesto que puedes venir. Si quieres tratar directamente con los jovianos, eres bienvenido a intentarlo. Es bajo tu propio riesgo, como siempre dice la letra pequeña capitalista. Puede que incluso nos estés haciendo un favor al correr ese riesgo en nuestro nombre. Podemos cuidar de nosotros mismos, pase lo que pase.

Mi equipo me miraba con una consternación apenas disimulada. Incluso Malley y Suze parecían preocupados. Me

alejé por completo de Reid y sus compañeros y les guiñé un ojo tembloroso.

–Entonces, Dave –continué, volviéndome hacia él–, ¿qué hay de esa oferta de una sala de comunicaciones segura? Creo que es hora de aceptarla.

–Trajes duros, comunicaciones por radio, criptografía avanzada –dije. Nuestras ropas se solidificaron y luego se convirtieron en armaduras a nuestro alrededor. La pequeña habitación en la parte superior de la torre de Reid tenía una estantería a su alrededor llena de paneles de control de comunicaciones, con más menús de ayuda de los que podíamos usar. Todo a prueba de idiotas, nos había asegurado alegremente Reid, cerrando la puerta detrás de él.

Con sus trajes reconfigurados, los compañeros parecían robots humanoides sin rostro con acabados de aluminio anodizado en una variedad de colores brillantes. Nadie podía siquiera leer nuestros labios, y el enmascaramiento más profundo de la criptografía mantendría nuestras comunicaciones seguras, a menos que la computación neomarciana estuviera tan adelantada a la nuestra que bien podríamos rendirnos ahora. Las voces de los camaradas se oían en los espacios muertos del canal criptográfico.

Presioné el control remoto. –Intentad hablar de uno en uno –dije con cansancio. Tenía hambre, estaba irritable y era

una de las primeras personas en la historia en sufrir el *jet lag*²³ de la nave espacial-. Boris, la silla te reconoce.

–Ja, ja, Ellen. ¿A qué estás jugando? No podemos dejarlos pasar, definitivamente no ahora.

–No podemos luchar contra ellos *ahora* –dije–. Espero que ninguno de nosotros haya mencionado el impacto. Faltan ocho días. Necesitamos que nuestras fuerzas estén intactas para eso, por si acaso... Podríamos detener una fuga determinada desde este lado, o podríamos asegurarnos de que los cometas no se desvíen en la dirección equivocada. No podemos contar con hacer ambas cosas.

–Estas no son las únicas opciones –dijo Tony–. Y todavía tenemos que hacer...

"Lo sé, lo sé", dije.

–¿Hacer qué? –preguntó Malley.

–Asegurarnos de que Reid no desencadene otra Singularidad desbocada –dije–. Si es que no lo ha hecho ya. No te preocupes, nos ocuparemos de eso. Ahora mismo, las decisiones no dependen de nosotros. Lo que tenemos que

23 El jet lag es un desequilibrio producido entre el reloj biológico de una persona y el nuevo horario que se establece al viajar largas distancias a través de varias regiones horarias, o si la hora cambia en verano e invierno.

hacer es ponernos en contacto con la División y dejar que ellos decidan. Yeng, por favor, hazlo.

Yeng obedeció y, mientras estaba estableciendo un enlace láser con el satélite de retransmisión de comunicaciones (ahora, presumiblemente, en algún lugar entre una creciente flota de naves que compartían su órbita y la del agujero de gusano), activé una pantalla dentro de mi casco e hice una edición preliminar del registro de eventos recientes del traje. Me aseguré de que las declaraciones más informativas de Reid estuvieran allí completas, para que no hubiera dudas sobre lo que estaba diciendo.

–Listo –dijo la voz de Yeng–. Enlace de conferencia encriptado. Todos verán al Comité como una vista virtual en sus cascos y ellos verán nuestras caras.

Caras preocupadas, en ambos lados.

–¿Estáis bien? –preguntó Tatsuro–. No hemos tenido contacto durante más de una hora, desde que entrasteis en esa torre.

–Hemos estado en una jaula de Faraday –dije–. Estamos bien. Ha ocurrido un... acontecimiento inesperado. Os lo contaré en un minuto. ¿Cómo van las cosas por vuestro lado?

Tatsuro se masajeó las cejas, dejando pequeños y parejos cabellos desgreñados. –Bien, bien –dijo–. Los jovianos

finalmente lograron apagar las transmisiones virales. Eso es al menos una muestra de buena voluntad, pero todavía no estamos abriendo ningún canal de radio. Su propio tráfico atmosférico ha comenzado a aumentar nuevamente. Además, han detectado el tren de cometas que se aproxima. Pueden ver que se dirige a una órbita de honda, pero plantearon el asunto con toda la apariencia de preocupación.

"No puedo decir que los culpe".

—Les hemos dicho que es una rutina para la terraformación marciana. Les mostramos los registros de nuestros sobrevuelos cometarios anteriores, que han comprobado con lo que llaman archivos del tiempo del sueño. Parecen más tranquilos. Ahora, en cuanto a vuestra posición, el relé ha detectado y ha informado de una acumulación de naves en aquel lado. ¿Qué está pasando?

Me llevó unos diez minutos decírselo, y desde mi traje se proyectaron fragmentos de nuestra conversación directamente a sus pantallas. La consternación que se generó fue casi divertida de ver; las discusiones enfadadas y murmuradas se hicieron eco de las nuestras y las amplificaron. Terminé con mi evaluación de las probabilidades.

—Bueno —dijo Tatsuro cuando terminé—, esto es ciertamente una complicación. Preferiría que no le hubieras

dicho a Reid que las naves de su bando podrían pasar. ¿No es ese un asunto que compete al Consejo Solar, o al menos a su delegado?

–Ah –dije. Casi me había olvidado de ese pequeño detalle. El delegado del Consejo Solar tenía –o representaba, más bien– el poder máximo sobre nosotros. A pesar del inmenso y concentrado poder de la División, no podía prevalecer contra la voluntad de la Tierra y las fuerzas de Defensa Terrestre del Sistema Interior, no a largo plazo, no teniendo en cuenta el desgaste, y no, debido a los acuerdos consensuados.

–Su nave de fusión acaba de entrar en órbita alrededor de Calisto –continuó Tatsuro–. Tiene unos cuantos cazas del Sistema Interior acoplados. ¿Podemos esperar la hora o más que tardará en llegar el delegado?

–La decisión no puede esperar –dije–. Reid está “vendiendo” las coordenadas a la flota mercante en este momento.

Tatsuro meneó la cabeza en señal de reproche, pero con un brillo de diversión irónica en sus ojos cuando dijo: "Podrías haber intentado argumentar a favor de un retraso de... ¡un poco más de una semana!".

«Todavía podríamos hacerlo», dije.

Suze levantó la mano y habló: «Si me lo permiten, compañeros... camaradas. No creo que eso funcione. Estamos tratando con capitalistas. Esperarán *que* les demos largas y sospecharán que los estamos engañando, es decir, que hacemos nuestro propio trato con los jovianos y los dejamos fuera de juego».

–Lo cual podría no ser una mala idea –dijo Clarity, frunciendo el ceño hacia nosotros a través de años luz y milenios.

–¡Claro que sí! –dijo Suze–. Si sé algo sobre esta gente, es que seguirían adelante, compitiendo entre ellos para ser los primeros en cerrar un trato. Su modo de vida se basa en asumir grandes riesgos para obtener mayores beneficios.

–Y no hay mucho riesgo, por cierto –dije con amargura–. Probablemente todos hayan tomado medidas de seguridad y todos intentarán diferentes enfoques y seguirán intentándolo hasta que uno tenga éxito.

–O hasta que los jovianos los infecten a todos y los conviertan en marionetas –dijo Yeng–. Marionetas que puedan luchar contra nosotros en el espacio.

Tatsuro hizo un gesto con la mano. –Como sea. Propongo que los dejemos pasar. Estoy de acuerdo con el análisis de Ellen. Si ocurre lo que teme Yeng, todavía estaremos en mejor posición para luchar si nuestras propias fuerzas están

intactas. Sin embargo, creo que deberíamos insistir en que algunos de nuestros propios combatientes atraviesen el agujero de gusano y tomen posiciones en el lado neomarciano.

–Me opongo –dijo Joe Lutterloh–. No deberíamos abrir la Unión Solar a los banqueros y no deberíamos permitirles comerciar con los jovianos, que siguen siendo un peligro para nosotros.

Después de unos minutos más de debate, se procedió a la votación sobre la posibilidad de dejar pasar a los capitalistas. Ocho votos a favor y cuatro en contra.

Tatsuro no se detuvo ni un segundo. –Aceptado –dijo, mientras las manos bajaban–. Así que, camaradas, vayan y díganle a Reid que sus comerciantes y combatientes pueden pasar, con la condición de que nuestros combatientes puedan hacer lo mismo. Hágannos saber si está de acuerdo o no. Obviamente deben hacer todo lo posible por regresar a sus naves. Entiendo por qué tuvieron que dejarlas, pero no las dejen por mucho tiempo. Lleven sus naves de regreso al espacio, si pueden, y prepárense para un bombardeo, en el lugar donde se almacenan las plantillas de gente rápida. Y mientras tanto –miró a su alrededor al Comité de Defensa, con una lenta y maliciosa sonrisa formándose en su rostro–, resolveremos cómo vamos a explicar todo esto al delegado del Consejo Solar. Adiós por ahora.

Saludé al Comité con más valentía de la que sentía. Yeng desconectó el enlace. Las voces de Malley y Suze me gritaban en los oídos. El comentario de Tatsuro fue lo primero que oyeron sobre nuestros verdaderos planes para las plantillas de gente rápida. Agité los brazos frenéticamente para pedir silencio.

–¡Es sólo un plan de contingencia! –grité por el mando–. ¡Sólo si Reid hace alguna locura con ellos! ¡No me miréis así! Aún no podemos confiar en ellos.

–No te preocupes –dijo Malley con seriedad–. No me importa mucho lo que les pase a las plantillas, de todos modos no son conscientes. Puedes confiar en que no te lo reprocharé.

–Y yo... –dijo Suze–. Ojalá lo hubierais dicho antes.

Su voz estaba cargada de desilusión. Miré a Malley, Suze y los compañeros y, mientras mi mirada se deslizaba sin poder hacer nada de una burbuja en blanco a la siguiente, me di cuenta de que no podía distinguir cuál era cuál.

–Está bien –dije–. Lo siento. Ahora vamos a convencer a Reid para que nos deje hacerlo.

Antes de que se estableciera la Commonwealth mundial, una objeción que siempre surgía era: *¿Pero quién hará el trabajo sucio?*

Yo siempre me respondía *yo misma*, y siempre tuve razón.

X. EN LOS DÍAS DEL COMETA

Uno tras otro, los feos, erizados y articulados cazabombarderos salieron del agujero de gusano; un escuadrón entero de ellos, con nombres heroicos, irónicos o simplemente absurdos: *Gai Phong*, *Debug Mode*, *Virus Alert*, *Luddite Tendencies*, *X Calibre*, *Acquisitor*, *General Arnaldo Ochoa*, *Codebreaker* y *Necessary Evil But Still Cool*. Y uno tras otro, los lentos y cargados cargueros de los capitalistas y los rápidos y agudos cazas de sus mercenarios entraron. Incluso en la pantalla del puerto aeroespacial, con el comentario parloteante del chico de las noticias interrumpiendo el silencio, la vista seguía siendo impresionante y misteriosa: nave tras nave desapareciendo en un destello de luz azul, como si estuvieran aniquilándose.

A Andrea debió de asaltarle el mismo pensamiento: "¿Qué pasa con las leyes de conservación de la masa y la energía?", preguntó. "¿Simplemente desaparecen con esas naves?"

Malley se inclinó desde el banco que estaba a mi lado. «Buena observación», dijo, apuntando con la boquilla de su pipa, como si fuera el puntero de un profesor, a la pantalla. «La respuesta es que la masa del agujero de gusano aumenta en este extremo y disminuye en el otro extremo, en la misma cantidad que la que lo ha atravesado».

Estábamos sentados, con Reid y Dee, en la misma zona tranquila del puerto donde habían esperado Boris y Jaime. Observé la pantalla con silenciosa satisfacción mientras nuestros cazas tomaban posiciones alrededor del agujero de gusano y desplegaban una serie de drones de control de actitud que se aferraban a su perímetro. Reid nos había concedido ese grado de control sobre la puerta. No estaba segura de si lo había convencido de que era la única forma de conseguir que la gente de nuestro bando aceptara que las naves de su bando pasaran por allí, o si su confianza en la superioridad de la tecnología capitalista hacía que toda la concesión fuera irrelevante para *sus* planes a largo plazo, cualesquiera que fueran.

Estaba escuchando atentamente la conversación y tratando de no demostrarlo; Andrea todavía estaba desconcertada por la respuesta de Malley.

"Entonces", preguntó, "¿eso significa que un lado del agujero de gusano simplemente desaparecería si pasara suficiente masa desde el otro lado?"

–En términos sencillos –dijo Malley con cautela–, sí. Pero tenga en cuenta que la masa podría volverse *negativa*.

Me recliné, con las manos detrás de la cabeza, mirando hacia el techo y adapté mi tono a una curiosidad ociosa.

'¿Qué significa eso en términos físicos?'

Malley se rió. "No lo sé, para ser sincero. El resto del agujero de gusano, el agujero de gusano principal, puede equilibrar una masa negativa y, por lo tanto, mantener abierta la puerta original, hasta cierto punto".

–Pero ¿cuánto? –Andrea parecía preocupada.

Malley se encogió de hombros. –Depende de su masa virtual total, que no conozco. Mucho más que esas naves, en cualquier caso.

–La compuerta del otro lado pesa 0,957 millones de toneladas –dijo Dee inesperadamente–. En este lado, mucho menos: sólo unas cien mil. Si mantenemos el tráfico, tendremos que asegurarnos de que se equilibre. A menos que queramos averiguar qué significa masa negativa, en términos físicos.

"Estamos a salvo por ahora", dijo Reid. "Los barcos que pasaron por allí probablemente no pesen más de mil toneladas cada uno".

"No veo que este lado envíe unas veinte mil toneladas en la otra dirección", dije, con ahora relajada frivolidad.

—Los nuestros están regresando. —Reid me miró y sonrió, como si me desafiara a negarlo—. ¿No es así?

Le devolví una sonrisa igualmente hostil. "Por supuesto."

Todo el puerto estaba mucho más tranquilo que cuando llegamos. Las multitudes que nos daban la bienvenida se habían evaporado y el trabajo pesado ya estaba hecho. Sólo unos pocos pasajeros, de los asentamientos periféricos, supuse, deambulaban o se apresuraban. Incluso los controladores remotos de las noticias, con una capacidad de atención apropiadamente similar a la de un mosquito, se habían ido. Para los nuevos marcianos era la mitad de la noche; para nosotros, a primera hora de la tarde. Platos desechables apartados y restos de comida igualmente desechable cubrían nuestro entorno. Ahora estábamos esperando la llegada con piloto automático de la *Terrible Belleza* y que se completara el reabastecimiento de la *Carbon Conscience*. Había cierta tensión en el aire y mucho humo. Malley estaba fumando su pipa, Dee y Reid fumaban cigarrillos sin parar. El hábito parecía común en las

sociedades capitalistas; si tuviéramos que esperar mucho más, me sentiría tentada de retomar lo yo también.

–¿Qué pensáis vender y comprar? –preguntó Suze.

"Si lo supiera", dijo Reid, "probablemente lo haría yo mismo. La gente que está pasando por esto lo ha pensado mucho más que yo". Extendió las manos. "Información, supongo".

–Puede que obtengan más información de la que esperaban –le dijo Yeng, sombríamente–. Y tú también la obtendrás. –Se puso de pie, avanzó y señaló la pantalla. Uno de los cazas de la agencia de defensa se había quedado atrás y estaba desplegando un paracaídas de relevo, mucho más grande que el nuestro, en la misma alineación–. No puedo *creer* tu complacencia. ¡Espero que salgamos de este lugar antes de que los virus jovianos lleguen por la línea y se metan directamente en vuestras cabezas!

Dee se rió.

"No lo entiendes, ¿verdad?", dijo. "Tenemos sistemas abiertos, sí, y somos personalmente vulnerables (yo más que la mayoría, debo decir) a la piratería mental. Ésa es exactamente la razón por la que no nos preocupa. Hemos *tenido* que desarrollar contramedidas, muy buenas, para poder protegernos de los competidores comerciales, los criminales... ¡o los malditos adolescentes!".

Yeng se encogió de hombros. –Tal vez sea así –dijo, dubitativa–. Pero si te enfrentas a entidades conscientes (bueno, supuestamente conscientes) con un poder de procesamiento mucho mayor que el tuyo, no creo que sirva de mucho.

–Pero nosotros... –empezó a decir Dee. Miró a Reid, que se encogió de hombros.

"Oh, díselo", dijo. "Al final lo descubrirán por sí solos".

–Muy bien –dijo Dee. Se puso de pie y nos miró a todos mientras Yeng volvía a su asiento–. Os lo diré. –Su tono y su expresión se alteraron ligeramente, como si una personalidad diferente estuviera al mando–. La conciencia, o la emulación de la conciencia, si insistís –sonrió, y su yo habitual volvió a aparecer momentáneamente–, *cuesta*... La individualidad tiene un coste muy alto en potencia de procesamiento, y ese coste aumenta con la cantidad de información que tiene que integrar. No es algo que simplemente *se desprende* de una mayor complejidad, como alguna gente solía pensar. Tiene que ser algo que *se diseña activamente*, ya sea de manera consciente por nosotros o de manera inconsciente por la selección natural. Así que es muy posible construir hardware más potente y software más complejo que cualquier cerebro o mente existente: máquinas informáticas que ni siquiera actúen *como si* fueran conscientes, que no tengan *intereses* y que no se opongan cuando se las utiliza como herramientas.

Su lapsus pasó, su dominio de sí misma regresó. Se acercó a uno de los largos asientos y hábilmente movió el dobladillo ondulado de su falda bajo el hueco de sus rodillas mientras se sentaba. Le sonreí. Ella y Reid habían tenido razón: no importaba lo que yo pensara, en lo más profundo de mi mente, sobre lo más profundo de *su* mente, era imposible estar con ella, conversar con ella y no darle el beneficio de la duda, no actuar *como si* su mente *tuviera* profundidades más insondables y no simplemente *agradarle*.

Ella le devolvió la sonrisa.

–Y tenemos esas herramientas –añadió Reid–. Por eso estamos seguros de que podemos tratar en igualdad de condiciones con seres superiores a nosotros. Tenemos formas de amplificar nuestro poder para que sea más que igual al de ellos. Golems que nos defiendan contra los dioses. –Aplastó el cigarrillo y se puso de pie–. Son productos de la buena y vieja competencia capitalista. Deberíais probarlos alguna vez.

Pensé en los grandes motores analíticos de nuestra planificación socialista anarquista, cuyas capacidades de reserva habían aumentado a lo largo de décadas de estabilidad en las que cada vez más decisiones se habían tomado a nivel local y sólo las más generales, las que concernían a los recursos más utilizados, debían tomarse a nivel regional o incluso global. Pensé en nuestros trajes de materia inteligente y en nuestra cibernética doméstica. Tal

vez siempre habíamos tenido dioses –o gólems– de nuestro lado, cuya ayuda nunca se nos había ocurrido invocar.

A punto de decir algo sobre esto, miré a Reid y luego seguí su mirada hasta una chispa que caía visible a través del techo transparente del vestíbulo.

"Vuestra nave está llegando", dijo. "Es hora de irse".

¡Libres por fin; caída libre por fin! Habían sido necesarias horas: horas de mover las naves y acoplarlas, un trabajo complicado en una sola gravedad; media hora de negociación entre Suze y uno de los empleados de Reid sobre nuestra deuda con Protección Mutua, y otra media hora con la Compañía portuaria, sobre servicios que supuestamente habían prestado y por los que definitivamente deberíamos pagar; y finalmente cinco minutos dolorosos de impulso, para ponernos rápidamente en esa órbita. Las últimas palabras de Reid para mí habían sido: "Espero volver a verte".

"Yo también", dije, sincera sólo en mi esperanza de no hacerlo nunca.

Me desabroché la correa, me aparté del sofá y ejecuté un alegre salto mortal, terminando justo frente a la vista frontal.

Tiré de las barras de enfoque grueso de la pantalla de visualización y giré las manijas de enfoque fino. Aunque el agujero de gusano todavía estaba muy lejos en nuestra trayectoria de aproximación lenta, el campo del telescopio delantero, transmitido a través de lentes, espejos y cables de fibra óptica, mostraba nuestro destino claro y nítido: el anillo de arco iris del agujero de gusano hijo, como su padre, de una milla de ancho, y el desorden brillante de las naves circundantes. Nuestros diez cazas y el de Reid; nuestro remolque de relevo pequeño, el de ellos grande.

Jugueteé con los controles y abrí otra vista, una imagen nocturna mejorada de Ship City y sus alrededores.

"¡Muy bien, compañeros!", grité, dando vueltas de nuevo. Todos se habían desatado y volaban por la cubierta de mando, disfrutando no solo de la caída libre, sino del respiro entre salir del capitalismo y tener que afrontar un poco de la responsabilidad democrática de nuestro socialismo distante. Les sonreí a todos y les hice un gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba.

«¡Misión cumplida, hasta ahora!», anuncié.

–¿Sí? –dijo Malley–. ¿Y qué logramos?

–Mucho –dije–. Hemos confirmado que los Nuevos Marcianos son exactamente lo que parecen ser: personas reales, aunque tengan ideas raras sobre lo que se considera

como personas. Sabemos con certeza que corren el riesgo de perder eso, si Reid o alguien más se vuelve demasiado arrogante y quiere revivir a su gente virtual rápida. Y por lo que me dijo esa agradable camarada anarquista Tamara, tenemos buenas razones para pensar que las plantillas de gente virtual todavía están donde Reid las escondió originalmente: en la cadena de colinas llamada Montañas Madreporitas.

Lo señalé y me detuve cuando un marcador mucho más vívido lo indicó: una larga estela de un bólido en la atmósfera y el destello de su impacto. Le siguió otro, y otro más.

–Eso es –dije por encima del sonido de mis respiraciones–. Allí, cerca de donde dirigen sus fragmentos de cometa, en la fuente de ese largo canal que conduce a la ciudad. Obtuvimos las coordenadas exactas hace años, de los archivos de datos de la mujer artificial, Meg. Así que si nosotros o cualquiera de los otros combatientes recibe la orden de ir, podemos lanzar una bomba nuclear a la boca de la cueva y volarlos a ellos y a toda la montaña.

–¿Tienen *armas nucleares* en esta cosa? –preguntó Malley indignado.

–Sobre *la Conciencia del carbono* –dijo Boris–. Ese pájaro tiene un huevo de cincuenta megatones, tío. Y un buen equipo de fusión láser, por si estás preocupado.

–Considera que estoy tranquilo –dijo Malley–. Sin duda, unos cuantos destructores de ciudades de cincuenta megatones serán muy útiles si los nuevos marcianos tienen la mala suerte de no cumplir con tus definiciones de lo que se considera gente.

–Ahí está –dijo Boris pensativamente.

–¡No! –dije, sorprendida–. ¡No vamos a hacer eso!

–¿Por qué no? –Malley se elevó flotando, con la voz cargada de sarcasmo–. Según tú, no matarías *a gente*.

–Es demasiado peligroso –le expliqué–. No sería como Júpiter, con entidades vulnerables en el fondo de un pozo gravitatorio. Sería una fuga masiva, con millones de marionetas exhumanas y capacidad para viajar al espacio. Si hay otra Singularidad aquí, nos largamos.

«¿Correr adónde?», preguntó Andrea.

«A través del agujero de gusano, si es posible», dije.

–¿Y si no? –Malley se quedó frente a mí, pendiente de mis palabras. Le hice un gesto con la mano frente a la cara.

–Seguimos acelerando hasta que utilizamos la mitad de la masa de reacción, nos respaldamos si es absolutamente necesario y, en el primer cúmulo de materia que la nave encuentre que parezca probable, descargamos y pasamos el

resto de la masa de reacción decelerando. Y luego, bueno...
–Sonreí al ver su ceño fruncido–. Tenemos los ingredientes de un lindo imperio galáctico propio aquí mismo. *Con tu cerebro y mi belleza*²⁴, compañero...

La ansiedad de Malley se disolvió en una carcajada.

'Y te llamaré... ¡Eva!'

–Eva mitocondrial –dijo Suze con firmeza, tomando la mano de Malley.

«Hay muchos buenos genes en las cámaras frigoríficas», afirmó Boris.

Me di la vuelta antes de que Malley pudiera sospechar que había una mínima posibilidad de que habláramos en serio. (Pero era parte del equipo estándar de un clipper de fusión, de todos modos: el miedo inquietante de una antorcha desbocada, o de que todo saliera mal en nuestra guerra fría con los jovianos, era la verdadera razón por la que las naves dependían del reciclaje en lugar de los suministros, y almacenaban las semillas congeladas de una población

24 Referencia a un famoso chiste de mediados del siglo XX: Se cuenta que Marilyn le propuso a Einstein, con una franqueza encantadora: «tú y yo podríamos tener un hijo: saldría con mi belleza y con tu inteligencia». A lo que el padre de la relatividad respondió: «¿Y si sale con mi belleza y con tu inteligencia?».

viable y los planes de materia inteligente para su infraestructura y tecnología en sus bóvedas).

–Basta –dije–. Tenemos trabajo que hacer. Jaime, Andrea, ¿podrían ir hasta el equipo de navegación y el equipo de observación de largo alcance? Necesitamos rastrear toda la materia en movimiento que nos rodea, todas las naves y misiles y, especialmente, toda la basura cometaria. No queremos cruzarnos en la trayectoria de uno de *sus* trenes de cometas.

(En realidad no es así, pensé.)

"No te preocupes por que nuestro radar del espacio profundo esté en alerta", añadí. "Sabes que estamos aquí y que no somos hostiles".

"Hemos pagado por nuestra protección", me recordó Suze.

–Es muy útil, –convine–. Y Yeng, me gustaría que ayudaras a Andrea y Jaime a cartografiar las corrientes de cometas; sus trayectorias y tiempos *deben* ser de conocimiento público en algún lugar. Además de eso, necesito dos canales: uno para ver si hay alguna información legible proveniente de sus comunicadores...

–Probablemente sean noticieros –dijo Suze–. Sólo para suscriptores, si los conozco.

'Entonces suscríbete', dije.

Yeng sonrió. '¿Y el otro canal?'

–Lo mismo que antes –dije–. Conéctanos al Comité de Defensa. –Escuché la sonrisa de Malley que decía «*estás a favor de ello*» y le devolví la sonrisa desafiante–. Es hora de averiguar qué piensa el delegado elegido de la humanidad anarco–socialista sobre lo que han estado haciendo los heroicos defensores de la humanidad anarco–socialista.

Reconocí al delegado del Consejo Solar de inmediato, lo cual me sorprendió. Como el Consejo Solar, como todos los demás consejos, desde el local hasta el global, era elegido directamente, y yo era teóricamente una de sus constituyentes, no debería haberme sorprendido. Los consejos locales tendían a estar compuestos por personas con reputaciones locales, y así sucesivamente. Los delegados del Consejo Solar deberían haber sido conocidos por todos en el Sistema Solar, normalmente por sus décadas, si no siglos, de buen trabajo competente en campos relevantes; la re–gerontocracia, como lo expresaban algunos de nuestros vecinos más jóvenes y cínicos. Pero en general confiaba en que la gente del resto de la Unión eligiera a personas en cuya experiencia y reputación previas confiaran (y de vez en cuando incluían a algún principiante absoluto que había hecho suficiente alboroto por algo para que se hicieran eco de su nombre), así que, aparte de mi puesto recientemente perdido en el Comité de Investigación de Anomalías Jovianas, generalmente me limitaba a mis pequeñas intrigas en la

División y dejaba en paz los asuntos más generales. Sin embargo, incluso yo había oído hablar de Mary-Lou Radiation Nation Smith.

Creo que era navaja, si es que eso importa; en cualquier caso, miembro de una de las demasiadas tribus (aleutianas, kazajas, aborígenes, uigures, etc.) que habían participado involuntariamente o sin saberlo en las pruebas nucleares de la vieja sociedad, y que ahora formaban un grupo de opinión poco definido pero activo que se autodenominaba la Nación de la Radiación. Estaban unidos, no por la etnia (que la Unión sólo alentaba como base para una asociación cultural, y definitivamente no administrativa), sino por una preocupación bastante comprensible, aunque a veces pensé que exagerada, de que fuéramos un poco demasiado descuidados con nuestras armas nucleares de ingeniería civil, destructoras de epidemias y deforestadoras. *Sí, decían, podemos detener el cáncer y arreglar los cromosomas y regenerar los ecosistemas, pero podría haber pérdidas desconocidas, riesgos no calculados...* era un punto de vista legítimo, a pesar de todos los murmullos sobre los Verdes bajo las máquinas, y como bióloga y estadística respetada, Mary-Lou Radiation Nation Smith tenía las calificaciones para su respaldo.

Un flequillo negro enmarcaba su rostro y en él brillaban sus ojos oscuros. Estaba sentada junto a Tatsuro, cuyo aspecto inusualmente desgredado (el pelo de su cabeza, las cejas y

el bigote sobresalían como si tuvieran electricidad estática) contrastaba con su cuidada compostura.

–Ellen May Ngwethu –dijo, como si fuera el nombre de alguna enfermedad particularmente repugnante–. Camaradas y amigos. –Nos miró a todos con una mirada, haciendo un diagnóstico igualmente desagradable–. Y el distinguido doctor Malley, un no cooperante. Me alegro de conocerlos a todos por fin, incluso a esta distancia. *Especialmente* a esta distancia, debería decir. Su energía y su iniciativa son bastante asombrosas. Nosotros, en el Consejo, *no teníamos idea de* que estuvieran planeando iniciativas tan audaces. No solo han preparado un plan para destruir a los jovianos, ¡sino que al mismo tiempo han entrado en negociaciones con ellos! Sin duda ya han pensado qué hacer si estas mentes sobrehumanas descubren su *altamente plausible* tapadera y responden. Espero con ansia nuestra sorpresa cuando demuestren su estrategia infalible y segura para evitar que su furia completamente predecible nos aniquile. No arruinen mi suspense diciéndomelo por adelantado, aunque no es que decirnos *nada* por adelantado sea uno de sus defectos habituales.

Hizo una pausa, juntó las palmas de las manos y colocó las yemas de los dedos bajo la barbilla.

–¿Y bien? –dijo–. He oído las explicaciones de los camaradas del CD. ¿Qué *tenéis* que decir al respecto?

'Camarada, eh, compañera Radiation Nation Smith...'

–Llámame Mary–Lou –dijo con dulzura–. O vecina Smith, si prefieres la formalidad. Mis segundos nombres son un apodo, como tu apellido.

Desde su punto de vista, puede que fuera un recordatorio inapropiado de *por qué* había elegido ese viejo lema para mi nombre. ¡*Ngwethu!* ¡Libertad! Yo lo tenía y, en el momento de aplicación pertinente, tal vez más que ella. El aguijón de sus sarcasmos se desvaneció y (da vergüenza contarlos, pero ahí está) unas cuantas notas medio olvidadas de ese himno inquietante, *Nkosi Sikelele Afrika*²⁵, resonaron en mi mente.

–Está bien, Mary–Lou –respondí–. En la División tenemos el mandato de contener y destruir la amenaza de los Guardianes del Exterior, y eso es exactamente lo que estamos haciendo. Siempre he asumido que nuestras acciones serían responsables ante la Unión, y que, si fuera necesario, se realizaría una encuesta mundial antes de tomar la decisión final. Los problemas son bien conocidos y se han discutido durante mucho tiempo, por lo que no debería haber ningún problema.

25 *Nkosi Sikelele iAfrika* ("Dios bendiga a África" en idioma xhosa) es un himno compuesto por Enoch Sontonga en 1897 en una escuela metodista de Johannesburgo. Desde 1994 forma parte del multilingüe Himno Nacional de la República Sudafricana. Con diferentes letras, la canción es también himno de Tanzania y Zambia, como lo fue anteriormente de Zimbabue y Namibia. Desde 1925 es el himno del Congreso Nacional Africano.

–No *hay problema* –dijo, en tono serio–. Por supuesto, mantener nuestra decisión en secreto de los jovianos es simplemente una cuestión de silencio de radio y autodisciplina absoluta por parte de miles de millones de personas, muchas de las cuales se horrorizarían ante la sugerencia de lo que planeas hacer, por no mencionar lo que ya has hecho. Sabes, *casi puedo* imaginar que eso sería posible, si no fuera por tu otra hazaña impresionante. Abrir contacto y hostilidades con los jovianos no fue suficiente para ti.

Ella negó con la cabeza. –Oh, no. Como broche de oro, usted se las arregla, apenas una hora antes de mi llegada, para abrir el Sistema Solar a una sociedad capitalista en vigorosa expansión, y además anarcocapitalista. Estoy segura de que si hubiera tenido la posibilidad de elegir entre Nuevo Marte y alguna tediosa tiranía estatista con cuyos tediosos tiranos dominadores al menos podríamos haber llegado a algún tipo de acuerdo que *realmente pudiera funcionar*, igualmente habría elegido Nuevo Marte, por pura curiosidad científica sobre qué anarquía subvertiría a la otra primero. Déjeme decirle que su curiosidad puede estar bien justificada... ¡Doctor Malley!

Malley saltó (en la medida en que se puede, en caída libre) como un estudiante sorprendido dormitando en medio de una conferencia.

'¿Sí?'

'No estoy en posición de reprenderle; como no-coop, no se puede esperar que vivas según nuestros acuerdos. Sin embargo, tienes que vivir con las consecuencias de tus acciones. He aquí algunas de esas consecuencias: después de décadas de silencio virtual de radio desde la Tierra, tu valiente experimento de alentar a tus estudiantes a fabricar y usar radios ha llevado a una especie de feliz parloteo de comunicación electrónica. Nuestros amigos no cooperadores se enteraron de que me dirigía hacia aquí y decidieron difundir la noticia entre el puñado de no-coops del *espacio*. Te sorprendería saber cuántos comentarios mal informados sobre mis conocidas preocupaciones han circulado por el Sistema Solar en los últimos días. Evidentemente, los mercaderes de Nuevo Marte lo han monitoreado de cerca; no es difícil, porque en términos absolutos todavía no hay mucho tráfico de radio. Hace un par de horas, recibí un *mensaje personal* de una de esas naves, ofreciéndome “una oferta irrepetible, de base” –sea lo que sea eso– por una “concesión de importación” –ya sé lo que es eso, gracias– por “biomecanismos de asimilación de emisores alfa” –sean lo que *sean*.

–¿Cómo respondiste? –preguntó Malley con lo que consideré un coraje encomiable.

"Les dije que se fueran de compras al mercado", fue la respuesta un tanto grosera. "Sin embargo, poco después captamos otra versión de la misma oferta, enviada a la Tierra para cualquiera que quisiera aceptarla. Es una de las *miles*

de propuestas similares dirigidas a la Tierra, que a su vez son una mera *fracción* de las comunicaciones que se llevan a cabo entre la flota de los capitalistas y Júpiter. La mayoría de estas últimas están altamente codificadas, por lo que ni siquiera sabemos cuáles *son las ofertas que les están haciendo*".

Nada de esto me sorprendió, pero todo estaba sucediendo más rápido de lo que esperaba. No había previsto que el inevitable contacto entre el capitalismo dominante de Nuevo Marte y el anarquismo individualista no-cooperante marginal de la Tierra resultaría en tanta fuga de información que ocultar nuestros planes a los jovianos sería prácticamente imposible.

–Muy bien –dije–. Entiendo lo que dices. Eso sólo significa que tendremos que actuar primero y votar después, eso si la mayoría de la gente no está tan aliviada de librarse de la amenaza joviana que resulte obvio para cualquiera cuál es la opinión mayoritaria.

Mary-Lou Smith perdió su expresión de evaluación distante e irónica y me lanzó una mirada de furia ardiente.

“¿Actuar primero y votar después?”, preguntó. “¿En un asunto como éste? ¡Qué actitud tan repugnante hacia los demás seres humanos!”.

«No es mi actitud», protesté. «Es lo que exige la realidad de la situación».

–¡Sí! ¡Realidades que tú has creado! –Por un momento pareció que iba a empezar a darse cabezazos contra la mesa. Luego echó los hombros hacia atrás y respiró profundamente.

–Basta –dijo–. Debemos afrontar la situación tal como es y descubrir las razones de este lío cuando tengamos tiempo. Toda la relación entre la Unión y la División tiene que...

Se detuvo, se levantó y dio unos pasos hacia atrás para poder ver a todo el Comité y a todos nosotros. –Ya basta. Esto es lo que propongo transmitir al Consejo Solar y lo que, según mi mandato del Consejo Solar, os *ordeno* que pongáis en práctica de inmediato, a la espera de la decisión del Consejo. En primer lugar, no debéis provocar en absoluto a los jovianos dándoles motivos para temer un bombardeo cometario. Eso significa que debéis desviar *ahora el tren de cometas hacia una órbita más amplia e irreversiblemente segura*. En segundo lugar, debéis intensificar las patrullas de cazabombarderos de este lado del agujero de gusano y no hacer concesiones a los nuevos marcianos en ese aspecto. Tenemos que dejarles claro que están aquí por nuestra tolerancia. En tercer lugar, debéis prepararos para bloquear todas las transmisiones de radio dentro del subsistema joviano y entre éste y el Sistema Interior, ya sean de los jovianos, de los nuevos marcianos o de los no-coos.

Ella avanzó a grandes zancadas y se sentó de nuevo. "Eso es todo", dijo. "¿Alguna pregunta?"

Nadie dijo nada. Al examinar rápidamente los rostros de los demás miembros del Comité, me di cuenta de que la mayoría de ellos no mostraban nada más que alivio; en el caso de Clarity y uno o dos más, mucho más que alivio. Observé sus sonrisas tentativas, manteniendo mi propio rostro cuidadosamente neutral. Sólo Joe Lutterloh mostraba enojo, que también estaba conteniendo visiblemente. Tatsuro me miró con gravedad. La pequeña inclinación de su cabeza hacia abajo podría haber sido un asentimiento críptico, o una reverencia inconsciente ante lo inevitable. Mary-Lou tal vez no tuviera mucho poder inmediato para ejercer sobre nosotros, pero se aplicaba una restricción mayor. La División no podía ir en contra de la voluntad explícita de la Unión, o incluso de su delegado autorizado, sin dividirse irremediablemente. Y si nos desgarrábamos, nos arriesgábamos a ser presa fácil del enemigo.

Bueno, si los demás estaban demasiado intimidados para hablar, yo no.

—Propones una estrategia arriesgada —dije—. Nosotros también hemos corrido algunos riesgos, lo admito, pero siempre teníamos la última medida de seguridad del impacto del cometa como respaldo. Todo lo que se les concediera a los jovianos, o a los nuevos marcianos, aún

podía ser anulado con eso. Ahora quieres quitarnos esta arma de las manos y dejarnos indefensos.

Smith se puso de pie de un salto y se inclinó hacia delante, con los puños sobre la mesa.

–¡Ellen May Ngwethu! –gritó–. ¡Ya he tenido *suficiente* de tus actitudes inflexibles! ¡Ya he oído *más* que suficiente de tus discursos tortuosos! Estoy harta de...

Se detuvo, se reclinó, respiró hondo. Inclinó la cabeza un momento y se masajeó las sienes; luego me miró y sonrió.

–Disculpe mi arretrato, vecina. Entiendo su situación mejor que usted. Ha soportado dos siglos de conflicto aparentemente interminable, dos siglos para que sus antipatías personales se convirtieran en odio. Ha tenido aún más tiempo para que los aspectos más duros del *verdadero conocimiento* –su lado oscuro, si quiere– abruman su verdad. Porque la verdad es el *todo*, y al elevar el aspecto de la lucha desproporcionadamente al de la cooperación, la ha convertido en una *mentira*. Si pudiera verse a sí misma –como he hecho yo, que he tenido tiempo de examinar los registros de este Comité y los que usted y sus camaradas han estado enviando– en toda su beligerancia implacable, su *impasibilidad* a las peticiones razonables de seres racionales, ya sea el hablante joviano o el ginoide neomarciano, para ser reconocido como tal... si pudiera ver todo eso, espero que todavía haya algo en usted que se avergüence.

La miré fijamente, conmocionada a pesar de mí misma. –"No he hecho nada por malicia personal, *nada* de lo que me avergüence y nada que vaya en contra del *verdadero conocimiento*".

Mary-Lou sacudió la cabeza lentamente. 'El *verdadero conocimiento* tiene dos caras, y tú has olvidado una de ellas, a pesar de tu nombre. No sólo existe *amandla*, el poder. También existe *ngwethu*, la libertad.'

–Lo sé –dije con calma–. ¡Y perderemos ambas cosas si desperdiciamos nuestra última oportunidad de destruir a los jovianos mientras aún podemos!

Por una fracción de segundo, Mary-Lou se tambaleó literalmente, como si la hubiera golpeado. Entonces dijo:

–Muy bien. Permítanme hablarles en un idioma que ustedes entiendan. No estamos desperdiciando nuestra última oportunidad de destruir a los jovianos. *Nunca la hubo*. Tan pronto como surgió una cultura joviana estable y orientada a la realidad, *no hubo posibilidad* de que pudiera ser destruida por nada que pudiéramos arrojarle. ¡Estos son seres cuyos *antepasados* desintegraron Ganimedes y perforaron un agujero en el espacio! ¿Cuántas *horas* creen que les tomaría desarrollar alguna respuesta que pudiera aplastar sus cometas como moscas? Y tan pronto como pasaron las primeras imágenes y los primeros mensajes, *no hubo posibilidad* de que la gente de la Unión reaccionara a

la aparición de los jovianos con algo que no fuera esperanza, y a su destrucción con algo que no fuera horror. Han visto cómo han reaccionado un miembro típico de la Unión, Suze, un suboficial típico de mente dura, el Dr. Malley, e incluso su propio Comité de Defensa. ¡Todos se han alejado del abismo, en diversos grados, y tienen razón! Nuestra única *posibilidad* de supervivencia es sobrevivir *con ellos*, y el único efecto de intentar destruirlos sería *convertirlos* en los enemigos mortales que parece que damos por sentado que son.

Se volvió hacia Tatsuro. –Lo que me recuerda –dijo– que no he oído a nadie que no estuviera de acuerdo con mis instrucciones, excepto Ellen. ¿Quieren votar?

Tatsuro asintió con cansancio. 'Aquellos que aceptan las instrucciones de la delegada'.

Todas las manos del otro lado se levantaron, excepto la de Joe.

'Los que están en contra.'

Yo y Joe. Le sonreí. Él sacudió la cabeza, con los labios apretados formando una fina línea, y se pasó un dedo por la garganta. No creo que nadie más haya visto el gesto. Detrás de mí, oí claramente que Yeng decía: «Mierda». Nadie más habló.

–Lo he anotado –dijo Tatsuro. Sacó el panel de control de la correa que llevaba alrededor del cuello y marcó una larga serie de códigos de activación.

"Está hecho", le dijo a Mary–Lou. "Los reactores están en marcha, las bombas nucleares están desplegándose. Las masas cometarias han sido desplazadas a la órbita que usted solicitó".

–Déjame confirmarlo –dijo–. No te ofendas, compañero.

Ella habló brevemente y en voz baja en un teléfono personal, esperó unos segundos y luego asintió.

"Está bien", dijo. "Los observatorios locales lo han confirmado".

Sus hombros se movieron como si se les hubiera quitado un peso de encima. –Y ahora –dijo–, Ellen, déjame intentar tranquilizarte con respecto a los jovianos.

Mi corazón palpitaba con fuerza y tenía la boca seca.

Se sentó en el borde de la mesa, apoyándose en una mano, torciendo un poco el cuerpo para quedar frente a mí, en una pose de conversación informal. 'No son *monstruos*, ¿sabes? ¿Por qué deberías esperar que seres más poderosos e inteligentes que nosotros sean peores que nosotros? ¿No sería más razonable esperar que sean *mejores*? ¿Por qué más “poder para” debería significar menos bondad?'

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. Eché un vistazo rápido por encima del hombro y vi a Andrea, Jaime y Yeng trabajando en sus pantallas, pero escuchando atentamente, y el resto prestando toda su atención a Mary-Lou. Busqué mi comprensión más básica y la expresé:

'¡Porque significa bien para nosotros!'

Mary-Lou sonrió alentadoramente y habló con suavidad, como si estuviera convenciendo a alguien de que bajara de una cornisa. –Sí, Ellen. Pero ¿quiénes somos *nosotros*? Todos somos –humanos, posthumanos, no humanos– máquinas con mentes en un universo sin mente, y nos corresponde a los que tenemos mente trabajar juntos *si podemos* frente a ese universo sin mente. Es la posibilidad de trabajar juntos lo que forja un *nosotros*, y sólo su imposibilidad lo que fuerza a un *ellos*. Ése es el *verdadero conocimiento* en su conjunto: la unión y la división. –Se rió–. ¡Por así decirlo! Es de hecho, exactamente así: ¡la unión y la división!

Imágenes de los jovianos, en todas sus múltiples formas, se procesaron en mi mente. Sentí como si unas cosas pequeñas, frías y desagradables se arrastraran sobre mi piel. Recordé el metal frío y vivo de los robots, la carne cálida de las yemas de los dedos de Dee; y supe que mi reacción a esas máquinas, por nerviosa, sospechosa o prejuiciosa que fuera, no era la misma que mi frío odio intelectual hacia los jovianos, por hermosos que fueran. Los robots, las ginoides

y todos los de su especie, conscientes o no, se habían convertido en parte de nosotros, mientras que los jovianos...

–¿Quieres decir que contemplarías una unión con *ellos*?

Mary–Lou asintió con energía. –Por supuesto. Con aquellos que lo desearan. Puede que no lo sepas, pero los jovianos tienen el *verdadero conocimiento*, en sus propios términos. ¡Algunas de sus prácticas son incluso socialistas!

"Dios nos ayude a todos", pensé, heréticamente. "Eso", dije, "sólo los hace más peligrosos. Más poderosos, porque están más unidos, como si fuéramos peligrosos para ellos, o *lo fuéramos* hasta que *ustedes*..."

Detuve mis palabras, demasiado tarde. Mary–Lou cortó su mano hacia abajo. Se levantó de la mesa, un movimiento lento y elegante en la baja gravedad de Callisto, y se frotó las manos como para quitarse un poco de polvo.

–Eso es todo –anunció–. Fin de la discusión. Si ahora somos *ustedes*, entonces no tendremos ningún tipo de relación *con ustedes*. No tengo nada más que decirte, Ellen. *Vete*. No te metas en problemas, no nos provoques más problemas y deja que alguien más te arregle las cosas, porque yo no lo haré. Adiós.

Levantó la mano por encima del hombro, miró a Tatsuro y chasqueó los dedos con impaciencia. Tatsuro me dirigió una

última mirada impotente, tomó algo que no estaba a la vista y la pantalla se apagó.

Ahora todo dependía de mí, pensé. Era hora de aplicar el plan B.

Rodé por el aire y me agarré a un puntal. Los camaradas y Malley me miraban a mí o a la pantalla en blanco. La cubierta de mando nunca había sonado tan silenciosa.

"Así que eso es todo, supongo", dije.

–Estoy muy contento –dijo Malley. Suze lo miró, me miró a mí y asintió.

–Se acabó –dijo–. Vamos, Ellen. La decisión está tomada. La suerte está echada. Los cometas no se estrellarán y Mary–Lou ha conseguido que el Comité se ponga de su parte. Está bien, hay riesgos, pero ella tiene razón: en tu plan había más riesgos. Tendremos que aceptarlo y esperar que hayan tomado la decisión correcta.

"Esperanza", dije.

La esperanza estaba allí, iluminando los ojos de Suze y Malley. Los rostros de los otros cinco camaradas no mostraban esperanza ni compartían el temor que yo sentía. Estaban perdidos en sus propios pensamientos, el peor de los cuales tal vez fuera que tal vez tuvieran que elegir entre mí –entre nosotros, el equipo– y la Unión, o incluso la

División. A pesar de nuestro feroz individualismo, todos – conscientemente o no– habíamos sacado fuerzas de la Unión, no sólo en el sentido objetivo obvio, sino también en nuestro interior. Mary-Lou había tenido razón en eso, al menos: “lo bueno para nosotros” tenía dos caras.

Ahora tendría que trabajar con ese sentimiento, ponerlo de mi lado –y del lado de todos, ya sea que lo supieran o no.

–No ha terminado nada –dije–. *No nos* han expulsado de la Unión, ni siquiera de la División, y, piense lo que piense Mary-Lou, sigo *en* el Comité de Defensa hasta que me digan lo contrario. –Hice un gesto con la mano hacia atrás, en dirección a la pantalla en blanco–. Si los camaradas deciden echarme, está bien, lo primero que harán será decírnoslo. No lo han hecho. Hasta que lo hagan, seguiré siendo miembro.

Malley frunció el ceño, Suze se encogió de hombros y los demás se animaron levemente.

–Muy bien –continué–. Hay algo que tengo que decirlos. Hace ya mucho tiempo que Tatsuro y yo tenemos... un acuerdo. Ambos sabíamos que las cosas podían llegar a este punto, y sabíamos que necesitaríamos una posición de repliegue si alguna vez el impacto de los cometas... ¡fallaba! –Sonreí y conseguí algunos destellos de respuesta–. Ya fuera por los jovianos o por nuestra propia decisión. Sabíamos que podríamos llegar a ese punto de inflexión. Sabíamos que

incluso podríamos estar de acuerdo con ello. No éramos –yo no lo era– tan dogmáticos respecto a los jovianos como Mary–Lou pretendía. Yo fui la primera en defender el intento de contacto, recordad, contra bastante oposición.

–Déjalo ya –le espetó Malley–. Eso fue sólo para conseguir mi cooperación.

–Por supuesto –dije–. Pero no fue un acto de odio ciego, ¿no? *Arriesgué* mi propia mente al hacer el primer contacto. Ya sabes lo que pienso sobre los refuerzos, y sea cual sea tu opinión al respecto, la sostengo sinceramente. El riesgo era real, para mí. Confié en ellos lo suficiente como para que tomaran su camino a través del agujero de gusano, un riesgo que todos compartíamos, sí, pero seguro que no habría corrido si hubiera pensado que los jovianos *eran monstruos*.

–Ya has dejado claro tu punto de vista –dijo Malley–. ¿Por qué no le hablaste a Mary–Lou?

–Reconozco una lucha sin esperanza cuando la veo –dije. Me encogí de hombros–. Ella tiene su punto de vista, es justo, pero creo que está sesgada hacia una resolución no violenta y ciega a las otras posibilidades. No me malinterpretes: nada me complacería más que descubrir que tiene razón, que nosotros y los jovianos podemos coexistir y cooperar, etc., que no terminarán tan mal o tan locos como sus predecesores. Pero hasta que esté convencida de eso, hasta que todos sepamos que estamos a

salvo, voy a hacer todo lo posible para asegurarme de que tengamos un último recurso. *Solo* como último recurso, y *solo* si todo queda en ellos o nosotros, y cada uno por sí mismo. Y es uno que *no* amenazará, ni siquiera preocupará, a los jovianos, hasta que o a menos que nos amenacen a nosotros.

Jaime y Andrea miraron las pantallas en las que habían estado trabajando y luego me sonrieron con creciente comprensión.

–Esto es lo que acordamos Tatsuro y yo –continué–. La verdadera razón por la que vinimos aquí. Porque aquí tenemos trenes de cometas preparados para nosotros, unos que los jovianos nunca necesitan ver y que pueden golpearlos sin previo aviso. Podemos enviar cometas a través del agujero de gusano.

–Pero los cometas no son... –empezó a decir Tony. Malley le dirigió una sonrisa seca y, hacia mí, una sonrisa de respeto a regañadientes.

«Muy elegante», dijo. «Movimiento relativo».

"Sí", dije. "Vamos a mover el *agujero de gusano*".

No era tan sencillo como eso, pero el proceso de configuración convenció a los camaradas de que, en cierto modo, yo todavía tenía autorización para lo que estaba haciendo. Y la tenía; en la medida en que Tatsuro y yo

habíamos acordado en privado este plan de contingencia antes incluso de que yo me dispusiera a buscar a Wilde o Malley. El hecho de que los cazabombarderos de la División, en ambos extremos del agujero de gusano, respondieran a mis peticiones era prueba suficiente (y no menos para mí) de que no me habían expulsado del Comité de Defensa. Todavía no, al menos.

Me senté junto a Yeng mientras ella enviaba las instrucciones encriptadas, al escuadrón de nuestro lado y al *Probador Turing* del otro. La acción de este último fue crucial, pero pasó casi inadvertida en el redespliegue general de los cazabombarderos alrededor de la Milla de Malley, en lo que –irónicamente– había insistido Mary-Lou. El *Probador Turing* envió sus propias instrucciones a los cohetes de control de actitud de la Puerta del agujero de gusano, que se dispararon en una secuencia de breves bocanadas. Lentamente, durante varias horas, casi imperceptiblemente, el gran anillo arco iris giró sobre su eje para encarar la superficie de Júpiter.

Mientras tanto, nos acercábamos cada vez más a la Puerta del agujero de gusano. Ni nuestros cazas ni el único centinela con piloto automático (que, me hizo gracia observar, en realidad pertenecía a la compañía de Protección Mutua de Reid) nos desafiaron. Jaime y Andrea cartografiaron constantemente la corriente entrante de fragmentos cometarios, que caían casi cada hora sobre partes deshabitadas de Nuevo Marte, después de quizás décadas

de caída lenta y dirigida desde los equivalentes de este sistema del Cinturón de Kuiper o la Nube de Oort. Calculamos que podríamos alcanzar una velocidad lo suficientemente alta como para realizar un bombardeo efectivo en un plazo de entre treinta minutos y dos horas, con la nave arrastrando el agujero de gusano a hasta treinta g si tuviéramos que elegir la aproximación más corta: la aceleración máxima tolerable para ese período de tiempo, incluso con el uso completo de la capacidad de soporte de nuestros trajes de materia inteligente.

–¿Cómo podemos capturar el agujero de gusano?
–preguntó Malley.

–Ya se ha hecho antes –dije–. Está preparado. Los pequeños drones de control de actitud se diseñaron para el cambio orbital original que le dimos a la Milla Malley en casa. Se han fijado alrededor de él y tienen abrazaderas secundarias que pueden controlarse con el mecanismo de dirección de la nave. Podemos hacerlo: la compuerta estará inclinada en un ángulo agudo detrás de nosotros, estaremos en su centro de gravedad y nuestra nave se dirigirá hacia ella, yendo...

Arqueé las cejas. Malley se encogió de hombros: “¿Quién sabe?”

Justo antes del encuentro, tendríamos que cortar el motor, desconectarnos del perímetro del agujero de gusano y

encender los chorros de actitud de los drones para ajustar el ángulo del agujero de gusano, de modo que los cometas siguieran el mismo curso que las naves que salían y surgieran por el otro lado en un curso directo hacia la superficie de Júpiter. Las velocidades combinadas de la Puerta del agujero de gusano hijo y los fragmentos del cometa proporcionarían suficiente energía cinética para propagar la devastación a decenas de miles de kilómetros alrededor de sus puntos de impacto. Sería mejor si pudiéramos hacer que las naves del otro lado movieran simultáneamente la boca más alejada del agujero de gusano, barriéndolo como la boca de un arma a través de Júpiter, y preferiblemente en un curso que lo llevara a todo el camino alrededor del planeta, pero no podíamos contar con ese escenario en el mejor de los casos. Tampoco podíamos contar con que la configuración durara un día joviano de nueve horas, llevando la Puerta de salida alrededor del planeta. Con lo que podíamos contar era con golpear a los jovianos con fuerza.

Yeng había encontrado varios canales comerciales y varios canales de informes internos de empresa que no estaban encriptados o eran fáciles de piratear. Manteníamos nuestros láseres delanteros apuntando al conector de comunicaciones de los Nuevos Marcianos. Nos quedamos cerca de nuestros sofás de aceleración, observamos las pantallas y esperamos.

Pasaron las horas.

Estaba pendiente de un canal de monitorización de banda estrecha, transmitido desde una cámara y un micrófono en la esquina superior de una habitación de una nave. No había codificado, nada especial. A todo color, imagen aguanieve, sonido mono, alimentación lenta. Probablemente sólo una de esas cosas capitalistas: espionaje de la dirección. Tal vez algo más benigno, una especie de caja negra online. Ciertamente no era el canal de comunicaciones principal de esa nave, que enviaba un torrente indescifrable de datos codificados. Mostraba una visión constante e inquebrantable desde el interior de una de las naves mercantes: su cubierta de mando, por lo que parecía. Mucho menos desordenada que la nuestra, sin equipo de reciclaje, sin ninguno de los tubos de arrastre y tentáculos de escalada. Cinco sofás de aceleración, moldeados, resistentes y brillantes, como gelatinas negras. Cuatro hombres y una mujer con uniformes azules idénticos, vagando por ahí, comprobando los instrumentos, mirando sus pantallas exteriores; bromeando y charlando. No parecían tener mucho que hacer. Estaban emocionados por estar en el Sistema Solar. Un hombre había estado allí antes, lo que me produjo una sensación extraña cuando quedó claro por su conversación que había sido una de las mentes esclavas cargadas en los robots de construcción de los Guardianes del Exterior.

El verdadero trabajo de su misión lo estaba llevando a cabo la computadora de su nave, a la que llamaban la Perra,

aparentemente en honor al nombre de la nave, que era *Perro Corredor*. Yo no estaba tan aburrida como ellos, en parte por mi tensión aún latente y en parte porque –como han demostrado generaciones de productores de fondos visuales– hay algo hipnóticamente observable en la gente en el espacio, al igual que lo hay en observar las superficies planetarias desde el espacio.

Fragmentos de conversación, captados por ese discreto micrófono, transmitidos por radio a un receptor cercano, proyectados con láser en un ángulo crítico dentro del agujero de gusano, atravesando milenios de espacio y tiempo, rebotados en otro relé, transmitidos por radio a –sin duda– algún observador aburrido en Nuevo Marte, captados por las antenas espías de Yeng, para finalmente ser escuchados por mí:

'¡Esta perra está buena!'

"Sí, tío, ahora tiene la cola levantada. Debe haber conocido a otro joviano".

'Encuentro de mentes'

'Huele, huele.'

Risa.

¿Aún hay rojos en la Milla?

"Como moscas en la mierda. No me gusta, hombre, no me gusta en absoluto".

'En casa nos dicen que no nos preocupemos'.

–No confíes en ellos, pero... Joder. Es su territorio...

'¿Quién lo dice?'

"Casa, el que está ahí. De todos modos, todavía no sabemos qué pueden hacer".

(No, pensé, no lo sabéis.)

–No mucho, no si son como los comunistas que conocimos y amamos.

'Jaja. No sabía que eras tan mayor.'

–Pero en el monitor se veía bien. ¿Ves a la negra alta?

'¡Sí, sí!'

Ruidos obscenos. Me di cuenta de que se trataba de mí y me sentí halagada. Los hombres rodaban y daban volteretas, intercambiando empujones y puñetazos ineficaces. Entonces una voz interrumpió sus risas; la voz de la mujer, como un chorro de agua fría.

"Algo anda mal."

'¿Qué...?'

'¡Mira el tablero! ¡Qué carajo!'

'Perra, ¿estás bien? ¿Perra?'

Se lanzaban hacia atrás en picado hacia sus sofás, que los atrapaban y los abrazaron en pseudópodos de gelatina negra vidriosa que emergían rápidamente. En cuanto se colocaron en su sitio, los cinco astronautas se pusieron a trabajar muy duro, muy rápido. Podía ver cómo se movían sus cabezas, siguiendo movimientos virtuales; sus dedos se flexionaban sobre teclas invisibles. Mis propios movimientos eran casi un reflejo de los suyos: gritaba, conectaba la vista de este canal a las otras pantallas y las de ellos.

En un canal de noticias, uno de los barcos mercantes, que en una barra lateral se identificó rápidamente como *Perro Corredor*, había comenzado a moverse de manera extraña, desplazándose bajo los empujes irregulares de sus propulsores de actitud.

"Parece que están pasando un buen rato..." La voz desconcertada de un locutor.

–¡Boris! –grité–. ¡Láser delantero ahora! ¡Prepárate para atacar el *drogue* de comunicaciones! ¡Yeng! ¡Bloquea toda entrada cifrada ahora! ¡Andrea, calienta la antorcha!

Las voces de la tripulación del *Perro Corredor* todavía se escuchaban.

'¡No puedo levantar a la perra! ¡No podemos levantar a la perra!'

"Calla, calla, lo estamos intentando. Mierda, mierda, mierda, mierda, el disco no responde".

'*Perro Corredor* a casa, *Perro Corredor* a casa. Tenemos una situación complicada. El motor está averiado, la *perra* está descontrolada. Tenemos un movimiento irregular. Repite por favor, repite por favor... mierda. Las comunicaciones no funcionan.'

'Las luces están encendidas.'

"No hay nadie en casa."

'Ja ja.'

'Ahora estamos haciendo una auditoría... Bien, muchachos, estamos en serios problemas. Parece que la *perra* ha sufrido un golpe masivo en sus datos, está fuera de combate... ¡No! ¡Está huyendo!'

"Qué demonios, no es así... ¡Oh, mierda! Tengo que informar de esto, tengo que... ¡Mierda! Las comunicaciones siguen sin funcionar".

'¡Oye, el monitor!'

Todos se giraron y me miraron fijamente.

–Si alguien está recibiendo esto –dijo la voz de la mujer, con bastante calma–, por favor actúen rápido. Creemos que han pirateado nuestro ordenador de a bordo y se han apropiado de él...

'¡Nos han subido un maldito *Jovie!*', gritaba otra voz, y mientras tanto de fondo una tercera voz entonaba: '¡Santa María Madre de Dios ruega por nosotros ahora y a la hora de nuestra... *oye, esperad un momento, chicos, todo ha vuelto a la normalidad, está bien, mirad!*'

Mientras observaba, sus expresiones cambiaron de una preocupación frenética a un alivio sereno. La mujer hacía gestos con la mano en dirección al monitor.

–Cancela eso –dijo con urgencia, sonriendo–. Falsa alarma. Lo siento, amigos, ¡falsa alarma! Fallo eléctrico, tormenta atmosférica joviana, eso es todo, pánico terminado.

Los hombres que estaban detrás de ella se movían de una manera completamente diferente a la anterior, con las cabezas y los brazos trabajando en un nuevo espacio virtual; no había nada malo en sus movimientos, excepto que todos hacían los *mismos* movimientos, al unísono. Cuatro cabezas giraban como una sola, sonriendo al monitor mientras sus

manos se estiraban y sus dedos se flexionaban en un ballet sincronizado de marionetas.

«Boris», dije.

En la vista frontal, el parasol giratorio del sistema de comunicaciones de los Nuevos Marcianos se encendió ante el foco de nuestros láseres y se quemó instantáneamente en un millón de fragmentos de aluminio centelleante.

Andrea pegó el drive mientras todas las demás pantallas se apagaban.

No fue un proceso muy largo, sólo el suficiente para ponernos en órbita con la Puerta. Sólo teníamos unos minutos para actuar. Parecía que sucedían muchas cosas a la vez.

–El caza enemigo está dando vueltas –anunció Boris con calma–. Disparando. Misil lanzado y acercándose. Defensa Activa...

La vista frontal se iluminó con un gran destello y luego muchos destellos pequeños mientras los láseres de Defensa Activa limpiaban los fragmentos del misil.

"El caza está realizando una maniobra evasiva. Estoy reajustando el láser. Paso a fuego automático. Objetivo destruido". Lo pensó un segundo y añadió: "¡Sí, sí!".

–¿Por qué nos atacaron? –preguntó Suze.

"Por quemar el *drogue*", dije.

"Deberían estar agradecidos."

Jaime estaba trazando un mapa del tren de cometas más cercano y Andrea estaba alineando la nave para que coincidiera con su cálculo. Nuestros jets de actitud se encendieron una y otra vez, enviándonos en un giro vertiginoso. Yeng pasó los datos a los cazabombarderos y el *Necessary Evil But Still Cool* (Mal necesario pero genial) envió su propio mensaje a los pequeños jets de control de actitud de la Puerta. Cuando estuvimos listos para atracar en la Puerta, estaba en un ángulo extraño, aparentemente "debajo" de nosotros, como un plato inclinado, y nos estábamos deslizando hacia atrás "por encima" de su cara de una milla de ancho. En alguna pantalla noté, con el rabillo del ojo, que nuestro pequeño dispositivo de comunicaciones estaba dando vueltas como una pulga en una plancha, desperdiciando su combustible en un intento sin sentido de mantener la posición correcta, en relación con el disco de la Puerta, para captar los mensajes de la División. ¿Acabarlo también? No, estaba segura, incluso ahora, de que las computadoras y los dispositivos de comunicación de la División no fueran a caer en el *brote* joviano.

La nave estaba ahora en posición de lanzarse en línea recta hacia un rumbo que le permitiera interceptar la cola de cometas y continuar "hacia arriba" por esa trayectoria orbital de caída. El casco se estremeció repetidamente cuando se dispararon las líneas de fuerza de agarre. Se desprendieron y quedaron atrapadas por las abrazaderas perimetrales. Andrea tocó otro crescendo sutil pero repugnantemente violento en nuestros propios propulsores de actitud, ajustando nuestra alineación a medida que las líneas de fuerza soportaban la tensión de la masa de la Puerta.

Cien mil toneladas, había dicho Dee. Más otras veinte mil para la veintena de barcos que habían navegado por allí en su brillante y audaz empresa... y se habían topado al menos con una entidad que había encontrado la tentación, o la necesidad competitiva, de *llegar primero* tan poderosa como la de ellos. Pensé en Dee y me pregunté cómo sus cacareadas contramedidas competitivas resistirían a lo que fuera que viniera por el camino del pobre y poseído *Perro Corredor*. Esperaba que lo hicieran mejor de lo que esperaba, por mi bien... y por el de ellos, me di cuenta, en una repentina punzada de angustiada solidaridad con un yo que, humano o no, era al menos tan singular como el mío.

Manteniendo la posición, dijo Andrea.

"*General Arnaldo Ochoa a la Terrible Belleza*". Yeng estaba pasando el mensaje a mis audífonos. La voz era casi

lánguida. "La situación en casa está gravemente comprometida. La situación aquí es totalmente confusa. Por favor, avise".

Quienquiera que fuera, tenía el material adecuado, ¡claro! Interrumpí la comunicación en el canal de todas las naves de la División:

'Hola, chicos y chicas. Soy *Terrible Belleza*. La situación es la siguiente. Al menos una nave mercante de Nuevo Marte, con tripulación, ha sido tomada por una copia de personalidad o de carga joviana. Eso está confirmado, repito, confirmado. Hemos destruido el dispositivo de comunicación para detener la propagación viral. No repetimos, no sabemos si lo hicimos a tiempo. Tengan mucho cuidado con todas las comunicaciones entrantes de origen neomarciano. Estamos a punto de despegar con la Puerta del Agujero de Gusano a cuestas. Tenemos la intención de intentar atravesar el tren de cometas local para que choque con Júpiter. Tienen dos minutos para despegar o intentar regresar a casa.'

La voz lánguida regresó. 'Gracias por la aclaración, *Terrible Belleza*. Buena suerte. Vemos duros combates en casa. Todas las naves han sido llamadas de vuelta. Nos vamos. ¿Deseas recibir actualizaciones continuas de nuestro propio sistema de comunicaciones?'

«¡Sí!», gritó Yeng, y el gran volumen de su voz llegó hasta mi control.

'Te estoy conectando'.

La escena, transmitida desde el sistema local por el paracaídas, que por ahora estaba estable y en posición, apareció en las pantallas virtuales de los trajes, que todavía se tensaban y endurecían a nuestro alrededor. Procedía de una cámara externa del *Probador Turing*, que se encontraba lealmente en posición frente a la Puerta.

Júpiter estaba justo en el centro de la vista, como yo esperaba. El resto de la vista brillaba con los destellos de los impactos de láser distantes y estaba marcado por el chamuscamiento de los rayos de partículas, y cubierto por la paja arrojada en los esfuerzos por desviar o difuminar ambos. Las estelas de misiles y los trazadores de energía cinética se sumaban al resplandor de la batalla. Dos o tres de las naves mercantes estaban a la vista, cada una rodeada por un enjambre de cazas. Una se alejaba en lo que parecía un curso de evasión completamente ortodoxo. Las otras se revolcaban de la misma manera extraña que el *Perro Corredor* cuando sus sistemas fueron sobornados. Casi podía sentir los esfuerzos de las nuevas mentes en sus estructuras desconocidas, los nuevos impulsos corriendo a través de los controles y las luchas de las partes de la programación de las naves que se resistían a su nuevo amo. La guiñada y el cabeceo de las naves eran el resultado de estas fuerzas en

conflicto. A través de toda la confusa escena revoloteaban las oscuras formas de nuestros propios cazabombarderos, cuyas violentas maniobras esquivaban al menos las armas de energía cinética y de misiles, pero incluso en los primeros segundos de nuestra observación, dos fueron alcanzados con éxito por rayos de partículas y estallaron en silenciosa agonía.

Uno a uno, los cazabombarderos de nuestro lado pasaron a toda velocidad, como si pasaran sobre nuestras cabezas desde el punto de vista de la cámara, y toda nuestra nave se balanceó cuando la masa de cada caza atravesó la Puerta. Conté nueve y luego escuché una voz que ahora me resultaba familiar.

'General Arnaldo Ochoa les envía un saludo y les desea mucha suerte.'

"Adiós", dije.

Por décima y última vez, el gran tambor del espacio al que estábamos ligados resonó cuando pasó el cazabombardero. Vi su sombra negra, parecida a la de un murciélago, revolotear hacia un lado un momento después de su salida. Ahora estábamos solos.

Entonces vi, dirigiéndose directamente hacia nosotros, llenando la vista, la mole de una nave mercante. Algo se quemaba en su costado, pero siguió adelante. Lo último que

mostró la cámara del *Probador Turing* fue una imagen desenfocada de su escudo frontal que se acercaba. El último (y, mientras estábamos mirando, el único) sonido que llegó a través de ese canal a través del conector de comunicaciones fue una voz que irrumpió, mediante una frenética proeza de pirateo, para gritar la advertencia:

'¡*Perro Corredor!*'

Nuestra nave se sacudió cuando la masa de mil toneladas pasó a través de la Puerta, restando simultáneamente la misma cantidad a la masa virtual de ella. Una línea de fuerza se rompió, atravesando la vista frontal. Durante un segundo entero, mientras pasaba de la pantalla interna ahora en blanco a una cámara externa que Yeng había conectado instantánea y reflexivamente, observé conmovida cómo la enorme nave se elevaba desde la Puerta del agujero de gusano como un misil desde un silo, con los restos del *Probador Turing* aplastados en su proa.

En cuanto pasó la Puerta, sus propulsores de actitud se activaron con mucha más precisión que en sus intentos anteriores. Su nueva mente había dominado los controles y estaba girando el motor principal en dirección contraria a nosotros y el escudo delantero romo en dirección a nosotros.

–¡Andrea! –intenté gritar, pero ella ya había activado el motor. La aceleración más violenta que jamás había sentido

se apoderó de mí, aplastándome hasta convertirme en un gruñido. El *Perro Corredor* desapareció al instante de mi vista y luego reapareció cuando la cámara se puso a seguirlo.

–Boris –gruñí–. La bomba nuclear.

–No puedo –respondió con voz más fuerte–. No hay tiempo para programar su curso.

–Está bien –susurré–. Simplemente envía *al Carbon Conscience* con ella, como un kamikaze.

"Espero que te refieras *al piloto automático kamikaze*".

'No – desperdicias – aliento...'

No perdió el aliento ni el tiempo, pero pasó un largo minuto antes de que pudiera completar las instrucciones y nuestro propio cazabombardero saltara de nuestro lado y se alejara instantáneamente, superando nuestra aceleración.

Yeng cambió a la cámara frontal y, en menos de un minuto, el combustible se quemó en un último sprint. Vimos lo que él vio cuando se acercó para matar. Vimos de nuevo la mole del *Perro Corredor*. Vimos la esfera silenciosa e impactante de la explosión nuclear de cincuenta megatones... pero no en esa cámara.

Juro que lo vimos a través de nuestro casco.

Las imágenes blancas de todo se desvanecieron lentamente y fueron reemplazadas por el pulso rojo del dolor. No respiraba (el traje lo hacía por mí) y los diminutos túbulos del suministro de oxígeno del traje se habían convertido en cuchillas incandescentes que apuñalaban mis pulmones casi colapsados.

"Saldré corriendo rápido", decía el mensaje de Andrea escrito en letras verdes en la pantalla escarlata que se tambaleaba en mi campo visual. Caída libre en 20 minutos, primer encuentro en otros 20.

¿No puedes hacerlo funcionar por más tiempo y a mayor velocidad?, preguntó Boris.

–Se quedó sin gasolina, respondió Andrea.

Para ser precisos, no había que hacer más preguntas. Esperaba que Andrea hubiera permitido cierta reserva para que pudiéramos volver a casa, dondequiera que estuviese ahora nuestro hogar, pero no tuve el valor ni la fuerza para preguntar.

Jaime mostró datos sobre la corriente de cometas que habíamos elegido como objetivo: una larga y rica cadena de fragmentos, perfectamente alineados hace mucho tiempo por la maquinaria automatizada de los Nuevos Marcianos (o, en última instancia, irónicamente, de los Exploradores) en la vasta nube de hielo y materia orgánica no consolidada del

sistema: icebergs gigantescos e irregulares de cientos de metros de ancho, que volaban cada uno de ellos lleno de explosivos químicos sintetizados *in situ* por la materia inteligente que se había infiltrado en ellos. Estos explosivos estaban preparados para detonar antes de su caída final en Nuevo Marte, rompiendo las masas en trozos manejables para que la atmósfera del planeta los destruyera y su superficie los absorbiera.

Había algo que me preocupaba, algo que había olvidado. Luché por encontrar el pensamiento elusivo, aplastada como estaba en esa presión de aceleración, y de repente pareció que lo había logrado: ¿y si se rompían antes de chocar con *Júpiter*? Lo descarté como algo improbable: las nanomáquinas en los trozos de cometa no confundirían un gigante gaseoso con un mundo pequeño y rocoso.

Y, de todas formas, no había nada que pudiéramos hacer al respecto, absolutamente nada. Aquello era, en todos los sentidos, nuestro último intento.

La presión aplastante terminó. Todos tomamos aire por primera vez y lo exhalamos en un aullido de dolor común justo antes de que los trajes inyectaran derivados opiáceos en nuestra sangre, dosificados con precisión para cancelar la agonía y no provocar una euforia excesiva. No es que hubiera mucho riesgo de que eso sucediera.

–Está bien –dijo Andrea con voz temblorosa–. Tenemos veinte minutos para salir y alinear esta cosa. Permanezcan en sus asientos.

"Una instrucción bastante redundante", pensé, mientras me esforzaba por mover los dedos y llamar a las pantallas. Después de un minuto, lo logré. La infiltración del traje en mi cuerpo no se estaba retirando esta vez; todavía tenía trabajo que hacer, como el de todos los demás: las primeras pantallas que abrí mostraban sus lecturas fisiológicas. Todos estaban vivos y conscientes, y estaban recibiendo asistencia y reparación masivas.

Y no era así.

Me quedé mirando las pantallas, casi sin poder creer lo que veía, casi sin poder creer que no estaba viendo con mis propios ojos, mis nervios o mi cerebro. Mi cerebro no se había apagado por completo: mantenía mi cuerpo en marcha, de acuerdo; pero lo que Dee había llamado el costo de mantener la conciencia, de mantener la individualidad, se había transferido a otra parte. El traje había desviado mi mente directamente hacia sí mismo, y había ejecutado como una actualización el modelo que había tomado, días antes, como mi propia copia de seguridad antes de la primera sonda joviana.

Ahora ya lo sabía. Sabía cómo experimentaba el mundo una mente simulada. No había diferencia alguna.

Al menos ninguna que yo, como mente simulada, pudiera contar.

¿Por qué el traje me había hecho eso? ¿Por qué a mí?

En ese momento descubrí una diferencia en mi experiencia. Tenía una conciencia clara de la presencia del traje, de su propia conciencia, como un ser vivo y leal, y de su respuesta.

No estás sola, decía. Potencialmente, hay otra persona aquí. Estás gestando un feto. Yo optimizo, en base a tu preferencia implícita. La elección sigue siendo tuya. Puedes anular la mía si lo deseas.

Yo no lo deseaba así.

Desde una gran distancia, vi a Yeng soltar las líneas de fuerza, a Andrea impulsarnos a una posición estable a un par de millas de la Puerta del agujero de gusano, y a Jaime tocar los jets de actitud fijados en la Puerta para ponerlo todo exactamente en el ángulo correcto para la corriente de cometas que se aproximaba.

–Eso es todo –dijo Jaime–. Lo conseguí, los drones también se quedaron sin combustible.

«Faltan tres minutos», dijo Andrea.

Los cometas se acercaban tan rápido que, incluso en ese momento, todavía eran invisibles para el telescopio delantero. Incluso si se hubiera podido captar su luz reflejada, no mostrarían un movimiento adecuado contra el fondo de estrellas hasta los últimos segundos antes de la intercepción. Solo el radar del espacio profundo registró su aproximación. Me quedé quieta, mientras las yemas de mis dedos tecleaban códigos para pasar de una vista externa a otra: el sol del sistema, pequeño en comparación con cómo se veía el nuestro desde la Tierra, grande y ardiente a mis ojos calistánicos; el distante disco ocre de Nuevo Marte; y la paradójica elipse de la puerta.

'Dos minutos.'

Hizo una cuenta regresiva del último minuto. Mientras decía “¡Dos!”, vi en una de mis pantallas algo que se movía contra las estrellas: el primer cometa, visto a simple vista (no del todo).

'¡Uno!'

"Ce..."

La estela de radiación Cerenkov inundó toda nuestra vista.

Los otros fragmentos siguieron con menos de un segundo de diferencia. La luz azul parpadeó. Diez masas cometarias, cada una de ellas con un peso de cientos de miles de

toneladas. Cuatro atravesaron la Puerta, sumando su masa a nuestro lado y restándola a la del otro.

"Debemos estar en masa negativa ahora", dijo Malley. "Me gustaría poder ver cómo es".

Estábamos en caída libre, pero todos permanecimos en nuestros sofás, demasiado exhaustos para movernos, y tal vez con miedo. No teníamos nada que hacer más que esperar y observar el proceso mediante el cual esperábamos lograr la destrucción de un mundo. Ahora sabía —ahora que yo también era una mente copiada que funcionaba en materia inteligente— que los jovianos no eran líneas planas; que eran, de hecho, una especie superior no solo en el alcance de su poder, sino en la profundidad de sus mentes. Ellos, como nosotros, tenían un espacio infinito en su interior, mundos subjetivos; no eran solo entidades, sino seres.

Y en ese momento —no, en otro momento, hace diez mil años— nuestros primeros disparos contra ellos se estrellaban, destrozaban esos mundos subjetivos; nuestras rudimentarias rocas se hundían en cráneos más delgados y mentes más profundas que las nuestras. Si es que habíamos tenido éxito en nuestro objetivo.

Entonces se me ocurrió que lo que *estábamos haciendo* ahora *ya se había hecho*, que las interacciones de la Puerta y los fragmentos del cometa en nuestro futuro inmediato

tenían consecuencias en el pasado lejano; que, en cierto sentido, la batalla ya había terminado. El universo a diez mil años luz del Sol ya estaba siendo colonizado por nuestros descendientes, o los suyos. No había forma de saberlo, por supuesto: ellos, o nosotros, tal vez "ya" tuviéramos naves Malley a casi la velocidad de la luz, arrastrando nuevas puertas de agujeros de gusano, pero si "hubieran" penetrado más allá de Nuevo Marte, no llegarían hasta muchos años después de nuestro futuro. El pensamiento me proporcionó una extraña y fatalista tranquilidad, cuando no me retorció la mente en nudos que solo Malley, tal vez, podría haber desenredado.

Me quedé allí tumbada y esperé. Lo que tuviera que pasar, pasaría.

La Puerta seguía abierta, seguía avanzando a toda velocidad por la trayectoria orbital de los demás cometas que se acercaban, lista para cruzarse con la siguiente corriente, como lo hizo media hora más tarde. Eran más grandes, menos formados, pero lo suficientemente pequeños como para atravesarla. Al igual que la siguiente corriente, y la siguiente, hasta que finalmente, diez horas e incontables fragmentos de cometas después, alcanzamos el límite de la capacidad de la estructura del agujero de gusano para sostener una masa negativa.

Malley gruñó, como si algún cálculo se hubiera confirmado.

«Ahora lo sabemos», dijo.

Los fragmentos restantes pasaron por donde había estado la Puerta.

El borde, que ya no estaba unido por la tensión de la Puerta, se rompió en secciones: arcos opacos que se separaron y luego, muy lentamente, se juntaron bajo la atracción de la enorme masa invisible de alguna materia exótica que era todo lo que quedaba del espacio deformado que habían contenido. Continuó moviéndose hacia afuera, contra la corriente de cometas que caía, hacia su fuente.

XI. MIRANDO ADELANTE

¿Mover o copiar?

La pregunta del traje sólo podía tener una respuesta para mí. No deseaba dejar un segundo yo dando vueltas en el circuito del traje. Sin embargo, mi segundo yo se lo pensó mejor. ¿Estaba yo, el yo real, que existía ahora, en ese momento, a punto de morir? ¿A punto de suicidarme por el bien de otra persona que despertaría con mis recuerdos, de nuevo en la carne inconsciente? ¿O estaba yo, la copia, a punto de asesinar a mi *yo real*, que de otro modo despertaría, sin ningún recuerdo de lo que había sucedido entre la pérdida de la conciencia y su recuperación?

Una vez que empiezas a pensar así, me doy cuenta de que no hay fin.

"Mueve", dije.

Algo ocurrió entonces, en ese breve y eterno instante en que atravesé el espacio entre el traje y el cráneo. Vi cien mil millones de estrellas, tal como podrían ser después de cien mil años. Fue, por supuesto, una visión, una alucinación; o una intención, un programa, un plan; pero lo que no sé hasta el día de hoy es si fue mío: de dónde vino y a quién le fue otorgado.

Vi una galaxia verde y dorada, cuya luz estelar se filtraba a través de hábitats infinitos e incontables; la federación de nuestros sueños. Y detrás de todo eso, en las paredes de todos nuestros mundos, una inmensa pero finita benevolencia, un gran motor de protección y supervivencia; un dios de *nuestro* lado, un terror para nuestros enemigos y un amigo para nosotros, mundos sin fin.

Un dios que sonreía, costoso de ver; y que ahora me sonreía a mí.

Alguien me sacudía. Yo luchaba, en una carne demasiado sólida.

–¡Ellen! –preguntó Boris–. ¿Estás bien?

Abrí los ojos y esbocé una sonrisa horrible (lo sé porque vi la grabación que hizo el ojo de Boris).

–Estoy bien –dije–. Solo me desmayé por un momento.

–Informe de situación –dijo Andrea con vivacidad–. Casi nos hemos quedado sin masa de reacción, aunque, por supuesto, todavía podemos obtener toda la energía que necesitamos del motor. Estamos en un par orbital con la materia oscura, o lo que sea, que hay donde estaba la Puerta, y nos dirigimos rápidamente hacia la nube de cometas local. No sabemos si Nuevo Marte ha caído en alguna transmisión final del *Perro Corredor*, y no sabemos si nuestro bombardeo cayó en Júpiter. Después de todo, fue mucho más débil que el masivo impacto de cometas que habíamos preparado en el Sistema Solar. –Hizo una pausa, contemplando la vista frontal salpicada de estrellas–. Y ahora que la Puerta ha desaparecido, nunca lo sabremos.

–Hasta que aparezcan las primeras naves de Propulsión Malley –dije con tristeza–. Las nuestras o las suyas.

–¿Por qué naves? –preguntó Malley, que parecía divertido.

Lo miré fijamente. –Bueno –empecé–, suponiendo que alguien pueda reinventar el motor de masa virtual que usted postuló y que los primeros seres virtuales rápidos construyeron para su sonda, podría viajar a una velocidad cercana a la de la luz, y estamos a diez mil años luz de distancia, pero diez mil años en el futuro, así que...

Me detuve, sintiéndome repentinamente estúpida, porque todos entendieron el punto al mismo tiempo y se rieron.

Esos diez mil años fueron tiempo suficiente para que cualquier señal de radio del Sistema Solar nos llegara; señales que se originaron inmediatamente después de nuestra partida.

"No será fácil de entender", dijo Yeng. "Tendré que construir un radiotelescopio".

"¿Cuánto tiempo llevará eso?", pregunté.

Yeng frunció el ceño. –En algún momento –dijo–. Tendría que desenterrar nuestro último paracaídas, que por supuesto no nos sirve de mucho ahora, y reajustar algunos robots de mantenimiento del casco para pintarlo con una malla de aluminio monomolecular. Tiene media milla de ancho, por lo que debería ser lo suficientemente sensible, especialmente porque sabemos hacia dónde apuntar. –Hizo un cálculo mental–. Tomará varias horas, por lo menos.

–¿Tanto *tiempo*? –resopló Malley–. Dios mío, mujer, pensé que hablabas de *años*.

Había estado calculando meses, pero no lo dije. Le sonreí a Yeng y le dije:

"Está bien, eso es genial. Pero creo que lo *primero* que tenemos que averiguar es si Nuevo Marte está bien. Porque si no es así, podríamos tener serios problemas, muy pronto".

A pesar de las protestas (de alguna manera, la idea de esperar era aún más intolerable ahora que sabíamos que podíamos averiguarlo), seguimos adelante y volvimos a ejecutar el procedimiento para verificar el tráfico de radio de Nuevo Marte. Yeng se abrió paso a través de todo su arsenal de defensas y las encontró todas despejadas, transmitiendo el mismo comercio insistente y totalmente humano que había encontrado antes. Los incidentes de las últimas horas estaban siendo analizados por muchas voces fuertes y contradictorias. Nadie sabía que todavía estábamos en el sistema y no teníamos intención, por el momento, de decírselo.

Al menos, Nuevo Marte parecía estar a salvo. Dejamos la radio encendida para celebrarlo. La vieja música de los Nuevos Marcianos, con su perversa celebración de extraños y tristes anhelos y deseos desesperados, comenzó a infiltrarse nuevamente en nuestras mentes como un meme viral. Formó la banda sonora mientras todos colaborábamos para ayudar a Yeng a desplegar y adaptar el paracaídas, un proceso que llamamos nuestro proyecto SETI (búsqueda de inteligencia terrestre).

Fue una broma nerviosa. No sabíamos qué encontraríamos. No hablamos de nuestro miedo a encontrarnos con las voces incomprensibles —o demasiado comprensibles— que nos decían que nuestro exilio y nuestro gran crimen del que nos enorgullecíamos habían sido en vano.

Cuando el telescopio estuvo terminado, todos nos quedamos flotando en el aire alrededor de Yeng, en la cubierta de mando. Todos los sonidos eran fuertes: el aire acondicionado, el murmullo de la nave, el sonido del radar, nuestra respiración. Yeng lo ignoró todo, trabajando con las primeras señales débiles que su gran antena parabólica había captado. Los pasó por cada comprobación, por su hardware y software, los analizadores parpadeando en su juego de vida. Durante largos minutos, los estudió, luego sin decir una palabra, sin mirar a su alrededor, encendió los altavoces y giró un dial.

La cubierta de mando se llenó de los sonidos de seres humanos del pasado lejano: hablando, cantando, discutiendo, riñendo, reclamando y disputando, un sonido que inmediatamente redoblamos nosotros, haciendo más o menos lo mismo, pero más fuerte. Entonces dejamos de gritar y escuchamos de nuevo. La mayor parte de la transmisión todavía la hacían no-coops, personas no pertenecientes a la Unión, y había, al igual que en Nuevo Marte, mucha especulación mal informada, pero era obvio que nuestro ataque había sido un éxito. Los mensajes internos de la División serían, como podíamos esperar, transmitidos por haces estrechos, y hasta el momento nada se había filtrado en nuestra dirección.

Bebimos mucho alcohol en ese turno.

Algún tiempo después descubrí que había comido una pizza con anchoas, aceitunas, plátano y piña sintetizadas. Nunca había comido una combinación tan repugnante antes, y me pregunté vagamente sobre ello mientras lamía un último helado antes de quedarme dormida. Dormí durante horas, más que los demás. Me desperté entre todos, todavía en la cubierta de mando, y vomité de inmediato y en público.

Suze me miró con una sonrisa divertida y especulativa.

«Camaradas», dije, «tengo algo que decirles».

Un mes más tarde, el telescopio de Yeng captó la primera señal dirigida a nosotros: una señal de televisión abierta y sin cifrar. El indicativo nos hizo abandonar lo que estuviéramos haciendo, literalmente en el aire, y correr hacia la pantalla más cercana. Apareció el rostro de Tatsuro. Estaba sentado en un espacio de conferencias virtual, con algunos de los miembros del Comité de Defensa, un grupo de personas con uniformes comerciales de Nuevo Marte y, para mi sorpresa, Jonathan Wilde. (La copia de... pero había dejado de pensar de esa manera. Me había reformado.)

–Me siento muy extraño al decir esto –comenzó Tatsuro–. Este mensaje se enviará mediante el transmisor más poderoso que tenemos actualmente y se repetirá en

transmisores más poderosos a medida que estén disponibles, al menos durante algunos años. Por supuesto, no llegará a sus destinatarios hasta dentro de diez mil años. Si estáis recibiendo esto, sabéis lo extrañas que son las circunstancias. Pero debo suponer que estáis allí, en el futuro, y que para vosotros este mensaje parece casi inmediato. Así que...

'A la tripulación del *Terrible Belleza*, todos les enviamos nuestro agradecimiento. El impacto de su cometa fue suficiente para perturbar a los poshumanos jovianos. Hasta donde sabemos, están extintos, no solo por sus acciones y las nuestras, sino también por las peleas entre ellos. No deben preocuparse por haber destruido entidades que podrían haber sido amistosas con nosotros; todas las que lo fueran, me temo, fueron destruidas por otros jovianos, que estaban en el proceso de una carrera frenética para cargar copias de sí mismos en cualquier lugar al que pudieran acceder. Por extraño que parezca, el objetivo de su *brote* fueron las naves comerciales de Nuevo Marte, en lugar de nosotros. Nuestras computadoras eran casi inmunes a los virus jovianos, mientras que las de ellos eran, eh, bastante más vulnerables, como resultó ser. Nuestras últimas investigaciones y reconstrucciones muestran que los jovianos apuntaban a la Milla Malley, desde donde podrían haber dominado todo el espacio del agujero de gusano, y con él una gran parte del universo. Salvaron más de lo que creían.

–No sabemos si habéis salvado a los humanos y a los poshumanos de Nuevo Marte. Si no lo habéis hecho, o si este mensaje está siendo recibido por nuestros enemigos, espero que la destrucción de los jovianos sea una advertencia suficiente de los terribles actos de los que es capaz nuestra especie. Porque vamos a construir nuevas naves con motores de fluctuación cuántica de masa virtual y nuevas puertas de agujero de gusano, tan pronto como tengamos la capacidad. Restableceremos el contacto con Nuevo Marte. Y ahora, os desearé lo mejor y pasaré la transmisión a los supervivientes de la expedición comercial de Nuevo Marte, que tienen que enviar sus propios mensajes.

Uno por uno, los hombres y mujeres de Nuevo Marte se acercaron, cada uno expresando un sentido y desgarrador mensaje personal; algunos, de una manera que me pareció extraña, se dirigían a sus propias copias, así como a amigos y parientes. Uno de ellos terminó diciendo:

–Este es un mensaje general para todos ustedes. Haremos todo lo posible por mantener una comunicación unidireccional, nos mantendremos en contacto hasta que construyan las naves. Por supuesto, a menos que construyan otra puerta, las naves también serán unidireccionales en lo que respecta a regresar a este lugar y tiempo, pero vamos a volver a casa. Y no tienen que preocuparse por cómo nos tratará la gente de la Unión Solar; Wilde aquí presente ha vivido de su hospitalidad durante años, según sus necesidades, como dicen. Pero lo que la mayoría de nosotros

queremos es hacer algún negocio, con los no cooperadores si no con nadie más, pero creo que encontraremos más socios comerciales que eso. Hay mucha gente enérgica en la Tierra, y ahora que pueden usar la electrónica como quieran, se van a *evaporar*. Las cosas van a cambiar por aquí. Nos *volveremos* a ver.

Wilde había aprendido de los comerciantes sobre la supervivencia de su otro yo y de su esposa resucitada. Tenía mensajes para ellos y para mí.

–Ellen May –dijo–, pensé que podrías derrotar a los Guardianes sin encontrar el camino a Nuevo Marte. Bueno, estaba equivocado, y tú has hecho ambas cosas. Sabes lo que temía: que tu gente invadiera Nuevo Marte, un lugar por el que siento... cierto afecto. Ahora, mirando a mi alrededor, me pregunto quién ha invadido a quién. La vida puede sorprendernos.

Se encogió de hombros. "Eso es todo. Buena suerte".

Miro desde lo que, por costumbre, todavía llamamos la vista frontal. El sol de Nuevo Marte es un disco diminuto y distante, apenas perceptible contra las otras estrellas. Estamos en el centro de la nube del cometa, pero este espesor solo es visible en las simulaciones, no en la realidad. A nuestro alrededor hay lo que parece un espacio vacío, aparte de nuestro propio cometa, rodeado por las frágiles estructuras, resistentes como diamantes, que hemos

construido con su material; y las extrañas ruinas de la Puerta.

La materia exótica es un material útil que tenemos a mano. Nos llevó a una órbita cercana con una porción aún mayor de materia normal: materia cometaria, cientos de millones de toneladas de ella, roca, hielo y materia orgánica. Nos llevó cinco años, más o menos, llegar a la nube cometaria, por lo que para entonces ya estábamos listos para apreciar nuestra ganancia. En la actualidad, el remanente de la Puerta ha comenzado a adquirir su propio disco de acreción. Es, como dijo una vez Malley, una característica atractiva.

Cada hogar debería tener uno.

El hogar... está aquí, en cierto sentido. En otro, está a diez mil años luz de distancia, y diez mil años en el pasado. (Aunque todavía me descubro pensando que *estamos* diez mil años en el futuro.)

Las fuentes solares crecieron y se multiplicaron; cuando las escuchamos por primera vez, su número aumentaba día tras día y hora tras hora. En cuestión de meses, eran detectables por receptores mucho menos sensibles que los nuestros, incluidos los que se encuentran en Nuevo Marte y sus alrededores.

Las transmisiones cuentan la historia en curso de la lucha que ese comerciante neomarciano previó, y cuyo desenlace

nadie puede prever: entre la propiedad común de la Unión y la División y la apropiación imparable de algunos recursos del Sistema Solar por individuos y grupos; una historia que nosotros y los neomarcianos seguimos con atención. Tiene la inmediatez de las noticias diarias y la intensidad de la historia antigua, que nada de lo que podamos hacer alterará y cuyo desenlace final, si es que lo hubo, se decidió hace milenios. Ya es tema de numerosos documentales, debates frecuentes y varias series dramáticas neomarcianas completamente ficticias y risiblemente imaginativas.

La nube de cometas es enorme y estamos acostumbrados a comunicarnos por canales estrechos y crípticos, por destellos de láser en el vacío. A nuestro alrededor, las señales más amplias y abiertas de los nuevos marcianos y sus robots mineros de cometas llenan el espectro. Sabemos todo lo que ellos hacen y ellos saben que estamos aquí, pero poco más. Mantenemos el contacto al mínimo. Estamos contentos con eso, por ahora: queremos construir un mundo propio aquí, a partir de rocas y hielo y compuestos de carbono y luz solar débil, antes de aventurarnos de nuevo a un mundo que pertenece a otros.

Un día, la Unión Solar, o lo que la reemplace, habrá lanzado sus propias naves de propulsión Malley a una velocidad cercana a la de la luz. Y diez mil años después, lo que podría ser en cualquier momento, aparecerán aquí, tal vez

arrastrando un nuevo agujero de gusano. No me importa mucho si la gente que llega no comparte nuestras opiniones. Ciertamente no compartirán nuestra “propiedad”. Es posible que, para entonces, tengamos los inicios de nuestro propio pequeño imperio galáctico acumulado silenciosamente a nuestro alrededor, aquí afuera en las profundidades de la nube de cometas. Cuando tengamos suficiente masa procesada, comenzaremos a cultivar personas, animales y máquinas a partir de las muestras genéticas y semillas que tengamos almacenadas, y podremos crecer mucho antes de que a nadie se le ocurra siquiera detenernos.

Estoy escaneando las lecturas del analizador de una nueva veta, frunciendo el ceño ante los escasos rastros de metal, cuando un cuerpo pequeño se lanza contra mí y una voz dice: "Ellen, ¡están hablando de ti!".

Stef tiene cuatro años, es larguirucho y listo. Se parece un poco a su padre, el fotógrafo que conocí en Graciosa, pero crecerá más que él: mis genes y su entorno de microgravedad se encargarán de eso. Es una lucha lograr que mantenga su isotónica de inducción, además de todas las peleas habituales sobre cepillarse los dientes y lavarse el cabello. Él afirma que su traje se encarga de todo eso, y lo hace, pero eso no es suficiente.

"¿En casa?", pregunto con entusiasmo.

Stef sacude la cabeza con impaciencia. Para él, la Unión Solar es casi irreal, un pasado mítico, un cuento que le contamos de nuestros días en el Helioceno. El Nuevo Marte es, en todos los sentidos, más inmediato y vívido.

"En el *mundo*", me dice.

"Está bien", le digo. "Hazlo funcionar".

Stef mete la mano en la parte delantera abierta de su traje y tira y retuerce la tela de materia inteligente exactamente de la manera descuidada y sin documentación que siempre he intentado convencerle que no haga. Sin éxito, hasta ahora. Considera el traje como algo entre un amigo imaginario y un peluche inteligente, y trata cualquier intento de imponer un sistema a su lenguaje privado como eso, una imposición.

La imagen en mi pantalla se disuelve y es reemplazada por uno de esos programas de debate nocturnos que las nuevas estaciones de televisión marcianas emiten para las audiencias minoritarias más escasas, el tipo de gente que probablemente trabaja en los medios de comunicación o en sus alrededores y finge despreciar la basura que emiten para todos los demás.

El formato es absolutamente convencional, con un presentador joven —un adolescente, y por lo tanto más maduro que la mayoría de los presentadores de noticias

locales— y unas cuantas cabezas mayores que hablan con seriedad alrededor de una mesa. Reconozco al obispo, que probablemente, aunque no se dé cuenta, ya es el Papa; al rabino; a un portavoz humanista reformado; a un par de clérigos posresurreccionistas y a David Reid.

—Llamar a esto *genocidio justificable* es, digamos, innecesario —dice uno de los clérigos—. Entiendo su necesidad de ser provocativo, por supuesto. —Una rápida sonrisa de que estamos todos involucrados en esto hacia el presentador—. Pero creo que debemos considerarlo en términos más, digamos, moralmente neutrales. Después de todo, estamos hablando de *maquinaria*...

Reid se inclina hacia delante, como siempre, dejando clara su prioridad para hablar con una estela de humo. La presentadora, consciente de sus limitaciones, asiente con cansancio.

—Tonterías —dice Reid—. Si quieres hablar de moralidad, no puedes dejar de lado a las máquinas. Nosotros *somos* máquinas. El caso es que dudo que alguien pudiera haber hecho lo que *había* que hacerles a los jovianos sin tener una actitud muy dura ante el sufrimiento de las máquinas. Eso sí, los Guardianes del Exterior tenían una empatía bastante baja con el sufrimiento humano, y los jovianos heredaron ese defecto, así que...

«¿Pecado original?», interrumpe el obispo. «¡Me sorprende!».

Los dos clérigos calvinistas sonríen educadamente. Reid niega con la cabeza.

"Lo demostraron con sus acciones", afirma. "Con lo que le hicieron a nuestras naves".

–Ah, pero ¿fue eso suficiente para condenar a toda una especie? –pregunta el humanista reformado–. Sospecho que Ellen May Ngwethu y su equipo actuaron precipitadamente, pero con cierto grado de premeditación, negándose a considerar alternativas, lo que en sí mismo...

"Vivimos en un mundo duro", dice el rabino. "Como dice tradicionalmente mi pueblo, la vida es corta y ocurren cosas sin importancia".

Siguen unos minutos de libre albedrío.

"Lo que todo el mundo aquí parece olvidar", dice el presentador, tratando de decir algo, "es la evidencia del Sistema Solar, que al menos sugiere que el *brote* joviano *no fue amenaza alguna* para la gente de la Unión Solar. Así que, en efecto, independientemente de lo que pensemos de lo que hizo la tripulación de la *Terrible Belleza*, fue para nuestro beneficio".

"Y en cuanto a las nuevas sociedades que están surgiendo en el Sistema Solar", añade uno de los clérigos, "no existirían sin el fin de la amenaza joviana, que, nos guste o no, la División Cassini logró".

El humanista reformado asiente con gravedad. "A un precio moral y material para ellos mismos".

El siguiente comentario, si es que hay alguno, queda ahogado por la carcajada cínica de Reid, y luego dice: "*¿Para qué más sirven los bolcheviques?*".

La risa complaciente de todos los buenos minarquistas que están alrededor de la mesa aligera el tono del resto de la discusión, a la que no presto la más mínima atención. Estoy abrazando al chico a mi lado y mirando las caras alegres y charlando, y pensando: *¡Ya verán, banqueros! ¡Ya verán!*

Nuestro día llegará, otra vez.



ACERCA DEL AUTOR

KENNETH MACRAE MACLEOD (nacido el 2 de agosto de 1954) es un escritor de ciencia ficción escocés. Sus novelas *The Sky Road* y *The Night Sessions* ganaron el premio BSFA. Las novelas de MacLeod han sido nominadas a los premios Arthur C. Clarke, Hugo, Nebula, Locus y Campbell Memorial a la mejor novela en múltiples ocasiones.

MacLeod es un utópico tecnológico que recurre con frecuencia a temas socialistas libertarios; ha ganado tres veces el Premio Prometeo libertariano. Forma parte del consejo asesor del Festival de Ciencia de Edimburgo.

MacLeod ha sido elegido invitado de honor en la 82.ª Convención Mundial de Ciencia Ficción en Glasgow.

Biografía

MacLeod nació en Stornoway, Escocia, en 1954. Se graduó en zoología en la Universidad de Glasgow en 1976 y trabajó como programador informático y escribió una tesis de maestría sobre biomecánica. Fue un activista trotskista en los años 1970 y principios de los 1980. MacLeod se opone a la independencia escocesa.

Vida personal

Casado y con dos hijos, vivió en South Queensferry cerca de Edimburgo antes de mudarse a Gourock, en el estuario de Clyde, en junio de 2017.

Escritura

Forma parte de un grupo de escritores británicos de ciencia ficción especializados en ciencia ficción dura y ópera espacial. Entre sus contemporáneos se encuentran Neal Asher, Stephen Baxter, Iain M. Banks, Paul J. McAuley,

Alastair Reynolds, Adam Roberts, Charles Stross, Richard K. Morgan y Liz Williams.

Sus novelas de ciencia ficción a menudo exploran ideas políticas socialistas, comunistas y anarquistas, así como trotskistas e incluso hipercapitalistas (minarquistas). Los temas técnicos abarcan singularidades, evolución cultural humana divergente y resurrección cibernética posthumana. La perspectiva general de MacLeod puede describirse mejor como socialista tecnoutópica, aunque a diferencia de la mayoría de tecnoutopistas, ha expresado un gran escepticismo sobre la posibilidad y especialmente sobre la conveniencia de una IA fuerte.

Es conocido por sus constantes bromas y juegos de palabras sobre la intersección entre las ideologías socialistas y la programación informática, así como otros campos. Por ejemplo, los títulos de sus capítulos como "Terceros de confianza" o "Plataforma revolucionaria" suelen tener dobles (o múltiples) significados. Un futuro sindicato de programadores se llama "Trabajadores de la información de la World Wide Web", o los Webblies, una referencia a los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW), apodados los Wobblies. La idea de los Webblies formó una parte central de la novela *For the Win* de Cory Doctorow y se reconoce a MacLeod como acuñador del término. Doctorow y Charles Stross también utilizaron una de las referencias de MacLeod a la singularidad como "el rapto para los nerds" como título de su novela colaborativa *Rapture of the Nerds* (aunque

MacLeod niega haber acuñado la frase. También hay muchas referencias o juegos de palabras sobre la zoología y la paleontología. Por ejemplo, en *El canal de piedra* el título del libro, y muchos de los lugares descritos en él, llevan el nombre de características anatómicas de invertebrados marinos como las estrellas de mar.

Libros sobre MacLeod

La Science Fiction Foundation ha publicado un análisis de la obra de MacLeod titulado *The True Knowledge Of Ken MacLeod* (2003; ISBN 0-903007-02-9), editado por Andrew M. Butler y Farah Mendlesohn. Además de ensayos críticos, contiene material del propio MacLeod, incluida su introducción a la edición alemana de *Pensad en Flebas* de Iain Banks.